

*Selecta*

ELIZABETH URIAN

UN DILEMA  
LLAMADO

*Claudia*

# **Un dilema llamado Claudia**

**Serie Dilemas. Libro 2.**

*Elizabeth Urian*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*Para Alba,  
que no cesa de pedirnos más dedicatorias para ella.*

*(Así son los niños, pero la queremos igual).*

Londres, 1879.

—¡Oh, tía Mildred, debes aceptar de inmediato! —le pidió Claudia con sorprendente entusiasmo, levantándose de la silla en la que estaba sentada y empezando a andar por la acogedora salita.

Lady Mildred Morton levantó los ojos del borde de la taza de té, pensando si en realidad debía decir que sí a la invitación.

Observó a su sobrina con atención, así como a la expresión de regocijo pintada en su rostro.

Se tomó su tiempo para de contestar.

—Deberíamos pedir permiso a tu hermano antes de abandonar Londres en plena temporada social —comentó con cautela, ya que no podía olvidar la posición que ocupaba en la familia.

—Él se ha marchado. ¿Por qué no debemos hacerlo nosotras?

—Sabes muy bien que lo ha hecho por otros motivos —replicó la dama de inmediato—. Hay asuntos importantes que requieren su presencia.

La joven suspiró con pesadez.

—Ashton no pondrá ninguna objeción —afirmó sin demasiada convicción, puesto que en los últimos años resultaba del todo imposible saber cómo reaccionaría su hermano mayor en determinadas situaciones. Sin embargo, ella deseaba tomar un pequeño descanso en un ambiente rural. Eso sonaba a música celestial.

La duda se reflejó en el rostro de lady Mildred.

—No sé. Ashton suele ser bastante estricto.

—Pero ya estoy prometida, así que no tenemos la obligación de acudir a todos los actos a los que nos invitan —objetó a su favor—. Y podemos pedir que inviten también a Hamilton —añadió de repente, pensando que era la mejor solución—. Ashton no se atrevería a cuestionarlo.

Su sobrino, muy escrupuloso en cuanto a las reglas del decoro y a la formalidad, no podría regañarla por dejar Londres durante unas semanas, puesto que el conde de Radwick las acompañaría en todo momento.

Aquel argumentó pareció convencer a la mujer.

—Bueno, eso suena aceptable —dijo de un modo pausado—. Escribiré de inmediato a lady Jane Conway.

Claudia sonrió al pensar en qué vestidos se llevaría, e mientras su tía se acomodaba tras el pequeño escritorio y comenzaba a redactar una carta.

No recordaba sentirse de ese modo por ninguna invitación que hubiera recibido antes. Los Parrish y los Conway habían estado a su lado en los peores momentos y en los más dolorosos, así que pensaba disfrutar de esa proposición con genuino y hondo deleite.

Para ella, las temporadas sociales no eran más que una pesada carga a la que se había visto sometida durante cuatro años. En realidad, disfrutaba poco alternando con damas y caballeros de su misma posición, en un ambiente que, en ocasiones, resultaba opresivo. Los saludos tan formales, las charlas banales e insustanciales, los fingimientos, los cotilleos y las risas, le molestaban más de lo que solía admitir en voz alta. Toda esa gente, hipócrita y frívola, se dejaba llevar por los gustos del momento como si de un rebaño de ovejas se tratara.

Cuando el escándalo se hizo público, esos que decían ser sus amigos o quienes admiraban a los Morton se esfumaron de un plumazo, viéndose sometidos a un rechazo que todavía le dolía. Muchas puertas les fueron cerradas, pero las invitaciones seguían llegando, puesto que su hermano era

duque; aunque tanto ella como Ashton sabían que los anfitriones esperaban que no acudieran.

Claudia, que había planificado su primera temporada con esmero y gran entusiasmo, fue blanco de la crueldad de esas personas, que no solo cuchicheaban a sus espaldas, sino que lanzaban puñales envenenados a la menor ocasión.

—Debo revisar mi guardarropa en cuanto pueda. Tengo muchos vestidos, pero la mayoría son demasiado elegantes como para llevármelos a Somerset.

Su tía estuvo de acuerdo.

—Hay que empezar de inmediato; esta misma tarde. El cielo amenaza con ponerse a llover en cualquier momento, así que no podremos salir a pasear.

Claudia le lanzó una mirada de advertencia, puesto que no deseaba discutir.

—Oh, tía Mildred, sabes que no puedo. Recuerda por qué.

La mujer torció levemente el gesto.

—Eso puede posponerse —indicó, sonando más brusca de lo que acostumbraba.

El interior de Claudia se agitó.

—¡Por supuesto que no! No sería correcto cancelar una cita solo por unos vestidos.

Y menos cuando la esperaba con ansia.

Eso prefirió no decirlo para no acrecentar la reacción de su tía.

—Sabes lo que pienso al respecto.

La joven frunció los labios mientras asentía.

—Me lo dices cada vez.

Su tía iba a comenzar con su habitual monólogo cuando una de las doncellas llamó a la puerta.

—Lady Claudia, el señor Zachary McGlaton ha llegado. La espera en el salón de atrás —anunció.

—Siempre puntual —respondió ella, echando un vistazo al reloj de la repisa de la chimenea—. Ahora mismo voy.

Su tía detuvo a la doncella valiéndose de un movimiento de dedo.

—Espero que Eloise esté en el salón con ellos —indicó con un tono de advertencia.

—Por supuesto, milady —respondió, con una ligera inclinación de cabeza, marchándose de inmediato.

—Esto no me gusta en absoluto —dijo, al quedarse solas de nuevo—. No está bien. Ni siquiera sé por qué lo permito.

Claudia se acercó a ella y le dio un sonoro beso en la mesilla.

—Porque me quieres. Y sabes cuánto me alegran estos momentos con Zachary. Eso me acerca más a Jason.

El rostro de lady Mildred mostró una leve expresión de tristeza, que se aseguró de desterrar al momento.

Había situaciones que no tenían remedio.

Se mostró obstinada.

—Desapruebo esas visitas.

—Oh, cielos. No volvamos a tener esta conversación de nuevo. Me está esperando —trató de excusarse Claudia.

A su tía no pareció importarle.

—Sabes lo que diría Ashton al respecto —indicó con acierto—. Pondría el grito en el cielo y a mí me censuraría en un abrir y cerrar de ojos. Y ni siquiera quiero pensar en la reacción de Hamilton. A ningún hombre le agrada que otro visite a escondidas a su prometida.

—No es así y lo sabes —se defendió Claudia—. Zachary no es más que...

—Dudó un instante. Solo se veían cada pocas semanas; a veces incluso transcurrían meses. Sin embargo, las cartas entre ellos eran constantes. Así que, ¿cómo considerarlo?—. Por favor, tía. Zachary no es más que un inofensivo amigo.

Ella frunció los labios, contrariada.

—No es apropiado. Y a mí no me parece para nada inofensivo, con ese cuerpo tan enorme.

Solo lo había visto una vez, puesto que se negaba a ser más cómplice de lo que ya estaba siendo en aquella locura, aunque había sido suficiente para fijarse en su altura y en sus anchos hombros.

De nuevo se preguntó si estaba haciendo bien consintiendo los caprichos de su sobrina, porque el escándalo no solo alcanzó a Ashton y Claudia. Como familia, Mildred y sus hijos también sufrieron por ello y la boda de su hija pequeña Angeline tuvo que retrasarse.

Lo peor de la situación era estar actuando a espaldas de todos, porque los Morton desconocían que Claudia seguía en contacto con su hermano Jason, a pesar de haber sido repudiado. Y muchas veces lo hacían a través del mejor amigo de este, Zachary McGlaton.

—Si decidieras conocerlo mejor... —empezó a decir Claudia, mas lady Mildred la cortó de forma tajante.

—¡No! —exclamó horrorizada—. Niña, estás a mi cargo. Ya he fallado suficientes veces a tu hermano. No voy a empeorarlo.

—Oh —musitó con evidente decepción, aunque a la vez entendía que no quisiera vincularse más con esa parte de su vida.

No podía culparla por ello.

Su tía era una mujer buena y caritativa. Durante los últimos años había supuesto un fuerte sustento emocional para Claudia cuando su familia de desmoronó por completo. Con un hermano huido, el otro cegado por el rencor y su cuñada Johanna encontrándose en una difícil posición, para después ponerlos a todos de nuevo en el escándalo, la casa de su tía suponía un oasis en medio de aquella locura. Irse a vivir con ella se convirtió en la mejor solución, así que no podía pedirle que fuera más comprensiva de lo que ya era.

Claudia le dio otro beso en la mejilla y se despidió de ella.

Mientras bajaba las escaleras con una impaciencia que trataba de disimular, se dijo que si su tía se diera la oportunidad, Zachary le agradecería.



Zachary McGlaton hizo un esfuerzo por templar su ánimo observando una de las pinturas que colgaba de una de las paredes del cálido salón aunque, en realidad, su mente era incapaz de concentrarse en cualquier detalle que tuviera que ver con el color o las formas de aquel paisaje bucólico pintado en el lienzo.

De pie y con las manos enlazadas en la espalda, hizo ver que no reparaba en la doncella personal de lady Mildred, la única del servicio de su entera confianza, puesto que llevaba con ella treinta y cinco años, según le contó Claudia. La mujer, de aspecto severo, permanecía sentada en una silla en la esquina. Su misión consistía en no quitarle el ojo de encima, por lo que era normal que consiguiera ponerle incómodo. Por muchas visitas que tuvieran lugar en aquella casa de Cavendish Square, nunca se acostumbraría a la presencia de una carabina impuesta por lady Morton.

Una cosa era entenderlo y encontrarlo hasta cierto punto conveniente; otra muy distinta aceptarlo de buen grado.

—¡Zachary!

Su nombre resonó con alegría por el salón y él no pudo hacer otra cosa que darse la vuelta hacia ella y sonreír abiertamente a la visión que suponía Claudia Morton. Él, que la conoció siendo niña, admitía solo para sí que aquella joven nada tenía de aspecto infantil y que se había convertido en un hermoso ser que iluminaba cualquier estancia. Llevaba un coqueto vestido de flores en tonos pálidos, si bien cualquier tela que se pusiera encima ganaría en apariencia, solo por ser lucido por ella.

Carraspeó para dispersar sus inadecuados pensamientos. Si su carabina pudiera leer su mente sería echado de esa casa de inmediato.

«Es solo la hermana pequeña de Jason, nada más», se dijo, para tranquilizar a su conciencia.

Dio unos pasos hacia adelante e inclinó el torso en una tosca reverencia a

modo de saludo —lo único que al parecer tenía permitido, puesto que una vez se atrevió a besarle la mano cuando Claudia se la ofreció (como haría un caballero inglés) y la doncella lo reprendió de inmediato con un carraspeo y una mirada de condenación—. Así que a partir de ahí se abstuvo de volver a hacerlo.

Era extraña la familiaridad con la que trataba a Claudia y lo poco que podía acercarse a ella. Incluso en alguna ocasión había proferido una plegaria para que nadie lo sancionara por atreverse a tutearla.

—Claudia, un placer verte de nuevo —musitó con formalidad, recordando dónde estaba su lugar.

Ella se dio cuenta.

—Zachary McGlaton —dijo con abierta honestidad—, ¿qué te ocurre? No me digas que te he hecho esperar demasiado y te has enfadado.

—Contigo nunca podría hacerlo —se apresuró a contestar.

Ella lanzó una risita pícaro.

—¡Porque todavía no has tenido oportunidad!

Zachary ladeó el rostro y la contempló durante un instante.

—Ni siquiera así —afirmó.

A su vez, ella lo observaba con atención, arrugando el ceño.

—Oh, Dios mío. ¿Acaso te ha picado algún insecto exótico en alguno de tus viajes? Porque recuerdo haber escuchado alguna vez lo insoportable que puedo llegar a ser. Esas palabras salieron de tu boca.

Él desestimó sus palabras con un gesto.

—Sería cuando no eras más que una cría entrometida, y no hacías más que seguirnos a tu hermano y a mí para escuchar nuestras conversaciones.

Además, esos viajes de los que hablas son de lo más aburridos: solo de Estados Unidos a Inglaterra, una y otra vez.

Claudia chasqueó la lengua de un modo que su tía censuraría.

—Entrometida, ¿eh? Estás hiriendo mi orgullo. ¿Acaso se te han olvidado los modales, rudo escocés?

Su tono jocoso evidenció que el comentario no la había lastimado en absoluto, así que Zachary cruzó los brazos sobre el pecho, estiró su cuerpo, le lanzó una profunda mirada y añadió:

—Mejor eso que ser un inglés estirado. Todos esos cutis pálidos y enfermizos desalientan a cualquiera.

Se quedó callado esperando su respuesta.

Ella fingió indignación.

—¡Eres un salvaje criado entre ovejas!

Fue su turno en sonreír.

—Y estoy orgulloso de ello. Por lo menos los escoceses trabajamos con nuestras propias manos. O simplemente trabajamos —aclaró con una pizca de malicia, esperando que ella replicara al momento.

Claudia puso los brazos en jarras y sus ojos centellearon.

—¿Quieres decir que nosotros no?

—Exacto. Desperdiciáis demasiado tiempo bebiendo té.

—Santo Cielo, qué blasfemia. Reunirse para beber té es un acto de lo más civilizado. —Él rio de buena gana ante su ocurrencia, al tiempo que las mejillas de Claudia adquirían un tono escarlata—. Oh, Zachary. Me estás entreteniendo a propósito. Eres perverso.

Él alzó una ceja

—¿Por qué haría tal cosa?

—¡Tú lo sabes!

—Que yo recuerde has empezado tú. A pesar de mis humildes orígenes me estaba comportando como un caballero. Ni siquiera hemos escuchado un murmullo escandalizado de tu carabina.

Ambos desviaron la mirada hacia la doncella que, efectivamente, permanecía en silencio. Sin embargo, Zachary no consiguió librarse de su mirada desdeñosa.

—Creo que a Eloise no le gustas —declaró Claudia con acierto y en voz baja—. Ahora, deja de molestarme de una vez y enséñame, por favor —le

pidió ella, juntando las manos, mientras dejaba a un lado las burlas. Se la veía ansiosa—. La incertidumbre me mata —dijo echando un vistazo a su alrededor—. ¿Dónde está?

—¿Quién?

—No te hagas el inocente conmigo. No se trata de quién, sino de qué.

Jason me dijo que me traerías unos regalos.

Él negó con la cabeza.

—No sé nada al respecto.

El rostro de Claudia mostró desilusión.

—¿Ni siquiera un paquete pequeño?

Zachary trató de mantener su expresión serena durante un poco más de tiempo para alargar la intriga, pero ver a Claudia sufriendo, aunque fuera mínimamente, le resultó difícil. Él sabía cuánto deseaba recibir los obsequios que su hermano preparaba para ella con esmero. Daba igual que fuera un libro, una cajita de piel o un tarro de mermelada casera. Para ella, todas esas cosas eran mejor regalo que cualquier joya que recibiera jamás.

Sin perder más tiempo, se apartó hacia un lado y señaló el sofá de madera de haya con molduras de bronce dorado y tapizado en terciopelo verde.

—Adelante —la animó él.

La vio hacer un mohín con los labios.

—No quiero —replicó ella, creyendo que Zachary le ofrecía asiento.

—No te comportes como una niña —dijo con delicadeza—. Mira detrás.

Claudia dio unos vacilantes pasos hacia adelante y rodeó el sofá, puesto que el respaldo impedía ver el otro lado.

Abrió los ojos como platos. En el suelo había un tosco baúl, pero ella comprendió que lo más valioso aguardaba en su interior.

—¡Zachary, cómo me has engañado! —gritó sin mirarlo, llena de emoción.

Él reprimió una sonrisa—. Te perdono porque me encantan las sorpresas.

Zachary prefirió no decir en voz alta que no podía tratarse de una sorpresa cuando ya estaba advertida de ello.

—¿A qué esperas?

Claudia apartó la vista del baúl y clavó la mirada en su rostro.

—Entonces, ¿puedo abrirlo ya?

Zachary se encogió de hombros.

—No me pidas permiso. Es todo tuyo.

Claudia, impaciente, se arrodilló y abrió la tapa con las manos temblorosas, consciente de que las cartas y esos regalos que llegaban de tanto en tanto eran el único vínculo que le quedaba con su hermano Jason.

La vio retener el aliento mientras contemplaba el fajo de sobres sujetos con una cinta de color lavanda. Estiró la mano para dejarlos en el suelo con cuidado.

—Las dejaré para más tarde —musitó con aire ceremonial. Zachary supuso que esperaría a que él se marchara para poder encerrarse en su habitación y leer todo lo que habría escrito en ellas.

«Se alegrará cuando lo sepa», se dijo, puesto que él ya conocía la noticia.

Su amigo se lo había revelado hacía muy poco. Sin embargo, no era misión de Zachary contárselo. Dejaría que fuera el propio Jason, con sus palabras, el que lo hiciera.

Era lo correcto.

Dejó a un lado sus pensamientos y se concentró en lo que hacía Claudia, que parecía desconcertada ante la muñeca de tela que sujetaba en sus manos.

Se acercó a ella y se agachó a su lado.

—¿Qué sucede? ¿No te gusta?

Con el dedo índice comenzó a tocar el rostro rugoso y un tanto desigual de la muñeca, ataviada con un sencillo vestido de cuadros.

—Yo... sí... Por supuesto. Aunque hace mucho que dejé de jugar como si fuera una niña. —Ahora era una mujer comprometida—. ¿Es un regalo de mi hermano?

Zachary negó con la cabeza.

—De tu sobrina —aclaró—. Cuando recibió la hermosa muñeca de madera

que le regalaste para su cumpleaños, ¿sabes lo que hizo?

Fue el turno de Claudia, en negar.

—No.

—Corrió a su habitación y dijo que esta era para ti, para que no te sintieras sola.

—Oh, Dios.

Las lágrimas afloraron en sus ojos con una rapidez inusitada, acompañadas de un sollozo. La emoción la embargó y tuvo que cubrirse la boca con la mano para mitigar los efectos de aquella declaración.

A Zachary se le encogió el corazón.

El distanciamiento físico con su hermano duraba ya unos años, lo cual no podía ser fácil para ninguno de los dos, queriéndose como lo hacían. Ese era uno de los precios que Jason debía pagar, al anteponer su felicidad por encima de todo. Pero afectaba también a Claudia.

—Esa niña te adora. —Tontamente, creyó que esas palabras servirían para que ella se recompusiera, sin embargo, los sollozos se hicieron más fuertes.

Zachary se maldijo en silencio por su torpeza y sintió el deseo irrefrenable de consolarla. Así que saltándose esas reglas del decoro impuestas por la sociedad, la rodeó con sus brazos para tratar de calmarla.

Una silla cayó al suelo en ese momento, ocasionando un sonido intenso.

—¡Señor McGlaton, aparte sus sucias manos de lady Claudia o me veré en la obligación de avisar a lady Mildred! —escucharon decir a la indignada doncella, que parecía tomarse el papel de carabina con mucho rigor.

Como si fuera fuego ardiendo, Zachary se echó hacia atrás de inmediato, levantándose y volviendo a mantener la distancia que acostumbraba. Su postura corporal se tornó rígida por completo, al igual que los músculos faciales. A su vez, el llanto de Claudia cesó y también se puso de pie. Tomó el pañuelo de lino que amablemente él le ofreció mientras se secaba el resto de lágrimas en el más absoluto silencio.

El ambiente se tornó tan tenso que podía resquebrajarse con un tímido suspiro.

Se frotó las manos, sintiendo un frío atroz causado por el miedo, que bajó por su espina dorsal hasta llegar a los pies. Si la doncella personal de su tía llegaba a hablar, las consecuencias serían catastróficas, pues un error como aquel podría costarle un precio demasiado alto que pagar.

Solo cuatro años antes, ella era feliz. Acababa de regresar de un viaje por Europa y, arropada por sus hermanos, soñaba con su presentación en sociedad, que tendría lugar unos meses después. Entonces no era más que una muchacha soñadora e ilusa que esperaba encontrar un caballero de antiguo linaje que fuera digno de su amor. Esas eran sus únicas aspiraciones, a decir verdad. Tal

vez temiera que, como tutor suyo y cabeza de familia, su hermano Ashton quisiera casarla con alguien que no fuera de su gusto, porque como duque de Redwolf, su hermano Ashton tendía a imponer su voluntad a los demás. No obstante, contaba con Jason como aliado; al igual que con su cuñada Johanna.

Después de eso llegó la violenta tormenta y Claudia ya nunca volvió a ser la de antaño.

¡Cuánto habían cambiado las cosas desde entonces!

Durante un tiempo ocultaron a todos los que estaba sucediendo en el seno de la familia: su desmoronamiento. Tanto Ashton como Johanna y Claudia trataron de aparentar normalidad en sus vidas, si bien permanecían envueltos en una mezcla de aturdimiento, estupor y negación. Ni siquiera su tía Mildred fue conocedora de la fuga de Jason, puesto que las excusas para explicar su ausencia eran creíbles. Sin embargo, con el paso de las semanas, la ira y la amargura de su cuñada fueron haciéndose cada vez más presentes, mientras que Ashton se encerró en sí mismo. Tachó a su propio hermano de cobarde y lo desterró de sus pensamientos para siempre.

Claudia nunca supo cómo llegó, solo que el escándalo se cernió sobre ellos con la fuerza de un diluvio bíblico, convirtiendo las consecuencias en devastadoras.

La situación se tornó precaria para los Morton. A pesar de su elevada posición social, puesto que hasta entonces Ashton gozaba de la simpatía de la reina Victoria, pareció como si la familia estuviera infestada por la peste, ya que la mayoría de sus vecinos, amigos o conocidos pasaron a eludirlos y a poner excusas.

Pese a ello, no podía culpar a su hermano Jason por haber sido lo suficientemente valiente como para romper las normas establecidas por la sociedad y seguir los dictados de su corazón. Gracias a aquello, consiguió una hermosa y maravillosa familia que a Claudia le gustaría conocer alguna vez. Ella no lo odiaba, no; lo amaba demasiado para hacerlo. Sin embargo, si tía Mildred le prohibía ver a Zachary, tal vez también hiciera lo mismo con las

cartas que solía mandarle a su hermano.

Regresó al presente para enfrentarse con la doncella y tratar de impedirlo.

—Eloise, no será necesario molestar a mi tía —dijo de un modo conciliador y haciendo un esfuerzo por aparentar calma, como si nada extraordinario sucediera. Sin embargo, el peligro era real, puesto que un hombre y una mujer, solteros ambos, no podían abrazarse si no eran familia —. El señor McGlaton solo pretendía ser cortés y serenar mi ánimo. ¿Verdad que sí?

Zachary asintió de inmediato.

—Está en lo cierto. Nunca he sido capaz de dejar llorar a una dama. No está en mi naturaleza.

Sus palabras no lograron convencerla.

—Yo sé muy bien lo que pretendía —gruñó la mujer, para luego amenazarlo usando el dedo índice—. ¡No permitiré que mancille su nombre! —exclamó, dirigiéndose únicamente a él—. ¿Me comprende?

—¡Vamos, vamos! —A pesar de la fuerte oposición, él trató de calmarla.

Se acercó a ella y levantó la silla para depositarla en el lugar que le correspondía—. Respeto mucho a lady Claudia, por lo que jamás osaría sobrepasarme con ella —aclaró—. ¿Por qué no se sienta de nuevo? Le traeré un poco de té.

Zachary se acercó a la mesilla donde una de las doncellas había depositado una bandeja de plata con una tetera caliente, antes de la llegada de Claudia.

Sirvió una taza y se la acercó a Eloise.

Ella lo miró como si se tratara de un regalo envenenado.

—Todos los hombres son iguales, dejándose llevar por los libidinosos deseos de la carne. Usted no es distinto a los demás. Quien esté libre de la culpa, que tire la primera piedra.

Claudia abrió los ojos desmesuradamente y sus mejillas se encendieron, mientras aquellas palabras seguían resonando en sus oídos. Estaba absolutamente asombrada por el modo de hablar de la doncella personal de su tía, puesto que siempre se había comportado como una mujer callada y serena,

no como una moralista.

No pudo evitar excusarse antes de que Zachary tomara la palabra y el efecto resultara ser perjudicial. Cuando él creía tener razón, en cuanto a aspectos importantes, defendía su postura de un modo muy vehemente; lo que podía empeorar la situación.

—Eloise, cuán equivocada está. Como he dicho, solo se trataba de un gesto gentil.

La doncella se santiguó.

— *Así que les digo: Vivan por el Espíritu y no seguirán los deseos de la naturaleza pecaminosa* —recitó de memoria—. Gálatas 5:16.

Claudia cerró los ojos durante un segundo, haciendo un esfuerzo supremo para no exasperarse. Y ella no era la única que se encontraba en aquel estado.

Zachary debía de estar perdiendo la paciencia a pasos agigantados, porque su profunda inspiración le indicó que no se mordería la lengua eternamente, aunque ardiera en el infierno por ello.

Por supuesto, Zachary tenía unos modales exquisitos y sabía comportarse tal como dictaban las normas de la sociedad. No obstante, eso no significaba que se apegara a todas ellas con fervor, porque siempre había dicho que los ingleses eran demasiado rígidos. Así pues, aquella cita de la Biblia y sus alusiones a lo pecaminoso lo estaban impacientando.

—No sea terca y disfrute de su taza de té —le pidió Claudia con amabilidad, en aras de la concordia—. Le prometo que, mientras tanto, nos sentaremos cada uno en un sofá, a una distancia de lo más aceptable. ¿Le parece?

Quince minutos después, Claudia había recogido el contenido del baúl, que aguardaba a sus pies, y ambos se encontraban enfrascados en una amena conversación sobre Jason y su vida en Connecticut. De tanto en tanto se escuchaba un murmullo emitido por la doncella, aunque en un pacto silencioso tanto Zachary como Claudia acordaron ignorarla.

—Jason está orgulloso de poder ofrecer sus servicios como abogado a todos los habitantes de Frederickstown; incluso a los más desfavorecidos. —

Aunque para ello tuvo que estudiar y aprender todas las leyes estadounidenses —. Hace unas semanas le pagaron con una gallina.

Claudia ya conocía la historia, si bien eso no evitó que riera de buena gana igualmente. A través de las cartas de su hermano y de Ayleen —que era quien más detallaba—, así como los vivos relatos de Zachary, con los años, ella se había formado una imagen mental de Frederickstown que no distaba demasiado de la realidad. Así pues, sabía que la maestra tenía dos pretendientes; conocía los titulares del Morning's Express —que provocaban urticaria en alguno de los vecinos—; estaba enterada de las peleas en la taberna de Thomas Harper e incluso podía imaginarse dando vueltas por la tienda de ropa femenina de Chantal Moods.

¿Quién iba a pensar que el hijo de un duque iba a terminar viviendo tan lejos y de un modo tan sencillo? Claudia nunca había puesto un pie en aquel pintoresco pueblo y tal vez nunca lo hiciera. Esa era la amarga verdad. Sin embargo, sabía que su hermano era feliz. Y con ello se contentaba.

—Antes de que regreses a Estados Unidos, yo también prepararé unos regalos para ellos —sobre todo para sus sobrinos, aunque fueran unos dulces que soportaran un viaje en barco, en tren y en carruaje, pues sabía que ellos lo agradecerían. Zachary residía en Philadelphia desde mucho antes de la llegada de Jason a Estados Unidos y el escocés se tomaba descansos de vez en cuando en el pueblo en el que vivía la nueva familia Morton. Así que compartir aquellos momentos con él lograban acercarla más a su hermano—.

Te encargarás de entregárselos como siempre, ¿cierto? Así estaré segura de que llegan a su destino.

Él asintió.

—Sabes que estoy a tu servicio. Soy el mensajero de los hermanos Morton —dijo con una sonrisa en los labios.

Claudia se la devolvió, divertida y complacida a la vez.

—Así me gusta; siempre servicial, como un caballero andante. Aunque no esperarás ningún pago por ello...

Él la miró con intensidad, como si estuviera considerando seriamente la respuesta.

A Claudia se le erizó la piel, aunque no tuvo tiempo de pensar en aquella reacción, porque él contestó:

—Con tus cartas me doy por satisfecho.

La sonrisa de la joven se agrandó.

—Zachary McGlaton, ¿estás admitiendo que te gustan?

Aquel intercambio había comenzado de forma inocente tiempo atrás, cuando Claudia le escribió a la dirección de Philadelphia para agradecerle lo que estaba haciendo por Jason y ella. Lo que fuera un gesto esporádico terminó convirtiéndose en una agradable costumbre.

A veces se preguntaba si Zachary le contestaba por pura cortesía o si le interesaba lo que ella decía. Porque, a decir verdad, ¿qué importancia podría tener para un abogado que residía la mayor parte del tiempo en una ciudad al otro lado del Atlántico, su opinión sobre lo que la rodeaba? Sin embargo, ella no deseaba dejar de hacerlo.

Con el tiempo había descubierto que aquel escocés de aspecto un tanto rudo era afable, sincero, divertido e ingenioso.

—No has contestado —insistió Claudia cuando Zachary permaneció callado—. ¿Acaso no vas a satisfacer la curiosidad de una dama?

Él eludió la respuesta como un bribón.

—Solo diré que para ser una joven a quien no le gusta leer porque piensa que es una pérdida de tiempo, debes pasar muchas horas sentada tras un escritorio, porque parece sentir una «gran» inclinación por la prosa.

Ella meneó la cabeza, pensando en la palabra en la que Zachary había hecho hincapié.

—Oh, no. ¿Quieres decir que mis cartas son largas y tediosas?

Si era cierto se llevaría una desilusión.

—¿Tú qué crees?

Claudia frunció los labios, un tanto pensativa.

—Pues que son apasionantes y divertidas. ¿Qué, sino? —Tal vez fuera una pequeña exageración, pero no las consideraba aburridas en absoluto—. Eres un necio si las consideras de otro modo.

Lo vio elevar una ceja, pero sin perder la sonrisa socarrona.

—Tienes una gran confianza en ti misma.

—Y tú un don para eludir las preguntas —replicó, empezando a darse cuenta de que él nunca le ofrecía la respuesta que ella deseaba. Muy al contrario, se estaba divirtiendo observando su reacción.

—Estoy acostumbrado. Soy abogado.

Claudia se dijo que no iba a ganar una escaramuza verbal, puesto que Zachary estaba demasiado acostumbrado a bregar batallas más grandes a causa de su trabajo. Así que era mejor dejarlo por aquella tarde y proseguir con la conversación anterior.

—Esta vez, ¿cuánto tiempo vas a estar en Inglaterra? ¿De cuánto dispongo?

—¿Temes que huya en mitad de la noche sin despedirme?

Claudia clavó la mirada al cielo.

—Oh, Dios. Eres incorregible. Voy a estar unas semanas fuera de Londres —le explicó sin entrar en detalles—. Detestaría que te marcharas sin los regalos por no haberlo planeado con antelación.

—No te preocupes. Esta vez me quedaré dos meses, aproximadamente.

Ella se sorprendió. Era mucho más tiempo de lo que acostumbraba.

—Vaya...

—Los negocios de Smuth son cada vez más ambiciosos y le han propuesto una inversión que está deseando considerar.

—Y te quiere a su lado.

Zachary se encogió de hombros.

—Dice que dos pares de ojos son mejor que uno.

Claudia resopló.

—Menuda forma de decir que confía en ti. Mereces un reconocimiento mejor, ¿sabes? Trabajas para él desde hace mucho, dedicas casi tu vida entera

a ello y además te comportas con humildad. Un hombre que causa tan poco alboroto como tú debería ser alabado más a menudo.

Por un momento, ambos se quedaron en silencio, pero fueron las últimas palabras de Claudia, haciendo mención al alboroto, lo que hicieron reaccionar a Zachary.

Echó un vistazo rápido a Eloise y decidió bajar la voz.

—¿Hay alguna noticia sobre ella?

La joven arrugó la frente, confusa.

—¿A quién te refieres?

—A Johanna —contestó, como si temiera decir su nombre o que la doncella escuchara más de lo debido.

Claudia se perturbó de un modo visible.

—¿Por qué lo preguntas? —Agitando la cabeza, no esperó su respuesta y terminó precipitándose en sus conclusiones—. ¿Es Jason quien quiere saberlo? Porque te pedí expresamente que no se lo contaras. Era un secreto.

—Su voz sonó más seca de lo habitual, reprochándole su falta de sensibilidad —. Mi hermano no debía saberlo.

Si llegaba a enterarse de lo que se había visto forzada a hacer Johanna, tal vez nunca alcanzara la felicidad plena, con otro peso sobre su conciencia.

Saberse culpable de la desdicha de la esposa que había jurado honrar ante Dios ya era suficiente como para añadir más cargas.

Zachary pareció dolido porque dudara de ese modo, si bien solo apretó los labios, antes de decir:

—Claudia, calma. Yo no he hablado con él de Johanna —aclaró—. Es cierto que de tanto en tanto me pregunta, pero yo le digo que no sé nada al respecto y que no la veo nunca, ya que mantenemos mis visitas en la más estricta reserva. Yo solo la he nombrado por si había noticias nuevas.

La mirada de Claudia descendió hasta el suelo, avergonzada.

—Lo siento. Estoy muy sensible respecto a este tema porque no es sencillo para mi familia.

Zachary asintió. Lo entendía perfectamente.

—Disculpa. Debí haberme mantenido callado.

Claudia desestimó su comentario con un gesto al aire.

—Oh, Zachary, no es necesario. Me gusta hablar contigo, aunque sea de situaciones feas.

Suspiró.

Quién lo iba a decir, pero él se había convertido en la única persona con la que podía sincerarse. Por lo menos, en cuanto a aspectos familiares. Porque ella ni siquiera osaba hablar de ello con su prometido. Hamilton mantenía una opinión dura sobre Jason y, al igual que Ashton, lo consideraba persona *non grata*. Y si Claudia defendía a su hermano sabía que terminarían peleándose.

Así que ambos habían decidido que era mejor no mencionarlo.

Desde que Angy se casó y se marchó a construir su nuevo hogar con Robert, Claudia no se sentía del mismo modo que antes con ella. Ya no eran dos muchachas atolondradas e inseparables. Su prima se mantenía en un constante estado de felicidad, salpicado con un toque de conservadurismo aparecido tras su matrimonio, por lo que ella no osaba confesarle sus preocupaciones.

—Un divorcio, lamentablemente, lo es.

Claudia lo miró fijamente.

—Lo cierto es que los Morton han decidido mantener un muro de silencio, tanto entre nosotros como para los demás. Nadie, salvo yo contigo, lo rompe.

Incluso su tía la rehuía cuando ella deseaba preguntarle.

—Es del todo comprensible. Johanna ha dado un paso que la sociedad considerará escandaloso. Los chismosos se frotarán las manos.

Claudia gruñó, solo con imaginarlo. ¿Una mujer divorciándose? Aquello era tan poco usual, y los motivos tan jugosos, que los Morton volverían a ser el centro de atención. Sin embargo, la más perjudicada de todo aquello sería su cuñada. Y no lo merecía. Ya había sufrido demasiado por el abandono de Jason.

—La considero una mujer valiente, más con lo que está por llegar.

No había duda. Pese a tenerlo todo en contra, pidió el divorcio y estaba más que dispuesta a seguir adelante. Johanna había dejado de conformarse con ser una Morton sin esposo para el resto de su vida.

—Entonces, la situación es la misma que la última vez.

La expresión de la joven reflejó tristeza.

—Me temo que sí. Ashton siempre ha respetado y admirado a Johanna.

Trató de hacerla razonar, apelando al honor de la familia, si bien resultó imposible. —Y eso que su hermano podía ser el hombre más persuasivo de Inglaterra, si se lo proponía—. Ni siquiera el argumento sobre el estigma que caerá sobre ella consiguió que se amedrentara.

—¿Y Ashton no está considerando usar otros métodos para lograr su objetivo?

Claudia arqueó una ceja.

—¿Métodos? ¿Qué quieres decir?

Zachary estaba indeciso. Durante un instante sospesó sus palabras, para terminar contestando:

—Nada —dijo escuetamente. Era más prudente no proseguir y revelar sus pensamientos.

Claudia no estuvo de acuerdo.

—No puedes lanzar una pregunta así y luego retractarte.

Al parecer, sí podía.

—Lo siento. No debí haber abierto la boca.

—Zachary...

—Acéptalo, Claudia. No quiero ser grosero y lanzar un comentario que te moleste. Es mejor dejar esta conversación. Al fin y al cabo es tu hermano.

Pero ella no pareció dispuesta a dejar la conversación.

—A ti no te gusta Ashton —afirmó con contundencia, dejando a Zachary en silencio.

Parecía haber acertado.

—No se trata de si me gusta o no —respondió al cabo de unos segundos—.

Mi opinión o sentimientos respecto a su persona poco importan.

—Estás dándome la razón —afirmó Claudia—. Tus palabras reflejan más de lo que crees. Es por Jason, ¿no es así?

Zachary era leal a su amigo y ella lo admiraba por eso, pero ninguno debía olvidar que la situación en la que se había metido su hermano hubiera resultado insostenible de haber decidido empezar su nueva vida en Inglaterra.

Allá donde fuera se terminaría conociendo su pasado, por lo que poner el océano de por medio había sido la mejor solución para todos. Una solución triste, eso sí, a causa de la distancia.

Zachary la observó con seriedad y atención.

—No tengo hermanos pero, de tenerlos, ellos serían lo primero para mí; sin lugar a dudas. No importan los pecados que cometieran mientras su alma fuera pura. Yo lo veo así: tal vez los actos de Jason sean moralmente reprochables, pero no merece que Ashton le dé la espalda.

Claudia se mordió el labio, pensando en cómo defender al frío y distante duque de Redwolf. La joven se encontraba dividida entre dos lealtades: las de sus hermanos, por lo que tenía decidido no tomar partido por ninguno de los dos. Ella conocía sus defectos, pero al mismo tiempo los amaba. Y así seguiría siendo para siempre.

Por supuesto, desearía que ambos hicieran las paces o que por lo menos acercaran posturas. Todo sería más sencillo para los Morton y sufrirían menos. Si por lo menos Ashton dejara de ser tan rígido y orgulloso, ella podría hacer de intermediaria. Sin embargo, él no estaba dispuesto a ceder en su postura.

Era tajante.

—Está sufriendo mucho con todo esto. Lo sé. O por lo menos es lo que quiero creer. Ashton puede ser tan duro como el granito, pero bajo su pecho sigue latiendo un corazón.

Zachary chasqueó la lengua.

—Yo no afirmaré que tuviera uno. Ha condenado a su hermano para el resto de su vida y tú te has visto forzada a escribirle a escondidas como si se tratara

de un furtivo. No me parece que tenga mucho corazón —dijo—. Es más, estoy convencido de que si Ashton pudiera, obligaría a Jason a regresar y retomar sus obligaciones.

Claudia no pudo negarlo, ya que para su hermano mayor el deber estaba muy por encima de la felicidad.

—Por eso mismo pienso —prosiguió Zachary con calma—, que no se conformará con una simple negativa de Johanna. No tolerará otro escándalo.

—¿Y puedes culparle? Comprendo la difícil posición en la que ella se encuentra y lo desgraciada que debe sentirse, pero yo también desearía que no hubiera dado ese paso.

Era egoísta de su parte, pero creía que era mejor mantener las aguas serenas. Aquella era la mejor solución para todos, menos para Johanna, le dijo su conciencia.

—No hablamos de sentimientos, sino de anticipaciones. Ashton es un hombre astuto. Y justo por eso mismo tendrá un as bajo la manga.

Claudia arqueó suavemente una ceja.

—¿De qué tipo? Eso no está en sus manos.

Ella sabía que la decisión era firme. De otro modo, Ashton no estaría tan preocupado.

Zachary pensaba distinto.

—Claudia, eres muy inocente. Tu hermano tiene poder y contactos en Inglaterra. ¿De verdad crees que no pondrá obstáculos al divorcio? Da igual si siente estima o no por Johanna; la reputación de los Morton está por encima de todo. Solo con mover unos hilos y dificultar la tramitación será suficiente para retrasarlo eternamente.

Ella parpadeó, imaginando lo que Zachary relataba.

—Estás insinuando que mi hermano es un hombre retorcido y que actúa en beneficio propio. Eso no me gusta.

—No digo que lo sea —se excusó—. Solo está acostumbrado a salirse con la suya, como la mayoría de los lores. No puede permitirse que el nombre de

la familia vuelva a verse manchado. —Tamborileó los dedos sobre su rodilla con la mirada desenfocada, hasta que ladeó el rostro y posó los ojos sobre el rostro de la joven—. En este mundo que vivimos, los privilegios están por encima de la libertad. Ni siquiera tú estás tan ciega como para negarlo.

—Sigo sin creer que Ashton vaya a actuar de un modo mezquino con Johanna. Mi hermano es un hombre de principios y él la respeta —argumentó con sequedad—. Nos dijo a mi tía y a mí que fuéramos preparándonos para vernos salpicadas por un nuevo escándalo.

Zachary asintió con cierta desgana, aunque también con arrepentimiento.

—Si es así, me disculpo. Me siento como un tonto por haberte hablado de ese modo. He ahondado en un terreno demasiado personal y no me compete ser crítico con tu familia. Te ruego que no lo tengas en cuenta ni me juzgues con severidad.

Su petición pareció del todo sincera, por lo que Claudia hizo lo que le pidió.

—Oh, Zachary, Ashton no es ningún santo. Yo puedo atestiguar lo despótico que puede llegar a ser.

Después de la nefasta experiencia que resultó ser su primera temporada social, la joven se negó a tener otra. Odiaba la idea de ser el centro de atención, las miradas punzantes, las murmuraciones y los rechazos. Con indiscutible dramatismo, Claudia se encerró en Carmine's Place y perjuró que nunca más regresaría a una fiesta o un baile.

Ashton no se lo permitió.

«Los Morton no inclinamos la cabeza ni nos sometemos ante nadie. Te arrastraré, si es necesario —le dijo entonces con su habitual porte aristocrático, aderezado con un rictus de severidad—. Somos una familia distinguida y lo seguiremos siendo durante las siguientes generaciones».

«Te tomas tu papel de duque con demasiado rigor», replicó una Claudia enfadada, preparada para presentar batalla. Sin embargo, tras unas semanas sin apenas intercambiar palabra, ya sabía que por mucho que se resistiera su hermano terminaría ganando. Así que cedió y se vio obligada a acudir a los

actos más relevantes del momento.

Aquel no fue el único momento de tensión vivido entre ambos hermanos tras la marcha de Jason. El capítulo más importante tuvo lugar cuando Ashton encontró conveniente que Claudia se casara con el candidato que había elegido para ella: Hamilton Carver, conde de Radwick.

Fue esa «imposición» lo que la molestó realmente, porque Ashton ni siquiera tuvo en cuenta su opinión al respecto. Parecía que su corazón se había endurecido demasiado para escucharla.

Aun siendo consciente del escándalo que pesaba sobre la familia, Claudia hizo acopio de valor y se propuso no ceder. No obstante, las circunstancias no parecían estar de su lado y la balanza terminó inclinándose hacia la otra dirección.

«Dale una oportunidad», le pidió entonces su hermano, mostrándose dispuesto a razonar con ella.

«¿Respetarás mi decisión?», inquirió Claudia.

«Lo haré».

Con aquella promesa flotando en el ambiente, se tomó su tiempo para conocer a Hamilton, que resultó ser un caballero atractivo y encantador. Por supuesto, no estaba enamorada, pero al final se convenció de que aquel era su destino, dada su posición social. Lo hacía por deber, por el bien de la familia y porque, al fin y al cabo, algún día deseaba tener hijos propios.

Dada su experiencia, admitía que Zachary acertaba al suponer que a Ashton le gustaba imponer su voluntad, por mucha oposición que se encontrara. No obstante, en los momentos más cruciales dejaba ver su lado más irreprochable: el benévolo.

—No es retorcido —continuó diciendo ella, sintiendo el deber de matizar el carácter de su hermano mayor—. A veces...

Sus palabras se vieron interrumpidas cuando la puerta se abrió. No se trataba de ninguna de las doncellas, sino de lady Mildred Morton en persona.

Entró al salón con rapidez y se acercó al sofá donde se encontraba Claudia.

—Tu prometido está aquí —anunció con un deje de pánico en su voz.

Durante un instante, Claudia retuvo el aliento, confusa.

—¿Hamilton? ¿Dónde?

—En el salón —contestó restregándose las manos—. ¿Dónde va a ser, sino? Ha venido de visita con su hermana.

Claudia se puso de pie, impulsada por el enredo que se avecinaba.

Hamilton no podía encontrarse con Zachary; de lo contrario serían necesarias unas explicaciones que no estaba dispuesta a dar.

Miró a su tía, que se veía realmente alterada, y puso una mano en su hombro.

—No te preocupes. Podemos lidiar con ello.

Para conseguirlo solo debía componer su mejor sonrisa y actuar con naturalidad. Así su prometido no sospecharía que había estado viéndose con otro hombre, aunque entre ellos no existiera más que una relación de amistad.

Lady Mildred no lo vio del mismo modo. Sus ojos relucieron de exasperación.

—Santo Cielo, he sido demasiado blanda contigo. Debí de haber puesto unos límites más claros. ¡Por supuesto que me preocupo! —exclamó, aunque de inmediato bajó la voz—. Por lo menos yo pienso en tu reputación —le recriminó a su sobrina.

Claudia hizo un mohín.

—Tía, sabes que te adoro....

—No trates de engatusarme con palabras melosas. Esta vez no te va a funcionar. Los he hecho instalar en el salón delantero. Ahora mismo vas a venir conmigo y a comportarte como una dama. Mientras tanto, usted — señaló a Zachary sin una pizca de amabilidad—, permanecerá con Eloise durante diez minutos y después se marchará lo más rápido posible.

¿Entendido? —Tanto Zachary como Claudia asintieron en silencio—. Oh, niña, no vuelvas a meterme en semejante lío —murmuró su tía por lo bajo, mientras se daba media vuelta.

—Estoy tan complacida por tenerte aquí. ¿Cómo ha ido el viaje?

Claudia dejó que su tía y lady Ophelia Parrish se saludaran como era debido. Ambas se abrazaban como si hubieran pasado meses desde que se encontraran la última vez, cuando le constaba que no habían sido más de tres semanas. Por su parte, sonrió a lady Jane Conway, la que sería su anfitriona durante esas semanas, y apretó la mano enguantada que esta le tenía cogida con afecto.

Madre e hija las habían recibido al pie de las escaleras de su residencia de campo, en Somerset.

—Mis delicados huesos se han visto agitados por todo ese bamboleo infernal —aseguró su tía, poniendo una mano sobre su corazón—. Con todo ese barro, los caminos están prácticamente intransitables, por lo que el carruaje no ha dejado de dar sacudidas a derecha e izquierda. Pensaba que nunca íbamos a llegar.

—Cuánto lo siento —aseveró la anfitriona—. No ha dejado de llover en tres días con una intensidad desacostumbrada, incluso para esta época del año. Pensé incluso en cancelar la reunión, pero mi marido es muy puntilloso cuando se trata de negocios y se negó por completo. Dice que, en el campo, los

acuerdos llegan más rápido que en el ambiente formal de las oficinas de Londres.

—Bah. —Lady Ophelia desechó el comentario de su hija con un gesto de la mano y una sonrisa—. No la escuches, Mildred. No la hubiera anulado ni aunque su vida dependiera de ello. Mi yerno no tiene voz ni voto en cuestiones como estas.

Lady Jane ni se inmutó.

—De todos modos, nos alegra muchísimo que aceptaran reunirse con nosotros. Ha sido un inesperado placer contar con ustedes.

Como no podía ser de otra manera, ante tal despliegue de sinceridad, Claudia no tuvo más remedio que creerla. Por lo que contaba tía Mildred, su anfitriona adoraba salir del bullicioso Londres para poder agasajar a unos cuantos amigos en su antigua e ilustre finca familiar. Al ser solo la esposa de un baronet, esta no podía comparar su casa de la ciudad —mucho más pequeña y de reciente construcción— con las de otras anfitrionas con títulos más elevados. Una fiesta suya, por lo tanto, nunca gozaría de la popularidad y del prestigio deseado. Y como bien sabía, a pesar del escándalo familiar de los Morton, tener a la hermana del duque de Redwolf siempre podía resultar un añadido a quien no se dejaba llevar tanto por los convencionalismos. Sí, se lo debía a su tía y Claudia se sentía feliz.

—Por supuesto que sí —intervino lady Ophelia—. Además, tus huesos no me preocupan demasiado, Mildred. Si no te quejas por una cosa será por otra.

Vives para hacerme sentir culpable.

Ante tamaño despropósito, tía Mildred bufó ofendida. En cuanto a eso, Claudia y lady Jane se sonrieron. La amistad de esas dos mujeres se remontaba a su más tierna juventud. Nada les unía a los anfitriones salvo esa estrecha camaradería que todavía perduraba en el tiempo y que se había extendido también a ellos.

—¿Lord Radwick está aquí? —preguntó. Habían pensado en llegar todos juntos, pero los compromisos adquiridos por ella y su tía les impidieron salir

al mismo tiempo.

—Ayer antes de la cena —le confirmó su anfitriona—, escoltando a su hermana y su cuñado. Les esperábamos mucho antes, pero se toparon de lleno con la tormenta y tuvieron muchas dificultades para avanzar.

Tía Mildred, al escucharlo, se preocupó de inmediato.

—Nada grave, supongo.

—Nada que un buen fuego, un baño caliente y una cena reconfortante no aliviaran. —Se dirigió a Claudia—. Su prometido fue el que se llevó la peor parte al viajar a caballo, aunque no salió queja alguna de su boca. Ahora debe estar junto a mi esposo y otros caballeros. Decidieron acompañarlo cuando el temporal amainó bien entrada la mañana. Todavía no han regresado.

Cogieron los caballos y fueron a comprobar los desperfectos que la lluvia haya ocasionado. Estoy convencida de que no tardarán en llegar. Ian no dejaría pasar la hora del té por nada del mundo.

Mientras las doncellas se encargaban de sus pertenencias y los mozos las subían a las habitaciones que les correspondían, las cuatro mujeres se adentraron en el vestíbulo y se detuvieron al pie de las escaleras que ascendían al piso superior.

—Todavía faltan algunos huéspedes —les informó lady Jane—, aunque la mayoría ya han llegado. Estoy segura de que prefieren refrescarse y descansar un poco antes de bajar a tomar el té, que se servirá dentro de una hora y media.

—Sí, lo agradeceríamos, gracias. Por mucho que Ophelia diga que exagero, me siento fatigada. Pero Claudia, querida, si no lo necesitas...

—En ese caso —terció la anfitriona sin dejarla hablar—, la invito a unirse al resto de damas. Estaremos detrás de la casa, en el salón del piano, hablando y bordando. Solo debe preguntar a uno de los sirvientes o seguir el sonido de las risas.

Asintió satisfecha. Su tía tenía razón. El viaje no había sido sencillo, pero no se encontraba tan cansada como para abandonarse a un reposo tan largo.

Le apetecía charlar y distraerse. De hecho, lo que hubiera deseado era

ponerse el traje de amazona para salir a cabalgar. Tantas horas en un mismo espacio cerrado y con la única conversación de su tía terminaba agotándola.

Y aunque la quería con todo su corazón, ella necesitaba otras distracciones.

Lo ideal hubiera sido tener a Hamilton cerca y poder convencerlo para que la acompañara. Viendo que el encuentro ya no sería posible, al menos se distraería con la conversación de las demás mujeres.

Se despidieron de la anfitriona y de su madre y siguieron al lacayo, que las acompañó a sus aposentos, ubicados en la parte posterior de la finca, una junto a la otra. Le agradó el detalle. En lugar de entrar en la suya siguió a su pariente. La doncella ya tenía una tina de agua tibia preparada y tía Mildred se deshizo con rapidez de guantes, sombrero y abrigo para poder refrescarse.

Claudia se acercó a la ventana y apartó la cortina para echar un vistazo al exterior.

Se fijó en las nubes y suspiró.

—¿A qué viene ese suspiro? Espero que sea de felicidad.

Claudia sonrió a medias y giró la cabeza en su dirección.

—Solo tú deducirías algo como eso en base a tan poco.

—¿Contigo, querida? Siempre.

En respuesta, Claudia le sacó la lengua.

—Te estoy viendo.

—Por eso lo he hecho, tía.

—Entonces, no será necesario decirte lo poco que me complace tal despliegue de falta de modales.

No, no lo era, aunque sabía que no la estaba riñendo de verdad.

—Estaba mirando el cielo —confesó—. Deseaba que mañana hubiera escampado para poder salir a cabalgar pero, como siempre, el tiempo tiene opinión propia.

—Así es, querida, nuestro país es muy caprichoso en cuanto al tiempo.

Ahora, si me disculpas, de verdad necesito acostarme un poco.

Entendió que era hora de irse a su propia habitación, por lo que le dio un

beso en la mejilla y se despidió. Cuando entró en la suya, su propia doncella estaba terminando de sacar todas las prendas que había traído consigo.

—La estaba esperando. Deje que la ayude y podré ir a planchar el vestido verde. ¿Le parece bien, milady?

Claudia asintió. Era una prenda bonita y correcta para pasar el resto de la tarde y hacía juego con sus ojos. Se dejó deshacer la ropa y la dejó en combinación. Marjorie se marchó de prisa para no hacerla esperar.

A solas, se refrescó el rostro, el cuello y el escote, para acto seguido sentarse en el tocador. Repasó la imagen que el espejo reflejaba. Siempre era lo mismo. Conforme el tiempo pasaba, menos segura se sentía, no solo con su aspecto, sino con ella misma. Recordaba que solo unos años atrás creía comerse el mundo. Se sentía satisfecha con su físico y con cada aspecto de su vida. ¿Por qué había tenido que cambiar? ¿Por qué a su costa?

Se tocó la mejilla derecha, tan blanca y a salvo de cualquier imperfección que cualquiera pensaría que los hombres se morirían por acariciarla; su sedoso cabello negro, ahora recogido con una primorosa peineta de nácar, que suelto caía en una cascada de rizos perfectos; y esos ojos verdes, tan característicos de los Morton, y que una vez le dijeron que reflejaban la esencia de la pureza; las orejas, pequeñas y coquetas, que deberían estar acostumbradas a los flirteos susurrados; cejas bien delineadas, dispuestas a alzarse con coquetería; también los hoyuelos, que se asomaban al sonreír y que la hacían parecer dulce e ingenua; y esos labios, turgentes y en un tono carmesí, que deberían haber probado aunque fuera el ligero contacto de otros sobre los suyos.

¿Qué había mal en ella?

Claudia lo sabía: nada, absolutamente nada.

No era propio de ella dudar. ¿Acaso no era la hermana de un duque? ¿No era una dama de modales exquisitos? ¿No poseía una dote espléndida? ¿No era una muchacha divertida, hermosa o instruida? ¿No, no, no...?

Quizá sí. Era todo eso y más, aunque de nada parecía servir cuando a una

mujer le imponían al hombre con el que debía casarse porque nadie más quería acercarse a ella.

Suspiró de nuevo, aunque reflejando confusión y cierta rabia. Tal vez se equivocó al haberle insistido a tía Mildred para que aceptara la invitación.

Nadie la rechazaba abiertamente, pues tampoco les convenía. Lo único que hacían era apartarla de sus vidas. Por eso estaba en Somerset, en el hogar de un baronet y su familia. Si eso no lo decía todo...

Pero no, ella no era así. No solía sumirse en el pesimismo y eso mismo acababa de hacer. No tenía nada de lo que avergonzarse ni tampoco su familia. En el amor, el corazón mandaba, por mucho que eso chocara con las rígidas convenciones sociales.

Con el pecho un poco más liviano se levantó para pasearse por su habitación. Iba a disfrutar de esas semanas, lejos de las miradas y del aburrimiento, así que, cuando bajó media hora después buscando el saloncito al que se había referido su anfitriona, Claudia volvía a ser ella misma.

—Pase, lady Claudia, pase. —Lady Jane se acercó a ella con una sonrisa cuando la vio en la puerta.

—Buenas tardes —saludó.

Vio algunos rostros conocidos y otros que no. Y aunque todas dejaron sus conversaciones a medias para echarle un vistazo, el ambiente no le pareció frío y terminó por relajarse del todo. Se dejó pasear por la sala mientras le eran presentadas el resto de invitadas. La mayor parte eran las esposas de los hombres de negocios que habían acudido por invitación expresa del señor de la casa. El resto se dividía entre la baja y alta nobleza. De hecho, de las allí presentes, solo la hermana de su prometido —que le hizo un saludo con la cabeza— y ella misma eran las que ostentaban un rango superior. En general, todas le dedicaron alguna mirada interesada, pero resultaron amables.

—Tengo entendido que conoce a la señorita Merryweather. —Señaló a la joven que tenía enfrente. La observaba con una cálida sonrisa y ojos brillantes —. Ha estado preguntando por usted.

Se sintió segura.

—Por supuesto que sí. Hemos coincidido en varios eventos. ¿No es así, señorita Rosalind?

—Muy cierto. Solo que no hemos tenido la oportunidad de conocernos mejor —aseveró la otra.

Si Claudia no estuviera tan desencantada de la temporada y alejada emocionalmente de ella, quizá hubieran acabado por socializar con más frecuencia. En cambio, las habían presentado en una fiesta que no recordaba y ambas habían coincidido en otras tantas, pero sin pasar del saludo amable y unas frases de cortesía.

—Espero, entonces, que estas semanas sirvan para remediarlo —dijo lady Jane. Y las dejó solas mientras iba a atender a las demás.

Se hizo un silencio un tanto incómodo, pero la buena educación la forzaba a establecer una conversación. Al fin y al cabo, por lo que parecía, ambas eran las más jóvenes de esa reunión, lo que la llevaba a sospechar que iban a pasar tiempo juntas. A falta de algo mejor, se limitó a hacerle una pregunta insustancial.

—¿Está disfrutando de su presentación en sociedad?

—No —respondió Rosalind—. Es decir sí, pero no es la primera, sino la segunda.

—Oh, lo siento, no lo sabía. —Se le subieron los colores a la cara. Esa era una buena metedura de pata.

—No tenía por qué. El año pasado me limité a disfrutar. Solo este año me he centrado en buscar un marido.

El comentario le resultó extraño. Si lo que decía era cierto, lo más acertado hubiera sido quedarse en la ciudad, puesto que en el campo era mucho más difícil encontrar un buen candidato.

«O ella ya ha elegido y este se encuentra entre los invitados de su padre», reflexionó. No resultaba descabellado pensarlo.

Consideraba que Rosalind tenía buen aspecto con su pelo lacio, rubio y esos

ojos oscuros que a buen seguro conseguirían llamar la atención de un caballero respetable.

—Espero que encuentre lo que esté buscando.

El dramático suspiro de la joven la sorprendió.

—Si quiere que le sea franca, me resulta muy difícil escoger. Hay tantos caballeros apuestos e interesantes que una dama nunca sabe en quién fijarse.

La cuestión, según Claudia, no eran tanto los caballeros disponibles, sino que uno de ellos se fijara en una dama en concreto.

—Supongo que en alguien afín —sugirió.

—Es posible. Usted, por ejemplo, es muy afortunada por haberse prometido con el conde de Radwick.

Inclinó la cabeza en señal de agradecimiento. Decirlo en voz alta le parecía un engreimiento por su parte. Al fin y al cabo, no era ella quien lo había escogido.

La hermana del mencionado se acercó a ellas y las saludó. Rosalind se excusó de inmediato cuando su madre, también en la sala, le hizo señas.

—Lady Whittock, es un placer verla de nuevo.

—¿No habíamos quedado en que sería Fannie? Si vamos a ser hermanas deberías acostumbrarte a llamarme por mi nombre.

La hermana de Hamilton era de trato fácil y muy amable. Desde el anuncio de su compromiso había tenido un trato frecuente con ella y el marqués de Whittock, su esposo. Claudia se sentía a gusto hablando con ella.

—Lo intentaré, de verdad... Fannie.

Ella sonrió en respuesta.

—Así me gusta. —Tomó su brazo y se acomodó en él—. Acerquémonos a la ventana. Entiendo que os debo esta invitación.

Claudia se sonrojó bajo el escrutinio de la marquesa.

—Oh, sí. Tía Mildred pensó que...

—Shhh. —Levantó la mano para detener las posibles excusas—. No es necesario. De hecho, no dejó nada importante en la ciudad. No me

malinterpretes: me gusta la temporada. No obstante, resulta refrescante alejarse un poco. Siempre se vuelve con más ganas. ¿No crees?

Como la mujer esperaba una respuesta afirmativa, Claudia no dudó en ofrecérsela.

—En efecto. —De hecho, ella no lo creía así, pero las circunstancias personales de ambas mujeres eran diferentes, a pesar de los respectivos escándalos que cada familia arrastraba.

Cuando por la ventana vieron a un grupo de jinetes acercarse, Claudia supo de quiénes se trataban.

—La hora del té se acerca.

Lady Whittock rio por lo bajo.

—¿También sabes de la obsesión de sir Ian por la hora del té?

—¿Obsesión? —La miró con los ojos abiertos.

—Por lo que veo te han dado una versión dulcificada, pero no te preocupes por ello, resulta inofensivo. Ya ves, el té. —Volvió a reír—. Oh, creo que distingo a Hamilton, justo al lado de nuestro anfitrión.

Claudia también lo vio. Apuesto, atlético y todo un caballero. Había tenido mucha suerte.

«Y quizá, si lo repito un millar de veces más, termine por creerlo».

Era injusta. Muy injusta. De verdad que estaba contenta. Cualquiera en su situación saltaría de felicidad por saber dónde se metía y que, además, su prometido fuera un hombre decente que ella apreciaba mucho. Nadie tenía la culpa, salvo ella, de que siempre hubiera soñado con el amor perfecto, justo como Jason y Ayleen habían terminado por conseguir.

El sonido de los cascos de los caballos llegó a oídos de todas las damas, que se revolucionaron en un instante. Después de horas de mutua compañía, la ausencia masculina se hacía notar. Como Claudia había llegado hacía poco no estaba en las mismas condiciones que el resto. Incluso la marquesa se animó y tiró de ella hacia las demás.

Los hombres entraron en el vestíbulo poco después armando un buen

alboroto. Las mujeres abandonaron el salón y se unieron a ellos, lo cual no era habitual. Claudia suponía que, en ese ambiente más informal y alejados de las más altas esferas, se podía dar como válido. De hecho, lo prefería.

Hamilton la vio de inmediato y se acercó a ella con una sonrisa comedida, pero no por ello menos entusiasta. Su prometido era así. Le besó el dorso de la mano con afecto. Ella le sonrió.

—Me alegra verte. Estás hermosa.

El cumplido no la hizo ruborizar, aunque sí le causó placer.

—Y tú manchado de barro —contraatacó sonriente—. Sé de buena tinta que eres aficionado a él —adujo, en referencia a cómo llegaron a la finca la noche anterior.

—Así que ya te lo han explicado.

—Casi fue lo primero que supe al llegar.

—No fue un viaje divertido, te lo aseguro.

—Imagino que no. Espero que, al menos, vuestra ausencia —señaló a los demás hombres con la cabeza— signifique que valió la pena.

—Siempre. Sir Ian tiene una propiedad estupenda. —Miró alrededor—. ¿Y tu tía?

—Descansando. —La complació la atención que mostraba con ella—.

Bajará para la hora del té.

—Será agradable sentarse en un asiento cómodo, para variar. Llevo casi todo el día a caballo.

—Me hubiera gustado acompañaros.

Le dio unos golpecitos en la mano.

—Sabes que no podrías. Si lo deseas, mañana podemos ir juntos.

Era la invitación que más deseaba.

—Sabes que nunca puedo resistirme a una buena cabalgata.

—Como sé que no te importa, iremos temprano. Los anfitriones esperan a los americanos y prefiero tener un rato contigo a solas.

Lejos de preocuparla, la enterneció que se lo confesara.

—¿Americanos, dices? Lady Ophelia ha explicado algo, pero no dijo nada de su procedencia.

—Sir Ian está haciendo negocios con ellos. Algunos de los otros hombres están aquí por la misma razón. Me ha invitado a unirme si quiero.

No dijo nada más y Claudia supo que no era muy probable que lo hiciese.

No veía la necesidad de involucrarse.

Como la algarabía en el vestíbulo de la casa ya había durado demasiado, lady Jane dio unas palmadas para poner algo de orden y permitir así que los hombres pudieran ir a sus habitaciones para estar presentables a la hora del té.

Se fijó, entonces, en que uno de los caballeros le sonreía a la señorita Merryweather y se inclinaba para despedirse. Tal vez fuera quien interesara a la joven, aunque no sería ella quien preguntara. Claudia sabía ser discreta.

Tan pronto se alejó, Rosalind hizo un barrido con la mirada hasta dar con ella y se acercó con pasos ligeros. La tomó del brazo, casi colgándose de él, y la apartó hacia un rincón mientras las demás se dirigían de nuevo al salón de donde habían salido.

—¿Se ha fijado en el señor Morthmort?

Por supuesto, habiendo sido pillada observando, Claudia no podía decir que no.

—Un poco.

—Creo que está interesado en mí.

Por el modo en que lo dijo, con evidente falta de jactancia por su parte y como quien constata un hecho, Claudia no pudo encontrar nada reprochable en el comentario.

—¿Usted cree?

Pareció pensarlo solo unos segundos.

—Estoy segura, sí.

—Entonces, si el sentimiento es mutuo... —tanteó.

—Oh, no estoy segura —se quejó—. Sé por mi madre que resulta un excelente hombre de negocios, que tiene dinero y que es educado y galante.

De hecho, un matrimonio entre ambos sería beneficioso para todos.

—Pero...

Siempre había uno.

—Sus pestañas.

Claudia parpadeó, confusa. Se quedó esperando una aclaración que parecía no llegar, como si el comentario estuviera tan claro que no fuese necesario.

—Perdón. ¿Pestañas?

—En efecto. —Bajó la voz en un intento de hacerle una confidencia, aunque no fuera necesario porque ya no había nadie en el vestíbulo—. Las tiene muy largas, justo como debería tenerlas una mujer. Y ya sabe qué dicen...

¿Sobre las pestañas? No, no lo sabía. Claudia entendía cada vez menos.

—Refrésqueme la memoria, por favor.

—«Si un hombre tiene largas pestañas, desaparecen todas sus mañas» — citó.

Nunca jamás había oído nada semejante, más que nada porque parecía absurdo, sin sentido.

—Así que —tanteó—, un exceso de longitud en las pestañas masculinas...

—no supo cómo seguir.

—... Indica que el hombre en cuestión es poco diestro allí.

—¿Allí? —preguntó cuando Rosalind bajó todavía más el tono de voz—.

¿Dónde es allí? —Su mente trataba de elucubrar algo con sentido.

—Lady Claudia, no me haga decirlo. —La joven se había puesto colorada.

—Pues si no me lo explica, no soy capaz de entenderla.

—En la cama.

Fue apenas un susurro y Claudia no supo si lo había oído bien, pero la mirada huidiza de la joven y su ya tono escarlata en mejillas y cuello indicaban que, con toda probabilidad, no estaba sorda.

—Oh —soltó, porque no supo que más decir. Incluso ella se ruborizó un tanto—. ¿Está segura?

—Por supuesto. Mis amigas me lo explicaron. Doy fe de que es cierto. Una

de ellas...

—¡La creo, la creo! —espetó, sobresaltada. No tenía intención de escuchar nada más referido a eso.

—Pues bien, entonces comprenderá cómo me siento. Estoy indecisa.

Visto desde esa perspectiva, hasta ella dudaría. ¿Sería verdad? ¿A quién le podría preguntar? A tía Mildred no. A Hamilton tampoco. Solo de imaginar la expresión de su rostro al escucharla temblaba. Pensaría que era una desvergonzada, y con razón.

—Tiene motivos para estarlo, supongo.

—Querida. —La señora Merryweather llamó a su hija.

Claudia suspiró, aliviada por la interrupción.

—Ya estamos, madre, venimos ya.

Y arrastró a Claudia con ella de nuevo como si fuera un saco sin voluntad.

—He ganado de nuevo. —Claudia se recolocó el sombrero y le ofreció una espléndida sonrisa a su prometido.

Un mozo de cuabras los seguía desde una discreta distancia. De otro modo, Claudia jamás hubiera obtenido el permiso de su tía.

Adoraba montar y era muy buena haciéndolo. De hecho, era más experta que muchos hombres, utilizara el estilo que utilizara. Era capaz de ganar incluso cabalgando al estilo amazona, como, de hecho, acababa de hacer.

—Y no es la primera vez. —replicó su prometido.

Hamilton Carver no parecía ser un hombre al que le importara demasiado que una mujer lo ganara tres veces seguidas en una carrera de equitación. Era uno de los detalles que le gustaban de él. No obstante, no podía quejarse, puesto que en las tres primeras carreras, él se había alzado con la victoria.

—Lo sé. Ahora estamos empatados, así que...

—No, no, dejémoslo por hoy, Claudia. Deberíamos regresar.

Con un casi inaudible suspiro de fastidio, Claudia asintió. La mañana estaba muy avanzada y ellos habían salido muy temprano del hogar de los Conway. Por ello, sus estómagos estaban vacíos, puesto que el buffet de desayuno todavía no estaba servido cuando se levantaron. Aunque tenía hambre, ella

hubiera desechado una buena comida por la oportunidad de cabalgar unas horas más.

El día era precioso, con un sol radiante que no tardaría en secar los caminos; eso, si no volvía a torcerse el tiempo. A diferencia de la ciudad, el campo le ofrecía un sinfín de posibilidades en el exterior. Quizá antes no pensara lo mismo, pero ya había viajado por suficientes países como para saber que, en el fondo, todos eran lo mismo. Además, ella había crecido en Carmine's Place, en el condado de Buckinghamshire, en un ambiente muy rural. De hecho, no era la primera vez que la añoranza por su hogar la abrumaba. Ojalá todo fuera más sencillo.

—Está bien, Hamilton, volvamos.

Media hora más tarde —se habían alejado mucho debido a la insistencia de Claudia— divisaron Worthington Park y redujeron la marcha. Cuando entraron, cada uno se dirigió a su habitación para cambiarse; después bajarían a desayunar. No era tan tarde como para que hubieran retirado los alimentos del comedor. Claudia estaba segura de que tía Mildred, como otras tantas, todavía permanecía en sus aposentos. Lo cual se confirmó cuando llamó a su puerta y la voz familiar le dio permiso para entrar.

—Buenos días, tía. —Se acercó y le dio un sonoro beso. Sabía lo mucho que eso le gustaba.

—Buenos días también a ti, querida. —Observó su traje de montar y el sombrero que llevaba en la mano—. Regresas ahora, supongo.

La noche anterior le informó que saldría con Hamilton. Ella le pidió que llevaran con ellos a alguien más. Dijo que, incluso prometidos, era preciso mantener todo decoro. El comportamiento de ellos, más que el de otros, sería examinado con minuciosidad. Por suerte, incluso Hamilton, siempre dispuesto a guardar las formas, se puso de su parte. Añadió que estaban entre amigos y en un ambiente muy informal. Saldrían tan temprano que pocos lo sabrían y regresarían a tiempo para que nadie les echara de menos.

Tía Mildred no tuvo más remedio que ceder. Era en esos momentos cuando

agradecía muchísimo que Hamilton disfrutara de la equitación tanto como ella.

—En efecto. Voy a cambiarme. Después iré a desayunar. —Quería esperarla, pero echó un vistazo al atuendo de la mujer. Iba todavía en bata, aunque sí estaba peinada—. ¿Bajarás conmigo?

—Estaría muy bien. Solo me falta el vestido, pero no puedo hacerlo sola si Eloise no regresa. La envié a las cocinas a por información.

—Eso significaba que algo ha sucedido. —Interesada, y a falta de otra silla, tomó asiento a los pies de la cama—. Cuéntame.

—Hace poco más de una hora se formó un revuelo impresionante. Eloise me estaba peinando cuando oímos puertas abrirse y cerrarse. Supuse que habían llegado los americanos de los que oí hablar anoche en la cena, puesto que los sirvientes de la casa no hacían más que ir de un lado para el otro.

Eloise se asomó y oyó que hablaban de avisar a un médico. Algo sobre una rueda o un asalto; puede que incluso las dos. Es una lástima que estemos situadas en la parte trasera de la casa y no podamos ver nada interesante a través de las ventanas. Por eso la envié a las cocinas ya hace un buen rato.

Estoy muerta de curiosidad.

—Para que luego digan que en el campo no sucede nada. No hace ni un día que estamos aquí y los cotilleos no tardarán en sucederse. De todas formas, resulta extraño que haya subido a mi habitación sin ver ni a un triste lacayo.

Los pasillos estaban desiertos.

Con un delicado encogimiento de hombros, tía Mildred dijo: —Tal vez estaban demasiado ocupados realizando sus tareas. —Y dejó el tema ahí.

Como no podía esperar eternamente, Claudia la dejó con la promesa de ser lo más rápida posible. Ella también tenía curiosidad. Por suerte, su propia doncella, siempre tan eficiente, ya tenía su vestido de mañana preparado.

Había escogido unos de sus preferidos, de color rosa en las mangas, el cuerpo y la sobrefalda. El resto era blanco y tenía flores bordadas en la falda, así como un fruncido plisado en el escote que la favorecía mucho. Como su peinado permanecía casi intacto, apenas tuvo que retocar nada.

Cuando se presentó —apenas quince minutos después— en la puerta de la habitación contigua, Eloise ya había vuelto y ayudaba a su patrona a ponerse el vestido.

—¿Qué has descubierto? —preguntó sin preámbulos.

Esta la miró con sorpresa.

—Oh, vaya, tendrás que volver a repetirlo todo —afirmó la tía con fastidio—. No, mejor te lo resumo yo. Resulta que los americanos, que según Eloise son dos, tenían previsto llegar anoche, pero como los caminos estaban tan mal y llevaban más prisa de la recomendada, el carruaje sufrió un accidente y la rueda se rompió.

—Vaya. ¿Y tanto revuelo por eso?

—No, niña, si me dejaras terminar... El que no estaba herido inspeccionó los daños y, como no había solución, mandó al cochero a buscar ayuda. La mala suerte les siguió mientras oscurecía y entonces fueron asaltados por bandidos.

—¡Válgame Dios!

Ella no sabía que en Somerset hubiera bandidos. Aquello se ponía sumamente interesante.

—Cuentan que uno de los hombres se negó a que les robaran y que se enzarzó en una pelea con ellos. Al parecer, lo hirieron en el brazo, según dicen en las cocinas, y por eso han llamado a un doctor.

—¿Y qué ocurrió?

—Eso mismo estaba tratando de escuchar cuando tú has interrumpido.

Continúa, Eloise, por favor.

—Uno de los lacayos dice que solo eran dos y que llevaban pistolas, por lo que uno de los americanos, el hombretón...

—¿Hombretón? —interrumpió Claudia.

—Niña, mantente callada.

—Lo siento.

Eloise continuó sin que las facciones reflejaran nada más que la serenidad

de quien comenta el tiempo.

—Como decía, el hombretón los venció cuando apenas sí podía verse luz alguna. Los redujo de forma admirable, o eso comentó en las cocinas el cochero que les ha traído.

Aquella explicación le extrañó.

—¿Pero cómo podía saberlo él si no estaba allí en ese momento?

—Cielo, ¿puedes dejar de interrumpir? Haces que los chismes carezcan de gracia. —Su tía parecía exasperada por sus interrupciones.

—Es que no tiene sentido prestarles atención cuando ves que es imposible que hayan sucedido del modo en que los cuentan.

—¿Desde cuándo te has vuelto firme defensora de la veracidad de una simple habladuría? Con toda probabilidad, más tarde o más temprano sabremos la realidad de boca de los propios interesados, dado que son invitados de la casa. No hace daño a nadie y nos entretiene un poco.

La pulla, dicha con cariño, la hizo sentir un tanto culpable.

—Tienes razón, quizá he exagerado un poco. —El repentino alzamiento de la ceja de su pariente casi la hizo sonreír—. Bien, quizá ha sido más que un poco.

—Así me gusta.

—¿Tú los has visto, Eloise?

—¿A los americanos? No.

—Vaya. —Se apoyó en la pared con las manos en la espalda—. Si al final nada de eso ha sucedido como te lo han contado resultará muy decepcionante.

¿Os imagináis que un caballero fuera lo bastante fuerte y valiente como para hacer frente a dos maleantes?

Eloise terminaba de anudar los lazos traseros y no respondió. En cambio sí lo hizo su tía.

—Ahora sí vuelves a ser tú. No me extraña que lo digas como si fuera algo romántico e heroico cuando es todo lo contrario.

—¿Cómo puede no parecértelo?

—Porque no lo es. Me resulta más bien una temeridad. Con esa clase de gente, lo mejor es darles lo que piden. Al menos, así uno puede asegurarse seguir con vida.

—Creo que la que exagera ahora eres tú, tía. Un hombre debe ser capaz de defender lo que le importa, aun si es a costa de su propia integridad.

El bufido que salió de lady Mildred no resultó nada femenino.

—¿La oyes, Eloise? Parece que no ha aprendido nada en todos estos años.

Claudia se tensó y se puso derecha como un palo.

—¿A qué te refieres?

—No te enfades, niña. No era mi intención hacerte sentir mal. Solo trato de hacerte ver que, en esta sociedad en la que vivimos, ser valiente o seguir los dictados del corazón no está bien visto y trae consecuencias muy desagradables; ya sea la muerte, el desprecio social o la separación familiar; tanto da.

—Pues me sigue pareciendo una auténtica bobada. La nobleza de espíritu debería verse recompensada.

—En los cuentos y fábulas tal vez, cielo, pero no en la vida real. Claudia, no quiero volver al mismo tema de siempre. Con ello solo conseguiremos pelear.

Claudia hizo un esfuerzo por serenarse. El tema era complejo y ninguna de ellas podía arreglarlo por mucho que quisiera. Además, su tía y ella jamás habían reñido. No era su culpa que se hubiera sentido desdichada por ello.

—Tienes razón. Lo siento. —Se acercó a darle un beso. La complació que esta sonriera. Si no fuera por ella, su simple existencia sería mucho más gris —. Bien, ya estás perfecta. Es hora de bajar a desayunar.

En el comedor no se hablaba de otra cosa, aunque Claudia no quiso participar en la conversación. Se limitaba a escuchar cómo los demás cotilleaban sobre los recién llegados y sus circunstancias desfavorables.

Por fin las encontró la anfitriona. Pese a su sonrisa, lucía un rictus exhausto. Dedujo que los imprevistos de esa mañana alteraban unos planes muy estudiados.

—Las invito a salir al jardín de atrás. Hoy el día es espléndido y debemos aprovecharlo. —Se acercó a Claudia un instante—. Espero que no hayan tenido ningún contratiempo esta mañana —susurró.

Supo que se refería a la temprana cabalgata con Hamilton y sonrió por su preocupación y discreción.

—Ninguno en absoluto.

—Me alegro mucho. —Y ya no pudo decir nada más porque una de las invitadas la abordó en ese instante.

Aunque el sol todavía no calentaba demasiado, Claudia se puso un sombrero para salir al exterior. En el jardín había sillas esparcidas bajo un toldo. Al lado habían montado una mesa con bebidas frías. Un poco más al sur había cajas con juegos, pero no había nadie allí. Al parecer, los hombres no habían sentido la necesidad de salir.

—Están curioseando —respondió lady Whittock cuando Claudia se acercó y le preguntó.

—¿Cómo dice?

—Sí, curioseando, eso mismo. Y después se atreven a criticarnos cuando hacemos lo mismo. —Movi6 la cabeza con incredulidad—. Se han reunido junto a la habitación del herido para interesarse por el estado de ambos y enterarse de primera mano qué les sucedió.

—No habrán sido todos —tanteó Claudia.

—Del primero al último, querida Claudia; incluso Solomon.

Eso sí era una sorpresa. Lord Whittock no era un hombre muy sociable. Su temperamento callado y tranquilo no casaba con esa información. Su prometido le había contado que no era un individuo al que le agradaran las fiestas, recepciones ni nada que lo obligara a ausentarse de su casa. Si lo hacía era para complacer a su esposa; y solo cuando esta insistía mucho. Las pocas conversaciones que había mantenido con él habían reafirmado esa postura.

—Resulta intrigante.

—En efecto. Yo he pensado lo mismo. Si ha sido el propio Hamilton quien ha venido a buscar a mi esposo. Me pregunto qué deben tener esos americanos que han conseguido acaparar las conversaciones de toda la casa.

Viendo solo a las mujeres en el jardín, Claudia también se lo planteaba. Se imaginaba que, de un modo u otro, todas tenían puestas sus miras en lo que sucedía en el primer piso de la casa.

Estaba a punto de sugerir jugar a algún juego o pedirle a Rosalind —que estaba muy atenta a lo que su madre y otra mujer hablaban— que la acompañara a dar un paseo por los alrededores, cuando una repentina algarabía hizo que ella y el resto de damas giraran la cabeza en dirección a la mansión. Justo en ese momento, los hombres salían casi en manada charlando, lo cual indicaba que ya se habían enterado de todo y que podrían compartirlo con ellas.

Claudia los esperaba con una sonrisa de cortesía en el rostro, pero cuando hizo un barrido con la mirada, esta desapareció por completo. Parpadeó intentando discernir si estaba viendo mal, pero había cosas que no podían ignorarse ni pasarse por alto, sobre todo si se trataba de un hombre con el que estaba muy familiarizada y que, además, ostentaba una altura superior a todos los que lo acompañaban —y eso sin hablar de su corpulencia y otros muchos detalles—.

«Santo Cielo, ¿qué está haciendo aquí?».

Hamilton se acercó a ella y Claudia tuvo que dejar, con esfuerzo, de prestar atención a uno de los americanos que tan bien conocía para dedicarle una sonrisa a su prometido —temía que le hubiera salido un tanto trémula—. Se dejó besar el dorso de la mano y trató de ignorar las presentaciones que se sucedían a su alrededor. Más tarde o más temprano llegarían a ella y se sentía incapaz de reaccionar. ¿Cómo debía comportarse? ¿Y cómo lo haría él?

—¿Estás bien, Claudia? —Hamilton la observaba con un ceño fruncido—.

Pareces acalorada.

¿Se había ruborizado también? Esperaba que no. Lo que debería aparentar

era serenidad. Si alguien lo descubría y llegaba a oídos de Ashton, no sabía qué iba a hacer.

Le lanzó una mirada desesperada a su tía, que exhibía el entrecejo fruncido, sin duda fruto de la preocupación. Ella también lo había reconocido al instante.

—¿Claudia? —repitió Hamilton de nuevo cuando ella no le respondió.

—Uh, sí, estoy bien, lo siento. Es verdad que hace un poco de calor. —Se abanicó con la mano para dar énfasis a sus palabras—. Será debido a eso.

¿Ya os habéis enterado de las nuevas? —El ceño arrugado de él se incrementó—. Tu hermana me ha contado que los hombres habéis ido a curiosear.

—Oh, nada tan femenino y banal como eso. —Ahora fue Claudia quien entrecerró los ojos, ofendida por el insulto, aunque él ni se diera cuenta—.

Hemos ido a ofrecer nuestra ayuda, pero todo estaba bajo control. El otro americano, ahora no recuerdo ya el nombre, se ha quedado en la cama descansando después de que el doctor le vendara el brazo y se lo dejara puesto en cabestrillo.

No dijo nada más porque la anfitriona y el recién llegado ya se encontraban cerca de ellos. El ambiente se había distendido y los invitados habían dejado de estar pendientes. Suponía que los hombres estaban poniendo al corriente de las últimas horas a sus esposas.

—Y ya conoce a lord Radwick. Esta bella jovencita que está junto a él es su prometida, lady Claudia Morton. Querida, le presento al señor Zachary McGlaton.

—Es un placer, lady Claudia. —Él la contemplaba como si no se conocieran y se inclinó a modo de saludo, igual que había hecho con las demás.

El alivio la inundó y pensó que estaba siendo injusta con él. De hecho, nadie sabía tan bien como Zachary su situación y las consecuencias que recaerían sobre ella de saberse su relación.

—Encantada de saludarlo, señor McGlaton. Usted y su compañero han

revolucionado a toda la casa.

Y acto seguido se dio cuenta de que le había sonreído y le había hablado con demasiada franqueza.

Oh, qué tonta era.

—Eso parece. Espero que nuestra anfitriona sepa perdonarnos.

La aludida, por supuesto, dijo que no había nada que disculpar.

En su fuero interno, Claudia le agradeció a Zachary su presteza. Ni siquiera pareció inmutarse. Solo el repentino brillo de sus ojos le indicaba que había notado su traspie y que se regocijaba por ello.

Maldito bellaco. ¿Cómo se atrevía a reírse a su costa? Cuando pudiera hablar con él a solas le diría unas cuantas lindezas. No obstante, al acto supo que eso sería, no solo imprudente, sino un nuevo motivo de jocosidad para Zachary. Y en realidad, tampoco le importaba lo que le dijera. Ella solía disfrutar de sus escaramuzas verbales. Era un buen amigo y, por designios del destino, este les había unido en una estancia campestre. Si lo pensaba bien — y lo haría tan pronto estuviera lejos de cualquier ojo indiscreto—, tenía que agradecer que así fuera. No solo había conseguido eludir la temporada por unas semanas sino que, además, su presencia le daba un nuevo cariz.

Las siguientes palabras que pronunció salieron de su boca sin tratar de detenerlas.

—Me habían hablado de americanos, pero creo detectar un acento muy particular. —No, no iba a decir nada más.

—Ah, es una muchacha tan inteligente como hermosa si se ha dado cuenta.

Lo que ha notado con tanto acierto es mi habla materna. Aunque hace muchos años que vivo en América y he adoptado su modo de expresarse, lo cierto es que no soy uno de ellos. Nací en Escocia y me eduqué en las mejores escuelas de aquí.

Lo dijo con una sonrisa que ella supo reconocer como las que solía dedicarle, por lo que sintió que le alegraba el corazón.

—¿De verdad? —preguntó Hamilton—. Soy incapaz de apreciar la

diferencia. Si nos disculpan...

Claudia estaba tan sorprendida por la grosería de Hamilton que dejó que la alejara de Zachary y lady Jane. No había visto cómo se lo había tomado Zachary o si lo había comprendido.

«Es imposible que no lo haya notado». Giró la cabeza y miró a su prometido. —¿Qué ha sido eso? —le preguntó, cuando estuvieron lo suficientemente alejados para que nadie les oyera.

Él tuvo el buen tino de no negarlo. Le habría parecido todavía más mezquino.

—Se ha tomado demasiadas libertades al llamarte hermosa cuando apenas os acabáis de conocer. Además, no he dicho nada más que la verdad. Si se ha educado entre nosotros —dijo nosotros como si perteneciera a un exclusivo club de caballeros— lo disimula muy bien.

Sorprendida, Claudia sabía que la culpa la tenía ella. No el insulto, por supuesto; eso lo había hecho Hamilton solito, pero sí había propiciado un diálogo que no era necesario porque sabía la respuesta. Solo había querido alargar la conversación del modo más inocente posible y había salido mal.

—Has sido innecesariamente grosero —lo acusó, no obstante—. No parece propio de ti.

Hamilton detuvo el paso. De repente, parecía contrito.

—Lo siento. ¿He sido demasiado posesivo, quizá? —Le tocó la mano con recato y le dio un suave beso sobre el guante—. Te pido mil disculpas si mi comportamiento no ha sido el que esperabas.

Ante ese *mea culpa*, ninguna mujer podía hacer otra cosa que aceptarlo, sobre todo si solo se trataba de su primer y único paso en falso.

Durante el resto de la mañana, sin embargo, se demostró que podía haberse equivocado en sus suposiciones de poder disfrutar de su presencia. De una forma u otra, la providencia confabulaba en su contra. En ningún momento había podido ni tan siquiera acercarse a Zachary, puesto que Hamilton la monopolizó. Mientras paseaba junto a él, había visto cómo este charlaba

cómodo con casi cada persona dispersada por el jardín. Frustrada, incluso sugirió jugar al criquet, pero justo en ese momento, Zachary estaba manteniendo una conversación con sir Ian y ambos no participaron.

Si no fuera porque sabía que se conocían, Claudia juraría que la evitaba con total deliberación. Por supuesto, era justo lo que debía hacer, pero ¿acaso no podía mostrar un mínimo de interés? Nadie sospecharía de ello puesto que ya había dispensado su atención al resto de invitados, entre ellas las damas.

—¿Le has visto bien? —le preguntó Rosalind con un entusiasmo desmedido cuando Hamilton la dejó un momento a solas.

En su afán de acaparar su atención, la joven se había acercado casi a la carrera y había enlazado un brazo con el suyo, lo que ya parecía ser lo habitual en ella. Incluso había abandonado todo intento de seguir las normas y la trataba como si fueran amigas de toda la vida, lo cual tampoco es que le importara tanto. En cuanto al objeto de su atención, Claudia sabía también a quién se refería Rosalind, pero prefirió hacerse la desentendida sin ningún motivo válido.

—¿Visto? ¿A quién te refieres?

—¡Santo Dios! A ese espécimen de hombre.

¿Especimen? Qué poco decoroso referirse así a Zachary.

—Debes hablar del recién llegado.

—¿Es que hay otro? ¡Ay, creo que muero de amor!

La joven Merryweather se puso la mano en la frente tratando, suponía, de resultar dramática. En Claudia tuvo el efecto contrario.

—Acabas de conocerlo.

—Y maldigo mi mala suerte solo por ello. Si tan solo se hubiera cruzado en mi camino antes...

Claudia no quería saber cómo acababa la frase. Parecía muy resuelta.

—¿No tiene ningún defecto? —formuló la pregunta como al descuido, por lo que se sintió satisfecha al verla parpadear, confundida.

—Oh, por ahora no he visto ninguno.

—¿Estás segura?

—Bueno, segura, segura, no. Necesito más tiempo para observarle con detenimiento, pero a simple vista parece perfecto.

—No hay hombres así. Espero que lo sepas.

—Por supuesto que lo sé. —Le lanzó una mirada de reojo, lo que la puso un poco nerviosa—. Si no fuera porque estás prometida, juraría que tu propósito es que deje de fijarme en ese americano grande, fuerte y robusto.

—Lanzó una risita y a continuación un suspiro que solo podía definirse como melancólico cuando volvió la vista hacia él.

Gracias a Dios, aunque su compañera no había podido ser más certera, la risita sugería que parecía una ridiculez. Esa había sido, ni más ni menos, su intención, aunque tuvo que preguntarse el motivo que la había llevado a hacer eso.

«Es mi amigo. Quiero protegerlo».

—Me apetece algo de beber. ¿Me acompañas? —preguntó a Rosalind, que no apartaba la vista de Zachary ni un segundo, sin responder a su última observación y deseando que no aceptara.

—Discúlpame, pero creo que no. Voy a intentar acercarme al señor McGlaton. Tal vez tenga necesidad de una compañía más joven y refrescante.

Claudia supuso que lo decía porque él no había cesado de conversar con el anfitrión y alguno de los caballeros con más edad. Y aunque le hubiera gustado poder afirmar que no era el caso —dado que parecía que su presencia era debida a los negocios—, tampoco podía aseverarlo con rotundidad. Sin embargo, sí la alegró que no precisara quedarse a su lado. El sol estaba casi en su cénit y ya tenía calor, por lo que se acercó al buffet y se resguardó en la sombra. Un ratito a solas sería delicioso.

—**D**ebemos hablar, querida.

Mientras un sirviente le servía una limonada había estado mordiendo pensativa el bollito que este le había entregado segundos antes. Ahora, con un suspiro interno de desesperación, se volvió hacia la voz de tía Mildred.

—¿Tiene que ser ahora? Gracias —le dijo al lacayo que le entregó el vaso.

—Por supuesto. Y no aflojes los hombros. Sabes tan bien como yo que...

—miró con disimulo a ambos lados— su presencia lo cambia todo.

Cargándose de paciencia, Claudia dejó el plato —pero no el vaso—, le ofreció el brazo a su tía y echó a andar paralela al seto que delimitaba esa parte del jardín.

—No es culpa mía que Zachary esté aquí.

—Shhh, no es necesario nombrarlo. Ambas sabemos a quién nos referimos. Además, por supuesto que sé que no es culpa tuya su presencia, pero debes reconocer que dificulta las cosas.

—¿En qué sentido?

—No te hagas la tonta, Claudia. ¿Te imaginas si llega a saberse que os conocéis y llega a oídos de tu hermano o a los de Hamilton?

Que la propia Claudia hubiera pensado lo mismo lo convertía en más

preocupante.

—Pero no lo descubrirán. Za... —La elocuente mirada de la mujer detuvo el flujo de palabras—. Ya sabes quién —rectificó— ha sabido comportarse.

Tendrías que estarle agradecida de que haya fingido tan bien. Dudo mucho que nadie sospeche nada. —Observó su alrededor—. ¿No ha hecho lo mismo contigo?

Con un estudiado movimiento de brazo, tía Mildred le restó importancia.

Sus siguientes palabras lo corroboraban.

—Estaba obligado por honor.

No, no lo estaba, pensó. No obstante, no se lo dijo.

—En ese caso —comentó, en cambio—, ¿qué te preocupa exactamente?

Nosotras no despegamos nuestros labios, él tampoco. Ningún problema.

—Lo creeré cuando esta visita termine. Dios Santo, ¿por qué se complican tanto las cosas? Tenerlo aquí supone un quebradero de cabeza innecesario para mí. Deseo con fervor que se centre en los asuntos de negocios que lo han traído hasta aquí y no socialice demasiado con las mujeres.

—Eso es cruel.

—Mejor serlo que tener que pagar los platos rotos. Los lamentos posteriores no sirven de nada, créeme.

Esa conversación con su tía estaba eliminando el incipiente placer que había sentido al verlo. Si tan mal se ponía, quizá era mejor regresar a casa.

Así mismo se lo dijo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó ella.

Claudia asintió. No quería ocasionarle preocupaciones inútiles. Aunque lo que más deseaba era permanecer allí, sentía demasiado afecto y preocupación por su tía como para amargarle la estancia.

La mujer respiró con calma y detuvo el paso justo al final del recorrido junto al seto. Observó al resto de invitados que pululaban por el jardín e hizo un seco asentimiento.

A Claudia se le encogió el corazón.

—Tal vez me he mostrado demasiado puntillosa con esta inesperada y enojosa situación. Por supuesto, no es culpa de nadie —repitió, ahora eximiendo a Zachary, como si antes lo hubiera considerado el causante de todo—. Debemos mostrarnos tan naturales como siempre e intentar que no nos afecte.

—¡Oh, tía, eres la mejor! —La abrazó con fervor. Había llegado a creer que se marchaban.

—Por supuesto, evitarás todo contacto con él.

—¡Tía! —protestó en el acto, apartándose y mirándola con el ceño fruncido.

—No es una petición, niña, es una orden. Eres demasiado franca y temo por ti. Tu adoración por «ese» hermano y todo lo que esté relacionado con él puede resultar contraproducente fuera de casa.

Y ella lo entendía; de verdad que sí. Se conocía lo bastante bien como para saber que no temía a unos cuantos riesgos. De hecho, con Zachary en Worthington Park pensaba aventurarse más allá de los límites —no del decoro, por supuesto, pero sí del peligro que suponía airear ciertos temas que resultaban tabú en su familia—. Sin embargo, no podía permitir que la obligara a ignorar a Zachary. De ninguna manera.

—No estás siendo razonable. Excluirle supondría hacer notar que algo malo ocurre.

—¿Que no estoy siendo razonable? —repitió—. Claudia, estoy comenzando a perder la paciencia.

—Lo que trato de decir —intentó calmarla— es que entiendo parte de lo que pretendes; y estoy de acuerdo. —Con eso la dejó muda—. Hacerlo tan drástico como intentas, en cambio, no resulta factible. No le buscaré en público, si es lo que temes.

—¡Ni tampoco en privado! —espetó, alarmada.

Claudia puso los ojos en blanco, dándose paciencia.

—Era una forma de hablar. Sé que lo has entendido. Sabes, sin embargo, que no voy a negarle el saludo o conversación si las cosas vienen dadas así.

No es justo ni para él ni para mí.

—Bien, supongo que es razonable. Pero ten cuidado, por favor, solo trato de protegerte.

Ante esa muestra de afecto, Claudia se emocionó. Le apretó la mano tratando de transmitirle que ella sentía lo mismo y que le agradecía tanta preocupación. Esperaba ser capaz de no defraudarla.

\*\*\*

Zachary trató de no esbozar una mueca cuando sir Ian Conway le soltó otra palmada en la espalda, o más en concreto, en el omóplato derecho. Ya iba por la décimo novena y empezaba a sentir un ligero escozor en dicho lugar.

Suponía que, si seguía ese ritmo, esa noche no podría dormir de ese lado.

Entendía que el hombre estaba emocionado. De hecho, se había decepcionado bastante al comprobar que Richard, su jefe, estaba herido. Por suerte, un brazo en cabestrillo no impedía hablar de negocios. Solo necesitaba unas horas de descanso, así que, junto con los demás caballeros, había estado reunido en la biblioteca mientras sir Ian esbozaba sus planes de inversión. Sin embargo, el jardín de una casa, por muy hermoso que fuera, no era el lugar más idóneo para proseguir con los negocios; sobre todo porque el sol ya calentaba lo suficiente como para molestarlo y también lo desconcentraba.

«Y no solo es eso, admítelo».

«Está bien», aceptó para sí. Claudia también tenía que ver mucho en ello.

Su excusa residía en que no se había recuperado de la sorpresa que supuso verla como una más del grupo de mujeres que esperaba en el exterior —a ella y a su tía, por supuesto—. Esta última se había cuidado de no mostrar su desaprobación, aunque no todo lo bien que debería, pues se le habían formado unas pequeñas arrugas en el ceño que indicaban con total claridad lo poco que se alegraba de verle.

Evidentemente, no había tenido más remedio que fingir con ambas. Con

Claudia, desde luego, había resultado mucho más difícil, pero no tenía intención de provocar un escándalo, y mucho menos con el prometido de ella presente.

Y con esa ya iban dos, pensó.

En Londres tuvo que acortar su visita debido a la inesperada visita del hombre. Verlo junto a ella no le había producido demasiado placer, que se había visto disminuido de forma drástica cuando aquel petimetre se había atrevido a menospreciarlo. ¡Y delante de ella! Por suerte para él —y quizá para todos—, se la había llevado con rapidez. Con ello había logrado enfurecerlo más, pero también había evitado que abriera la boca. De haberlo hecho, a estas alturas todos sabrían de su relación.

«Y puede que Richard y yo ya hubiéramos sido expulsados de la casa».

Había fingido que no la veía revolotear entre los demás y casi lo había conseguido. Se había centrado en los caballeros que lo habían rodeado y había ignorado al resto. Sí había percibido, no obstante, cómo su tía se la llevaba en un aparte. Deducía que la estaba previniendo acerca de acercarse a él. Y aunque lo consideraba acertado, una parte de Zachary se rebelaba ante ello. Sí, no era la mejor situación y resultaba un fastidio tener que ocultar que les unía una relación de amistad, pero que lo condenaran si no podía ni tan siquiera hablar con ella. Tampoco admitiría ante nadie, y mucho menos ante Claudia, que consideraba ese secretismo una estupidez. El primogénito de los Morton debía haberse convertido en un ogro si todo lo relacionado con Jason tenía que ocultársele. Consideraba que necesitaba dejar de pensar por los demás. Si él odiaba a su amigo, que lo repudiara si quería, pero era increíble que doblegara la voluntad del resto en ese aspecto. Jason y él habían hablado muchas veces de ello. Cada vez que lo hacían, la culpabilidad de su amigo era palpable. Incluso Ayleen, su mujer, no podía más que sentir tristeza cuando hacían alusión al comportamiento de Ashton. Ambos se sentían impotentes y Zachary no quería añadir más sal a sus heridas contándoles cosas sobre Claudia que había averiguado, no solo por lo que la joven decía, sino, sobre

todo, por lo que no.

Cuando la vigésima palmada resonó en su cuerpo, Zachary consideró que ya era suficiente, así que se irguió un poco más y dio un paso hacia delante, haciendo que los demás caballeros se apartaran.

—Señores, creo que sabrán disculparme. Me temo que estoy más cansado de lo que supuse debido a los acontecimientos de la noche pasada y no logro concentrarme.

—Es comprensible, señor McGlaton —soltó el anfitrión, un tanto intimidado por la seriedad de sus ojos y su envergadura—. Tal vez hemos abusado de su buena fe. Tiene total libertad para retirarse si así lo considera oportuno.

Y como si de una sincronización se tratara, la anfitriona empezó a dar palmadas llamándolos. Se fijó en que los sirvientes retiraban el servicio de refrescos que había en la sombra y que los demás se acercaban hasta ellos.

—Querido —dijo dirigiéndose a su esposo—, estar en el exterior está agotando a las señoras, por lo que hemos decidido trasladarnos al fresco interior de la casa. Algunas de ellas se retirarán a descansar.

Resolvieron entonces que, puesto que los caballeros no tenían intención de recluirse en sus habitaciones, sir Ian los acompañaría a dar una vuelta para enseñarles un molino que había adquirido recientemente. Tal vez, dijeron, se acercarían también al pueblo y se tomarían unas pintas en la taberna local.

Como ya había dicho que estaba cansado, Zachary no podía cambiar de idea, por lo que se resignó a mantenerse recluido en su habitación hasta la hora del té.

Algunas damas ya habían accedido al interior y otras los adelantaron justo en ese momento. Una de ellas era Claudia, y Zachary inclinó la cabeza en deferencia a todas ellas. Vio su mirada disimulada —tan rápido que, de no haber estado atento, lo hubiera pasado por alto— y que sus labios formaban una palabra. Al acto se dio la vuelta y siguió su camino. Apenas fueron unos segundos, por lo que Zachary tuvo la certeza de que nadie se había percatado de ello. Si no se había equivocado, ella le pedía «hablar», lo cual era lógico.

Él también lo deseaba. La dificultad radicaba en cómo hacerlo sin que nadie los sorprendiera.

Los grupos se partieron y la mayor parte subió al piso superior, algunos a descansar y otros a cambiarse. Viendo el camino que elegía Claudia, supuso que su habitación estaba en la parte posterior. La suya era con vistas al lado derecho de la mansión. Desde allí podía ver una parte de las caballerizas.

Cerró la puerta y paseó por la estancia, valorando cuál sería el siguiente paso.

Lo primero era dejar que la casa se despejase, lo que ocurrió en apenas media hora. Desde ese sitio privilegiado pudo ver a los jinetes abandonando la propiedad. Ahora reinaba el silencio, lo que favorecía lo que pretendía hacer.

Esperaba que Claudia hubiera tenido la misma idea: esperar a que todo se tranquilizase y deambular por la planta baja con la esperanza de un encuentro clandestino. Si alguien, aparte de los sirvientes, lo veía, podía inventarse cualquier excusa, como que buscaba la biblioteca y un sitio tranquilo para leer. Que no conociera la casa de sus anfitriones lo hacía factible —o eso esperaba—. Poco más de una hora después consideró que era un buen momento para salir, así que abrió la puerta y le satisfizo comprobar que los goznes no emitían ningún tipo de sonido. Se asomó con cautela, pero él mismo se reprochó ese comportamiento tan sigiloso. Podía limitarse a decir que pensaba visitar la habitación contigua, donde su jefe, Richard Smuth, descansaba de su ajetreado viaje.

La planta principal estaba tan silenciosa y vacía como la superior. Cuando oyó algunas voces al fondo de la casa evitó dirigirse hacia allí. Abría alguna puerta al azar y volvía a cerrarla cuando no encontraba lo que quería, hasta que dio con lo que parecía la biblioteca. Mantuvo la mano en el picaporte y se fijó en los sillones de respaldo alto que habían dispersados por la sala, algunos vueltos hacia la luz de las ventanas. La pared de enfrente contenía muchísimos libros de punta a punta y de arriba abajo. Era evidente que en

Worthington Park les gustaba leer.

—¿Hola? —llamó por si había alguien, aunque no se oía una alma.

—Zachary.

Su nombre, apenas susurrado, no provenía de dentro, sino de una esquina un poco más alejada, donde Claudia, bendita fuera, se encontraba.

Le hizo señas para que se acercara, solo después de asegurarse que no había nadie a ambos lados.

—Adelante —le dijo cuando ella llegó a su altura. Mantenía un tono apenas perceptible para que no llegara a oídos indiscretos. Cerró antes de asegurarse de nuevo que nadie los había visto entrar y giró la llave. Le complacía que hubiera una.

—Me alegro de verte.

—Yo también.

Ambos mantenían el tono de voz muy bajo.

—Menuda sorpresa, ¿no? —preguntó ella con una ligera sonrisa que dejaba ver esos preciosos hoyuelos.

—Por supuesto. Cuando te vi, casi estuve a punto de detener el paso y mirarte sorprendido.

—Eso no hubiera sido bueno.

—No, en efecto. No creo que nadie sospeche que nos conocemos.

—Yo tampoco. Lo hiciese muy bien.

—Como todo lo que hago.

—Arg, no empieces.

La sonrisa de Zachary se ensanchó. Le encantaba pincharla.

—Eres mi diversión favorita, no puedo evitarlo.

—Ya lo veo, pero inténtalo.

—En mi defensa solo puedo decir que con los clientes que trabajo es imposible hacerlo, así que...

—Te entretienes conmigo. —Claudia terminó por él—. Qué halagador.

—Deberías estarlo, sí.

—Permite que me muestre en desacuerdo.

Ambos se sonrieron y Zachary sintió una opresión en el pecho que lo incomodó. Apartó la vista y miró la estancia.

—¿Sería prudente sentarnos?

—No lo creo. Mejor estar aquí, de pie y alerta.

—Tienes razón. —Se quedó en silencio y la miró de nuevo—. Supongo que si hubiéramos tenido más tiempo en Londres quizá hubiéramos descubierto que nos dirigíamos al mismo lugar.

Parecía que los dos recordaban las prisas por sacar a Zachary de la casa; él con más irritación que ella, suponía.

—Es posible. Acababa de convencer a tía Mildred para que aceptara.

—Y hablando de tu tía... Supongo que te habrá reconvenido acerca de que esté aquí.

En el rostro de ella se reflejó la sorpresa y la vergüenza.

—Eres demasiado sagaz.

—No tanto. Solo era cuestión de deducción cuando la vi llevarte a un aparte.

—Solo trata de protegerme.

—Lo sé, créeme. —No obstante, no mitigaba el disgusto que eso le provocaba. Lady Mildred Morton se lo dejó muy claro una única vez.

—¿Estás enfadado?

Ella también podía llegar a ser bastante receptiva si notaba cómo se sentía respecto a ello. Aun así, no pensaba decírselo.

—No —mintió—. Lo importante es que no llegue a oídos de Ashton ni de Hamilton que nos conocemos. Si ambos supieran que mantienes contacto con Jason el «innombrable» a través de mí... —se burló.

—No dejarían que volviéramos a vernos, Zach, lo sabes —lo cortó.

Eso, y la tristeza de sus ojos, detuvieron cualquier atisbo de mofa que quedara en él.

—He estado fuera de lugar. Lo siento.

—Yo también —dijo ella.

El suspiro que acompañó a la extraña disculpa fue tan sentido que le llegó al corazón.

—¿Por qué te disculpas?

—No lo sé. —Se la veía impotente—. De todo, supongo. O quizá por verte envuelto en la intriga familiar de los Morton.

Zachary se apoyó en la puerta con los brazos, sorprendido. Podía parecer que estaba cómodo con esa realidad; casi como si no se estuvieran arriesgando a ser cazados por cualquiera en el próximo minuto. Básicamente estaba asombrado, eso era todo. Tanto Claudia como él habían hablado muchas veces de la comprometida situación, pero jamás había dado a entender que se sentía culpable de que él, y solo él, estuviera en el medio.

—Es la primera vez que lo dices.

Si su voz sonó más ronca de lo habitual era debido a que se estaba forzando a hablar bajo por demasiado tiempo, no a la emoción. Que hubiera sido ella quien lo dijera significaba mucho.

—Es verdad. Supongo que también debería pedir disculpas por ello.

Zachary no podía soportar la tristeza que había en sus ojos. Prefería ver en ellos la chispa de la vitalidad y la alegría. Iban mejor con su carácter y lo complacían mucho más. Con un dedo levantó con delicadeza su barbilla para que lo mirara.

—No. Tú tampoco tienes la culpa. Si he de ser sincero, los únicos culpables de esta situación son Jason y Ashton.

Ella abrió los ojos.

—¿Jason?

Asintió.

—La actitud de Ashton es cuanto menos esperable, teniendo en cuenta su carácter. Pero admitámoslo, aunque la vida de Jason nos parezca muy romántica y perfecta, tuvo que destrozar otras para poder alcanzarla. Es mi amigo, Claudia, por lo que quiero su felicidad, pero también quiero la tuya.

Se hizo un momento tenso de silencio en el que Zachary temió haber dicho

más de lo debido.

—Oh, es lo más dulce que me has dicho nunca.

Tenía los ojos brillantes y temió que se pusiera a llorar. No sabía cómo reaccionaría a ello, así que hizo lo único que pudo: dejó de tocarla, dio un paso atrás y carraspeó.

—Bien, ahora lo importante ya no es eso. Centrémonos en nuestra situación actual.

Pareció que ella quería añadir algo y Zachary rezó para que lo dejara ahí.

Por suerte, se vio complacido.

—Tienes razón. Nos estamos arriesgando mucho al encontrarnos así; más vale que decidamos qué hacer.

—Yo apuesto por la discreción.

—¿A qué te refieres con eso? Me temo que deberás ser más concreto.

Aunque era un tema serio, la juguetona sonrisa que bailaba en su boca y volvía a marcar los encantadores hoyuelos le indicaban que no se lo estaba tomando tan en serio como le gustaría.

—Claudia...

—Oh, está bien, está bien, tú ganas. ¿Qué harías tú?

Pensó muy bien sus palabras. No le gustaba decirlo pero, de un modo u otro, la más perjudicada sería ella. Ya se sabía cómo era la sociedad respecto a esas cosas: los hombres no solían pagar un justo precio por sus pecados y transgresiones.

—Evitarnos todo lo posible —sentenció.

Como era de esperar, Claudia se puso seria al instante sin mover apenas un músculo. Elevó la barbilla de un modo que no había observado todavía en ella y que le gustó por el desafío que implicaba. Esa muchacha... No, se corrigió, mujer, no solía preferir los caminos plácidos y fáciles.

—Espero que no estés sugiriendo lo que estoy pensando. Ya he luchado con mi tía para que entendiera que no iba a hacerlo y no tengo ganas ni paciencia suficientes para convencerte a ti también.

—Pero debes hacerlo. —Las palabras salían en contra de su voluntad. Uno de los dos debía mostrarse juicioso—. De lo contrario, cometeremos algún descuido que nos delatará.

—No si somos prudentes —soltó, al tiempo que cruzaba los brazos.

Su negación a dejar de tener contacto con él lo enfurecía y halagaba a partes iguales. Su hombría se despertaba cuando ella se empeñaba en no ignorarle.

—Pero no lo seremos, Claudia, debemos ser sinceros. Solo recuerda el momento en el que supuestamente nos presentaban.

—Oh, vamos, Zachary.

Se acercó a él con una frustración evidente. Él quiso retroceder, pero temía enfadarla, por lo que la cogió de los hombros tratando de que entendiera.

—Tienes que ser razonable.

—¡Y lo soy! —exclamó con el tono máximo que la situación requería, que no era mucha—. Entiendo que tratas de protegerme, y te lo agradezco más de lo que imaginas. Aun así, me niego a tenerte aquí y fingir que eres un mero conocido al que hablaré solo si es necesario y debido a la cortesía más elemental.

Ah, qué difícil era no sucumbir a sus dulces palabras, a su tentador reclamo. Le parecía una sirena que, con su canto, trataba de atraparlo. ¿No era eso, al fin y al cabo, lo que más anhelaba en los últimos tiempos? Poder acercarse a ella sin secretos y de forma pública; incluso tal vez...

«¡No, Zachary, detente! ¡No sigas por ahí o te verás abocado a un camino sin retorno con el que sufrirás!».

—Zach, ¿me escuchas?

Volvió a la realidad y trató de olvidar sus pensamientos y centrarse en el tema que los ocupaba.

—Sí, sí, te escucho. A mí también me resultará muy difícil, pero debe hacerse y se hará. Si no colaboras me marcharé. Te suplico que no me lo pongas difícil.

—¿Lo harías? —preguntó, dubitativa.

—Sí. —Aunque no tenía plena certeza.

—Oh, eres, eres... —replicó con frustración cuando vio que su decisión era firme e inamovible.

—Un hombre sensato y cabal —terminó por ella.

Eso, tal y como pretendía, deshizo parte de su contrariedad.

—¿Tú? —se burló—. No me hagas reír. El día que vea a Zachary McGlaton siendo un modelo de honroso caballero, yo me...

—Shhh. —Le puso la mano en la boca tratando de detener su perorata—.

No afirmes algo de lo que después pudieras arrepentirte.

Al instante, el aire alrededor de ellos cambió de un modo sutil. Era posible que solo se debiera a su propia percepción, pero la quietud de Claudia le indicó que no era así. Notó con claridad la mano caliente tocando la suavidad de sus labios. Más que nunca fue consciente de ellos dos como un hombre y una mujer, a solas. Ni siquiera quería considerar qué lo había llevado a hacerlo y por qué no se apartaba. Era algo inocuo, o debería serlo, mas no era posible considerarlo así.

Con una fuerza de voluntad que no sabía que tenía, apartó la mano y la bajó, tratando de que su cuerpo no respondiera al casi efímero soplo de respiración que había notado en la palma cuando la retiraba.

Carraspeó una, dos veces. Trató por todos los medios de sobrellevar ese instante como si nada hubiera sucedido, porque lo cierto era que sí había pasado. Por si no hubiera suficientes impedimentos que les dificultaban poder relacionarse, debía recordar que Claudia era una mujer comprometida.

—De-debo irme —soltó ella, de forma tan precipitada que se vio impostado.

—Sí, esto se ha alargado demasiado.

Con una última mirada que no quiso interpretar, Zachary se hizo a un lado, abrió la puerta con cuidado y, tras comprobar que no había nadie a la vista, la dejó salir, cerrando tras ella.

Una vez solo, apoyó la cabeza en la puerta y cerró los ojos. Soltó un hondo suspiro. Debía esforzarse porque cuerpo y mente entendieran que debían

olvidar; de lo contrario, se vería en serios problemas.

Minutos después salió de la biblioteca con la suficiente entereza como para mostrarla a quien pudiera cruzarse con él. Cerró tras él con un único y pequeño chasquido y se alejó de vuelta a su habitación. Quizá una charla con Richard era lo que necesitaba.

\*\*\*

Sin embargo, la biblioteca no se quedó vacía, como cabía suponer. Alguien había pasado inadvertido tras uno de los sillones de respaldo alto, situado justo enfrente de la magnífica luz que uno de los tres ventanales ofrecía. Esa persona había sido testigo mudo del encuentro clandestino entre Claudia y Zachary.

Por supuesto, lo había escuchado todo con atención. Por muy bajo que hubiera sido el tono de voz, la conversación había sido muy explícita, así como lo fueron los absolutos silencios que se dieron entre ellos.

Evidentemente, algunos detalles solo cabía especularlos, pero tenía la suficiente información como para hacerse un cuadro perfecto de lo que suponía la relación de ese par. Y le interesaba, le interesaba mucho.

De hecho, había considerado que la biblioteca era un excelente lugar para pasar las horas, quizá leyendo, o tal vez solo pensando, puesto que, en ese tipo de visitas había poco tiempo para dedicarse a uno mismo. Nunca imaginó que escucharía algo tan jugoso y que, además, no descubrirían que estaba allí.

Había callado, por supuesto; de un modo egoísta. Otra persona más noble habría hecho notar su presencia en cuanto el señor McGlaton dijo «hola», mas había tenido la esperanza de que se marchara si nadie contestaba. Sin embargo, estaba de enhorabuena, puesto que esos dos le habían proporcionado un arma inesperada y que no pensaba desaprovechar; no en ellos, por supuesto, pero sí hacia otra persona. Ahora solamente debía proceder con más cautela que ellos, puesto que habían evidenciado que no eran tan cautelosos

como pretendían. La suya no sería una gran venganza, pero sí la suficiente como para castigar el agravio sufrido en el pasado. Lo sentía por ellos, pero lady Claudia Morton y Zachary McGlaton iban a ser sus instrumentos de venganza.

**D**os días después, Zachary había cumplido su objetivo de evitar a Claudia.

Más que evitarla, había logrado contrarrestar cada intento de la joven por acercarse a él. En otras circunstancias habría sido divertido verla utilizar todo tipo de artimañas. Le constaba que era una mujer resuelta, audaz e ingeniosa; y la hubiera alabado por ello si no fuera porque podía acarrearles problemas.

En ese mismo instante, mientras conversaba con otros caballeros, la veía lanzarle miradas de soslayo que lo ponían nervioso.

¿Y si no era todo lo disimulada que se figuraba? Si él podía apreciar sus tentativas, bien podría hacerlo cualquier otro. Tal vez se debiera a que estaba pendiente de Claudia con demasiada facilidad, pero nadie podía asegurarlo — o eso deseaba—. ¿Qué pretendía?

No tuvo que esperar demasiado para averiguarlo. Cuando él y Richard se quedaron solos, Claudia se acercó a ellos junto a lady Whittock, que en ese momento le debía estar contando algún detalle gracioso por la forma en la que ambas se sonreían. Había tardado poco en descubrir que la marquesa era la hermana del prometido de la joven. A diferencia del hermano, al que no le dedicaba ni un mínimo pensamiento si podía evitarlo, la mujer le parecía más

afable y educada. Entre ellas parecía haber una relación cordial y, puesto que no tardarían en ser cuñadas —un detalle en el que no quería incidir demasiado—, opinaba que sería un cambio agradable en la vida de Claudia.

La hermana de Jason era un ser demasiado afectuoso y social que necesitaba la presencia de más mujeres a su alrededor, estaba convencido de ello.

No supo cómo pretendía Claudia promover un acercamiento y se mantuvo a la expectativa. Las dos damas se acercaban con una marcha pausada y no parecían haber reparado en ellos. Para su sorpresa, fue la propia lady Whittock quien se detuvo a saludarlos e inició la conversación.

—Señores. —Igual que Claudia, inclinó la cabeza con cortesía—. Al parecer les han abandonado.

—Está en lo cierto. —Smuth tomó la palabra por él, lo cual agradeció—.

De todos modos, el cambio es, permítanme decirlo, más satisfactorio. Es imposible superar la compañía de dos damas hermosas.

Tal y como se esperaba, el comentario de cortesía pareció satisfacer a la mujer.

—Es usted muy amable, señor Smuth. ¿Cómo se encuentra del brazo? ¿Le duele?

Señaló el cabestrillo que Richard lucía como un símbolo de las desgraciadas circunstancias que los envolvieron. A Zachary le parecía más bien gracioso que hubiera conseguido hacer de ello un señuelo para resultar el más protagonista de la fiesta. Ninguno de los caballeros, a excepción del conde de Radwick y el propio esposo de la marquesa, había podido resistirse a acercarse a él; ni siquiera las damas. Su jefe y amigo había utilizado ese interés en beneficio propio, como siempre solía hacer. Por eso su negocio resultaba tan próspero. Richard Smuth era brillante en su trabajo; siempre estaba dispuesto a aprovechar cualquier desliz del contrario para llevarlo a su terreno. En esta ocasión no había sido diferente.

—Según tengo entendido —señaló—, en Inglaterra resulta indecoroso hablar de ciertas debilidades. Supongo que lo más apropiado en estas circunstancias

es hacerme el fuerte y fingir que solo es un pequeño rasguño sin importancia.

—No lo haga por nosotras —intervino Claudia—. Aunque una dama jamás debería admitirlo, ciertas flaquezas de los caballeros nos conmueven más que la fingida e innecesaria valentía.

—Lady Claudia tiene toda la razón —aseveró la marquesa con picardía—. Un hombre invencible nos resulta menos interesante.

—Pues entonces me veo en la tesitura de admitir que muero de dolor.

Lo expresó de modo dramático, dejando patente que, al igual que ellas, bromeaba un tanto. Las damas rieron, justo lo que pretendía Richard, supuso Zachary, todavía silencioso. Casi prefería que fueran ellos quienes llevaran el peso de la conversación.

Lo sorprendente era verlo esbozar una sonrisa. No es que no fuera capaz de hacerlo. Su jefe podía hacer eso e incluso carcajearse si era necesario, pero solía ir más relacionado con su trabajo que con otra cosa. Cuando cerraba algún negocio, nadie que conociera parecía más feliz y complacido. Ante las mujeres, sobre todo las de ese país, solía mostrarse educado y respetuoso, poco más. Zachary se preguntaba muchas veces qué veían realmente en él las mujeres. Su apariencia siempre resultaba muy profesional, estuviera donde estuviera. Justo ahora vestía con la sobriedad que lo caracterizaba, utilizando un buen corte en el traje, siempre de buena calidad, y con tonos oscuros. En cuanto al aspecto físico destacaba como él. Richard Smuth era casi igual alto, aunque muy, muy delgado. Sin embargo, no cabía duda de que su presencia imponía respeto, ya que siempre iba muy pulcro con su cabello negro, ondulado y abundante, peinado hacia atrás. Sus gafas, como tan bien sabía, ayudaban a que los demás se hicieran una imagen de él que le convenía, aunque no las llevaba solo para aparentar; apenas veía sin ellas.

—Deseo, entonces, que no se fatigue mucho. —Se dirigió a Zachary para aleccionarle—. Debe procurar por él.

—Haré lo que esté en mi mano —aseguró.

—Y en cuanto a usted, he oído decir que es un héroe.

Ante eso, se removió incómodo. Suponía que lo decía por el asalto. De un modo u otro, cada uno de los invitados a la casa habían hecho mención a ese incidente, ya fuera preguntando sin ambages o con algún subterfugio por el que los ingleses eran tan famosos.

—Esperaba que la verdad de lo que pasó se hubiera extendido.

—Si se refiere a que intentaron robarles, les apuntaron con pistolas y que usted se defendió, sí, se ha extendido.

—Lo que mi amigo quiere decir —intervino Richard— es que se ha magnificado una situación inusual. Ni siquiera llevaban pistola. ¿No es cierto, Zachary?

Asintió.

—De verdad que no hice nada grandioso. Tan solo nos defendimos cuando quisieron quitarnos todo lo que llevábamos encima. Quizá lo lograra en su mayor parte, pero uno de los bandidos consiguió sustraer un reloj del señor Smuth con sus iniciales grabadas.

—Tenía un valor sentimental añadido —añadió el aludido.

—Aun así, enfrentarse a malhechores...

—Eran ladrones, no asesinos.

—Vaya, creo que de verdad no cree ser merecedor de elogios por lo que hizo.

—En efecto, lady Whittock. Que lograra golpear y arañar a uno no me convierte en un vencedor. Al fin y al cabo no pude detenerlos y huyeron.

—Bien, esa es su opinión y no voy a insistir más en ello. Le recomiendo, no obstante, que cuide del señor Smuth y que no deje que el resto de caballeros los avasallen con sus demandas.

—Ah, pero es que estamos aquí justo por eso.

—Seguro que no solo por ello, admítalo.

Claudia no había dudado en intervenir y Zachary no tuvo más remedio que prestarle la debida atención; de otro modo resultaría sospechoso.

—Lamento contradecirla, pero me temo que el señor Smuth está en lo cierto.

Somos hombres de negocios, ni más ni menos. Todos aquí lo saben.

—Es verdad, querida —intervino la marquesa—, todos parecen seguirlos como si tuvieran algo muy importante entre manos, lo que me hace desear poder ser uno de ellos durante un instante para averiguar cuán lucrativo podría ser participar en alguno de sus negocios que, dicho sea de paso, todavía no tengo muy claro de qué tratan.

—Bienes raíces —intervino Zachary, parco. Esperaba saciar así la curiosidad de la dama. Si dejaba que Richard hablara sobre su negocio, podría no importarle que fuera una mujer a quien tuviera delante. Su jefe podía pasarse horas y horas explicando en qué consistía su trabajo sin ni siquiera pestañear.

—Oh —se limitó a decir ante una respuesta tan vaga—. Lamento admitir que no sé nada sobre eso. ¿Y tú, querida?

—Tampoco.

Para su sorpresa, Richard no se extendió.

—Me gustaría ser más preciso, pero dudo que alguien me agradeciera que las monopolizara durante tanto tiempo. Si llegara a aburrirlas con mi conversación no podría perdonármelo nunca.

Ambas dedujeron que no lograrían sacar nada. Aun así, la marquesa insistió.

—No nos aburrimos con tanta facilidad como presupone. Debe ser interesante ese negocio de sir Ian para conseguir que todos los caballeros de Worthington Park revoloteen a su alrededor.

—Bien, todos no.

Y con esa afirmación tan escueta, Richard había conseguido que lady Whittock se incomodara un tanto. Parecía saber muy bien que su esposo era uno de los que no lo hacía.

—Debo admitir que Solomon no es un ser demasiado sociable. No lo considere una afrenta personal.

—¿Qué clase de hombre de negocios sería si me afectara un detalle así?

Comprendo perfectamente que no todos están interesados en actividades que

puedan engrosar las arcas familiares sin apenas moverse de sus cómodos sillones.

Zachary aguardó la reacción con el aire atrapado en la garganta. La dama podía considerar el comentario demasiado osado y descarado. Incluso Claudia pareció un tanto alarmada. Cuando la mujer asintió, dándole la razón, lanzó un suspiro mental. Con eso, Smuth había lanzado el cebo con una magnífica precisión. Había considerado que la marquesa era tan inteligente como persuasiva. Si el marqués no acudía a la próxima reunión en el despacho del anfitrión, Richard estaba perdiendo su toque.

No le sorprendió, por lo tanto, que lady Whittock pidiera algunos detalles más. Se tomó del brazo sano de Richard y anduvieron por la terraza exterior tal y como ella y Claudia habían hecho antes de detenerse, por lo que no tuvo más remedio que ofrecerle su propio brazo a la joven, que no pudo ocultar su satisfacción.

Avanzaron tras ellos.

—Eres taimada y ladina como ninguna.

El insulto, lejos de afrentarla, hizo que sus ojos brillaran como más intensidad. Agradecía que no sonriera. Había demasiadas personas por la terraza y el jardín —entre ellas, su tía—, que no verían con buenos ojos que la dama se mostrara demasiado risueña con él. Por suerte, el prometido no andaba cerca.

—Me alegra que te des cuenta. No me gustaría que pensaras que soy perfecta.

—Créeme, ni tan siquiera se me ocurriría.

Ella le dedicó una mirada de reojo.

—No, me imagino que no.

Zachary estimó que no parecía contrariada.

—Pensé que habíamos establecido que me ignorarías.

Ella lanzó un bufido poco digno que nadie escuchó. La marquesa parecía muy interesada en lo que Richard estaba explicándole.

—No, tú lo decidiste.

—Esa terquedad que demuestras nos creará problemas.

—Oh, Zachary, no seas tan remilgado. Esta situación no tiene nada de malo. La he llevado a cabo con casi cada caballero que está invitado (a alguno de los cuales no conocía con anterioridad) y nadie ha puesto el grito en el cielo.

—No me convencerás.

Ella hizo una pequeña pausa muy significativa.

—Creo que el testarudo eres tú —dijo al fin.

—No quiero seguir hablando de ello, Claudia.

—Arg, a veces puedes ser peor que Ashton; tan intransigente...

Zachary no hizo caso del insulto. Esa había sido su intención y él lo tomaba como tal. Aun así, no iba a dignarse a responder. Lo mejor sería seguir paseando unos pocos pasos más, hasta que encontrara a alguien con quien dejarla. Sin embargo, el silencio entre ellos se extendió y no le resultó incómodo. Lo único malo era que no le impedía advertir lo bonita que estaba esa tarde. Toda ella brillaba, aunque fuera con un marco nublado que amenazaba con descargar una lluvia sin fin.

Suponía que por eso todos estaban en el exterior. Por la salvedad de unos cuantos caballeros que habían salido a cabalgar, los demás se habían quedado a pasar la tarde en la residencia de los Conway. Con esa advertencia sobre sus cabezas, nadie se había atrevido a alejarse demasiado; ni siquiera al pueblo.

Zachary no dudaba de que en apenas un par de horas, todos y cada uno de los presentes estarían enclaustrados entre las cuatro paredes de Worthington Park.

Fue una suerte que Richard y la marquesa se detuvieran a conversar con una dama de la cual no recordaba el nombre y su hija. De esta última, en cambio, uno no podía olvidarse, más bien porque no dejaba de observarlo y de acercarse a él en cada ocasión en que el protocolo la dejaba. Zachary deseaba que la joven, a la que había visto en compañía de Claudia en numerosas ocasiones, no estuviera encaprichada. Eso solo podía comportarle dificultades.

Esta vez se acercó con resolución a ellas, por lo que obtuvo una sonrisa magnífica de parte de la señorita Rosalind Merryweather.

—¡Señor McGlaton!

No le satisfizo comprobar que a nadie le había pasado por alto la efusiva bienvenida de la joven. Como recompensa, obtuvo una mirada especuladora por parte de la madre, que lo miró de arriba abajo como si lo viera por primera vez. No le gustaba que lo evaluaran de ese modo. Nunca había aceptado muy bien el desprecio o indiferencia que solía recibir de la parte femenina de la población. No era cuestión de vanidad, sino que suponía una afrenta a su valía. Parecía que nunca iba a estar a la altura de ninguna mujer por no tener un título al que aspirar. Siempre había sido así; no tanto en su tierra, pero sí desde que se trasladó para estudiar en el internado. Durante su juventud junto a Jason, ellas parecían preferirle, quizá por su estatura, su presencia o vete tú a saber qué. Jason, con su apariencia corriente —como solía decir con frecuencia—, siempre llamaba la atención en segundo lugar.

Toda esa percepción no tardaba en variar. Cuando se sabía que su amigo era hermano de un duque y él un don nadie, las tornas cambiaban. Parecía que no contaba para nada el esfuerzo y tesón que uno mostrara. Lo único importante era un título para sustentar toda su vida. Por desgracia, en América las cosas no eran tan diferentes. Ya no era cuestión de título, sino de dónde provenías.

Un simple escocés no hacía que las puertas de los corazones de las mujeres se abrieran con facilidad. Y aunque la muchacha mostrara interés y el padre de ella hiciera negocios con ellos, Zachary no dudaba de que, en caso de mostrarse receptivo —lo cual no iba a suceder, por supuesto— obtendría un no por respuesta.

«Mejor no pienses en eso y céntrate», se reconvino.

—Señoras —saludó con cortesía y dejó que Claudia abandonara su brazo.

No le gustó la sensación de vacío que dejó. Le hacía ser demasiado consciente de ella y eso era peligroso.

Frunció el ceño.

—¿Algo le preocupa, señor McGlaton?

La señorita Merryweather parecía atenta a cualquier gesto, por imperceptible que fuera.

—En absoluto.

Alegar cansancio estaba descartado. Cualquiera de ellas podía tomarlo a mal.

—Seguro que es el tiempo —alegó la joven, como si no hubiera hablado.

Zachary se desconcertó un instante, preguntándose qué podía inquietarle del clima. Sus cambios bruscos eran algo a lo que cada uno de ellos debía estar acostumbrado; incluso él lo estaba.

«Bien, mejor hablar sobre eso que no tener nada que decir».

—Ha acertado. Deduzco que no tardaremos en vernos asediados por una buena tempestad primaveral.

—A mí me encanta cuando llueve, sobre todo si truena y relampaguea. Me resulta muy romántico.

¿Romántico? Zachary ni tan siquiera pretendía poder llegar a comprender ese razonamiento, por lo que no lo intentó.

En ese momento, aunque no iba a servir de precedente, pidió un auxilio mudo a Claudia, que había permanecido callada. Buscó que sus ojos se encontraran a propósito y le disgustó ver en ellos auténtica jocosidad; a su costa, no lo dudaba. Ella interpretó correctamente su demanda, lo supo enseguida. Que hiciera caso omiso de ella con un apenas perceptible movimiento de hombros no le complació lo más mínimo. Y aunque no estaba enfadado de verdad, le convenía que la hermana de Jason no lo supiera. A continuación le comunicó sin palabras que iba a vengarse de ella.

No sabía cómo habría reaccionado a su amenaza porque los distrajeron.

Los hombres que habían salido a cabalgar volvían de las caballerizas.

Parecían despeinados, sucios y muy vivos. Que las mujeres más jóvenes suspiraran no le agradó, más que nada porque el prometido de Claudia se hallaba entre ellos. Ese hombre le producía, por decirlo de alguna manera, una

frenética urticaria.

—Ojalá hubiera podido acompañarlos —exclamó Claudia en tono lastimero.

Eso lo consoló un tanto. El suspiro era debido a las ansias de una buena cabalgata, no porque hubiera echado de menos al conde de Radwick. O al menos eso parecía.

—¿Qué trae consigo el conde? —preguntó la señorita Merryweather.

Eso despertó la curiosidad del pequeño grupo reunido junto a Zachary.

Todos se fijaron en él, que se dirigía resuelto y con grandes zancadas hacia donde se encontraban. Por la forma rápida en la que los escudriñó, supo al instante que desaprobaba ver a Claudia cerca de él. Quizá también le molestaba encontrar a Richard junto a ellos. Fue un destello, solo eso, pero fue suficiente como para envararlo. A Zachary, no obstante, no lo engañó esa pose, aunque ahora esgrimiera una exultante sonrisa dirigida única y exclusivamente a Claudia y portara en su mano un ramo de ¿flores?

Oh, por Dios.

Cuando estuvo a su altura saludó a las demás mujeres y se concentró solo en su prometida. Estos, con evidente tacto, se alejaron para darles espacio, lo justo para crear una falsa intimidad, pero que los dejara escuchar lo que tenían que decirse. A Zachary lo fastidió. Si por él fuera hubiera permanecido a su lado sin moverse.

—Lady Claudia —oyeron—, permítame expresar cuánto lamento que no pudiera acompañarnos. Sé muy bien lo mucho que disfruta de salir a cabalgar. Por ello, me he encontrado pensando en usted en tantos momentos que no he podido evitar detenerme a buscarle un pequeño detalle que poder ofrecerle. Sé que no es muy original, pero espero que valore mi esfuerzo.

Parecía un caballero de los de antes ofreciéndole a su dama un obsequio.

Todo muy teatral y dramático, según su punto de vista. El conde no parecía de esos que disfrutaban de tanta atención y pompa. Zachary se preguntaba a quién trataba de impresionar.

Algunas de las invitadas se habían ido acercando para contemplar la escena

y otras parecían suspirar.

—Lo valoro y lo aprecio, lord Radwick. Es muy amable que haya pensado tanto en mí y que, además, haya dedicado el esfuerzo necesario como para pensar en complacerme.

Aceptó el ramo y estiró la mano para dejar que su prometido le besara el guante, lo cual hizo con una galantería innata.

—Sé que no estoy presentable, pero le agradecería un corto paseo, antes de que el cielo se abra sobre nosotros y deje caer toda su furia.

Acto seguido, Claudia tomó el brazo que le ofrecía y juntos se alejaron hacia el borde del jardín, siempre a la vista.

—Oh, ha sido conmovedor —musitó Rosalind.

No, no se lo parecía. Resultaba más bien patético. De hecho, esa era una de las pocas ocasiones en la que él parecía tan galante. Según había observado —un ejercicio que había practicado con asiduidad esos dos últimos días— entre ambos había una relación cordial y poco más. Ni incluso con una escena tan caballeresca le había parecido que Claudia se impresionase demasiado o que pareciera realmente enamorada. Es más, añadiría incluso se mostraban más afectadas las demás mujeres que la propia interesada. Incluso Rosalind, tal como podía comprobar, parecía ruborizada de placer al contemplar a la pareja de prometidos.

—¿Usted cree?

Eliminó de la pregunta cualquier atisbo de incredulidad o condescendencia. No quería dar a entender otra cosa que no fuera cierta amabilidad hacia su interlocutora.

—En efecto. Estoy convencida de ello. Pocos hombres resultarían más románticos que el conde de Radwick, pero ese detalle resulta inspirador.

—La verdad, no sabría decirle.

Ella lo observó con repentina timidez. Parecía estar calibrando si decir lo que pensaba o guardárselo para sí.

Ojalá fuera esto último.

Por desgracia, supo el momento exacto en que la balanza se decantó, y no fue a su favor, como no tardó en comprobar.

—He sabido que está todavía soltero.

—Mmm —respondió, incapaz de expresar otra cosa.

—Y me resulta sorprendente.

¿Estaba obligado a responder? Suponía que sí.

—Pues no debería. Trabajo mucho. —Y lo dijo como si eso lo explicara todo, lo cual deseaba que fuera así.

—Un noble arte, el de trabajar —concedió—. Aunque hay muchos caballeros que hacen lo mismo y tienen familia; incluso a una edad muy temprana.

Era un modo no muy sutil de saber su edad, puesto que una dama no preguntaría directamente.

—Debo presuponer que ya me considera viejo.

—¡Oh, no! —Se mostró alarmada—. No era mi intención que sonase así.

No es usted un anciano. De hecho, parece muy fuerte y brioso.

Zachary quería escapar de la conversación y no sabía cómo hacerlo sin ofenderla. No le gustaba el cariz de la conversación.

—Es solo apariencia —respondió más seco, tratando de desanimarla.

—No lo creo en absoluto. Desde que lo vi la primera vez supe que era un hombre a tener en cuenta.

Y tan pronto lo dijo se sonrojó. Sus palabras podían malinterpretarse o expresar justo lo que pensaba. Zachary se apiadó de ella.

—Es un honor que opine así.

Y eso la envalentonó.

—Me pregunto si en casa la espera cierta dama...

Titubeó al decirlo, pero no se confió. Esa joven podía hacer mucho en poco tiempo.

—No suelo hablar de mi vida privada. Permítame guardarme algunos secretos.

Fue un toque de atención y la joven lo sintió así, porque se sobresaltó y volvió a ruborizarse.

—Sí, sí, por supuesto. Qué falta de consideración por mi parte. No pretendía... —Y giró la cabeza con frenesí buscando ayuda.

Él mismo se la proporcionó.

—¿La acompaño a algún lugar?

\*\*\*

Tal y como se auguraba, la lluvia había hecho acto de presencia. Los invitados de los Conway languidecían repartidos entre el salón de té, la biblioteca, o la sala de música. Algunas de las mujeres bordaban mientras otras leían para un público resignado. Los hombres se entretenían entre partidas de naipes, dar conversación a las damas o acompañar al anfitrión, que había invitado a quienquiera que quisiese a disfrutar de un buen puro en su despacho.

Zachary se encontraba entre estos últimos. No fumaba, por supuesto. De hecho, aborrecía el olor a tabaco, pero ya se había habituado a ello. También era preferible estar allí que observando cómo Hamilton Carver acaparaba a Claudia. No es que él fuera a acercarse a ella. No obstante, encontraba insufrible a ese petimetre y cada vez lo sentía con más intensidad.

Durante una hora que consideró tranquila estuvo leyendo diversos periódicos mientras se limitaba a intervenir de tanto en tanto en la conversación, que oscilaba entre una variada gama de temas. Prefería escuchar. Se le daba bien y a veces resultaba beneficioso. Cuando la puerta se abrió y entró el prometido de Claudia, su expresión se agrió, aunque lo disimuló lo más rápido posible.

Por una vez trató de ser objetivo y lo observó bien, dispuesto a ver qué podía apreciar Claudia en él. Ya había convenido que tenía un talante reservado y discreto. Se mostraba amable con las damas y correcto con los

demás caballeros, lo que supuso era un punto a su favor. Podía admitir también que se le considerara elegante, pues vestía de un modo refinado sin llegar a resultar ostentoso. Eso, como siempre, solía ser del agrado de las mujeres, así como su aspecto físico, que Zachary no encontraba verdaderamente impresionante por su delgadez —lo cual, para él, era signo inequívoco de una languidez excesiva y falta de trabajo— y una estatura que apenas llegaba a la media. Lo que también debía ser destacable era ese cabello claro y liso, que Zachary recordaba con una intensidad menor que el de su hermana. Quizás podría decirse que era cobrizo y eso dotara a su apariencia de un halo varonil que él era incapaz de distinguir. No así sus ojos, de un tono oscuro, pero que juraría que eran castaños —no iba a perder tiempo comprobando semejante detalle—. En cuanto a su boca, le resultaba ridícula, sobre todo porque en lugar de labios parecía tener solo una fina línea que se estrechaba todavía más mientras miraba a Zachary, lo cual estaba sucediendo en ese preciso momento.

«Ya basta de análisis y reflexiones». Si esa era su respuesta cada vez que debían coincidir iba a ignorarlo con total deliberación. Por mucho esfuerzo que hiciese, ese hombre no parecía querer tener la misma cortesía con él.

—¿Puedo acompañarlos? —preguntó.

Sir Ian, con el puro en mano, extendió el brazo, invitándole en silencio a tomar asiento, con tan mala suerte que las tres sillas vacías que quedaban estaban cerca del propio Zachary. Demasiado para su gusto.

De todos modos, disfrutó viendo su fastidio. Sintió una ligera satisfacción transitoria cuando escogió la más alejada, aunque no lo suficientemente lejos.

Sir Ian lo introdujo en la conversación y Zachary prefirió centrar su atención en el periódico.

Cierto tiempo después —unos quince minutos tal vez—, dejó de leer cuando la palabra «americanas» — dicho en un tono demasiado risueño para su gusto — le llamó la atención. Levantó la cabeza para escuchar. Hablaban de la costumbre que parecía haberse establecido de herederas americanas empeñadas en buscar matrimonio con ingleses con título.

A su parecer, consideró que frivolisaban demasiado con ese tema. Ni esas mujeres tenían la culpa ni a los ingleses los obligaba nadie. Fue entonces cuando Hamilton Carver expresó un pensamiento.

—Es necesario mucho refinamiento para codearse con la buena sociedad.

He coincidido con alguna de ellas y parecen tan desesperadas por ser uno de nosotros que rozan lo ridículo.

Zachary rechinó los dientes y no quiso pasarlo por alto.

—Creo que generaliza.

Todos volvieron la cabeza en su dirección. Indolente, el otro alzó una ceja.

—¿Eso cree?

—¿Acaso no es lo que he dicho? —Cerró el periódico con lentitud. Podía notar la tensión.

—Es comprensible que las defienda.

—No veo cómo. Supongo que se refiere a que vivo allí.

—Muy perspicaz. Sí, por eso mismo.

—No sé si se ha dado cuenta, pero no soy americano.

—Oh, pero es como si lo fuera.

Ahí estaba el insulto, de nuevo. Zachary podía interpretarlo de diversas formas. Si vivía en Philadelphia era americano; o también, al ser de origen escocés, no lo consideraba inglés. Sea como fuere, no podía permitirle continuar, aunque eso modificara la imagen que los demás tenían de él y afectara a los negocios con los que pretendían colaborar.

—Esas señoritas que tanto parecen molestarle vienen con un objetivo, es cierto, pero aquellos que aceptan desposarlas pueden decir que no. Al fin y al cabo es un acuerdo comercial más, como se hace también aquí, en Inglaterra (remarcó la palabra, casi masticándola) desde tiempos inmemoriales. Dinero, poder, influencias y título. Todo es lo mismo. —Hizo una pausa que pretendía ser efectista—. Aunque siempre es mejor menospreciar al forastero.

—Se levantó con toda su envergadura y sin un atisbo de sonrisa en el rostro; sin permitir que dijera nada y sabiendo que su apariencia amedrentaba—.

Creo que he permanecido sentado demasiado tiempo. Con su permiso, iré a estirar las piernas. Caballeros...

Y salió del despacho, cerrando la puerta despacio.

\*\*\*

Zachary se unió, junto con los demás, a las damas. La cena había sido un momento importante para saber si su exabrupto había afectado a las relaciones comerciales que pudieran tener, pero era justo después, cuando los hombres se separaban para ir a tomar un licor, lo que más había estado temiendo.

Había comentado lo sucedido con Richard porque creía justo que supiera cómo podían darse las cosas. Este, sin embargo, no se inquietó en absoluto y lo dejó a solas con sus preocupaciones. Al parecer, había estado en lo cierto.

Nada parecía haber cambiado; ni tan siquiera el conde de Radwick, que seguía mirándole con el mismo grado de animadversión que antes.

Cuando se reunió con las mujeres, su ánimo estaba más relajado. Paseó la mirada por el salón y vio a Claudia, de pie junto a la chimenea, al lado de Rosalind y varias señoras más. Incluso desde esa distancia podía ver sus hoyuelos mientras sonreía.

Cuando advirtió que su prometido se dirigía a ella, fue consciente de la indiscreción que cometía centrandó su atención solo en ella, por lo que desvió la vista.

Se acercó a la ventana. La lluvia no había cesado desde que empezara casi al final de la tarde y caía con la misma intensidad. Como el talante de los presentes era relajado, los sirvientes habían encendido la chimenea y montado varias mesas para jugar al whist, que todavía estaban vacías. La mayoría de los invitados se concentraban junto a un piano.

—Señor McGlaton—lo llamó la anfitriona al tiempo que se acercaba—, ¿no sabrá acaso tocar o cantar?

—Lo lamento. Entre mis cualidades no se encuentran ninguna de esas dos

disciplinas.

Lady Conway suspiró resignada.

—Bien, pues supongo que deberemos contentarnos con disfrutar del talento de las más jóvenes. Lady Claudia ha accedido a cantar para nosotros mientras la señorita Merryweather toca el piano. ¿Me acompaña?

—Será un placer.

Le ofreció el brazo al tiempo que ambos se encaminaban hacia el resto mientras pensaba en lo curiosas que eran las cosas. Si le hubieran preguntado en qué destacaba Claudia o cuáles eran sus habilidades, nunca se le hubiera ocurrido el canto. Solo ahora que lo sabía podía hacer memoria, recordando las veces que Jason le explicaba las lecciones que una muy joven Claudia tomaba. No sabía si era buena o mala, lo que lo llevaba a plantearse qué clase de relación los unía fuera de los encuentros casi clandestinos en casa de su tía. La respuesta era, sin lugar a dudas, ninguna. Lo que sabían acerca del otro se trataba de cosas más bien superficiales, ya que nunca se habían visto expuestos fuera del momento encorsetado que reservaban en Londres.

Ahora era distinto, como una oportunidad para saber más sobre ella. La ironía del asunto radicaba en que no podía ir más allá. Esa reunión estaba tan limitada o más que cuando él la visitaba en la mansión de Londres.

Las sillas y sofás se ocuparon con rapidez. Zachary le cedió a la anfitriona una junto al piano y fue a apoyarse junto a una columna, desde donde gozaba de una panorámica perfecta de las intérpretes. Intentó no hacer crujir los dientes cuando el prometido de Claudia se situó entre las jóvenes, dispuesto a pasar las páginas de la señorita Merryweather y así contemplar a su prometida de cerca. Las cosas eran así y había que aceptarlas.

Se hizo el silencio con los primeros acordes. Antes de que empezara el canto tuvo que admitir que la señorita Merryweather poseía una gracia especial con el instrumento, pero fue cuando la voz de Claudia se elevó entre los presentes que Zachary dejó de respirar.

Durante unos segundos sintió que la melodía traspasaba cada fibra de su ser.

Entonaba con una cadencia que parecía salir de su alma y que atravesaba el espacio para llegar hasta él. Tenía el corazón encogido y como un puño cerrado en el estómago que lo oprimía muy fuerte. Le parecía casi una blasfemia que nunca hubiera escuchado su voz de ese modo, que no supiera que podía ser así.

No apartó la vista en ningún momento. Lo tenía subyugado.

¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Por qué no mostró más interés? ¿Se podía estar más ciego?

Claudia era un ángel; y no solo su voz, que conseguía erizar su piel bajo todas esas capas de ropas masculinas, sino ese aura que no había visto antes; ese brillo en los ojos que sí conocía, pero que resplandecía con más luminosidad; esos labios, apenas rojos, que acariciaban las palabras. Sí, debía estar loco para no haberlo visto. Ahora la miraba, la veía muy bien; sin perder ningún detalle. Y podía decir que estaba francamente preciosa con ese vestido rosa y blanco, con las mangas llenas de flores bordadas que resaltaban la oscuridad de su cabello, recogido a la altura de su nuca, y que mostraban un cuello despejado, pálido y, suponía, suave como la seda que acariciaba su piel.

Sorprendido por tal avalancha de sensaciones, su rostro mudó de la sorpresa a la alarma. Por suerte, nadie estaba pendiente de él. Todos tenían los ojos puestos en ella, en lady Claudia Morton, que, lejos de fijar la vista en su prometido la mantenía alejada, sin contemplar a nadie en particular.

Cantaba solo por el placer de hacerlo y no debería extrañarle, pero lo hacía.

Si él fuera su hombre, querría que su atención recayese en él, que la canción le estuviera destinada.

¿Qué clase de amor era ese que no cruzaba miradas cargadas de significado ni esbozaba sonrisas secretas exclusivas? Era el momento apropiado. Sin embargo, el conde de Radwick pasaba las páginas de la partitura y no parecía prestar una total atención. Se preguntó por qué. ¿Disimulaba como él? No era necesario. Era lógico que fuera Zachary quien estuviera concentrado en evitar

mostrar la fascinación que sentía por ella; lo contrario no parecía aceptable.

¿Y Claudia? ¿Dónde quedaba la pasión y determinación que mostraba por hablar con él? ¿Por qué esa falta de respuesta?

Y mientras la voz se apagaba como si fuera un tibio lamento y Rosalind tocaba los últimos acordes, la canción terminó.

Se hizo un nuevo silencio, al que le siguieron unos sonoros y entusiastas aplausos que tuvo que secundar. Aun así, no se movió de donde estaba. Debía de asegurarse de que sus piernas lo sostendrían. Además, no quería llamar la atención ni inmiscuirse en esa afectada y poco apasionada felicitación que el prometido de Claudia le dispensaba justo en ese instante.

Las palabras «necio» y «desabrido» acudieron a su mente, tan veloces como crueles, y se negó a retirarlas. Así lo sentía, por lo que sería de hipócrita amonestarse por eso.

—¿No cree que son magníficas? —le preguntó la anfitriona, que se levantaba de su silla para hacer lo propio.

—Lo son. Ha sido un acierto convencerlas.

Lady Conway se mostró complacida por su respuesta.

—Estoy de acuerdo. Lo cierto es que ambas se mostraron reticentes. Lo comprendí, como era de esperar. A la hora de exhibirse, la gente joven tiende a la timidez. ¿No va a felicitarlas?

—Por supuesto. —Hizo un esfuerzo por separarse de la columna e incluso pudo sonreír—. Solo daba tiempo a los demás para hacer lo mismo.

—Muy considerado de su parte. Por lo que veo, al final ellas también han disfrutado, visto el sonrojo que lucen. Voy a acercarme.

—Después de usted.

Tuvo que esperar un poco todavía. La primera que recibió sus lisonjas fue Rosalind.

—Sus dedos son tan ligeros como precisos. Su pericia ante las teclas me ha hecho enmudecer. Deseo que nunca pierda ese talento.

La muchacha enrojeció todavía más de placer. Incluso su madre, cuya

presencia no se había apartado de su lado desde el final de la exhibición, mostró una complacencia inusitada y habló por su hija.

—Nuestras Rosalind tiene muchos talentos ocultos. Nos complace que sepa apreciarlos.

Como no supo interpretar demasiado bien qué pretendía decir con aquello, inclinó la cabeza y se acercó a Claudia, que también estaba rodeada por lo que parecían sus fieros guardianes: la tía Mildred y el prometido. Por suerte, la marquesa de Whittock y otra dama cuyo nombre no recordaba también estaban presentes.

—Mis felicitaciones, lady Claudia. No creo exagerar si le digo que ha encandilado a todos los presentes. Su voz es digna de ser escuchada con frecuencia.

No quiso añadir nada más para evitar comprometerse. Se preguntó si se había mostrado elogioso en su justa medida. Tampoco detuvo sus ojos en los femeninos, pues tenía demasiado público.

—Muchas gracias por sus palabras, señor McGlaton. No suelo hacerlo con tanta asiduidad como debería, pero es grato poder contar con un público tan receptivo y amable.

—Tenga por seguro que nada de lo que se le diga es innecesario. De nuevo, felicidades.

E hizo lo mismo que con Rosalind, alejándose de ese rincón de la habitación para dirigirse justo hacia el contrario, donde Richard ya había tomado posiciones en una mesa de naipes junto al anfitrión y otro de los invitados. Se unió a ellos tratando de ignorar las sensaciones que lo envolvían y dudando si dejar entrever —solo en una ocasión y única y exclusivamente a ella— lo mucho que le había gustado oírla cantar, ya que, con toda probabilidad, supondría que se había acercado para mantener las apariencias.

Las posibilidades de hacerlo fueron mínimas, cuanto menos. Aunque durante las siguientes dos horas permanecieron ambos en la misma sala, no hubo oportunidad, no de acercársele —resultaba imposible—, sino de comunicarle

de forma no verbal lo mucho que había disfrutado.

Perdió la esperanza cuando tuvo que salir para acompañar a sir Ian a su despacho. Durante el juego habían comentado unos detalles que el anfitrión sintió la necesidad de corroborar. Cuando volvía y cruzaba el vestíbulo, vio la espalda de su vestido. En ese momento deseó con todas sus fuerzas que se diera la vuelta; y como si de un presentimiento se tratara, Claudia lo hizo.

Fueron apenas unos segundos de contacto visual, pero le bastaron para decir mucho en tan poco. Vio su sonrisa de complacencia con claridad —no así sus hoyuelos pronunciados, pero los intuyó—. Y así, cuando volvió al salón, supo que ese contacto que no percibía en los prometidos y que debería existir se había establecido, pero no con el hombre pertinente.

—No he escapado a escondidas. Solo he salido —murmuró en voz baja, ensayando lo que le diría a su tía en caso de que la descubriera.

Como excusa había elaborado de mejores, pero Claudia no era una doncella encerrada en una torre de marfil y custodiada por los mejores soldados del reino. Eso también lo añadiría, en caso de ser necesario. Porque ella solo deseaba disfrutar de la naturaleza en soledad, sin prisas ni presiones; recorrer los senderos a su propio ritmo; detenerse cuando quisiera; poder sentir los rayos del sol en el rostro o, incluso, huir del zumbido de las abejas conservando su dignidad intacta.

Le gustaba el ambiente campestre de Worthington Hall, por lo que celebraba haberse marchado de Londres. Sin embargo, de tanto en tanto prefería su propia compañía y aquella tarde, en la que la mayoría de invitados descansaba, era la más idónea para ello.

De repente, su paseo se vio interrumpido. Claudia abrió los ojos desmesuradamente, sus pies parecieron quedarse pegados sobre la hierba y su cuerpo se mantuvo en alerta. Se fijó en el banco de piedra resguardado en la sombra, que se encontraba al borde del estanque, pero no fue eso lo que llamó su atención, sino el cuerpo que había estirado en él.

Pestañeó un par de veces para asegurarse de que estaba en lo cierto. El hombre se encontraba dormido en una postura relajada, sin preocuparse siquiera de ser sorprendido en un lugar tan poco apropiado para descansar.

Sin chaqueta, dejando a la vista el chaleco abierto y la impoluta camisa, no había duda de quién se trataba: Zachary McGlaton.

Se acercó con cautela tratando de no hacer ruido y examinó cuidadosamente cada parte de la anatomía masculina, comenzando por los pies, subiendo por sus piernas y su pecho, para detener la mirada sobre el rostro curtido.

Claudia pensó que con los ojos cerrados Zachary parecía menos fiero, si bien jamás había sentido temor alguno respecto a él.

«Su aspecto no corresponde con la realidad», musitó su voz interior, por lo que ella no pudo hacer otra cosa que darle la razón. Zachary era un hombre amable que sonreía con frecuencia. No solo con ella, por lo que había podido comprobar. En aquel ambiente el abogado se desenvolvía bien. Sus modales eran pulidos y hablaba con soltura. Ningún invitado podía tildarlo de bárbaro, aunque no fuera de noble cuna.

Cuando se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo observándolo sintió ruborizarse. Aquello no estaba bien. Lo mejor era seguir el sendero y alejarse. En primer lugar, porque no deseaba despertar a aquel corpulento escocés que dormía plácidamente. Pero, además, estaba pensando en el decoro. Sí, parecía que por una vez su juicio iba por el camino correcto, porque cualquier invitado que hubiera decidido pasear como ella podría encontrarlos juntos y llegar a conclusiones equivocadas. Y no solo pasear; el estanque podía verse desde unas cuantas ventanas de las habitaciones traseras del segundo piso de la casa. Uno solo debía fijarse lo suficiente.

Si aquello llegaba a suceder, a su tía le entraría un ataque agudo de urticaria, acompañado de un breve desfallecimiento, seguido de un sermón, para luego hacerla regresar a Londres con celeridad. Eso sin contar la riña que tendría con Hamilton. Aunque saber que las noticias llegarían a oídos de Ashton era suficientemente desalentador como para hacerla dudar.

«Por lo menos hoy. Esta tarde no deseo meterme en ningún lío —pensó con desidia—. Hace demasiado buen tiempo para eso».

Optó por la prudencia. Así que, orgullosa de la decisión tomada, continuó su camino entre los árboles como si Zachary no fuera más que un ensueño.

Además, si el hombre no hacía más que evitarla, ¿por qué debía seguir insistiendo ella?

Con la frente bien alta se dispuso a disfrutar del paseo, como había sido su primera intención. Dejó que sus dedos rozaran las hojas de un helecho mientras aguzaba el oído para tratar de discernir el trino de distintas especies de pájaros.

¿Quién no apreciaría aquel paisaje vivo y soleado, tan alejado del humo del ceniciento Londres?

—No es muy correcto marcharse sin despedirse —escuchó decir cuando no había dado más que unos pasos—. Creía que vosotros los ingleses erais muy puntillosos con las formalidades.

La inesperada mofa masculina le hizo dar un brinco, acompañado de un gritito nada elegante. Con la mano sobre el pecho, Claudia se dio la vuelta y se enfrentó a Zachary, que la contemplaba con una expresión alegre y una gran sonrisa pintada en los labios.

Su chaqueta, sujeta con una mano, colgaba de un hombro con despreocupación, mientras que el anodino chaleco oscuro había sido abrochado con prisas.

Claudia se dio cuenta de que esa tarde parecía más corpulento. O tal vez fuera la impresión del momento. Con azoro, se dio cuenta de que se trataba más de una virtud que de un defecto.

Sacudió la cabeza y con el corazón martilleándole lo acusó: —¡Me has dado un susto de muerte, maldito escocés!

Zachary chasqueó la lengua, todavía divertido.

—Menuda educación, lady Claudia. —La trató con formalidad a propósito, como si en verdad estuviera decepcionado. No era la primera vez que lo hacía

y no sería la última—. Ha desperdiciado años de buenas institutrices y caros profesores. ¿Qué pensaría Ashton de usted en estos momentos?

A Claudia no le hizo gracia ser el centro de sus bromas cuando todavía sentía cierto temblor en el cuerpo a causa del sobresalto. No obstante, no tardó en recuperarse del todo.

Con los brazos en jarras, le dijo:

—Posiblemente echaría de menos no haberme enseñado a pelear. De ese modo yo misma podría haberte dado un puñetazo por haber aparecido como lo acabas de hacer. Eres un bruto.

—Estás muy gruñona esta tarde —le hizo ver—. Tal vez necesitabas descansar un poco, como los demás. Y te recuerdo que has sido tú quien ha perturbado mi tranquilidad.

—No he hecho tal cosa —negó ella con vehemencia.

Zachary le lanzó una mirada penetrante.

—¿Vas a negar que has estado espiándome?

Cielo Santo, Claudia pensó que iba a morir ahí mismo. Él había percibido su presencia.

Para evitar enrojecer, se dispuso a contraatacar.

—¡No te creas tan especial! Yo no te espiaba; me he encontrado contigo por casualidad.

—A observarme, pues.

—Desde niña siempre me ha gustado estudiar a los insectos del campo.

¿Por qué iba a ser hoy distinto? Da igual que sean gusanos, arañas... o tú —dijo con una expresión triunfante a causa de su ocurrencia—. Aunque ahora todos me parecen igual de horrorosos.

La risa de Zachary no se hizo esperar.

—¡Así que esas tenemos!

Solo fueron necesarias un par de zancadas con aspecto decidido para que ella retrocediera. Cuando la espalda femenina chocó contra el amplio tronco de un árbol, la acorraló, dejando sus grandes manos justo a la altura de su

cabeza, con ella en medio.

De nuevo sorprendida, Claudia balbuceó un momento, antes de sobreponerse.

Alzó la cabeza con dignidad.

—No esperarás que me muerda la lengua. No ha sido muy educado por tu parte aparecer de improvisto y acusarme de semejantes necesidades. Puedo recorrer la propiedad como me plazca. No es culpa mía que estés en medio del camino. Aunque debo decir —añadió— que lo más sensato y correcto hubiera sido descansar en tu habitación para no parecer un campesino cualquiera.

Zachary frunció el entrecejo.

—¿Qué hay de malo en ser un campesino? Ellos trabajan con sus propias manos, desde el amanecer hasta el atardecer. Son tan decentes como nosotros; sino más.

—No uses tu tono de revolucionario liberal conmigo —le pidió sin alterarse—. Esto no es Philadelphia. Solo digo que estás en Worthington Park en calidad de abogado de un respetable hombre de negocios. Uno debe comportarse como se espera y evitar los chismorreos. Las apariencias importan —sentenció, sin pensar bien en lo que decía. Porque unas veces estaba de acuerdo con aquella afirmación y otras creía que no era más que pura hipocresía.

Zachary estuvo atento a su discurso.

—Me sorprenden tus palabras. Tú eres una dama comprometida y no veo ninguna doncella que te acompañe. ¿Acaso lo sabe tu tía? —El color desapareció del rostro de Claudia—. Acabas de responder a mi pregunta.

Ella se mostró un tanto molesta. A nadie le gustaba que repararan en sus fallos y que hicieran hincapié en ellos.

—Algunas costumbres son más relajadas en el campo —se excusó como pudo. Por supuesto, ni su tía ni Ashton estarían de acuerdo. Ambos podrían alegar un sinfín de ejemplos para respaldar ese argumento—. Sin embargo, no

necesito que me des lecciones.

Su tono avinagrado hizo que Zachary se replanteara una réplica, pues no deseaba presentar batalla.

—Yo no... —Inspiró profundamente, meditando sobre ello—. Es mejor calmar los ánimos. ¿Y qué mejor que dar un paseo para eso? Será agradable.

Claudia lo observó con cautela.

—¿Juntos?

—¡Por supuesto! —exclamó de inmediato, como si no existiera otra posibilidad.

Claudia se reservó para sí misma el hecho de que Zachary había estado evitándola hasta entonces, por lo que le costaba comprender sus intenciones.

Poder estar a solas era un cambio respecto a la situación que llevaban viviendo en los últimos años y sería una delicia no tener que cuidar las palabras; siempre que él contuviera sus deseos de provocarla, por supuesto.

«¡A saber si será posible!».

—Está bien —aceptó, sin dejar ver que aquello la satisfacía. Cuando él bajó los brazos y la dejó libre, ella usó el parasol abierto, que escondía parte de su rostro—. Espero que no llueva.

Aunque la tarde era agradable y soleada, harían bien en aprovechar el paseo. Y no solo por el tiempo. Tía Mildred la echaría de menos en algún momento, cuando hubiera descansado lo suficiente.

Zachary alzó la vista hacia el cielo y escudriñó las nubes.

—En una primavera inglesa cualquier cosa es posible —se limitó a decir—. Deberías estar acostumbrada.

Claudia le lanzó una sonrisa tranquila.

—¿Y qué hay de ti? —inquirió, curiosa—. Somerset no se parece a tu querida Escocia. ¿La echas de menos?

Zachary tardó un instante en contestar.

—Siempre estará aquí —contestó señalando su corazón—, así como los recuerdos de mi infancia. Aunque ahora mi hogar se encuentra allá donde la

vida me lleve. Porque, ¿quién sabe lo que me depara el destino?

—Eso suena muy misterioso. —O interesante, más bien. Sobre todo porque el futuro de Claudia parecía estar marcado en fuego desde su nacimiento.

«¿Alguna vez tendré libertad para tomar mis propias decisiones?», se preguntó, sintiendo un instantáneo pinchazo de desilusión.

Era una lástima que ya supiera la respuesta de antemano.

—No creo que sea para nada misterioso —comenzó a explicarse Zachary—. Por ahora cuento con la confianza de Richard, pero con los años puede que él llegue a cansarse de mí o yo de estar a su servicio. Tal vez entonces decida comenzar de nuevo en otro lugar.

—¿Incluso en suelo inglés? —bromeó ella, usando un tono ligero.

—¡Imposible! —se defendió él, divertido.

—Sería toda una ironía, dado que desapruebas ciertos modos y costumbres inglesas. —Claudia se detuvo y cerró el parasol—. Eso hace que me pregunte... ¿Qué piensas de los anfitriones e invitados? —Le interesaba conocer cómo iba su estancia, si estaba cómodo en un entorno distinto al que acostumbraba. Según estimaba, Zachary sabía manejarse tanto con las damas como con los caballeros; sin embargo, ella sabía bien que las apariencias podían engañar.

Zachary se encogió de hombros.

—Nada en particular —contestó con simpleza.

—Alguna opinión tendrás —insistió ella, interesada en su perspectiva.

Porque las miradas ceñudas y censuradoras de su tía, junto con el comportamiento de Hamilton, debían resultarle incómodos.

—Todos han sido bastante amables conmigo, teniendo en cuenta que soy un simple escocés ejerciendo de abogado. Pero mi cometido no consiste en socializar, sino en estudiar las oportunidades de negocio.

Claudia resopló.

—Oh, no seas tan obtuso. Sé por qué te ha traído Robert Smuth a Worthington Park, aunque no todo es trabajo, trabajo, trabajo —refunfuñó ella.

—¿Qué, sino?

—No estás encerrado en un despacho durante todo el día. Por supuesto que debes atender los negocios de tu jefe, pero tejer relaciones está en la naturaleza humana. Y ser aceptado en un círculo resulta beneficioso para el futuro.

Zachary desestimó su argumento con un gesto.

—No debes preocuparte por mis sentimientos ni por mi comportamiento.

No soy ni un ermitaño ni un zafio.

—¡Por supuesto que no lo creo! —convino ella—. Recuerdo cuando venías a Carmine's Place y últimamente he tratado mucho contigo. Además, tanto en Estados Unidos como en Philadelphia sueles relacionarte con gente de numerosos recursos. Sé que, cuando te lo propones, eres todo un caballero.

Aunque a veces te comportas como un patán conmigo.

Zachary sonrió abiertamente.

—Me declaro culpable.

Ella se enderezó y lo miró ceñuda.

—¿Por qué lo haces?

No era una niña para que le tomara el pelo de ese modo.

—Supongo que me gusta hacerte perder la compostura —manifestó con aire travieso—. Odio esa flema inglesa y el exceso de rigidez. Con vosotros todo son normas y encorsetamientos.

—No es que esté sorprendida, aunque debo decir que mi hermano Jason es tan inglés como yo, si bien está viviendo en Estados Unidos. Y él parece gustarte.

Zachary arqueó las cejas, interrogante.

—¿Acaso he dicho que no me gustes? —Entonces se dio cuenta de cómo podían malinterpretarse sus palabras, por muy certeras que fueran. No sería correcto, dado que Claudia era una dama comprometida. Poco importaba lo que opinara de ella o lo mucho que le agradara su compañía. Se aclaró la garganta—. Respecto a tu hermano, siento anunciarte que ha perdido toda la

rigurosidad del país que lo vio nacer para convertirse en un hombre mucho más sencillo. Y dichoso —añadió.

Claudia sintió cierta envidia de esa felicidad. Ella también renunciaría a todos los lujos y comodidades si encontrara el amor.

«Tal vez no debas hacerlo. Con Hamilton puedes tenerlo todo».

Con el tiempo, quizá. Esa era su esperanza. Sin embargo, no existía ninguna seguridad en ello. El amor no podía forzarse, por mucho que uno lo intentara. Nacía o no; simplemente era así.

—Estoy orgullosa de él. Ha encontrado su camino.

—¿Como tú?

Claudia se detuvo bruscamente, escrutando su rostro. El modo en el que Zachary le había hecho la pregunta le incomodaba. Pero no sabía explicarse por qué.

—¿A qué te refieres?

—A tu compromiso.

Ella ladeó el rostro, desviando la mirada. ¿Qué debía contestar?, se preguntó. ¿La verdad o lo políticamente correcto? Esa era la cuestión.

«¡No puedes sincerarte respecto a Hamilton!», le aconsejó su voz interior.

Claudia podía tener sus dudas, pero no las compartiría con nadie. Al fin y al cabo había tomado una determinación y a ella debía aferrarse.

No servía de nada lamentarse.

—Hamilton es lo que toda dama de mi posición desearía.

—Un modo pragmático de describir tu relación con lord Radwick —fue su certera percepción—. Uno esperaría más apasionamiento en tus palabras, dado que estás enamorada. O por lo menos eso es lo que escribiste a Jason.

¿Me equivoco? —Con los brazos cruzados sobre el pecho, Zachary mantuvo la mirada sobre el rostro femenino—. Pero he estado observándoos desde una posición privilegiada y debo decir que el amor brilla por su ausencia.

Se quedó sin respiración debido al agudo sentido de la realidad de Zachary.

Dios santo, ¿tanto la conocía? O tal vez fuera más transparente de lo que ella

creía, se dijo con desánimo. Desde su compromiso, se había esforzado en crear una quimera que contrarrestase los efectos del escándalo; y nada mejor que una historia de enamorados. No se trataba de una farsa, sino de embellecer los hechos.

No había nada de malo en ello y su orgullo quedaba intacto. Que él pusiera en duda todo aquello por lo que Claudia se había esmerado en aparentar, le disgustaba. Zachary ya sabía mucho sobre su vida y la de sus hermanos; algunos secretos era mejor mantenerlos bajo llave.

Así que no pudo hacer otra cosa que mostrar su lado más áspero.

—Lo que siento o dejo de sentir por Hamilton no es de tu incumbencia — le espetó. A nadie le gustaba que hurgaran en sus intimidades—. ¿Y acaso te has convertido en un hombre versado en el amor, para lanzar tales afirmaciones? Que yo sepa, no eres más que un escocés dedicado en cuerpo y alma a su trabajo. ¿Qué sabrás tú de los sentimientos que alberga un corazón?

—Solo digo lo que veo —se defendió él. Después pasó a otro asunto—. Es más que evidente que Hamilton Carver puede resultar un buen partido a simple vista, pero no creo que sea adecuado para ti.

—Es el hombre perfecto —se justificó ella, aunque sentía que en el fondo no debía hacerlo.

El resoplido masculino resonó con fuerza.

—¡Lo dudo!

El aire de superioridad de Zachary enfureció más a Claudia. ¿Por qué se empeñaba en contradecirla y en buscar defectos? No debería importarle en absoluto. Ella podía elegir a quien quisiera.

Frunció los labios con evidente disgusto.

—Tu insinuación me ofende —repuso a la defensiva, aunque ya no se trataba de una insinuación—. Y no voy a perder el tiempo tratando de convencerte. Piensa lo que quieras.

—Claudia, no te estoy culpando por haber elegido con la cabeza y no con el corazón —aunque por su tono lo parecía—. Pero no es necesario mentirme al

respecto.

—¡Mentirte! ¡Qué absurdo! —No hizo caso cuando su conciencia señaló que él tenía razón. Si Zachary hubiera hablado con humildad y verdadera preocupación, ella le hubiera escuchado. Sin embargo, parecía saberlo todo, como si fuera Dios. Y, por supuesto, no lo era—. Deja de meterte donde no debes y ocúpate de tus propios asuntos. ¡Qué tengas una buena tarde!

Dio media vuelta y se encaminó hacia la mansión a paso decidido, dejando a Zachary sumido en el silencio propio de la naturaleza y preguntándose qué diantres había sucedido para que las cosas se torcieran de ese modo.

**R**ichard Smuth se encontraba fumando tabaco de Virginia, apoyando parte del peso de su cuerpo sobre la barandilla de hierro forjado. A su vez, evitaba que el brazo lesionado sufriera algún percance. Desde su posición elevada, que conducía a las escaleras que daban acceso al jardín de la parte posterior de la mansión, observaba todos los movimientos de su empleado, que se acercaba a grandes zancadas.

—No eres capaz de mantenerte quieto, ¿no es cierto? —le preguntó con una perezosa sonrisa en los labios, entre calada y calada, cuando Zachary estuvo prácticamente a su misma altura.

—No estoy acostumbrado a la apacibilidad de Worthington Park. —Lo cual era bien cierto.

Estar bajo las órdenes de Richard requería mucha dedicación, por lo que su vida solía ser agitada, tanto en Estados Unidos como en Inglaterra. Sin embargo, no se quejaba, puesto que no tenía una familia a la que dedicarle parte de su tiempo.

—Deberías tener el cuerpo y la mente en reposo para la reunión de esta tarde. Te necesito bien lúcido.

—Lo estaré —le aseguró.

Smuth lo observó con una expresión interrogante.

—Hablas como si en verdad estuvieras convencido de ello.

A Zachary le sorprendieron aquellas dudas sobre sus habilidades.

—Nunca te he fallado. ¿Por qué de repente...?

—¡Ah! Tengo ojos en el rostro. —Fueron sus enigmáticas palabras, que no satisficieron a Zachary en absoluto.

—¿Tendrías la bondad de explicarme qué diantres significa?

Tal vez Richard fuera su jefe, pero existía entre ellos la suficiente franqueza para que Zachary pudiera expresarse de ese modo, fruto de años de relación. Además, prefería zanjar cualquier asunto que pudiera molestar a alguno de los dos; al fin y al cabo estaban en Inglaterra por negocios.

Justo lo que debió pensar Smuth, porque preguntó: —Dime: ¿a qué hemos venido a Somerset?

Zachary subió su pierna derecha sobre el escalón superior y se apoyó sobre la rodilla, observándole con detenimiento.

—Para cerciorarnos de que la inversión que te ofrecieron era lucrativa —contestó—. Y de serlo, buscar el modo de participar.

Richard se acercó a su empleado y se inclinó hacia adelante. Mientras tanto, el intenso humo del tabaco flotaba entre ellos.

—Pero ¿qué tipo de inversión?

Zachary sintió el doble sentido de sus palabras, si bien era incapaz de comprenderle por completo.

—Si tienes algo que decir, hazlo directamente. ¿Qué es lo que me estás reprochando? Porque no me gusta sentirme como un imbécil.

—Muchacho, no creo ser lo suficientemente mayor como para hacerte de padre. Sin embargo, siento la necesidad de aconsejarte. —Con el puro prácticamente terminado, Smuth lo apagó sobre la misma barandilla donde había estado apoyado solo unos minutos antes. Después se acomodó la chaqueta—. No te busques complicaciones innecesarias. Ni siquiera si son

hermosas.

Zachary frunció el entrecejo.

—Ten la bondad de ser más preciso.

Richard asintió, esbozando una mueca astuta.

—Llevo fumando un buen rato aquí fuera. ¿Y sabes a quién he visto? A una encantadora joven que regresaba de un paseo. ¿Sabes a quién me refiero?

La prometida de ese tipo refinado. Me refiero a... —dudó un instante, puesto que los invitados eran muchos y diversos como para recordarlos a todos— el conde de Radwick —concluyó con satisfacción.

Fue el turno de Zachary en asentir.

—Sí.

—Ha sido toda una sorpresa comprobar que tú llegabas del mismo lugar, solo un instante después.

Prefería que fuera Richard Smuth quien se percatara de ello que cualquiera de los otros invitados de Worthington Park. Sin embargo, no se comprometió con la respuesta y fingió cierto desinterés.

—¿Y?

Fue evidente que su jefe sabía lo que estaba haciendo. Intercambiaron miradas silenciosas que así lo atestiguaban, pues Richard era lo suficientemente astuto.

—Zachary, hay muchas mujeres bonitas —le dijo tras unos segundos—.

¿Por qué fijarte en una que no está a tu alcance? He oído que su hermano es duque.

—Duque de Redwolf—corroboró Zachary.

—Así que estás al tanto... —musitó pensativo—. Esos ingleses dan mucha importancia a los títulos nobiliarios, aunque estén sin un penique.

Particularmente, no me impresionan, pero incluso yo sé el poder que pueden tener. Así que no te involucres con quien no debes y mantén tu interés en los negocios o en alguna joven sin compromiso, ¿entiendes?

Zachary podría decirle que no sentía ningún interés amoroso por Claudia,

que solo eran amigos; y así Richard no volvería a molestarle con aquello. Ni siquiera tendría que revelar el escándalo ocasionado por Jason para que lo comprendiera.

«Si solo fuera eso —le dijo una insidiosa voz interior—, no estarías tan ansioso. ¿Por qué sino has corrido tras ella, cuando pensabas que lo más prudente era mantener las distancias?».

Desestimó cualquier pensamiento de un plumazo y contestó a Smuth.

—No me asustan esos pretenciosos.

El hombre frunció los labios, trazando una mueca.

—Es la primera vez que veo que te interesas por una mujer. Muchacho, no soy tu enemigo, mas mi deber es advertirte. —Su voz sonó firme—. No quiero prescindir de mi abogado.

Zachary apretó los músculos de la mandíbula y sostuvo una mirada serena.

—¿Es una amenaza?

Podía trabajar para él y rendirle cuentas sobre su esfuerzo, capacidad y desempeño, pero Zachary era un hombre libre con la dignidad intacta.

Robert Smuth reaccionó de inmediato.

—¡Por supuesto que no! Eres un hombre cabal. Solo debes comprender que si no cesas en tu empeño pueden llegar a echarte a patadas.

Zachary asintió.

—No hay nada de lo que preocuparse. Solo ha sido un paseo —admitió a medias, si bien no era toda la verdad.

—Por algo se empieza. Y eso es precisamente lo que temo.

Decir que Claudia Morton era una mujer hermosa que lo tenía embelesado quedaba descartado. Sin embargo, su jefe tenía razón en cuanto a las consecuencias de sus actos. Quizá no hubiera hecho nada malo y reprobable, mas no debía olvidar que la hermana de su mejor amigo estaba prometida con otro —alguien que no era él, cabía destacar—. Así que lo que menos le convenía en esos momentos era poner en riesgo los negocios por una mujer.

—Soy un hombre intachable.

Richard terminó de subir las escaleras e iba a cruzar el umbral de la puerta de entrada cuando le escuchó decir:

—Así lo espero. Así lo espero.

Una hora después, su última afirmación pendía de un hilo.

Zachary se encontraba en el jardín con los demás invitados, que participaban en diversos juegos. Él conversaba con sir Ian, Richard y dos empresarios más, cuando se acercó a ellos lord Whittock acompañado de su cuñado, lord Radwick. O por lo menos aparentaba estar interesado en la conversación, puesto que en realidad su mente estaba distraída con pensamientos poco profesionales, mientras que su cuerpo era del todo consciente de la presencia de Claudia, que se encontraba un poco alejada del grupo.

A decir verdad, era la mujer más hermosa de entre todas las invitadas.

Nadie podía rebatirlo. Y cuando sonreía enfatizaba aquellos bellos rasgos que despertaban en él toda clase de sentimientos.

—Milord, lord Radwick... —Zachary saludó a los dos hombres y posó su mirada, durante un breve instante, en Hamilton Carver.

Tensó los músculos de su cuerpo.

No era la primera vez que lo analizaba, ni que pensaba que el conde tenía toda la apariencia de un caballero. Sin embargo, tras esos finos modales de los que hacía gala se encontraba un ser mezquino que, por supuesto, no era nada conveniente para Claudia.

Eso era lo que creía de él, aunque en realidad nadie parecía darse cuenta.

¿Qué le habría pasado por la cabeza a ella para aceptar ese compromiso?

Merecía a alguien que supiera tratarla como era debido, sin exageradas galanterías; que fuera respetuoso; pero, sobre todo, que conociera lo que se escondía en el fondo de su alma. Y la Claudia Morton comprometida no era su yo verdadero, sino un intento por complacer a su familia.

Le producía coraje que ella no pudiera tener lo que quisiera. Sus deseos se habían difuminado completamente, quedando a merced de Ashton y de los demás miembros ilustres de la familia Morton. Zachary sabía —porque no

solo la escuchaba cuando hablaba, sino que profundizaba en sus reacciones y en sus silencios— que se moría por visitar a su hermano Jason. Sin embargo, se encontraba atada de pies y manos para no ahondar en el daño provocado por el escándalo.

Si alguna vez ella osara pedirle consejo, Zachary le diría que dejara atrás esa vida insustancial que representaban las apariencias para comenzar de nuevo en un lugar donde se viera arropada por el amor de Jason y Ayleen.

Seguro que ahí sería feliz. No obstante, ya era tarde para persuadirla.

«No me gusta nada esta situación. Claudia no quiere a ese mequetrefe. No tiene por qué casarse con Radwick». Esa era su humilde opinión aunque, por otra parte, ¿quién era él para inmiscuirse en sus decisiones?

Nervioso e incapaz de permanecer un segundo más ahondando en esos pensamientos, se excusó y abandonó el grupo para acercarse hasta una porción de césped recién cortado que servía de campo de croquet. En aquel momento competía la señorita Rosalind Merryweather —aconsejada por lady Ophelia Parrish—, contra la hija de esta última, lady Conway.

Con las manos en la espalda, Zachary contempló el desarrollo del juego.

—¡Encantador! —exclamó lady Ophelia ante el certero golpe de maza de su recién nombrada pupila, que atravesó el arco—. Para ganar debe seguir así, ¿no cree, señor McGlaton?

Por lo visto, lady Conway le llevaba ventaja. Sus bolas estaban situadas más hacia adelante, aunque de igual modo asintió.

—Por supuesto.

La joven se percató de su presencia y esbozó una cálida sonrisa de bienvenida.

—Señor McGlaton, qué sorpresa. —Rosalind parecía encantada con su aparición, aunque su sonrojo resultaba demasiado revelador, por lo que Zachary se reprendió a sí mismo. ¡No debería haberse acercado! Lo último que deseaba era darle esperanzas.

—Este juego se llama croquet —le informó el conde de Radwick detrás de

él, ya que al parecer le había seguido.

Su tono, de descarada superioridad, lo crispó.

—Estoy al tanto —contestó, apretando fuertemente la mandíbula. Por un momento, Zachary pensó que era mejor pasarlo por alto, pero fue incapaz—.

También se juega en Estados Unidos —dijo, acompañando sus palabras con una expresión vacía.

Lord Radwick arqueó una ceja.

—¿Ah, sí? —preguntó de forma despectiva, consiguiendo que los ojos oscuros de Zachary brillaran de forma peligrosa—. Supongo que es normal copiar de la madre.

—Estados Unidos ya no son las colonias.

—Por supuesto que lo sé. Sin embargo, el Imperio Británico no ha perdido la gloria. Bajo el liderazgo de la reina Victoria seguimos expandiéndonos.

Zachary se preguntó si Richard habría escuchado aquellas palabras.

—Le vuelvo a recordar que soy escocés, por si su memoria está difusa.

La risa de lord Radwick sonó burlesca.

—No podría disimularlo ni aun queriendo.

La tensión se extendió por el ambiente. Las damas ahogaron una exclamación, los rostros de los invitados se volvieron hacia ellos y el ánimo de Zachary comenzó a inflamarse.

¡Estaba dispuesto a dar su merecido a aquel petimetre, ya fuera física o verbalmente, delante de los demás o a solas! Por muy conde que fuera, no iba a permitir otro menosprecio de su parte.

—Me alegro de que aprecie la diferencia. Por un momento temí que fuera uno de esos hombres que pierden sus capacidades mentales. A nadie le gusta depender de los demás para asuntos tan básicos.

Por un instante, el color encendió el rostro del conde, pero cuando volvió a hablar había recuperado su habitual arrogancia.

—Le puedo asegurar que soy demasiado joven para eso. La vida me sonrío: tengo respeto, fortuna, amigos, familia y una prometida encantadora.

¿Y usted?

La flecha fue lanzada con ensañamiento. Era consciente de que el conde pretendía desairarle a causa del lugar que ocupaba en la sociedad —según él, inferior—. Sin embargo, para Zachary solo fue un insulto su intención, no el contenido.

Lo sentía por Claudia, pero su prometido era un completo imbécil.

Su propósito fue responder con la misma fuerza de una bofetada, si bien se detuvo cuando la mujer que ocupaba sus pensamientos apareció frente a ellos.

—Oh, Hamilton. —La voz de Claudia se hizo escuchar por encima de las demás—. ¿Serías tan amable de traerme una limonada?

Ella lucía una sonrisa serena en los labios y una expresión angelical en el rostro, si bien a nadie le pasaba por alto que aquello no era más que una estratagema para distanciar a los dos hombres.

Porque, ¿quién podía negarse ante semejante petición? Hamilton era todo un caballero inglés, así que Claudia contaba con su cortesía respecto a ella, su prometida.

Pestañeó un par de veces, ensanchó su sonrisa y esperó su respuesta.

Él cuadró los hombros e inclinó la cabeza a modo de aceptación.

—Por supuesto —contestó, antes de dirigirse a la mesa donde estaban dispuestas diversas bebidas.

Claudia suspiró interiormente.

—Disculpen —murmuró a los invitados que se encontraban por los alrededores y que habían ido acercándose a causa de la curiosidad que suscitaba la disputa. Trató de no posar la mirada en Zachary, para después retirarse en pos de su prometido. Sin embargo, decidió no llegar hasta él y se quedó en un segmento del jardín, esperando en soledad.

Alzó la barbilla con dignidad y no hizo caso de las miradas indisimuladas que le lanzaban. Por supuesto, le incomodaban, ya que era imposible acostumbrarse a ello. No obstante, no debía representar debilidad o vacilación. Las apariencias lo eran todo.

Ser el centro de atención no era lo único que le preocupaba. Seguía enfadada con Zachary por todo lo sucedido aquella tarde durante el paseo. No obstante, en aquel momento, su mente estaba embotada y ya no recordaba muy bien la causa de aquel enfado, puesto que la conversación entre el escocés y su prometido había acaparado toda su atención.

¡Cielo Santo! ¿Cómo podían dos hombres cultos y cabales dejarse llevar por la irracionalidad de los instintos? Zachary y Hamilton podían ser tan distintos como el día y la noche, pero aquel comportamiento no era propio de ninguno de ellos.

Así se lo hizo saber a su prometido cuando este le llevó la limonada.

—Gracias —murmuró tomando su vaso de cristal. A continuación clavó los ojos en los suyos y dijo—: ¿Qué sucede contigo? El señor McGlaton es un invitado de los Conway.

—No me gusta —gruñó él por lo bajo mientras se alisaba la chaqueta.

No era el único, pensó Claudia.

Tanto el uno como el otro habían dejado en evidencia sus respectivos sentimientos, pero eso no significaba que debieran dar un espectáculo.

—Hamilton, olvidas los buenos modales.

Hubo un silencio significativo antes de verlo fruncir los labios con disgusto y responder:

—Alguien de su clase no debería estar entre nosotros. Los Conway no lo pensaron bien.

—No te atrevas a criticar ahora a sir Ian y a lady Conway. No todos los invitados pertenecen a nuestro círculo. En Worthington Park hay empresarios.

—Pero «él» —remarcó— no es ni eso. Se trata de un simple abogado.

—Una profesión digna que merece respeto.

Hamilton la observó con ojos de halcón.

—Una descripción demasiado benigna. ¿Lo estás defendiendo?

A Claudia se le hizo un nudo en la garganta, por lo que se vio obligada a tragar saliva. Lo último que necesitaba era discutir con él a causa de Zachary.

Eso solo avivaría su animadversión. Sin embargo, no podía dejar pasar aquel desprecio, porque en el fondo también incluía a un miembro de su familia.

—No —respondió—. Te estoy reprobando a ti, que es distinto. Olvidas que mi hermano Jason es abogado —señaló Claudia, para que su prometido se percatara de lo desafortunadas que sonaban sus palabras.

El disgusto de Hamilton aumentó.

—Puede que así sea, aunque te agradecería que no hablaras de él en mi presencia. Sabes que me disgusta.

Ella lo miró de hito a hito. En otras circunstancias hubiera preferido permanecer callada, pero aquella tarde Hamilton estaba colmando su paciencia.

—¡No puedes obligarme a olvidar a mi hermano! Es sangre de mi sangre, por lo que siempre estará conmigo.

Su prometido dibujó un rictus severo.

—Por favor, baja la voz. Hay más gente en el jardín.

—¿Tratas de proteger la intimidad de los Morton o temes que si sigo hablando pueda llegar a herir tu sensibilidad? Jason no desaparecerá solo porque tú lo desees.

—¿Acaso debo recordarte lo que hizo? Oh, qué decepcionado estaría Ashton si pudiera verte ahora mismo.

Claudia quiso apretar los puños, pero consciente del lugar donde se encontraban, se conformó con exhalar aire lentamente para tratar de calmarse y relajar sus hombros. Además, desde el lugar donde ambos se encontraban notaba la mirada de su tía clavada sobre ella. Solo debía ladear el rostro suavemente para comprobarlo, aunque estaba segura.

Así lo hizo y, en efecto, le estaba lanzando una advertencia con esa expresión adusta que lucía. Con toda seguridad ella apoyaría a Hamilton y condenaría a Zachary, por muy reprochable que fuera el comportamiento de su prometido. Porque ante sus ojos, él siempre sería el ganador.

No era justo que tuviera que escuchar sus reproches, que llegarían antes de la cena, cuando estuvieran a solas. Entonces le recordaría cuál era su lugar y cómo debía comportarse.

Dio un sorbo de limonada.

«Hablar de Jason no beneficiará a nadie», admitió finalmente para sí con cierta derrota. La postura de Hamilton era inamovible; ella lo sabía desde hacía tiempo. Nada que dijera en su defensa le haría cambiar de opinión.

—No quiero discutir contigo ni ser descortés —indicó, mostrándose lo más conciliadora posible—. Aunque debes entender que todo lo referente a mi hermano me afecta. Solo por eso deberías mostrar más sensibilidad. Por lo menos, cuando yo esté presente.

Él asintió conforme, sin añadir más al respecto. La tomó del codo y la condujo de regreso con los invitados.

—Vamos a conversar con mi hermana. Seguro que Fannie se alegrará de la compañía.

Con el tema zanjado, Claudia supo que Hamilton no volvería a reprocharle haber defendido a Zachary. Eso por lo menos era un alivio. Solo esperaba que ambos hombres se mantuvieran lo suficientemente alejados como para no empeorar las cosas.

Compuso una sonrisa y fingió que nada había sucedido.

*He de hablar contigo de cierto tema importante que nos afecta.*

*Por ello, te pido que te reúnas conmigo en la parte más oriental de la casa, en el tempietto, justo una hora antes de la cena.*

*Tuyo,*

*Z.*

Claudia releyó la misiva otras cinco veces más; lo justo para cerciorarse de que no había comprendido mal; aunque, quién podría hacerlo cuando todo parecía tan claro.

Sin embargo, era todo muy extraño. Y misterioso, además. Nada propio de Zachary. Porque deducía que se trataba de él. No conocía a nadie del lugar que contara con una zeta como inicial, aunque la letra estuviera escrita de forma distinta a la que acostumbraba. Tal vez debido a las prisas.

¿Quería verla? ¿A solas? ¿En el *tempietto* apartado que los Conway tenían en medio de la arboleda? ¿Qué sería tan importante?

Dejó la nota de nuevo encima de la cama y se sacó el sombrero. Venía de cabalgar con parte de los invitados. Bien, más que eso había sido una

excursión a marcha pausada para unos y una carrera frenética y liberadora para otros. Ese día el sol había acompañado desde su temprana salida y toda actividad programada había estado pensada para disfrutar del exterior.

Todos lo habían agradecido. Claudia muchísimo más.

Ahora se encontraba con que tenía el tiempo justo para darse un baño, prepararse para la cena y correr para llegar a tiempo.

«¿Cómo lo habrá hecho?», murmuró.

En ese instante entró su doncella y, tras ella, un par de lacayos portando agua caliente.

—Necesito rapidez, Marjorie.

La joven la miró perpleja un instante. De todos modos asintió, como si comprendiese las prisas que tenía.

—Lo tendré preparado en un momento.

Mientras los mozos volvían a por más agua —Claudia imaginaba que todos ellos debían estar yendo como locos por la casa intentando llenar las bañeras de los invitados de sus patrones—, su doncella se apresuró a escoger un vestido para la cena.

—Con el añil bastará —respondió Claudia a la pregunta muda de la joven.

Toqueteó el papel y se preguntó cómo había hecho Zachary para introducirse en su habitación a hurtadillas y dejar el papelito en su cama.

¿Habría enviado a un sirviente o lo había hecho él mismo? ¿Y cuándo?

Por una razón desconocida, se sintió incómoda con solo imaginarle allí, entre esas cuatro paredes que, durante cierto tiempo, eran como su templo privado.

Dudó sobre preguntar a Marjorie. Lo que tenía entre manos era un asunto delicado que no convenía que trascendiera —ni siquiera entre los sirvientes—. Un comentario equivocado podía ocasionarles muchos problemas, pero Claudia trataba de comprender cuándo se le había dado la oportunidad a Zachary si lo había tenido cerca casi todo el día.

«Con toda probabilidad, antes de que todos salieran esta tarde para la

excursión».

O quizás había hecho que su ayuda de cámara lo dejara cuando la casa estaba más vacía y libre de la mayor parte de invitados.

—Marjorie...

La doncella detuvo su trajín y la observó, a la expectativa. Claudia no sabía muy bien qué preguntar o si de verdad quería hacerlo. Al final se decidió.

—Cuando he entrado en la habitación me he encontrado este mensaje encima de la cama. ¿No sabrás algo sobre ello, por casualidad?

Cuando la vio abrir la boca y los ojos de la sorpresa, Claudia supo que era genuina.

—No, milady, en absoluto. No he vuelto a su habitación desde esta misma mañana, cuando he recogido poco después de que usted se marchara. He entrado de nuevo hace unos minutos, con los lacayos.

—Y esta mañana...

—No había nada encima de la cama, lo juro.

—Te creo, no te preocupes. No es culpa tuya —añadió, por el rictus de preocupación que la joven lucía. Señaló el papel—. He de darme prisa.

—Sí, sí, por supuesto.

Imaginaba que Marjorie sospechaba de un encuentro entre amantes. Como estaba prometida había comportamientos que no solían resultar tan escandalosos.

Si supiera la verdad...

La ayudó a desvestirse mientras Claudia pensaba cómo iba a hacerlo.

Zachary se había vuelto un inconsciente. Resultaba contradictorio, por no decir frustrante también, que se negara a que ella se le acercara y que luego montara todo ese encuentro secreto y clandestino. Al menos, había hecho bien sus valoraciones citándola a esa hora, durante el ocaso del día, cuando las luces y las sombras podían confundirla a la perfección en el exterior, utilizando también la vegetación como una amiga involuntaria para esconderla de cualquier mirada indiscreta. A esas horas, los invitados estarían

descansando en sus habitaciones, tal y como hacía ella, al tiempo que se preparaban para la cena. La diferencia radicaba en que ellos contaban con un tiempo de relajación que ella debía aprovechar para escabullirse por los pasillos y salir de la casa sin ser vista. Además de todo ello, debía tener presente regresar antes de que alguien, preferiblemente tía Mildred, notara que había salido.

Oh, por Dios, esperaba que valiera la pena tanto subterfugio. Solo de pensarlo le producía dolor de cabeza. Ignoró la punzada que sentía en el vientre. No era la emoción de lo desconocido, sino el temor, lo que la invadía. Sí, eso era. Con toda seguridad no quería pasar unos momentos a solas con ella o decirle de viva voz lo mucho que disfrutó con su interpretación musical. A ella le bastó que se acercara justo al terminar y la complació esa última y fortuita mirada.

«Mentirosa».

Bien, era así. No es que no se le permitiera sentirse halagada por la admiración que descubrió en él. ¿Quién no querría? Consideraba que después de eso, su actitud se distendería un poco y que se permitiría acercarse a ella en público, pero no había sido así.

Quizá era por Hamilton. Entre ambos se había establecido cierta animadversión que ya no pasaba desapercibida a nadie.

¿De eso se trataba?

Supuso también que quería disculparse por las desconsideradas palabras que tuvo con ella en el corto paseo de unos días antes. Si era el caso, no tendría que ser esencial reunirse. Con una nota como la que ahora reposaba encima del secreter habría bastado.

—Bien, no es necesario molestarse con más elucubraciones; no tardaré en averiguarlo —musitó mientras el agua caliente bañaba su piel.

—¿Decía, milady?

—Solo que prepares la capa oscura —le dijo, en cambio.

El resto del tiempo fue una sucesión de movimientos y acciones rápidas.

Lamentaba tener que acortar el baño, un momento del día que adoraba. En cuanto al peinado, no tuvo más remedio que dejar que Marjorie le hiciera un recogido rápido y sencillo.

—Si mi tía preguntara, límitate a decirle que ya estaba preparada y que he bajado. ¿Entiendes? —dijo con la mano en el pomo de la puerta y la capa doblada al máximo bajo su brazo. No estaba de más prevenirlo.

La doncella asintió y ella abrió para asegurarse de que podía salir sin peligro alguno.

Escogió la parte contraria a las escaleras principales. Buscaba la salida del servicio de la casa, aunque no tenía muy claro dónde estaba. Por eso no se había puesto la capa —lo cual haría tan pronto traspasara el umbral—.

Ponérsela ahora resultaría demasiado llamativo.

«Porque marchar a hurtadillas no lo parece, ¿verdad?».

Con un poco de esfuerzo, maña y unas dosis de muy buena suerte, Claudia consiguió salir de la casa sin ser vista más que por un sirviente, lo cual no la inquietaba lo bastante porque le pareció muy joven como para preocuparse por una dama que bajaba las escaleras de los sirvientes a toda prisa. En cuanto estuvo fuera se ató la capa y con la capucha ocultó todo rastro de ella; así, en caso de ser vista por alguna de las ventanas iluminadas, no podrían deducir de quién se trataba.

Las condiciones climáticas podían resultar adversas o favorables según se mirase. Por suerte, y aunque el cielo seguía despejado, la luna menguante colaboraba en sus furtivos movimientos. Lo malo de todo ello era que, si se movía unos pasos más allá de la fachada, los farolillos esparcidos que proporcionaban un poco de luz dejaban de surtir efecto. Lástima no poder llevarse ni una triste vela —ahora se preguntaba cómo se las ingeniaban los amantes para verse desde tiempos inmemoriales—. Sin nada que iluminase el camino tenía muchas posibilidades de tropezar o darse de bruces contra un seto o una de las estatuas que había hacia su destino. El trayecto, por lo tanto, fue lento y desesperante —¿por qué no había escogido Zachary otro

emplazamiento más sencillo?—. Al menos, las aguas del estanque junto al *tempietto* sí se veían, aunque apenas, y Claudia lo utilizó como referencia, bordeándolo.

También miró hacia atrás unas doscientas veces. Sin exagerar, puesto que las había contado todas; lo que la retrasó todavía más.

La oscuridad total ya se cernía sobre ella cuando estuvo casi segura de haber llegado a su destino. Tocó con el pie lo que parecía una estructura de granito, así que dedujo que estaba en el lugar indicado. Era incapaz de ver nada y parpadeó tratando de que sus ojos se acostumbraran lo más rápido posible. Fue un proceso exasperante. Aun así, por fin consiguió distinguir el armazón de lo que había visto a plena luz del día: una estructura circular de piedra gris con cuatro columnas jónicas sosteniendo la cúpula abierta hecha con filigranas de hierro fundido. Ese *tempietto* en particular no resultaba un lugar adecuado para guarecerse un día de lluvia, tampoco para evitar el calor.

Claudia había comprobado que solo servía como decoración y para sentarse en los bancos de piedra que hacían de murete bajo cuando volvían de una buena caminata. Ofrecía cierta protección de los rayos solares, pero poco más.

A tientas, fue buscando dónde sentarse. Cuando lo hubo hecho, escudriñó a su alrededor esperando, o más bien deseando, oír algo, por mínimo que fuera.

El ambiente era propicio para desarrollar algunas de esas novelas góticas que tanto gustaban a sus primas. Ella había hecho un ímprobo esfuerzo por adentrarse en *Los misterios de Udolfo*, de la señora Radcliffe, e incluso con algún libro de Poe, pero ni leer era su pasatiempo favorito, ni esa narrativa algo que pudiera llamar su atención. No obstante, no negaría que estar a merced de sus pensamientos en un escenario tan oscuro eliminaba cualquier atisbo de frivolidad por su parte. Solo quería enroscarse en un rincón y fingir que estaba en cualquier otra parte.

—De verdad, juro que no veo cómo algunos pueden encontrar romanticismo en un entorno tan hostil y escalofriante como este.

—¿Qué dices?

Claudia lanzó un sonoro chillido que fue amortizado de inmediato por una mano masculina.

—Shhh, no grites, insensata.

El corazón de Claudia bombeaba furioso mientras su cerebro trataba de discernir la voz de quien la tenía aprisionada. Supo en seguida que se trataba de Zachary, pero solo su aroma —que identificó con la misma rapidez— la calmó lo suficiente como para obligar a aquietar el convulsivo repiqueteo que notaba en su pecho. En un momento de claridad asimiló la inquietud que debería producirle poder reconocerlo por su esencia. Hasta entonces no había sido consciente de ello.

—Lo siento, me has asustado. No te oí llegar.

—Esa era mi intención.

Se separó de ella y notó un vacío extraño a su alrededor, pero también en su vientre.

«Desvaríos producidos por la falta de luz», se justificó.

—¿Con quién hablabas?

—Con nadie en particular —susurró sin saber si era necesario. De hecho, estaban bastante alejados de la casa—. Solo reflexionaba en voz alta sobre la considerable demencia de los amantes que deciden encontrarse en un lugar apartado.

Notó, más que vio —evidentemente—, la repentina quietud de Zachary.

Esperaba que no se le hubiera ocurrido que ella pudiera malinterpretar la nota y que, por ello, había acudido allí pensando que eso era una cita secreta.

—Esto, no quería decir... A lo que me refería... En realidad...

Zachary la encontró y consiguió, por algún milagro, sujetarla de los hombros con la esperanza, suponía, de hacer que callara.

—Claudia —la cortó—, ¿por qué estoy aquí?

Era la pregunta más inesperada y más absurda de cuantas le había hecho.

Eso debería preguntarlo ella, no él, que la había convocado.

—¿A qué te refieres?

—No empieces con tus juegos. Te advertí que...

—¿Claudia?

Esta vez, ambos se quedaron helados ante la imprevista pregunta salida de la oscuridad, pocos pasos más allá. Zachary le apretó más hasta casi hacerle daño y ella no se atrevía ni tan siquiera a respirar. ¿Era Hamilton?

—¿Claudia, me escuchas? Te he oído chillar. No te escondas, sé que estás ahí, pero apenas puedo ver nada.

¿¿¿Qué-demonios-hacía-Hamilton-allí???

Notó que uno de los dedos de Zachary se posaba en sus labios, pidiéndole silencio. Ella, sin embargo, y a pesar del apuro en el que se encontraban, solo pudo fijarse en el calor que este emanaba sobre sus labios. Sentía que ardían.

«Algo tan inocuo y a la vez tan íntimo. Jamás lo hubiera pensado».

Cuando quiso darse cuenta, ya no sentía la presencia de Zachary. Su olor se diluía y una parte de ella quiso gritar ¡no, no te alejes! Mas era una imposible; una auténtica locura.

—¡Claudia, por el amor de Dios!

Ahora Hamilton estaba muy cerca, así que supuso que debía sentirse agradecida con Zachary por haberse mostrado tan raudo a la hora de reaccionar. Si por ella fuera seguiría varada dentro de la glorieta disfrutando en su intimidad de un furtivo contacto. Él los había salvado a ambos de quedar expuestos de la forma más ignominiosa.

«Aun así, no debería sentirme tan complacida. Al fin y al cabo, es culpa suya que nos encontremos en esta situación. Era su deber arreglarla».

—Estoy aquí —avisó, por fin, apiadándose de su prometido.

—¿Dónde?

—En la glorieta, sentada. —Justo hizo eso mismo. Al cabo de unos segundos, la silueta gris de Hamilton se recortó en la casi inexistente luz reflejada en el estanque—. Ten cuidado con el agua.

—Sí, la veo. Esto me reafirma en que fue una pésima idea decidir venir. — La alcanzó y se sentó junto a Claudia con los mismos movimientos torpes y

dubitativos que realizó ella misma al llegar.

Eso le hizo notar que él no debería estar aquí. Una duda alarmante la asaltó.

—¿Me estabas siguiendo? —preguntó a bocajarro.

—¿Cómo dices?

—Estás aquí —adujo como respuesta.

—Sí, lo estoy —Se vislumbraba cierta aspereza en su tono—. Soy consciente de que debería haber ignorado tu súplica. Sabes tan bien como yo que, por muy prometidos que estemos, debemos estar libres de todo escándalo. Si fuéramos descubiertos sería una catástrofe.

—¿Qué súplica? —No entendía nada.

—Bien, disculpa si no me he expresado de forma apropiada. Me refería a la nota que me enviaste. Tan pronto la leí supe que no estaba bien.

Si hubieran tenido claridad, Claudia lo hubiera mirado como si de un loco se tratara. Ella no había enviado una nota a Hamilton. Estaba tan locuaz que no parecía un fingimiento por su parte, así que debía creerle cuando afirmaba que ella lo había convocado cuando en realidad nunca lo había hecho.

El silencio de Claudia pareció enmudecerle también. Sintió cierta tensión entre ambos.

—Pareces confusa. ¿Es un malentendido? ¿Acaso esperabas a alguien más? —preguntó levantándose, airado.

—¡No! —Le cogió del brazo—. Qué ocurrencia tan malsana la tuya. Es solo que esta oscuridad me atolondra. No lo valoré tanto como debiera.

Hamilton pareció apaciguarse al instante.

—No, no lo hiciste. Tampoco parece propio de ti.

Claudia tuvo que pensar rápido, muy rápido, porque sabía que la pregunta crucial aparecería tarde o temprano. En ese momento no valían las consideraciones de por qué estaba allí o de si había sido Zachary quien había traído a Hamilton con falsos pretextos con vete tú a saber qué fin. Lo importante era conseguir salir airosa de ese entuerto. ¿Creía que era una cita clandestina? Pues se vería en la obligación de hacerla real. Después de todo,

debía dotar a sus actos de cierta verosimilitud; de otro modo podía aparecer la sospecha.

—Sé que no lo parece, Hamilton, pero debes reconocer que, hasta ahora, no hemos dispuesto de momentos a solas de calidad. A estas alturas de nuestro compromiso me preguntaba si podría forzar que pudiéramos estarlo verdaderamente.

—Bien. —Hamilton carraspeó—. Lo entiendo, pero sigo sin comprender qué te motivó a organizar este encuentro ilícito.

Decidida su línea de acción, Claudia no iba a dar un paso atrás.

—¿No lo adivinas? Quería un beso.

—Claudia...

—No me mortifiques con una negativa, Hamilton. Vamos a casarnos. ¿Tan extraño te parece?

De cara a la galería, Claudia estaba menos excitada de lo que debería por lo que estaba proponiendo. Visto con total frialdad, se había sentido más tentada con un dedo de Zachary rozando sus labios que con la perspectiva de recibir un beso de su prometido. De todas formas, no pensaba perder la oportunidad. Iba a suceder más tarde o más temprano, por lo que más le valía saber de primera mano cómo sería.

«Sé optimista».

Además, tampoco pedía tanto. Nadie sería testigo de ello salvo la noche estrellada que brillaba sobre sus cabezas. Ni siquiera Zachary —Dios no lo quisiera— tendría que saberlo. A buen seguro había corrido hacia la casa para no verse comprometido.

—Y si cedo, ¿dejarás de lado estas niñerías sobre citas a la luz de la luna?

¿Niñerías? La palabra no le gustó; primero, porque iba relacionada con ella, como si la definiera; y segundo, porque no parecía concederle valor a un detalle que, de haberlo provocado, podría resultar muy romántico e íntimo en una pareja enamorada.

«Lo cual no sois», se recordó.

—¿Claudia? —repitió Hamilton.

Se había vuelto a perder por los recovecos de su mente.

—Oh, disculpa.

—¿Y entonces? —le preguntó.

—¿Entonces? —Había perdido el hilo de la conversación.

—¿Qué respondes a lo que te he pedido sobre olvidarte de las notitas que nos llevan a esto si accedo a darte un beso?

Lo estaba exasperando, lo sentía. Nunca lo había visto de ese talante.

—Que acepto, por supuesto.

—Bien. —El alivio de Hamilton fue palpable—. Entonces mejor será que nos demos prisa o la cena empezará sin nosotros y ya no habrá excusas que valgan.

La ausencia de sentimentalismo de sus palabras no la detuvieron y esperó a que él hiciera el primer movimiento. Se acercó tanto a ella que pudo oír el sonido de su respiración. Esperaba que deseara besarla aunque fuera un poco.

Cerró los ojos, y esperó.

\*\*\*

El silencio se hizo tan espeso que parecía haberlo dejado sordo. Zachary se mordió los carrillos para evitar lanzar alguna imprecación y salir a detener lo que sabía estaba sucediendo. Todavía era incapaz de comprender cómo habían llegado a eso.

Cuando se hizo evidente que el conde de Radwick les había seguido, Zachary hizo lo más lógico posible, esperando y deseando que su presencia hubiera pasado inadvertida. Agradeció al cielo que la luna impidiera ver apenas a tres pasos, así que se escondió detrás de unos árboles.

Nadie percibía aquello de lo que no era consciente.

En circunstancias distintas habría rodeado el jardín y hubiera puesto rumbo a la casa, pero no sabía qué había motivado al prometido de Claudia para

presentarse justo allí mismo, donde ella le había citado.

No hablaron muy bajo, por lo que no resultó difícil seguir su conversación.

Le sorprendió, por lo tanto, que él asegurara que ella le había convocado en el *tempietto* cual cita secreta. También le dolió, qué demonios. ¿A qué estaba jugando Claudia? Cuando después le pidió un beso al conde se sintió absurdamente traicionado y tuvo que conminarse a permanecer inmóvil y a no delatar su presencia, aunque quería hacer justo lo contrario.

Ahora reparaba en el pitido extraño de los oídos, producto de la realidad y de cómo le afectaba, pues el beso entre ambos se estaba produciendo y él no había supuesto que la acción que iba a desarrollarse en esa estructura de granito iba a terminar de ese modo. Al recibir la nota imaginó más bien un reproche benevolente de su parte y una consecuente rabieta de esta, no una especie de trampa que lo obligaba a estar presente en un momento íntimo entre un hombre que detestaba y una mujer que... bueno, era Claudia.

Esa escena lo había hecho ser consciente, además, de los besos que debían haberse dado hasta el momento. Ni siquiera podía llegar a creer que este fuera el primero. Era imposible que un hombre quedara indiferente ante los encantos de una prometida como ella.

«No pienses en ello, Zachary».

Pero parecía no ser capaz de conseguirlo. Solo deseaba que todo terminara rápido. Si se añadía el sonoro golpe de un bofetón después podría quedar un poco satisfecho después de todo lo que estaba teniendo que soportar, mas cuando las voces se filtraron de nuevo y supo que el suplicio se había dado por concluido, la esperanza se diluyó por completo.

«Al fin y al cabo ha sido ella la maquinadora de este macabro encuentro y la que ha pedido el beso, ¿no es cierto?».

No le consoló que el momento entre ellos no se eternizara —sobre todo cuando él tenía que vivirlo con ellos—. Se podría decir incluso que habían sido apenas unos segundos.

«Que a mí me han sabido a horas enteras».

En ese lapso de tiempo no habían tenido ni siquiera la oportunidad de abrir los labios, lo que lo convertía en un beso insípido y vulgar.

Cuando por fin la verdad lo asaltó, haciéndolo consciente de cómo estaban las cosas, una lúgubre sonrisa se instaló en su boca.

«Insípido o vulgar, hubiera matado por ser yo quien se lo diera».

El destino debía estar aburrido para dificultarle tanto la vida.

Desde hacía al menos un día entero con todas sus horas, minutos y segundos, Claudia había hecho lo imposible por enderezar una situación que no había creado pero que parecía haberse vuelto en su contra. Al principio no fue capaz de entender nada y se dejó llevar por la corriente en un intento de salvaguardar su reputación. Puesto que no sucedió nada irreparable, al volver la noche anterior a la mansión para la cena se sintió segura y victoriosa. A partir de ahí cambió por completo de opinión y consideró que todo estaba torcido.

Zachary evitó que sus miradas se cruzasen durante toda la velada. Cuando por fin pudo incluirse en el grupo en el que él estaba, ni tan siquiera le dirigió la palabra —y eso que habló de temas que sabía que podrían inducirle a intervenir— y se marchó tan pronto tuvo la oportunidad, lo que la frustró de tal forma que una sofocante migraña hizo acto de presencia y la obligó a retirarse más temprano debido al insoportable dolor. Al día siguiente, esa misma mañana, allí donde lo encontró trató de abordarlo. Y no es que Zachary rehusara que lo buscara —como había estado haciendo hasta ahora—; era mucho peor: la ignoraba. Eran pequeños detalles que reafirmaban que no

parecía existir para él, así que usó un arma que le resultaría imposible de eludir y lo obligaría a elegir el mal menor. Con eso averiguaría qué estaba tratando de hacer y por qué. Por ello, y sin ningún tipo de remordimientos, separó a Rosalind del señor Morthmort y entrelazó su brazo junto al de ella.

Le iba a costar ser una intrigante y metomentodo.

—Espero que no le moleste que la haya alejado de la grata compañía del señor Morthmort.

—Oh, por supuesto que no. —Su postura relajada confirmaba sus palabras—. No voy a escogerle solo porque mi madre lo desee. Quiero valorar a todos los caballeros disponibles.

Con esas palabras le confirmaba un hecho que no le había pasado desapercibido, ya desde su inicio. El señor Julius Morthmort había sido poco sutil a la hora de mostrar su preferencia hacia Rosalind.

—¿Volverá a Londres para seguir con la temporada, entonces?

—Sí. Aquí solo hay dos candidatos posibles.

Claudia se sobresaltó aun contando con que uno de ellos fuera Zachary.

Una parte de ella hubiera deseado que se redujera a la inestimable y única opción del señor Morthmort. Y aunque sabía que Zachary no estaba interesado, no supo explicarse por qué la alteraba el hecho de estar en la mira de la joven que tenía al lado.

—Y con ello se refiera a... —la instó a sabiendas. No iba a ser Claudia quien lo nombrara.

—El señor McGlaton, sin ninguna duda. Será un buen marido.

Tanta seguridad la desconcertó.

—No creo que eso podamos afirmarlo de él o de nadie.

—Según lo que me han dicho, sí.

—¿Del señor McGlaton?

—No de él en particular, sino de los caballeros en general.

—Ah. —No supo qué decir. Con Rosalind, las conversaciones siempre solían acabar por seguir derroteros desconocidos.

—Sé de buena tinta (por mis amigas, ya sabe) que los hombres poseedores de manos firmes y que, además, tengan un dedo corazón más largo de lo habitual demostrarán ser unos maridos considerados y diestros.

Oh, señor, Claudia no quería conocer a sus amigas por nada del mundo ni escuchar sus descabelladas ideas. La connotación de sus palabras era claramente de índole íntima.

—Entiendo. —Deseaba que no encontrara motivos para dar detalles, pero como no era la primera confidencia de ese tipo que le había hecho, no concebía ni una esperanza de librar a sus oídos de tamañas sandeces.

—¿Usted también lo ha oído, entonces?

Parecía satisfecha y no proclive a dar más detalles, por lo que dio unas palmadas interiores de alegría.

—Mmm, sí. —La mentira no le pesó.

—Entonces entenderá que considere al señor McGlaton como posible elección.

—¿Se ha mostrado predispuesto? —Lo preguntaba solo para confirmar lo que ya sabía; para nada más.

—No demasiado, la verdad. De hecho, creo que su corazón ya está ocupado.

—Lo dijo de un modo tan contundente que Claudia tropezó—.

Cuidado.

—Lo siento —Mortificada, trató de esbozar una sonrisa—. No puede estar segura de ello.

—Tiene toda la razón, lady Claudia. Ha de saber que soy más observadora de lo que parezco. Como mujer oculto mi inteligencia bajo un velo de ignorancia, pues ambas sabemos qué piensa el género masculino sobre nosotras, mas la verdad es muy distinta.

Ahora, Claudia, un tanto impresionada, la observó bajo una nueva luz.

—En efecto. Por desgracia, debemos mostrarnos mucho más sutiles.

—Si eso fuera todo... —Río como si el tema no fuera serio, confundiéndola—. Volviendo a nuestro interesante tema de conversación, le decía que el

señor McGlaton ya está enamorado. De otro modo, estoy segura de que las circunstancias podrían haber sido muy diferentes para mí.

Por mucho que lo deseara, Claudia no podía negarlo. Como ya había decidido, no sabía tanto de la vida de Zachary como para afirmar lo contrario sin ningún género de duda. De hecho, había descubierto que en determinados aspectos no lo conocía en absoluto, tal y como las circunstancias actuales le estaban demostrando. Sin embargo, no iba a considerar por qué le molestaba no saberlo todo de él ni si había una mujer importante en su vida.

—Así que no cejará en su empeño —afirmó, más que nada para dejar de pensar en detalles que la incomodaban.

—No mientras permanezcamos en Worthington Park. Dicen que...

«Oh, no».

—... Quien no arriesga, no gana.

A Claudia se le escapó una risita tonta nada apropiada. Había estado segura que iba a lanzarle, de nuevo, uno de esos veredictos escandalosos.

—Está en lo cierto. —Y ahora, después de esa previa y anecdótica conversación, iba a conducirla justo hacia donde quería—. Por eso, no veo ningún impedimento en ayudarla a acercarse a él.

Durante todo ese tiempo habían estado paseando junto al *tempietto*. La anfitriona, aprovechando la magnífica tarde de sol, y dada su ubicación, había decidido que ese era el lugar más idóneo para hacerlo. A Claudia no se le escapaba la ironía del asunto.

Zachary se había mantenido alejado y solo la mayor parte del tiempo. Lo había visto conversar con el señor Smuth, sir Ian y lord Whittock, lo que confirmaba que, por fin, se había involucrado en los negocios en los que la mayoría de los caballeros estaban inmersos.

—¿Lo haría? —De repente parecía muy entusiasmada con la idea, tal y como Claudia había previsto—. Eso sería maravilloso. No creo que nadie diga nada si somos ambas las que nos acercamos; de otro modo sería totalmente incorrecto. Mi madre no podrá reprochar algo así.

—No, no podrá. Como estaremos a la vista de todos será algo muy inocuo.

Decididas, cada una por un motivo distinto, se dirigieron hacia Zachary que, como Claudia pudo comprobar, las observó acercarse sin hacer ningún intento por evitarlas. Solo permaneció apoyado en una de las columnas de la estructura circular, a la espera de que llegaran hasta él.

—Señor McGlaton.

Rosalind fue muy rápida en el saludo que hubiera querido hacer ella, pero eso no la detendría.

—Señorita Merryweather. Lady Claudia.

Le satisfizo comprobar que no podía obviarla, aunque supo, sin ningún género de dudas, que lo hubiera preferido. Eso le dolió.

\*\*\*

—Espero que no le importe que le acompañemos.

Zachary supuso que eso era un intento para obligarlo a hablar con ella de una forma u otra, así que la complació, aunque se negaba a dar nada más.

—En absoluto.

Había sido testigo de los intentos desesperados de la joven por acercarse a él.

«Joven no», se corrigió. «Mujer. La noche anterior quedó muy claro que Claudia ha dejado atrás cualquier atisbo de niñez».

Sin embargo, Zachary se había propuesto ignorarla en la medida de lo posible. No quería ningún trato con ella ni una mísera explicación. Lo que había pretendido le resultaba intolerable, lo mismo que estaba haciendo ahora, imaginaba. Dirigir las cosas hacía un propósito que solo ella conocía.

Pues no, no estaba dispuesto a hacer su voluntad. Claudia pensaba que, acudiendo con Rosalind lo obligaría a decantarse por ella, pero estaba tan resentido con su comportamiento que no lo haría, aunque pudiera darle a la otra la errónea impresión de que, por fin, estaba interesado.

En consecuencia, durante los diez minutos siguientes obtuvo una triste satisfacción al respecto. Se centró en Rosalind y la ignoró por completo. No supo si esta lo notó y supuso que, en algún momento, habría de responder a alguno de los múltiples intentos de Claudia por llamar su atención. Tampoco quería hacerse notar demasiado, no fuera que llevara a alguien a preguntarse el motivo de esa falta total de interés. Sabía bien que no había podido evitar que trascendiera su animosidad hacia el prometido.

Temía que llegaran hasta la verdad.

Mientras se preguntaba cómo podría alejarse sin ofenderlas, lord Radwick debió de pensar que su prometida ya había pasado en su compañía más tiempo del necesario, puesto que se dirigía hacia ellos. Por una vez agradeció la ayuda involuntaria que le iba a prestar. Tampoco dejó de notar la amarga burla de todo el asunto al establecerse un patrón similar a la noche anterior.

Las circunstancias no eran iguales, aunque sí similares.

Los saludos de cortesía resultaron forzados y los incomodaron a todos, pero Zachary aprovechó la oportunidad para presentar sus disculpas y marcharse.

Se recluyó, por lo tanto, en su habitación, valorando la posibilidad de encerrarse allí lo que quedaba del día. Sin embargo, durante la hora del té — un momento que no le era necesario y que solo resultaba trascendente cuando estaba en Inglaterra— prefirió aprovechar el buen tiempo y salir a cabalgar en soledad, lo cual no hacía muy a menudo. Quizá una buena carrera a lomos de un caballo mitigara la angustia que lo invadía. No era un jinete tan bueno como podía serlo Claudia, pero se defendía.

Le comunicó a lady Conway sus intenciones y esta se mostró un tanto disconforme porque estuviera solo. Le aseguró que no tenía de qué preocuparse y que estaría preparado para la cena.

La soledad no le sirvió para atemperar su malestar. Se negaba a considerar nada que no fuera el error que había supuesto desplazarse hasta Somerset. No decidió volver hasta el atardecer. Su talante no había mejorado y se sentía cansado debido al ejercicio y la falta de costumbre.

La casa se asomaba detrás de la arboleda. Desde ahí no se distinguía, pero de estar más cerca estaba seguro de que descubriría las ventanas iluminadas de Worthington Park, donde los invitados estarían en su totalidad descansando y preparándose para la cena.

No aceleró el trote. Tenía tiempo de sobra.

Por ello, mientras decidía si escoger el atajo por dentro de la espesa arboleda o dar un rodeo por el perímetro exterior, percibió un movimiento furtivo entre la flora. Como el sol se ponía por delante, la poca luz diurna restante estaba todavía más mitigada por las copas de los árboles, por lo que no percibía bien las sombras. Parecía una persona.

Detuvo el caballo.

—¿Quién anda ahí?

Dudaba que hubiera salteadores dentro de la propiedad de los Conway.

Aun así, teniendo en cuenta la ajetreada aventura que había vivido no tan lejos de allí, le convenía ser precavido.

La sombra se movió más rápido y se descubrió por completo. Cuando tuvo constancia de quién se trataba, la inquietud lo abandonó por completo, sustituyéndola por un sentimiento bien distinto.

Se acercó al galope. Cuando la tuvo a su altura tiró de las riendas con brusquedad para detener al equino.

—¡Eres una insensata! ¿Cómo se te ocurre alejarte del refugio de la casa a estas horas? ¡Y sola! —miró alrededor, temiendo ver al prometido. Solo entonces se dio cuenta de que había echado por tierra cualquier intento de mostrarse indiferente.

Bajó de un salto. Por un instante loco deseó haber aparentado un efecto de agilidad. Como todos, tenía su orgullo, por lo que cada vez menos quería quedar en desventaja respecto a Hamilton Carver.

—Lo siento. Sé que no es muy prudente, pero es culpa tuya que lo haya hecho.

—¿Disculpa?

—Sí, no te hagas el inocente conmigo. De haberme permitido hablar contigo en algún momento del día esto no habría sido necesario.

—Claudia... —amenazó entre dientes.

—No quiero oír ese tono. —Se cruzó de brazos—. Agradece que haya oído por casualidad tu conversación con lady Conway. De otro modo no hubiera podido idear este encuentro.

Zachary apretó los dientes, controlando su temperamento. No quería demostrarle cuán afectado se sentía. Ante Claudia siempre había mantenido una actitud alegre y optimista. No deseaba darle una imagen negativa de sí mismo, mas no sabía si sería capaz de evitarlo.

—Ahora no es un buen momento, Claudia. Lo mejor para todos será que regreses de inmediato. Me retrasaré unos minutos más y ambos fingiremos que este encuentro no ha sucedido.

—¡No voy a hacer nada de eso! Tengo intención de que hablemos y eso mismo vamos a hacer; tanto si colaboras como si no.

—¿Te estás mostrando terca a propósito?

—¿Y tú desagradable? —replicó.

Mantuvieron una lucha de voluntades. Como no pensaba ceder, hizo lo más sensato que se le ocurría: montó de nuevo.

—Bien, como parece que no llegamos a un acuerdo, deberé decidir por los dos. Puedes quedarte, si quieres; el que se marcha soy yo.

Y espoleó al caballo.

—¡Zachary!

Oyó su grito y deseó que no hubiera nadie cerca. De ser así, estarían en un aprieto. Se negó a dejarse afectar y continuó galopando rodeando el bosque.

Luego la imaginó sola allí, con la luz casi extinguida y blasfemó. Dio media vuelta y volvió, pero ella ya no estaba allí.

—Estará cruzando el bosque —se dijo. Deseó que así fuera.

Con cierta ansiedad se internó entre los árboles. Claudia estaba un poco más adelante. Iba a buen paso. El alivio que sintió fue grande.

Se dio la vuelta, sobresaltada, al oír el ruido de los cascos del caballo.

Cuando lo reconoció, lo ignoró deliberadamente y siguió andando con la espalda bien recta en una actitud ofensiva que le molestó.

Se detuvo y ella no tuvo la cortesía de esperarle. Bajó y no se movió. Supo que no podría resistirse a expresar lo que fuera que quería decir.

Acertó. Dio media vuelta y se acercó a él con mala cara.

—Eres odioso, maldito escocés. Nunca me habías tratado con tanta desconsideración.

—Bueno, pues entonces estamos a la par.

—¡Cómo te atreves! —La indignación parecía expandirse por cada palmo de su cuerpo—. No soy yo quien te he dejado solo cuando pretendía hablar contigo.

—¿Y qué fue lo que sucedió anoche, si puede saberse? —No pretendía decirlo así. Parecía más un amante celoso que solo un amigo dolido—. Soy yo, y no tú, quien debería pedirte explicaciones. No sé qué pretendías demostrar, pero te confirmo que no me gustó. Estos juegos a los que te has aficionado no son propios de una dama; y mucho menos de ti. Me has decepcionado mucho.

Claudia lo miró como si estuviera loco. Parecía muy creíble en su desconcierto. De hecho, la encontraba adorable.

«Oh, venga Zachary, para ya».

—No sé de qué me hablas. Lo único cierto es que acudí al *tempietto*, que al momento llegaste tú y que Hamilton apareció justo después (lo cual, dicho sea de paso, no comprendo cómo sucedió), por lo que me quedé sin saber por qué me hiciste llamar. Todavía no logro imaginar cómo, después de sermonearme sobre la conveniencia de coincidir demasiado, vas y me envías una nota citándonos antes de cenar. ¡Te juro que no entiendo tu actitud!

—Ahora, el que no sabe de qué estás hablando soy yo. No te envié ninguna nota, Claudia, sino tú. ¿Para qué iba a hacerlo si, como dices, he estado procurando minimizar nuestros encuentros? —Zachary esperaba muchas cosas,

pero no la tosca excusa que ella estaba esgrimiendo—. Y lo que sucedió después —continuó— me pareció una burda escenificación que no comprendo. Lo único que se me ocurre es que te produzca un enfermizo placer saber que alguien (o quizá solo se trate de mí) esté presente en tus encuentros amorosos con tu prometido.

Eso la paralizó, no le cupo ninguna duda. No sabía si era a causa de la sorpresa o la culpa.

Claudia se llevó una de sus manos enguantadas a la boca.

—¿Estuviste allí? —preguntó con un hilo de voz.

¿A qué venía esa pregunta? ¿Cómo podía fingir con ese descaro?

Quería golpear algo. Se sentía traicionado y empezaba a dudar si realmente la conocía. ¿Era esa la auténtica Claudia o lo era aquella muchacha que lo recibía en el salón de la casa de su tía?

—Vamos, Claudia, esa pregunta carece de sentido, ¿no crees? Por supuesto que estaba allí. Unos minutos antes fuimos nosotros quienes estábamos en el *tempietto*.

—Entonces nos viste.

—Y también os oí. —Le hizo una burlona reverencia—. Gracias por el espectáculo.

—¿Zachary, no seas grosero! Es muy cruel decirme eso.

—No creo que lo sea más que obligarme a presenciar ese bochornoso espectáculo. ¿Eres de esas mujeres a las que les complace que las miren?

¿Saber que estaba allí cerca mejoró la experiencia? —ladró sin misericordia.

La exclamación ahogada de ella no lo detuvo. Estaba resentido y muy enfadado. Tampoco era propio de él mostrarse tan ofensivo, pero no podía evitarlo. Parecía que un demonio interior lo empujaba a herirla.

—Te desconozco, Zachary McGlatton. Nunca imaginé que podrías ser tan desalmado. Me estás acusando sin fundamento y yo te juro que se trató de un error.

—¿Niegas, entonces, que lo incitaste para que te besara? —No le complació verla ruborizarse.

—No, no lo niego. Fue lo único que se me ocurrió en ese momento. Mi capacidad imaginativa, al contrario que la tuya, es más limitada.

—Siendo mordaz no solucionarás nada, Claudia. Los hechos son los que son.

—Por supuesto que sí, pero no imaginé que te quedarías. Supuse que darías un rodeo y te escabullirías en la oscuridad para dirigirte a la mansión.

¿Por qué crees que podría sospechar que te mantendrías oculto entre las sombras? Tal vez eras tú el que trataba de hacer de mirón. —Se cruzó de brazos y lo miró furibunda.

—Por supuesto. —El destello de sorpresa de la mirada femenina lo hizo reír de medio lado—. Mi mayor entretenimiento es ser testigo de los encuentros clandestinos entre tú y ese conde.

—Bien, tú opinas justo lo contrario sin ningún tipo de vacilación.

—¿Por qué, sino, ibas a convocarme a esa hora?

—¡Pero si no lo hice! ¿Cómo tengo que decírtelo? ¡Yo acudí a una llamada tuya!

El inesperado tirón en el bajo vientre y en la ingle lo cogió desprevenido.

Con solo una frase bien escogida, su cuerpo respondía. Claudia ni tan siquiera era consciente de cómo se sentía al respecto.

«Gracias al cielo. No necesito más complicaciones; y menos de ese tipo».

—Claudia, te repito que el que recibí una misiva fui yo. Me citabas en el *tempietto*.

—¡Yo no hice tal cosa! ¡Fuiste tú! Ahora que lo pienso, no me detuve a corroborar si era tu letra. Estaba firmado con tu inicial y me apresuré a ir; tan simple como eso.

—No sé, Claudia, resulta muy difícil de creer. ¿Cómo explicas entonces que el conde de Radwick apareciera?

—Pues tampoco tengo explicación para eso. No, no me eches una de esas miradas, te estoy diciendo la verdad.

—Así que, según tú, tres personas acudimos al *tempietto* sin que ninguno hubiera citado a los demás.

—Sé que parece un tanto inverosímil...

—¿De verdad? Qué perspicaz. —Si le molestaba su sarcasmo, él no podía ni quería hacer nada por evitarlo—. Yo aún diría más: carece de sentido; lo me indica que los derroteros van por otro camino.

—¿Cómo cuál? Ya parece haberte formado una firme opinión, así que no te reprimas y compártela conmigo.

—Si insistes, creo que deberé complacerte. Mi dictamen es simple: te has dado cuenta de que no amas a tu prometido y que, por lo tanto, ya no deseas casarte con él. La única solución que has encontrado es utilizarme para lograrlo.

—Es-esto es... absurdo —protestó ella.

—¿Seguro, Claudia?

—Por supuesto que sí. Solo fue un beso.

Zachary se acercó tanto a ella que, de haber más luz, podría ver los piquitos brillantes que solían salpicar sus pupilas verdes.

—En ese caso, si solo se trataba de un beso, bastaba con pedírmelo y te hubiera complacido.

Y aunque él mismo sabía que su argumento resultaba absurdo, Zachary no se detuvo a contemplar nada más. Bajó la cabeza con lentitud para que Claudia tuviera tiempo de protestar si lo deseaba. Cuando la vio separar los labios, los suyos estaban a tan escasas pulgadas que silenciaron cualquier atisbo de queja. El tiempo para hacerlo ya había pasado.

El enojo que lo sujetaba no influyó en el beso. Alejó cualquier brusquedad de sus movimientos e imprimió en ello toda la ternura que Claudia le inspiraba. Saboreó su carne y la incitó a responder mientras ella se abría a él por voluntad propia. Fue metódico, pues quería disfrutar de toda esa dulzura hecha mujer, y la estrechó entre sus brazos. El ruidito de placer que esta lanzó le recorrió entero y tuvo que contener las ansias de más. Le acarició la mejilla

e inclinó la cabeza para poder acceder mejor a su boca.

Señor, sabía a gloria.

Y aunque anhelaba más, se obligó a que las manos estuvieran lo más quietas posibles mientras su lengua incursionaba en la intimidad de la boca femenina. Estuvo a punto de gemir cuando su lengua encontró a la suya, pero Claudia reaccionó de forma inesperada y se apartó de forma brusca.

El bofetón posterior resonó con claridad entre la quietud de los árboles.

Zachary y Claudia se miraron con las respiraciones alteradas.

—Lo siento —dijo poco después.

No se disculpaba por lo que acababa de pasar —eso nunca—, sino por la acusación que lo había provocado. Esperaba que ella comprendiera la diferencia.

—No envié nada a nadie —se limitó a decir Claudia.

Se sintió un tanto decepcionado de que eludiera hablar de ello, mas no podía culparla. Decidió darle gusto.

—Lo que sugiere, por tanto, que alguno de los invitados tiene constancia de nuestra relación. ¿Puede que tu prom...?

—No, él no —lo cortó—. De otro modo las cosas serían muy distintas. Me inclino más por alguien con un estado de aburrimiento superior al habitual.

—¿Crees que somos una especie de diversión? —No le gustaba esa opción.

—Es posible. —Claudia alzó los hombros, claro signo de incertidumbre.

—¿Con qué propósito?

—Si lo supiera me hubiera ahorrado tus reproches.

Ente ellos quedó colgado el momento del beso. No dijeron nada.

—Mi nota no conduciría a ninguna parte —afirmó Zachary, parpadeando ante la evidente falta de luz. Debían volver cuanto antes—. La encontré en el suelo, lo que indica que la tiraron por debajo de la puerta. ¿Y la tuya?

—Encima de mi cama. Ya le pregunté a mi doncella. Ese también es un camino sin salida.

—Entonces no hay mucho que investigar —pensó rápido—. Por el momento,

y mientras no se me ocurra nada más, te recomiendo que seamos cautos.

—¿Más?

—Sí, más. No puedo creer que lo preguntes siquiera.

—Está bien, no te pongas quisquilloso.

Cristo, esa mujer podía a llegar a exasperarlo.

—Debemos extremar las precauciones. Y, en caso de que recibieras otra, por favor...

—No acudiré.

—¿Me lo prometes?

—Oh, vamos.

Parecía exasperada, pero Zachary necesitaba estar seguro.

—Claudia...

—Está bien, está bien, te lo prometo.

—Si llega otra házmelo saber, pero sé discreta. Con una mirada bastará.

—Te pido la misma cortesía si resulta el caso contrario. No quiero que me dejes al margen.

—Claudia, por el amor de Dios, no es mi reputación la que está en juego.

Abstente de hacer locuras; lo que me obliga a hacer notar que apenas vemos un palmo delante de nuestras narices y que todavía debemos regresar. Por separado —matizó.

—No te preocupes tanto. Si conseguí llegar al *tempietto*, hacerlo con esta escasez de luz es pan comido. —Fue a marcharse, pero se giró—. Deberás darme tiempo.

—Lo sé —No fue escueto a propósito, pero sin querer, Claudia le había recordado el beso y todo lo demás—. Ve.

Y lo último que vio fue el destello verde de su capa perderse entre las crecientes sombras del ocaso.

Se preparó para esperar.

«Si solo se trataba de un beso, solo debías pedírmelo y te hubiera complacido».

Despierta, pero todavía en camisón y arropada por la mullida ropa de cama, Claudia mantenía los ojos cerrados. Lanzó un tenue suspiro de complacencia y sonrió como una boba, dejándose envolver por un cálido sentimiento de placidez mientras su mente se mantenía ocupada rememorando un recuerdo que atesoraba en su corazón: el beso.

Era insólito que con uno solo hubiera sido suficiente para conseguir que el suelo temblara bajo sus pies, su cuerpo fuera embargado por la expectación y su estómago revoloteara con ahínco.

¡Menudo beso! Nada comparable al de Hamilton.

Era curioso que dos experiencias similares hubieran repercutido en Claudia de un modo tan distinto. Y aquello debería hacerla sentir mal, puesto que Zachary no era su prometido. Sin embargo, estaba feliz. No solo eso, sino que deseaba repetirlo.

Manteniendo la sonrisa se preguntó si, de hacerlo, experimentaría las mismas sensaciones o solo se trataban de unos sentimientos pasajeros.

«Es evidente que Zachary despierta en mí emociones hasta ahora

desconocidas». No era tan boba como para obviarlo. Pero la situación en la que se encontraba era delicada y debía ser precavida. Ambos.

La irrupción de tía Mildred en su habitación, seguida por Eloise, evitó que siguiera con sus ensoñaciones y dilemas.

Claudia protestó por lo bajo, pero no parecieron hacerle caso.

—¿Qué haces todavía durmiendo? —le preguntó, deteniéndose al lado de la cama, con los brazos en jarras.

A aquellas horas, a Claudia su voz le sonó demasiado estridente.

—Estoy despierta, tía —contestó con los ojos bien abiertos.

—Tu doncella dice que no quieres vestirte. ¿Estás enferma?

—No.

Su tía le lanzó una mirada especulativa por su falta de locuacidad.

—¿Seguro?

—Por supuesto que lo estoy. Me siento bien. Solo he retrasado el desayuno.

—Los hombres se han marchado temprano a Taunton para visitar una fábrica en funcionamiento que podría servirles para el negocio que llevan entre manos —le informó su tía, aunque Claudia estaba al tanto. La noche anterior los invitados habían estado hablando de lo mismo—. Así que no has podido pelearte con tu prometido. ¿Alguien ha sido grosero contigo?

Claudia comprendió que se refería al escándalo provocado por Jason.

—Nadie, tía Mildred. Nadie ha especulado sobre ello o han hecho mención alguna —declaró—. Los invitados de sir Ian y lady Jane no parecen interesados en un tema pasado de moda.

—Gracias a Dios. —La mujer suspiró, mostrando alivio. A continuación levantó las cejas—. Pero entonces, ¿qué es lo que va mal?

Claudia no tuvo más remedio que incorporarse —Solo me apetecía estar un poco más en la cama y holgazanear —puso como excusa—. Aunque ahora mismo siento deseos de comerme un buen desayuno —dijo con vigor.

No era exactamente eso lo que deseaba, si bien su tía pareció darse por satisfecha. Antes de marcharse y dejarla sola, hizo que Eloise fuera a buscar a

la doncella de Claudia, en vez de tocar la campanilla de los sirvientes.

A pesar de haber sido interrumpida durante sus fantasías románticas, la joven se levantó de buen humor y se lavó el rostro, usando el aguamanil y la jofaina de cerámica. Después comenzó a peinarse la espesa cabellera mientras pensaba en su atuendo: un vestido blanco de falda estrecha —menos abullonada— y decorado con lazos de color amarillo pálido, que le encantaba.

El día continuó de forma lenta, por lo que fue incapaz de sacarse a Zachary de la mente. Unas damas propusieron ir de excursión a Bath, pues el trayecto era relativamente corto. Sin embargo, el resto no mostró demasiado entusiasmo, por lo que todas permanecieron en Worthington Park disfrutando del buen tiempo.

Rosalind y Claudia se encontraban sentadas en el jardín, bajo una ancha sombrilla, tras la hora del té. Distráidas con la partida de tenis que se disputaba ante sus ojos, que ellas habían declinado jugar, conversaban de nuevo sobre los invitados masculinos de Worthington Park; concretamente, los solteros.

—El señor Davies me echó una mirada de admiración —musitó Rosalind con más timidez de la que acostumbraba.

—¿Cuándo?

—Anoche, tras la cena. Yo me percaté, aunque hice ver que no era consciente de ella. Si cree que solo necesita un pequeño gesto para atraer la atención de una dama está muy equivocado. Un caballero, aunque careza de título, debe esforzarse más.

Claudia frunció los labios, confusa.

—¿Se refiere al señor Leopold Davies? —El hombre debería tener alrededor de cincuenta años. Además, estaba casado y su esposa era una de las invitadas de sir Ian y lady Conway.

¿Había estado lanzando miradas inapropiadas a otras damas?, se preguntó con cierta angustia. Pero lo peor era que Rosalind parecía complacida con ello.

La joven sonrió.

—¡Menuda ocurrencia más disparatada! Me refiero a su hijo —explicó en tono de confianza. Claudia suspiró aliviada, puesto que el aludido solo era un par de años mayor que la propia Rosalind—. Ya sabes lo que dicen...

—En realidad, no —replicó.

—Un joven en el redil, hijos a mil.

—¡Ah! —balbuceó una Claudia estupefacta. Seguía sin acostumbrarse a la franqueza de Rosalind. Ella era mucho más recatada en lo referente a esos temas. Pero teniendo en cuenta que deseaba recibir otro beso de Zachary, no estaba muy segura de la certeza de aquella afirmación.

—¿Ya no te interesa el señor McGlaton?

Rosalind asintió.

—Por supuesto que sí, solo que una nunca debe descartar sus posibilidades hasta estar segura. El señor McGlaton es muy apuesto, pero un tanto misterioso, ¿no te parece?

Claudia la miró fijamente, con cierta sospecha. ¿A qué se refería exactamente Rosalind? Porque no sabía cómo interpretar sus palabras.

Zachary no era nada «misterioso», a su parecer. Que no hablara de su vida de un modo abierto no lo calificaba de ese modo.

Algo se agitó en su interior cuando recordó las notas. ¿Acaso sería posible que estuviera al tanto de la relación que los unía? Tal vez fuera la misma autora. Sin embargo, tuvo que preguntarse qué ganaría Rosalind si Hamilton la hubiera descubierto con Zachary. Porque sin lugar a dudas su compromiso se habría visto afectado y las posibilidades de la joven menguarían.

Aquella teoría no podía ser cierta.

Como no estaba segura, optó por la prudencia, la mejor consejera de todas.

—No sabría qué decir.

Rosalind bajó el tono de voz para ahondar en la confianza.

—Tengo el presentimiento de que oculta algo.

Claudia levantó las cejas.

—¿Algo como qué?

—Una tristeza personal o amorosa, tal vez —aventuró la joven—. Sus ojos están cargados de decepción.

Claudia estaba atónita. No sabía de dónde sacaba Rosalind aquellas impresiones. Sin embargo, sintió un ligero pinchazo de alivio.

No tenía nada que ver con ella.

—Eso no podemos saberlo.

—Bien cierto es —aceptó—. Pero ¿no te parece extraño que todos los hombres estén en Taunton mientras que él permanece encerrado en la biblioteca?

El corazón de Claudia se disparó.

—¡Oh! —exclamó—. No sabía que el señor McGlaton estuviera en Worthington Park.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no voltear el rostro hacia la casa de inmediato, impaciente por verle.

—En efecto —corroboró—. ¿Por qué habrá decidido quedarse?

—Por trabajo, supongo. No creo que tenga nada que ver con ningún asunto misterioso. —Aunque «misteriosamente» los latidos de su corazón se movían con un ímpetu inusitado.

—Lady Conway le ha pedido que se una a las damas durante el té, si bien ha declinado la oferta muy educadamente. En contraposición, el señor Davies es muy abierto. Quizá demasiado —añadió.

Claudia agradeció silenciosamente el cambio de rumbo. Solo hablar de Zachary la turbaba.

Se aclaró la garganta.

—La impetuosidad de la juventud.

—O la necedad, diría yo. —Rosalind sacudió la cabeza con ligereza antes de recriminar su comportamiento—. ¿Sabes que me dijo que estaba muy hermosa?

En otras circunstancias, Claudia hubiera sonreído, porque tenía la leve

sospecha de que Rosalind comenzaba a diseminar su interés en otras direcciones. Como por ejemplo, en el señor Davies. Parecía muy interesada en hablar de él. Si no lo hizo fue por temor a equivocarse.

—Son unas palabras galantes, a la vez que osadas —dijo con cuidado.

Porque todavía no podía discernir si Rosalind estaba molesta o complacida por ese hecho.

Rosalind estuvo de acuerdo.

—Y más cuando esperó a que estuviera sola para decirlas. ¡Menudo bribón! Debe creer que voy a caer rendida a sus pies.

Sorprendida, no pudo hacer más que preguntar: —Dios mío —murmuró—. ¿Cómo reaccionaste?

Rosalind enderezó los hombros y alzó el mentón.

—Le lancé una mirada desdeñosa, por supuesto.

Claudia hubiera podido llegar a creer que Rosalind detestaba las atenciones del señor Davis si prestaba atención a su último comentario. No obstante, se propuso confirmar su corazonada. Esa noche estaría atenta, aunque fuera para no pensar en Zachary ni fijarse en él.

Necesitaba una distracción.

—Rosalind, ¿me disculpas? Necesito refrescarme.

Su intención era precisamente esa, porque se sentía inquieta. Todavía era capaz de recordar el beso al detalle: la ternura y los movimientos; incluso la brevedad y el bofetón. Necesitaba encontrar una receta que la alejara de aquellos pensamientos, pero al mismo tiempo necesitaba hablar con él.

Se puso de pie y se encaminó hacia la mansión, cuando fue interceptada por su tía.

—Querida, ¿a dónde vas?

—A leer en mi habitación —contestó ella sin pensar.

La expresión de la mujer fue reveladora.

—¿Leer? —repitió con suspicacia—. A ti no te gusta leer.

Claudia se dio cuenta del traspié, por lo que buscó un subterfugio.

—Sigo considerando que es una pérdida de tiempo —bajó la voz a propósito—, pero la señorita Merryweather me ha prestado su libro preferido con buena intención y me veo obligada a leerlo. ¿No crees que sería de mala educación no hacerlo?

Dejando a su tía sin argumentos, se escabulló lo más aprisa que pudo.

De repente, tuvo una idea.

\*\*\*

—Claudia, ¿qué haces aquí?

—No puedes estar todo el día encerrado en la biblioteca mientras los hombres visitan Taunton y las mujeres nos divertimos —contestó mientras le mostraba al lacayo que la acompañaba dónde debía dejar la bandeja. Escogió una mesilla con suficiente espacio cerca del sofá—. Puede marcharse. Yo lo serviré. —Claudia esperó a quedarse a solas con Zachary antes de volver a hablar—. Le he pedido al ama de llaves de los Conway que preparara un poco de té, café, bocadillos de pepino y salmón, bizcocho de limón, pastel de grosellas tempranas y tartaletas polonesas.

Zachary contempló la bandeja de grandes dimensiones, repleta de viandas.

Se quedó boquiabierto.

—Hay suficiente para alimentar a una familia de seis miembros. O más —añadió—. ¿Por qué te has tomado tantas molestias?

Ella encogió los hombros con delicadeza.

—No es nada y alguien debía rescatarte —comentó señalando la tetera y la cafetera de plata—. He pensado que tendrías hambre. ¿Qué prefieres?

Nosotras ya hemos tomado el té.

—Claudia...

La joven vio vacilación en la mirada de Zachary, puesto que ambos había acordado mostrarse más precavidos.

Ella decidió pasarlo por alto.

—¿Tomarás...?

Como él se quedó en silencio, Claudia no perdió el tiempo. Sabía que estaba buscando un modo de echarla, así que cortó un trozo de bizcocho que había probado antes, junto con las damas, y le sirvió una buena porción.

Se acercó al escritorio y depositó el plato de porcelana sobre la superficie de madera, todavía esperando su sentencia.

Escuchó su suave suspiro de rendición.

—Que sea café.

—Buena elección —dijo Claudia, con una sonrisa satisfecha y mucho más relajada. Debía reconocer que había tenido dudas sobre si debía ir en su busca.

En realidad, no sabía qué iba a encontrarse. O mejor dicho, qué actitud iba a tener Zachary con ella después del beso del día anterior. Sin embargo, sentía la imperiosa necesidad de verlo, de hablar con él, aunque fuera apenas un momento.

Con aquel movimiento se arriesgaba mucho. Y aunque no se trataba de una partida de ajedrez, la reina estaba en peligro. Porque si su tía llegaba a enterarse que había declinado jugar con las damas para estar a solas con Zachary McGlaton y todo lo demás, la arrastraría a Londres de inmediato sin ningún tipo de contemplación o la metería directamente en un convento hasta su boda.

Debía ir con mucho cuidado para no despertar suspicacias.

—Dime —continuó ella—, ¿qué estás haciendo? ¿Por qué no has ido a Taunton con los hombres?

—Richard ha preferido dejarme revisando distintos contratos de asociación y participación para buscar un modo en el que todas las partes se sientan cómodas.

—Entonces, es un hecho que el señor Smuth participará en los negocios de sir Ian.

—Nada es seguro, es estos casos. Richard está interesado y cree que puede

resultar lucrativo, pero todavía hay muchas variantes a considerar.

Claudia le entregó una taza de café y apoyó la cadera en el escritorio, mirando atentamente a Zachary.

—Hamilton me explicó que tiene dudas al respecto. Considera a sir Ian Conway una buena persona, pero cree que tal vez haya demasiados interesados tratando de llevarse un buen pellizco y que eso puede perjudicar al negocio.

—¿Demasiados interesados? —repitió Zachary alzando las cejas con ironía—. Supongo que se referirá a Smuth, que ha cometido el pecado de no ser inglés.

Claudia lanzó una exhalación un tanto exasperada.

—No seas susceptible. No creo que se refiriera a él —trató de explicar—, sino al número de potenciales inversores. Por eso ha decidido aconsejar a su cuñado y también se ha marchado a Taunton con los demás. Porque...

«Pensar en los beneficios no es un buen punto de partida» —repitió exactamente sus palabras, lo que ocasionó un estallido por parte de Zachary.

—¡Qué sabrá él! —escupió Zachary con desdén y rotundidad, dejando a Claudia boquiabierta, a pesar de conocer la tirantez existente entre ambos hombres—. Precisamente uno se mete en negocios para obtener esos beneficios que tu prometido parece despreciar.

—Aunque no siempre llegan —terció ella.

—Por supuesto que no. Antes hay que estudiar meticulosamente la viabilidad, la propuesta y los cálculos, como llevo haciendo desde hace meses, para saber que cuanto más capital se invierta para desarrollar este ambicioso proyecto y explotar los recursos, mejores serán las ganancias.

Aquello tenía mucho sentido, pero Zachary no debía ser el único.

—Como supongo que harán todos. Hamilton solo pretende...

Él la interrumpió.

—Resulta ridículo que un lord anclado en el pasado, que no ha conseguido sacar rentabilidad a sus tierras, se preocupe de asuntos ajenos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó suavemente.

Zachary ladeó la cabeza y la observó con aire de suficiencia.

—Debo alabar la labor que tu querido Hamilton ha hecho para recuperar parte de la fortuna que su hermano, el antiguo conde de Radwick, dilapidó.

Aunque su estado financiero no es precario, sin lugar a dudas, tu dote será un gran desahogo —le contó.

Claudia irguió la espalda.

—Tonterías.

Hamilton era rico.

—Debes confiar en mí —le pidió—; de otro modo no me inmiscuiría en esto. Como he dicho, Radwick ha conseguido el suficiente capital para llevar una vida acomodada, respaldado por su cuñado. Pero su fortuna no es lo suficientemente grande como para participar en este negocio, aunque lo deseara. Y puedo asegurarte que lo desea —dijo convencido de ello—.

Asumo que Ashton está al corriente de todo y que prefiere el título.

El rostro de Claudia se descompuso de inmediato.

—No has desperdiciado el tiempo, ¿cierto? —Si Zachary mostraba tanta firmeza sería porque había estado hablando a sus espaldas con alguno de los invitados, haciendo evidente que en las reuniones masculinas también se cotilleaba. Las mujeres no eran las únicas en hacerlo—. Sabes el mal que ha sufrido esta familia e incluso así te dejas llevar por las especulaciones.

¿Acaso no me tienes en consideración? —preguntó, sintiendo como los ojos se le humedecían.

Fue el turno de Zachary en quedarse lívido. El color desapareció de su rostro de forma súbita y se dio cuenta de que acababa de herirla.

Se levantó de la silla y le pidió que se sentara en el sofá, aunque él lo hizo en el otro extremo.

—Lo siento. No debí expresar en voz alta ciertas opiniones.

Ella le lanzó una mirada herida.

—Tú no sabes nada de sus finanzas.

—Ni tú tampoco, al parecer —replicó con cierto abatimiento—. Oh,

Claudia, no te comprendo. ¿Qué diantres haces aquí?

Ella se removió sobre su asiento, incómoda, apartando la mirada.

—Ya te lo he dicho. He pensado que tendrías hambre.

El profundo suspiro de Zachary resonó en la estancia.

—Sabes que tu cortesía puede acarrearos problemas —le advirtió.

—No tiene por qué —respondió obtusa. Al fin y al cabo, los hombres no llegarían hasta el atardecer y las mujeres estaban ocupadas en el jardín.

Zachary dejó el lugar que ocupaba en el sofá y se acercó más a ella, hasta prácticamente tocarla. A continuación se atrevió a cubrir sus manos.

—Venga, no eres tan inocente como para ignorarlo, puesto que en nuestras visitas londinenses siempre hemos sido supervisados por una carabina.

—Lo cual te molestaba —señaló ella acertadamente—. ¿Y ahora decides que era lo correcto?

Zachary asintió.

—Supongo que tu tía tenía razón —expuso—. Vamos a analizar la situación...

—No quiero analizar nada —le interrumpió, sintiendo el agradable calor que le ofrecían las manos masculinas—. ¡Me besaste! Y no te atrevas a decir que lo sientes —añadió, puesto que no soportaría su arrepentimiento—.

¿Acaso debemos olvidarlo? —Porque Claudia no sabía si podría hacerlo.

No había sido su intención mencionar el beso. Solo pretendía examinar el terreno y averiguar cómo se sentía él al respecto, porque la situación era complicada, convino para sí misma. Por mucho que lo intentara, era incapaz de poner nombre a los sentimientos que albergaba por Zachary. No sabía ni cuándo ni cómo habían ido surgiendo; solo que eran intensos y que estaban ahí.

Si Claudia fuera una criatura más racional se sentiría culpable y trataría de borrarlos a como diera lugar. Sin embargo, su corazón la empujaba hacia los brazos del escocés.

Zachary sacudió la cabeza, esforzándose por hacerse comprender.

—Debes entender mi postura: estoy tratando de poner cordura a esta

situación. Por mucho que me apetezca seguir besándote —le confesó—, no puedo obviar tu compromiso. Y aunque no lo tuvieras, estarás de acuerdo conmigo en que no soy el mejor candidato para ti; no tengo ningún derecho a interferir en tu vida. En otras circunstancias me sentiría honrado porque me ofrecieras el placer de tu compañía, pero ambos debemos poner los pies en el suelo. Hasta ahora hemos sostenido una significativa amistad, nacida del afecto que ambos sentimos por Jason. Tú lo echabas de menos y creaste un vínculo que a la vez te unía más a tu hermano.

»Ahora bien —continuó—, ha llegado un punto en que mantener esta amistad resulta complicado. El próximo año estarás casada con lord Radwick.

¿Crees que es correcto mantener correspondencia con un hombre que no es tu esposo? —la apremió Zachary, dulcificando su tono.

—No —murmuró una Claudia cabizbaja.

Aunque no amaba a su prometido, por lo menos esperaba un matrimonio lleno de sinceridad por parte de ambos. De lo contrario, su relación nunca podría florecer del modo que ella deseaba. Así que cuando estuvieran casados se vería en la obligación de contarle que había estado en contacto con su hermano, aunque Hamilton lo detestara.

Había adoptado la misma actitud que Ashton al respecto.

Sin embargo, defender su relación con Zachary resultaría complicado.

Ningún hombre sería tan comprensivo y los recelos podrían llegar a arruinar la confianza depositada en ella.

—Tú misma has recordado el escándalo producido por Jason. ¿Acaso no hemos aprendido nada desde entonces? —No la dejó contestar, porque tenía más que añadir—. De igual modo, recuerda que alguien puede tener ciertas sospechas sobre nosotros, por lo que debemos ser prudentes. Y si no fueran razones suficientes, debería añadir que tú estás muy enamorada de tu prometido.

Claudia frunció los labios.

—Oh, Zachary. Eres un asno.

Él soltó una de sus manos y sujetó su barbilla, haciendo que fuera imposible apartar la mirada.

—Es cierto lo que dije el otro día, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres —fue su evasiva respuesta.

«¡Mentirosa!», gritó su interior.

—No lo quieres.

Claudia no respondió de inmediato, con el corazón palpitando. Santo Cielo, Zachary lo sabía. ¿Por qué la obligaba a confesarlo en voz alta? ¿Con qué fin?

—No deberíamos ni tan siquiera estar hablando de esto —le hizo ver, para su propia tranquilidad mental—. Ibas a proponerme que mantengamos las distancias —adivinó—. ¿No era eso? —Zachary asintió despacio—.

Entonces, ¿por qué me torturas, haciéndome hablar?

—Porque tengo un dilema, Claudia. Tú eres mi dilema.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Yo? —balbuceó.

—¿Acaso no lo ves?

—¿El qué?

Él no contestó a la pregunta y, por un instante, vislumbró en su rostro una expresión de tormento. Sin embargo, fue tan efímera que Claudia pensaría después que lo había imaginado.

—Sé buena y dime la verdad. ¿Le quieres?

—Sí. No —rectificó de inmediato—. Siento afecto por Hamilton; solo eso.

Me trata bien.

La tensión de los músculos faciales de Zachary se aflojó levemente. Sin darse cuenta, sus dedos comenzaron a moverse con lentitud por la clavícula y el cuello de Claudia, por lo que se convirtió en una dulce caricia.

—¿Te conformas con eso?

—Es lo que debo hacer —murmuró, perdiéndose por un instante en los tonos oscuros del iris de sus ojos, mientras se deleitaba con las sensaciones que Zachary le producía.

Era insólito que unos movimientos tan tenues, pero a la vez tan delicados, estuvieran haciendo estragos en ella. Claudia sentía el rítmico latido de su corazón en sus oídos, sus pensamientos se difuminaban y un placer tembloroso recorría su cuerpo.

Deseaba más.

El mágico hechizo pareció extenderse a Zachary también, puesto que permanecieron en esa misma posición, mirándose fijamente y en silencio, durante unos minutos. Ambos compartían un vínculo extraordinario desconocido hasta entonces, que había ido despertándose pausadamente.

La locura fue efímera y, en el preciso momento en que sintió que él se tensaba, Claudia supo que había llegado el momento de decir adiós.

Un sinsabor amargo se apoderó de ella, porque sabía bien que a partir de entonces Zachary trataría de poner distancia, no solo física, sino emocional.

—Hay que comenzar a pensar en tu reputación. —La voz masculina sonó áspera, a la vez que reacia. No solo trataba de convencerla; hacía lo mismo con él—. Me considero un hombre juicioso y cabal, por lo que me siento obligado a actuar en consecuencia.

Un beso y una caricia podían considerarse un error de juicio. Si sobrepasaban los límites no había vuelta a atrás y las consecuencias serían catastróficas. Claudia temblaba ante la idea de tener que dar explicaciones sobre su conducta a su hermano Ashton. ¡Dios! Por muy irresistible que lo considerara, por muchas sensaciones que su corazón comenzara a albergar o por mucho que reviviera sus labios acercándose, no podía permitirse otro escándalo. Ella era lady Claudia Morton. Estaba comprometida con un hombre bueno y ese era su destino.

Así que no tenía otra opción más que comportarse como se esperaba de ella.

¡El deber siempre peleándose por ocupar el primer lugar!

—Si vamos a mantener las distancias, esta vez nos comprometeremos a hacerlo bien. —Las palabras le salieron de un modo forzado, pero necesitaba decirlas. Claudia ya no lo buscaría ni intentaría llamar su atención, ni siquiera

con la mirada. A partir de aquel momento lo consideraría un invitado más, por el que no debía mostrar afán o predilección, para que los sentimientos se fueran diluyendo—. ¿Prometido?

Zachary la contempló durante un instante con tanta intensidad que creyó que su corazón iba a explotar. Después apartó la mirada y dijo: —Que así sea.

**R**econocer que no estaba disfrutando de su trabajo era, a la vez, un hecho tan sorprendente como espantoso.

Se notaba poco concentrado y hasta cierto punto apático. Y lo peor de todo era que sospechaba que Richard lo estaba notado. ¿Acaso no había captado varias de sus famosas y largas miradas? De esas que parecían evaluarlo a fondo y que lo habían ayudado a convertirse en un hombre de negocios sagaz.

Zachary, junto con Richard, había permanecido encerrado poco más de dos horas con la compañía de la mayor parte de los caballeros invitados a Worthington Park. Si meditaba sobre ello, no era un lapso de tiempo demasiado prolongado ni inusual. Para conseguir un contrato o establecer un negocio había soportado condiciones mucho más duras que esas. Incluso si hilaba más fino podía admitir que estaba seguro de la absoluta participación de todos ellos, incluido su jefe. Solo faltaban las firmas y todos sabían que era cuestión de tiempo que cada uno acabara por estamparla en el contrato.

Suponía, incluso, que se alargaba tanto porque todavía quedaba una semana para finalizar la estancia establecida. Nadie quería marcharse a esas alturas.

Las damas seguro que tenían algo que decir al respecto si se les permitía

opinar.

Entonces, si todo estaba tan bien, ¿a qué venía esa desgana? ¿Por qué tanto desasosiego? ¿Por qué quería quedarse y al mismo tiempo buscaba excusas creíbles que no ofendieran a nadie para poder hacer el equipaje y marcharse lo más rápido posible?

Mientras tomaba la chaqueta que el mayordomo le ofrecía y salía al exterior, Zachary no tuvo más remedio que aceptar que todo ese dilema tenía un nombre: Claudia.

Claudia Morton, que hasta hacía bien poco era solo la hermana de Jason, había pasado a ser el centro de cada uno de sus pensamientos.

«No mientas», se reconvino.

No mentía. Lo juraba sobre la memoria de sus padres. No se había permitido pensar que los unía nada más intenso que un lazo de amistad —en absoluto semejante a su hermano mediano, pero amistad al fin y al cabo— y se había tragado cualquier pensamiento que se desviara de ese camino, comportándose con el más rotundo de los respetos. Nunca había tenido intenciones ocultas — como tampoco ahora— ni se había hecho ilusiones. Las cosas eran como eran y no tenía derecho a intervenir.

Dobló la esquina de la casa y escogió el camino hacia al *tempietto*.

Últimamente daba muchos paseos. Era eso a esconderse en su habitación.

Cuanto menos frecuentara a los demás, menos problemas para todos.

Le salió una risa seca que lo sorprendió. A esa le siguió otra y otra.

Zachary tuvo que detenerse y controlarse; no fuera a desmoronarse allí mismo. Giró la cabeza para comprobar que nadie había sido testigo de ese momento de incomodidad y reemprendió la marcha, alejándose cada vez más y sin muchas ganas de encontrarse con nadie.

No estaba bien. Nada lo estaba. Eso no podía seguir así. Su trabajo y su reputación lo eran todo. Sin él no era más que un enorme escocés con las manos vacías. Su vida personal jamás había afectado a su trabajo —valga decir que nunca había tenido mucho de la primera para lograrlo—, así que de

ningún modo podía permitir que siguiera haciéndolo.

Era esa maldita estancia. Verla en el desayuno, en el almuerzo, a la hora del té, en la cena; mantener las obligadas conversaciones sociales y las que sucedían fuera del ojo avizor de los demás; oírle cantar e incluso admirar su vestuario. Era demasiado para él.

Apretó el paso en un vano intento de alejarse de su recuerdo. No podía evitar ser consciente de todo lo que Claudia hacía o decía. En ese mismo instante tenía la plena seguridad de que se encontraba cabalgando con la compañía de su maldito prometido —rezaba para que alguien hubiera evitado que fueran solos— y no había podido sacárselo de la cabeza. Esa realidad había afectado a su actitud en la negociación. Le había faltado contundencia y por eso había sugerido disolver la reunión para retomarla al día siguiente.

Nadie había protestado demasiado y daba gracias al cielo por esas pequeñas concesiones.

—Si no hubiera sido por esa carta, todo seguiría igual —afirmó a la soledad del campo.

Esta vez rio en voz alta, aunque le sonó forzada. Comprendía que era una base muy endeble a la que aferrarse. Lo suyo se fraguaba desde mucho antes, pero solo el beso que ella le dio a Radwick en el *tempietto* había desencadenado todo lo demás.

—La amo —dijo en voz alta. Aunque estaba solo, se tragó el nombre.

Incluso la vegetación podía tener oídos indiscretos.

La pesadez de su estómago pareció ascender hacia su corazón cuando corroboró en voz alta sus sentimientos.

Siempre la había amado. Siempre. No desde que la conoció siendo una niña, sino cuando ya era una mujer. Cuando se presentó en la casa de su tía para traerle noticias de Jason y la vio, Zachary lo supo, pero lo disfrazó de admiración y una relación de amistad casi fraternal. Casi consiguió engañarse a sí mismo.

Le gustaba todo de ella: esa ambivalencia entre inocencia y determinación,

su fortaleza, la honradez, su lealtad. Le hubiera sido imposible no caer rendido a sus pies.

Suponía que su desarrollado instinto de supervivencia lo había reconvenido sobre la necesidad de fingir. Si podía tener su amistad, ¿por qué no conformarse? Todo lo demás estaba en su contra: el prometido, la segurísima oposición de Ashton y que no tenía nada que ofrecerle; no allí, en Inglaterra.

¿Y ella?

Eso era lo que más inseguridad le provocaba. No estaba seguro respecto a Claudia ni sus sentimientos hacia él. Lo buscaba y le había devuelto el beso, pero ¿era eso indicativo de un sentimiento de amor o solo la atracción de lo prohibido?

Por supuesto, no la tenía por una mezquina. Había sido Zachary quien la había provocado —por decirlo de alguna manera— y quizá ella solo hubiera reaccionado. No tenía por qué significar nada.

Aunque lo deseaba; con cada fibra de su ser.

—El miserable debo ser yo por anhelar algo así —aseguró.

Sí, lo era. No conseguiría nada siguiendo ese camino. Claudia estaba vetada para él y debía asumirlo. No importaba lo que ninguno de los dos sintiera —quizá, si se lo repetía una y otra vez acabaría por creerlo—, debía mostrar la entereza suficiente como para dar un paso a un lado. De un modo u otro, él volvería a Philadelphia solo.

Tres horas después regresaba más cansado e igual de confuso. No le gustó descubrir a parte de los invitados disfrutando del té en el espacioso jardín posterior.

Divisó a Claudia enseguida. Con un precioso vestido rosa permanecía sentada junto a su tía haciéndole compañía mientras esta conversaba con la madre de lady Jane Conway. Cuando sus miradas se cruzaron, un escalofrío lo recorrió entero y se reprochó su flaqueza. Era demasiado consciente de ella. Por suerte, supo disimular su turbación y siguió andando, saludando de paso y de forma escueta a quienes se iba encontrando. Pretendía refrescarse antes de

unirse a ellos para socializar de nuevo. Por desgracia, parecía que su anfitriona no compartía su misma opinión, porque la vio acercarse con una agilidad envidiable y supo que debía detenerse.

—Señor McGlatton —lo llamó.

—Milady —la saludó cuando llegó a su altura.

—Ha estado mucho tiempo fuera.

Le parecía un tanto incómodo que alguien controlara su ausencia, lo que le hizo pensar si en todas las ocasiones anteriores —las cuales incluían a Claudia— habría estado también tan pendiente.

—Demasiado trabajo. Necesitaba un poco de soledad. —Ella no tenía por qué saber que eso en concreto era la menor de sus preocupaciones.

—No me gustaría pensar que no se está divirtiendo. Sé bien cuál es su principal función al venir aquí, pero me complacería saber también que, cuando abandone Worthington Park, se lleva un grato recuerdo de su estancia.

—Oh, lo haré, no le quepa duda. Su casa es preciosa y usted y sir Ian han sido muy atentos y considerados. —Sonrió para que no quedara ninguna duda sobre la veracidad de sus palabras.

Complacida por el halago y satisfecha por tenerle contento, la anfitriona le devolvió la sonrisa.

—Me alegro de oírlo. Confío, también, en que pueda reunirse con nosotros en breve.

Zachary agradeció que hubiera entendido su intención de refrescarse. Solo la amabilidad la había llevado a acercarse.

—Descuide.

Se despidieron y Zachary se dirigió al interior, no sin antes —estúpido, estúpido y mil veces estúpido—, barrer con la mirada el jardín y dar con los ojos femeninos que se había prometido ignorar y que estaban fijos en él bajo el ala ancha del sombrero.

«¿Qué estás haciendo, Zachary? ¿A qué estás jugando?», se preguntó mientras se dirigía a su habitación.

El pecho se había acelerado solo con un cruce de miradas. La actitud de Claudia lo desconcertaba y lo hacía tener esperanzas. Su corazón alzaba el vuelo con la evidente incapacidad de ella para ignorarlo del mismo modo.

De nuevo, sin embargo, tuvo que refrenar tanto sus expectativas como el ritmo de aseo. No quería dar una impresión equivocada a nadie ni despertar murmuraciones indebidas, por lo que, cuando estuvo listo se sentó algunos minutos en la silla junto al pequeñísimo escritorio y se obligó a esperar. No ayudó que, a través de la ventana entreabierta, oyera con total claridad el murmullo de las conversaciones del jardín. Zachary se negó a acercarse para espiar a través de ella. No había necesidad. Cuando consideró que había pasado un tiempo prudencial, se quitó las arrugas invisibles de los pantalones y volvió a bajar.

Esta vez se negó a mirar hacia donde ella había estado. Lástima que no hubiera contado con que la gente hubiera decidido cambiar de sitio. Ahora había un grupo numeroso sentado sobre cojines y una manta al amparo de un toldo que antes no había percibido. El resto estaban de la misma forma, apenas separados por unos pocos pasos. Claudia, por supuesto, estaba en el más numeroso y dudó sobre si aproximarse o no. Lo decidió Richard, que se encontraba entre ellos y que apartó la mirada de su interlocutor para animarle a acercarse.

—Buenas tardes —saludó.

Lejos de sentarse casi a ras del suelo —una disposición en la que jamás se había sentido cómodo puesto que su cuerpo era demasiado grande para encontrarla digna— prefirió quedarse de pie, apoyado en el tronco de un árbol a cierta distancia. Aceptó la taza de té que un sirviente se apresuró a traerle y, por una vez, su calor le reconfortó.

Escuchó a medias el diálogo que se desarrollaba justo a su lado. El murmullo de las conversaciones de los demás grupos también le llegaba con claridad. Como estaban demasiado cerca unos de los otros, si lo hubiera pretendido, hubiera podido entender de qué hablaba cada corrillo. Intentó

parecer natural al observarlos a todos, aunque al final prefirió centrarse en uno solo, aunque fuera en el que estaba Claudia.

Al cabo de unos pocos minutos, la presión que sentía por ignorarla era abrumadora y sus sienes empezaron a palpar —mala señal—. La miró de reojo mientras alzaba la taza para beber. Comprobó que Claudia también hacía lo propio. Para disimular alzó más la taza y se bebió un trago demasiado grande del líquido caliente, por lo que se atragantó y tosió.

Por fin todos dejaron de hablar para prestarle una atención que no deseaba.

Lagrimando, hizo un esfuerzo supremo por recomponerse.

—¿Se encuentra bien?

Lord Whittock y Richard se levantaron y se acercaron. Incluso sir Ian, que estaba sentado en una manta cercana.

Zachary hizo un esfuerzo por responder, pero se limitó a asentir con la cabeza.

—Ya está, lo siento —se disculpó sin ser necesario. La voz todavía le había salido un poco rota. Carraspeó, incómodo.

—A veces sucede, no se preocupe. —Lady Whittock le lanzó una mirada amable—. ¿Por qué no se sienta con nosotros? Así no estaremos en desventaja.

Ante semejante petición no podía negarse. A regañadientes —aunque sin llegar a evidenciarlo—, Zachary se sentó en un cojín que parecía diminuto.

Esperaba no parecer ridículo. Él también tenía su orgullo.

La conversación se reemprendió cuando lord Ian se alejó un poco y cuando Richard y lord Whittock volvieron a ocupar sus respectivos sitios. Esta vez, por mucho que intentara no participar, y aunque el tono era bajo y moderado, no pudo dejar de notar que el tema que los ocupaba, lejos de parecer intrascendente, resultaba interesante y un poco arriesgado. Tenía, además, dos posturas claramente diferenciadas y opuestas, aunque nadie —y con eso se refería a los caballeros, puesto que las mujeres, en su mayor parte, solo escuchaban— se mostraba demasiado vehemente al respecto, excepto lord

Radwick.

«Por supuesto».

—La calidad del producto inglés, sea cual sea —decía— está por encima de muchos otros.

—Le concedo cierta razón —le respondió el señor Merryweather—. De todas formas, solo tiene una visión parcial de lo que supone el comercio.

El padre de la señorita Rosalind no tenía título aunque su esposa fuera la hija de un conde. Era un hombre de fortuna que se había hecho a sí mismo.

Zachary admiraba su arrojo y su visión del mundo, por lo que se sentía muy complacido sabiendo que participaría en el negocio.

La conversación siguió esos derroteros con buenas palabras. Nadie parecía dispuesto a aferrarse a una postura y enemistarse, por mucho que los comentarios de Radwick sonaran pomposos y demasiado arcaicos. Lady Whittock también se permitía dar su opinión, pero Zachary se abstuvo y mantuvo refrenada la lengua. De permitirse hablar no se conformaría con expresar modosas palabras, sino que sería contundente y procaz, lo cual podía llegar a provocar más animosidad entre el prometido de Claudia y él, puesto que no compartía ninguna de sus opiniones.

—No niego que su trabajo sea excelente, Merryweather. Solo digo que algunas cosas deberían quedarse tal y como están. Si funcionan, ¿para qué cambiarlas?

—La evolución es vital —soltó sin poderlo evitar.

«Maldita sea».

De nuevo, toda la atención puesta en él. Pudo apreciar la clara advertencia en el rostro de Richard. Y era del todo consciente que, una vez abierta la boca, iba a ignorarla con total deliberación.

—¿Disculpe?

El conde lo miraba con altivez; o quizá era su propia percepción y su nula predisposición para que ese hombre le gustase.

—Digo que se equivoca por completo debido a que tiene una visión

totalmente sesgada del mundo que lo rodea condicionada por su propio estatus social.

Primero silencio estupefacto y después un carraspeo. Zachary no podía deducir si era producto de la incomodidad o del horror más absoluto.

—Oh, ¿de verdad? —preguntó Radwick, al fin—. Entonces deduzco que cree que el suyo le otorga una perspectiva mucho más amplia.

—En efecto. A diferencia de usted (y con «usted» quedaba claro que se refería al amplio abanico que configuraba la nobleza), el resto debemos sobrevivir por nuestro propios medios, lo que nos obliga a abrir los ojos y a enfrentarnos a la verdadera realidad.

—Lo dice como si fuese un pecado.

Las palabras de intervención de la hermana fueron tan inesperadas como agradecidas. Eso evitaba que Zachary se centrara demasiado en un solo y mismo individuo.

—En absoluto, lady Whittock; solo es una matización. Los privilegios de los que gozan no suelen ser fruto del propio esfuerzo. No digo que esté mal, ya que más de uno lo desearía para sí, pero no me negará que se aprecia cierta parcialidad y que por ello se defiende la inmovilidad frente al cambio.

—Está mezclando las cosas, caballero. —Hamilton Carver no estaba dispuesto a dejarlo correr—. Las tradiciones lo son por una razón concreta. El intento de romper con ellas es un reflejo de la inseguridad que sienten los que no tiene una posición establecida.

—Al contrario. Se mantienen porque hay gente a la que le interesa que prevalezcan, ya que afianzan sus propias posturas. Algunas todavía tienen validez, pero no cada una de ellas. Si las conserváramos todas, el mundo no hubiera avanzado.

—¿Entonces dice que los ingleses estamos demasiado arraigados en nuestras propias costumbres ancestrales y que debemos mirar hacia lo americano y aprender de ellos?

—No, nada de eso. —Zachary percibía la mofa y trató de no replicar en

consonancia—. Aquí hay cosas muy buenas, como también las hay allá. Toda sociedad debe esforzarse por mejorar; ninguna sobresale sobre las demás.

—Por supuesto, por supuesto, no pretendía injurarlo. —Su sarcasmo no era tan apaciguador como pretendía—. Pero como no ha dejado de repetirme en cada oportunidad, usted no nació en Estados Unidos. Entonces, ¿dónde está su lealtad hacia nuestro glorioso país?

—¡Hamilton! —El reproche provino de Claudia, que había puesto la mano en el brazo de su prometido.

Zachary no le agradeció su intervención. Podía defenderse solo y creía que no lo estaba haciendo tan mal. No obstante, era lo bastante sagaz como para aprovechar la oportunidad que ella le había brindado para dejarlo en evidencia.

—No se aflija, lady Claudia. Su prometido, como cualquiera, puede estar equivocado. No me siento afectado, aunque haya pretendido llamarme traidor.

Por suerte, esta vez sí vio verdadera ira en los ojos del conde y eso le satisfizo. Quería que le replicara un poco más.

—Traidor es poco...

—¡Hamilton, querido, por favor! —Claudia insistió e impidió que continuara, pero el mal ya estaba hecho—. No me encuentro bien.

Por fin, como pretendía, pero a regañadientes, Radwick le prestó toda su atención, puesto que sabía, como todos, que era una estratagema para cortar una conversación que podría haber acabado mal.

Zachary era lo bastante sensato como para admitir que quizá se había excedido tomándole el gusto a provocarlo. No valía la pena enfrentarse al hombre porque podía provocar otros efectos secundarios que no le interesaban. Si solo se tratara de él...

—Claudia...

—¿Me acompañas a la casa? Me duele mucho la cabeza.

El conde asintió y, galante, se levantó para ayudarla a hacer lo propio. El resto de caballeros los imitó, él incluido.

—Si nos disculpan.

Zachary no pudo apartar la vista de la pareja alejándose cogida del brazo.

El silencio a su lado era abrumador en todos los grupos. De repente se dio cuenta de que tanto él como el conde habían estado alzando la voz y que había hecho partícipes de su discusión a todos los invitados, y no solo a su grupo.

«Maldición».

Gracias al cielo, la marquesa de Whittock salvó la situación con un comentario intrascendente que apenas oyó y que los demás agradecieron, por lo que la normalidad —al menos en apariencia— se instauró de nuevo.

Se quedó con una sensación extraña. Con la ayuda de Claudia había podido decir la última palabra. Aun así, le hizo preguntarse si era realmente el vencedor; al fin y al cabo, no era él quien se alejaba con la mujer que amaba.

Claudia se preguntaba si había actuado bien y se aseguró que sí. La batalla dialéctica entre Zachary y Hamilton amenazaba, no solo con incomodar al resto, sino con acabar siendo de dominio público.

«No creo haberlo impedido. Me temo que todos los presentes, estuvieran o no en el grupo, han sido testigos del enfrentamiento y lo han oído todo con absoluta claridad».

¡Y ella odiaba los chismorreos y los escándalos!

Cuando se vieron cobijados por la casa, y fuera de la mirada curiosa de los demás, Hamilton se detuvo y la contempló. No parecía complacido.

—Espero que ya te encuentres mejor. —Su tono apenas contenía cortesía alguna—. ¿O quizá prefieres recluirte a tu habitación para que tu dolor de cabeza desaparezca en su totalidad?

Claudia se envaró. Bien, había sido una pobre excusa que no había engañado a nadie; lo sabía. No era necesario que le hablara de ese modo.

—No, creo que ya me encuentro mejor, gracias —respondió en el mismo tono.

Hamilton entrecerró los ojos y la observó unos segundos. Ella le sostuvo la mirada. No iba a ceder. Comprendía que no se sintiera complacido, pero su

animadversión con Zachary empezaba a resultar ridícula. Debía recordar decírselo también a él.

Pasó un sirviente y ambos fueron conscientes de que estaban en medio del vestíbulo y, aunque el resto de damas y caballeros seguía fuera disfrutando de la tarde, cualquiera de ellos —o incluso los sirvientes—, podía escucharlos.

Hamilton miró a derecha e izquierda y la llevó a un pequeño salón. Cerró la puerta. Claudia comprendió que era una falta de decoro por su parte. Que no lo tuviera en cuenta indicaba lo alterado que se encontraba.

—Me has dejado en evidencia.

Claudia esperaba cualquier cosa menos esa acusación.

—¿Que yo qué?

—No te hagas la ofendida. Sabes muy bien lo que has hecho. Y por segunda vez, debo añadir.

—Por supuesto que lo sé. He salvado una situación comprometida. Te informo que lo haré las veces que sean necesarias.

—Te has puesto de su parte.

Claudia no podía creer lo que oía.

—Estás equivocado. Has malinterpretado mi intención. Habéis sido vosotros solos quienes habéis conseguido que se volviera una situación incómoda. Empezaba a ser insostenible.

—Ha empezado él.

—Quizá sí, quizá no. Fuera como fuera, no deberías haber insistido tanto en tu postura.

—¿Y dejar que ese McGlaton se permita el lujo de insultarme?

—No te estaba insultando. Solo dejaba patente su opinión, que dicho sea de paso, es completamente distinta a la tuya.

—No te comprendo, Claudia. Deberías sentirte ofendida por cada palabra que ha salido de ese am... hombre —rectificó.

«¿Por qué? ¿Por decir la verdad?». Pero no lo dijo. Hamilton no apreciaría que no tuviera su misma visión; al menos, no es estos momentos.

—Se os ha ido de las manos —se limitó a decir—. Todos han sido testigos

de vuestra animosidad; de nuevo.

—Debería añadir que tu actitud tampoco ha ayudado.

—¿Y qué querías que hiciera? —Supo que no debía preguntarlo y aun así, lo hizo.

—Que mostraras tu apoyo público.

—A decir verdad, Hamilton, no sabía que lo necesitaras.

—Pues te equivocas. Imagina la impresión que has dado cuando me has detenido ¡dos veces! Parecía que estabas a favor de ese...

—Estaba a favor de la concordia —le dijo—. Interrumpirle a él hubiera resultado grosero y extraño.

Ahora, la que estaba enfadada por la insistencia y empecinamiento que Hamilton mostraba era ella. ¿Cómo se atrevía a acusarla de ese modo?

—Las mujeres contáis con un sinfín de armas para mediar en los conflictos masculinos. Haz uso de ellos. Si eso es una muestra de los que me espera en nuestro matrimonio... —se interrumpió a tiempo.

—¿Qué pretendes decir con eso? Hamilton, te estás extralimitando.

—Como tú, al parecer.

Ambos se miraron sorprendidos y renuentes a ceder. De hecho, eran conscientes de que esa era su primera discusión seria, y todo por el mismo motivo. La de días antes también amenazó con serlo y Claudia se había alegrado de que no sucediera nada irreparable, pero eso resultaba intolerable.

—Yo... —No sabía qué decirle. Si esperaba que pidiera perdón podía quitárselo de la cabeza.

Hamilton desvió la vista unos instantes y suspiró.

—Mira, Claudia, disculpa mis últimas palabras. Sabes que no lo decía de verdad. Debes entender que ese hombre me altera como ninguno y lo he pagado contigo. Lo mejor será que lo olvidemos. Me marcharé para poder reflexionar a solas.

—Pero... —No quería dejarlo. Necesitaba que ambos aclararan bien las cosas.

—Estamos bien —dijo en un intento de calmarla—, no te preocupes.  
Le dio un casto beso en la mejilla y la dejó sola.

\*\*\*

La llamada a la puerta sorprendió a Zachary, que se apresuró a abrirla, esperando que fuera Claudia y sabiendo, al mismo tiempo, que no era lo más probable.

—¿Puedo pasar?

Quien se encontraba en el umbral de su habitación era Richard, con el brazo en cabestrillo y sin chaqueta.

—Adelante.

Lo invitó a sentarse y este declinó el ofrecimiento. Prefirió acercarse a la ventana y observar desde allí el exterior.

Zachary supuso de qué quería conversar, así que se mantuvo en silencio hasta que este empezara a hablar.

No tardó demasiado.

—¿Qué estás haciendo, Zachary?

Prefirió hacerse el ignorante.

—¿A qué te refieres?

—¿Seguro que prefieres jugar a este juego?

Zachary suspiró y se pasó la mano por el pelo, frustrado.

—No.

—Bien, porque pensaba que había quedado claro lo importante que es este negocio.

—¿Y qué tiene que ver eso con lo otro?

—Nada. Todo. No lo sé. Lo que me preocupa es la animosidad entre vosotros. ¿Te das cuenta de cómo podría haber acabado todo? ¿Es que no percibes que, con tu intención de provocarlo y ofenderlo, también hay otros que podrían darse por aludidos?

—Sí, Richard, lo he pensado, pero es que ese hombre es insufrible.

—Vamos, Zachary —se burló—, no me vengas con esas. Como él nos hemos encontrado hombres a montones y tú siempre has sabido cuándo retroceder. En este caso parece como si quisieras aplastarlo.

«Porque así es como me siento».

—Es posible que se me haya ido un poco de las manos...

—¿Un poco? ¡Válgame Dios si ese no es el eufemismo del año! Es por ella, ¿verdad?

—¿Ella? —La mirada que recibió lo hizo avergonzarse.

—No me hagas nombrarla, Zachary; me he dado cuenta del modo en que la contemplabas cuando se alejaba con él. Esto no es sobre el conde, ¡es sobre lady Claudia! Si hasta has conseguido que te defienda.

—¡No hizo tal cosa! Quizá no soporta escuchar las sandeces que suelta su prometido.

Richard movió la cabeza con cierta desesperación.

—¿A quién tratas de engañar? ¿Qué está pasando?

Zachary cerró la boca con fuerza. Por muchas ganas que tuviera no podía explicarle nada a Richard. Estaba seguro de que, de ser consciente de que se conocían —y sin saber lo del beso— sería él quien lo obligaría a recoger sus enseres y a enviarlo lo más lejos posible de allí.

—Si lo que insinúas es que pretendo quitarle la prometida a Radwick ya puedes estar tranquilo; eso no sucederá.

«Pero solo porque no es posible».

—Con todas las mujeres que hay, por Dios, Zachary —se lamentó, exasperado—. Dijiste que no tenía de qué preocuparme.

—Y no lo tienes. Lo he comprendido. De aquí en adelante renunciaré a expresar mi opinión si él está cerca. Le evitaré, si es necesario.

—Si Radwick descubriera...

—No hay nada que descubrir, Richard —soltó con los dientes apretados—.

Déjalo, por favor.

Este le echó una larga mirada y asintió.  
—Ojalá no tengamos que arrepentirnos.  
«Yo ya lo hago».

\*\*\*

*En otra habitación de Worthington Park.*

La tinta oscurecía el papel con rapidez. Con trazos cuidadosos y elegantes, la mano transcribía lo que el cerebro le dictaba.

Había sido una tarde entretenida, cuanto menos. Esos dos no podían estar en un mismo lugar sin que acabaran por sacar las garras. ¿Acaso era la única persona que se daba cuenta del verdadero motivo del conflicto? No, el resto de invitados estaba ciego ante la evidencia, por lo que resultaba hasta posible que solo uno de los contendientes supiera el porqué de tanta hostilidad. El otro reaccionaba.

Movió la cabeza y no supo si lo que sentía era regocijo o pesar. Se detuvo a meditar y alzó la mano del papel.

No, lo que hacía falta era avivar la llama y que todo se precipitara.

Reanudó la escritura y siguió escribiendo las notas.

Al día siguiente no gozaba de un humor excelente. Ni siquiera podía calificarse como bueno. La tirantez entre Zachary y Hamilton era cada vez más patente, tanto para ella como para el resto de invitados. Si además tenía en cuenta los reproches de su prometido respecto a su apoyo y la cantinela de su tía sobre el deber de cuidar de su compromiso, el estado de ánimo de Claudia no era el mejor.

«A veces es necesario guardarse la opinión y actuar en beneficio de la armonía», la escuchó decir con tono de reprimenda. Eso consiguió que Claudia apretara la mandíbula y se mordiera la lengua, al igual que había hecho con Hamilton, para evitar una réplica mordaz.

Lanzó un suspiro y, acompañada de su doncella personal, siguió al lacayo hasta el carruaje dispuesto para ella.

Claudia se había levantado para salir a montar a primera hora de la mañana, decidida a no coincidir con nadie. En aquel momento solo buscaba su propia compañía, así que tras un desayuno frugal y un cambio de vestido, decidió ir hasta el pueblo más cercano en busca de la oficina postal.

No deseaba que nadie en Worthington Park —ni siquiera el servicio—

supiera que enviaba cartas a Jason, porque la historia podía llegar a viajar con un ímpetu que aborrecía.

Ya sentada en el acolchado asiento del carruaje se preguntó por primera vez si había sido buena idea aceptar la invitación a Somerset.

Podía decirse que, unas semanas atrás, su vida era más sencilla. Aunque no estaba enamorada de Hamilton, al menos su compromiso era sólido y agradable. Tenía dudas al respecto, por supuesto. Sin embargo, también sentía cierta comodidad en la rutina. Ahora, sin embargo, sus miedos hacia un futuro establecido que beneficiaría a la familia le producían malestar y más titubeos que nunca. Y si pensaba en Zachary y los sentimientos que albergaba hacia él, sus ansias de libertad aumentaban. Concretamente, las ansias por anular su próxima boda.

—Condenado lío —murmuró en voz baja, lo que le valió la mirada curiosa de su doncella.

Claudia ladeó el rostro y fingió entretenerse con el paisaje campestre que se observaba a través de la ventana.

No podía echarse atrás. Faltar así a su palabra por estar experimentando un encaprichamiento repentino no era propio de una dama con un linaje como el suyo. Tenía una responsabilidad con su prometido y debía cumplir con ella.

¿De qué valía su privilegiada educación si se dejaba llevar por los instintos más bajos?

Sin darse cuenta, frunció los labios.

Zachary era más que eso, terminó reconociendo. Decir lo contrario solo era una estratagema para menospreciar sus sentimientos y tratar de olvidarse de él. Por lo menos debía ser sincera consigo misma, porque la pugna entre la razón y el corazón era cada vez más feroz.

¿Qué debía hacer?, se preguntó con desaliento. ¿Quién podía aconsejarla en momentos tan difíciles? Porque no tenía a nadie con quien hablar de todo aquello —ni siquiera su querida prima Angy, que desde su boda con Robert se comportaba de un modo mucho más sensato—. Además, las implicaciones

eran muchas como para arriesgarse a poner en alto lo que tanto se esforzaba por ocultar.

Y si todo aquello no era suficiente, la carta que había escondido entre sus pertenencias personales todavía cuestionaba más los movimientos que había dado hasta entonces y los que daría más adelante.

No pudo sacarse las preocupaciones de encima ni durante el trayecto ni en su visita al pueblo. La noche anterior, al menos, y antes de acostarse, había disfrutado escribiendo a su hermano, por lo que se alegró de tener un buen puñado de historias que enviar a Estados Unidos.

Iba saliendo de la sencilla oficina postal cuando en el quicio de la puerta chocó contra un cuerpo masculino. Claudia dio un brinco y se echó hacia atrás de forma instintiva.

—Perdón —escuchó decir a quien bloqueaba la salida.

—Ha sido mi culpa —dijo ella al instante, excusándose también. Fue entonces cuando ambos se percataron del otro—. ¡Zachary!

Se quedó boquiabierta, porque precisamente se trataba del hombre que poblaba sus pensamientos.

Él la contempló con intensidad durante un instante y Claudia sintió la garganta seca.

La mirada femenina descendió hasta los labios del escocés, trayendo a su memoria vívidos recuerdos.

Si solo pudiera enrollar los brazos en su cuello y apoyarse en su torso...

«¡Deja de pensar en esas cosas!», le gritó su vocecilla interior, haciéndola sonrojar.

—Milady, qué sorpresa.

La voz de Zachary sonó educada y un tanto distante, lo que hizo que la joven arrugara el ceño. ¿A qué venía tanta formalidad? Entonces comprendió que había gente presente, por lo que no podían perder los buenos modales.

Claudia carraspeó un par de veces para que sus palabras no se oyeran temblorosas, pero su cuerpo había sido invadido de forma repentina por un

agradable calorcito que la estimulaba y la desorientaba a la vez.

Se sentía extraña.

—Señor McGlaton, ¿cómo está usted? —preguntó con cortesía y dejándose escuchar. Mientras tanto, Claudia luchaba por recuperar el férreo dominio de sí misma.

—Bien, gracias —contestó él señalando con un movimiento de cabeza el interior de la oficina postal—. ¿Necesitaba enviar una carta?

La mente de Claudia parecía adormilada. Inmóvil en su posición, le costó comprender.

Aspiró aire, antes de exclamar:

—¡Oh, sí! Supongo que como usted —dijo, mirando el puñado de cartas que él sostenía entre sus manos.

Zachary asintió.

—¿Se marcha ya a Worthington Park?

Ambos se quedaron mirando durante unos segundos, como si les costara proseguir con su camino.

—Sí —susurró ella a regañadientes.

—Deje que la escolte hasta el carruaje —sugirió él, lo que le valió una amplia sonrisa femenina de aceptación, puesto que Claudia no pretendía hacerse rogar.

Quería... No, necesitaba —rectificó— aquel instante en su compañía, aunque fuera un momento carente de intimidad.

Se sentía afortunada.

Cuando salieron a la calle mantuvieron una correcta distancia física, pero Claudia recordó que debía hablar con él de forma privada.

—¿Me concede un momento, señor McGlaton? —le preguntó. Al mismo tiempo, con un gesto, pidió a su doncella que la esperara en el carruaje, que se encontraba unos pasos más adelante.

Marjorie dudó de forma evidente.

—Eso no sería correcto, milady —murmuró, retorciéndose las manos—. Si

llega a oídos de su tía...

—No te preocupes —la tranquilizó—. Ve. Solo será un momento.

—¿Lo consideras prudente? —preguntó Zachary cuando se quedaron a solas. Aun así, la gente del pueblo transitaba a su alrededor.

—Tengo que hablar contigo.

Zachary la contempló durante unos segundos, examinando su rostro.

—Hacerlo en Worthington Park es peligroso. Siento los ojos puestos en mí.

Claudia abrió bien las pestañas.

—¿Te extraña, dado tu altercado con Hamilton? —replicó, consiguiendo que él apretara la mandíbula. Como Claudia no deseaba ahondar en aquello, añadió—: Pero eso no es lo que me preocupa ahora, sino la carta.

Zachary pareció confundido, lo que corroboró sus sospechas.

—¿De qué hablas?

—De la carta que supuestamente me enviaste anoche, junto con una rosa carmesí —soltó de golpe.

El rostro de Zachary perdió cualquier atisbo de color.

—Yo no hice tal cosa.

—Lo sé —lo tranquilizó—. Sospeché de su autoría tan pronto la abrí.

Después de pedirle que ambos mantuvieran las distancias, Zachary no podía mostrarse tan apasionado, tal y como aquellas palabras escritas reflejaban. Por eso y por su experiencia en el *tempietto*, supo que la carta no era obra suya.

—¿Estaba firmada a mi nombre?

—Sí —corroboró—. Igual que la primera nota.

—¿Te citaba a encontrarte conmigo?

Ella negó con la cabeza.

—Esta vez no. Solo decía cuánto me amabas y cuánto sufrías a causa de ello.

—Las palabras estaban escritas con tanta dulzura y delicadeza que Claudia quiso creer que eran verdad. No obstante, sabía bien que él no osaría ponerlas en un papel; mucho menos verbalizarlas.

Por supuesto, había un pequeño detalle que no estaba teniendo en cuenta: Zachary no estaba enamorado de ella. Tal vez sintiera cierta atracción y por eso la había besado, pero nada más.

Zachary alzó el rostro de repente, con una expresión sombría.

—Alguien está jugando con nosotros —dictaminó entre dientes, lleno de indignación. Al mismo tiempo, la mirada de Claudia descendió hasta el suelo, silenciosa. Y él se percató—. ¿Te encuentras bien?

Suspiró, confundida.

—Supongo. —Se encogió de hombros—. ¿Qué importancia tiene?

—¡Por supuesto que la tiene! —replicó contundente. A continuación suavizó su tono—. Claudia, debes saber que me preocupo por ti y tu bienestar.

Lo observó durante un instante, acariciando la idea de sentirse una persona especial para él. ¿Sería solo afecto lo que Zachary albergaba por ella o, por el contrario, sus sentimientos iban más allá de lo confesable?

Su mente fantaseó con aquella posibilidad, consiguiendo que su corazón se estremeciera. Sin embargo, su parte más cabal era consciente del lugar donde se encontraban y no tuvo otro remedio que regresar a la conversación.

—¿Por qué alguien querría manipularnos de ese modo? —preguntó en voz baja.

—No lo sé —admitió, como si aquello lo sacara de quicio.

Claudia sintió el deseo de acariciar su rostro con las yemas de los dedos, en una caricia lenta y aterciopelada, en la que pretendía quitar las arruguitas que se formaban en la piel masculina, fruto de la inquietud.

No obstante, tuvo el buen juicio de abstenerse.

—No creo que haya personas mezquinas entre los invitados de sir Ian Conway.

—Eres demasiado inocente. Cualquiera de ellos puede ser el autor de esas notas. Incluso tu tía.

Claudia se quedó estupefacta.

—¿Tía Mildred? —preguntó, sin creer ni por un instante que aquello fuera

posible—. ¿Acaso te has vuelto completamente loco? ¿Qué razones puede tener ella para semejante comportamiento?

Aquella teoría era de lo más descabellada. Claudia jamás había escuchado semejante despropósito, porque lo último que su tía deseaba era que el compromiso de su sobrina peligrara. Y si Hamilton la hubiera encontrado en el *tempietto* a solas con Zachary, con toda seguridad los planes de la familia Morton se hubieran visto dañados.

—Claudia, no la estoy acusando —repuso Zachary con parsimonia—. Solo barajo distintas posibilidades.

—Pues deberías seguir buscando —le aconsejó—. Porque mi tía no siente mucha simpatía hacia ti.

A pesar de la situación que atravesaban, Zachary se permitió esbozar una sonrisa.

—Eso es un eufemismo.

—Bueno, no le gustas en absoluto —reconoció ella—. Antes de nuestro viaje a Somerset ya mostraba su desacuerdo con tus visitas.

—Pero las permitía —terció él.

Claudia asintió.

—No por ti, sino porque es demasiado buena como para negarme el contacto con mi hermano. Tía Mildred puso sus condiciones respecto a ti, pero tu presencia en Worthington Park ha hecho aumentar sus recelos.

—Así es, mas si no se trata de ella será cualquier otro. Lo importante del asunto es que debemos ser especialmente prudentes con nuestro comportamiento.

—Oh, Dios. Ojalá todo fuera más sencillo —musitó, en cierta medida disgustada por tener que esconder tantas cosas.

Zachary vio su expresión y se acercó a ella todo lo que la decencia permitía. Inclino la cabeza y la miró con firmeza.

—No te aflijas. Todo saldrá bien.

Claudia ahogó un suspiro y al final terminó asintiendo. No sabía con certeza

qué significaba aquel «todo saldrá bien». ¿Se refería al secreto de su relación o al compromiso con Hamilton? Fuera lo que fuese, había algo más importante: ¿qué quería ella que sucediera en el futuro? Porque cada vez se sentía menos dispuesta a seguir adelante con la boda. Por muy bueno que fuera Hamilton, estaba comprendiendo que jamás llegaría a amarle.

«Tonterías —se dijo—. ¿De qué sirve cuestionarme todo esto si los planes ya están trazados?». Aunque con dudas, Claudia tenía sus preferencias.

Lastimosamente, otros habían decidido por ella. Así pues: «¿Por qué pensar en otras alternativas? —se cuestionó—. Ashton jamás me dejará».

Era una certeza irrefutable.

Claudia apartó la mirada del rostro masculino. Últimamente, sus conversaciones con Zachary le dejaban un regusto un tanto amargo, quizás más consciente que nunca de su impotencia. Al fin y al cabo, su propio destino no le pertenecía.

—Debo regresar a la mansión. Ha sido usted muy amable acompañándome, señor McGlaton —dijo, haciéndose escuchar. Luego bajó la voz—. No te preocupes. No haré caso a las cartas que puedan llegar.

Ahora, si me disculpas...

Pareció que él iba a decir algo, pero Claudia se precipitó hacia el carruaje.

No sabía por qué, pero sentía deseos de llorar.

\*\*\*

Un poco más tarde, de regreso a Worthington Park, el carruaje se detuvo de repente en mitad de la nada. Demasiado pronto para haber llegado a la mansión, pensó Claudia. Y si aquello no fuera lo suficientemente extraño de por sí, pudo escuchar con claridad cómo distintas voces mantenían lo que parecía una acalorada discusión.

Arrugó el entrecejo y miró a su doncella personal, sentada frente a ella, que también había oído las voces.

—Por todos los santos, ¿qué está sucedie...?

La pregunta terminó muriendo en sus labios cuando la portezuela se abrió con brusquedad y apareció un extraño de aspecto desaliñado. Se trataba de un hombre relativamente joven, aunque la vida no parecía haberle tratado bien.

Con la piel curtida al sol en exceso, enjuto y con unas feas cicatrices en la frente que atraían todas las miradas, su aspecto era aterrador. Y si no fuera suficiente para temerle, sujetaba un cuchillo de grandes dimensiones con la mano derecha.

Su doncella chilló, muerta de miedo. En cambio, Claudia no emitió ningún sonido. Solo clavó las uñas en el terciopelo del asiento, inmóvil. Aunque eso no significaba que no estuviera asustada. El corazón le palpitaba con tal fuerza que creyó que iba a salirse del pecho.

—¡Quédense calladitas y hagan lo que yo les diga! Si me obedecen no les pasará nada malo, ¿entendido?

¡Si aquel tipo creía que eso las tranquilizaría estaba muy equivocado!

Claudia hacía esfuerzos para mantener cierta serenidad —por lo menos para contrarrestar los gritos de Marjorie—, pero en realidad estaba temblando.

Lanzó una plegaria a Dios.

—Quiero todas sus joyas —le exigió. Como era obvio que Marjorie no era más que una criada, se estaba dirigiendo a Claudia—. Pendientes, broches...

No olvide nada.

Ella empezó a quitarse del dedo el único anillo que llevaba puesto. Se trataba de un regalo hecho de su padre a su madre, que Claudia había heredado tras sus muertes y cuyo valor sentimental era muy alto. Por supuesto, también el monetario, aunque eso no era lo más importante en aquel momento.

—Es usted un bribón que se aprovecha de lo ajeno —no pudo evitar decir con la voz trémula.

La hoja del cuchillo pareció brillar con intensidad cuando el tipo se inclinó hacia adelante. Claudia no era capaz de apartar la mirada del filo.

—Usted tiene mucho y yo poco. Eso no me parece justo.

—¡Pero no es honrado! —exclamó Marjorie con los ojos enrojecidos—. Dios le castigará.

La sonrisa del hombre causó desasosiego en Claudia, que se removió sobre su asiento.

—Tendrá que cogerme primero —musitó jocoso—. Y ahora, basta de cháchara. Tú —se dirigió a la criada—. Ayúdala.

Claudia, que jamás había creído que podía ser asaltada en el bucólico Somerset, se vio en la obligación de cooperar. En su juventud había sido una soñadora romántica deseosa de aventuras, por lo que con seguridad habría disfrutado de vivir aquella historia. Sin embargo, ahora era una persona más juiciosa y madura. Lo único que deseaba era entregar todas sus joyas para ser liberada lo antes posible sin que nadie sufriera daño alguno. Así que procuró incluir en el botín las monedas que llevaba consigo.

El sonido de un golpe, acompañado de un grito, hizo que los tres levantaran la mirada con cierta expectación; más todavía, cuando el carruaje se sacudió hacia ambos lados.

—¡Ladrón, eres mío!

Claudia reconoció la voz del cochero de los Conway, que al parecer no se había dejado reducir por quien quiera que estuviera en el exterior.

Ladeó el rostro y se dio cuenta de que el tipo del cuchillo vacilaba. Dudaba sobre si debía esperar a reunir todas las joyas posibles o, por el contrario, era mejor ayudar a su compinche.

Con un movimiento que no vio venir, la tomó del brazo con fuerza y tiró hacia él, haciendo que Claudia se arrastrara sobre el asiento.

El pánico la invadió.

—¡Suéltame, malnacido! —gritó con desprecio, en un intento por liberarse de sus garras, mientras que con los pies hacía esfuerzos por refrenar su avance.

—Te vienes conmigo —le escuchó decir, dispuesto a salirse con la suya.

—¡No!

Claudia sentía un intenso pitido en los oídos, mientras que la tierna carne del brazo estaba siendo lastimada por la fuerza de aquel tipo. Además, Marjorie trató de mantenerla en el interior del carruaje. La tomó por la cintura y tiró hacia ella con ímpetu, haciendo que la joven Morton quedara sentada en medio del tira y afloja.

—¡Milady!

Apretó los dientes y lanzó su peso hacia atrás, oponiendo resistencia, pero las mujeres perdían terreno. Así que, a pesar de la falda del vestido, que era un estorbo, logró sacar una pierna y le propinó dos certeras patadas en el pecho y en el cuello masculino.

Fue tan inesperado que no hizo nada. Aquel tipejo solo pudo lanzar una serie de bramidos a causa del ataque aunque, para su sorpresa, no llegó a soltarla. Enfurecido por su comportamiento, se envalentonó más y logró atraerla hacia sí, consiguiendo que Marjorie la soltara definitivamente. A continuación, abrió la portezuela del carruaje y la lanzó contra el duro suelo del camino sin ningún tipo de consideración.

Mientras caía pensó que iba a violarla, o incluso matarla.

Claudia amortiguó el golpe protegiéndose la cabeza con los brazos, sin embargo, su cuerpo chocó de forma brusca contra la tierra y sintió un latigazo de dolor en el cuerpo.

—¡Ahhhh!

Quedó tendida boca arriba mientras lanzaba una serie de tenues quejidos.

Cerró los ojos durante unos segundos, concentrándose en su respiración agitada y no en sus magulladuras.

«Arriba, Claudia. Pon toda la resistencia posible», se dijo para darse ánimos, si bien lo cierto era que no se sentía capaz de escapar. Aunque su vida dependía de ello, no podía levantarse y echar a correr. Pero, al contrario de lo que temía, el hombre no se lanzó sobre ella, sino que le echó una mirada de desprecio y saltó del carruaje para dirigirse a la parte delantera.

Solo avanzó dos pasos, antes de escuchar:

—¡Detente o disparo!

La joven abrió los ojos y ladeó el rostro con dificultad. Vio cómo el cochero de los Conway apuntaba a un desconocido con una pistola, que debía ser otro ladrón.

«¿Por qué no la habrá sacado antes?», se preguntó ella entonces.

A pesar del punzante dolor que sentía en el costado, se vio obligada a analizar lo que sucedía a su alrededor, pues seguía sintiéndose en peligro. El cochero, aunque con el arma, estaba en desventaja numérica, por lo que movía el brazo apuntando a uno y a otro alternativamente para mantenerlos alejados. Pero su atacante seguía sosteniendo el cuchillo y ella se encontraba a su alcance. Y por si fuera poco, si llegaba a producirse algún disparo, los caballos podrían alterarse y arrollar a Claudia, ya fuera con sus patas o con las ruedas del carruaje.

Hizo acopio de valor y enterró cualquier atisbo de dolor para ponerse a salvo. Bajo un silencio sepulcral se arrastró como pudo hacia los matorrales que se encontraban al lado del camino, conteniendo las lágrimas y rezando para que nadie se percatara de su huida.

No le importó en absoluto dañar su elegante vestido de paseo con el polvo y las piedras.

—¿Por qué no bajas el arma, amigo? —dijo el atacante de Claudia, mientras ella avanzaba con dificultad—. No queremos que nadie salga herido.

El cochero de los Conway irguió la espalda con una expresión desdeñosa en el rostro.

—Eso debisteis pensarlo antes de golpearme.

—Pero estás bien —respondió el culpable con rapidez.

El cochero movió la cabeza.

—¡No gracias a ti! —exclamó blandiendo la pistola mientras hablaba.

Los ladrones se echaron hacia atrás sin dejar de observar cada uno de sus movimientos.

—¡Eh! ¿Por qué no bajas el arma y lo hablamos?

—¿Acaso me crees tan imbécil? En cuanto deje de apuntaros vais a lanzaros sobre mí. Y ahora, si eres tan amable, tira eso al suelo.

El ladrón hizo lo que le pidió, empujando el cuchillo hacia adelante con la punta de la bota. A continuación, levantó las manos.

—¿Qué vas a hacer? Nosotros solo queríamos un poco de dinero para sobrevivir.

El cochero lanzó una sonrisa irónica, puesto que las joyas de la dama eran muy valiosas.

—¡Para sobrevivir! No sois más que unos ladrones codiciosos.

—Tal vez lo seamos, pero también sabemos negociar. ¿Por qué no llegamos a un acuerdo?

Aquellas palabras captaron el interés del cochero.

—¿Cómo cuál?

—No sé... tal vez necesites un incentivo para dejarnos marchar.

Al escuchar aquello, las entrañas de Claudia se contrajeron de puro terror.

Era la única que había sido testigo de todo, por lo que si pagaban al cochero por su silencio, tendrían que deshacerse de ella, ¿no? Ya no se trataba de un simple asalto con robo.

Por suerte, el hombre que estaba al servicio de los Conway rehusó la oferta.

—Creo que no. Detesto a la gente como vosotros.

—No has pensado en tus opciones: nosotros somos dos. ¿Cómo vas a solucionar el asunto?

En aquel momento, el cochero no podía alertar a las autoridades. Y además, sería complicado reducir al par de ladrones.

—Yo tengo la pistola —añadió—. Si ahora mismo os disparara nadie se atrevería a juzgarme.

Aquello tranquilizó a Claudia, aunque la situación seguía sin estar controlada.

—¿Ni aunque fuera a sangre fría? Piensa en las repercusiones.

—Serían considerados disparos en defensa propia —terció una voz que

nadie había escuchado acercarse.

Claudia miró hacia atrás y se dio cuenta de que se trataba de Zachary, montado en su caballo.

Jamás se había sentido tan aliviada. Jamás.

¡Él estaba allí! ¡Él había acudido en su ayuda!

Su corazón dio un salto de felicidad.

—¡Zachary! —gritó Claudia.

Él le echó una breve ojeada, puesto que mantenía la atención en los ladrones y en el cochero. Después desmontó, ató su caballo a uno de los árboles del camino y rodeó el carruaje hasta acercarse a Claudia.

Antes de arrodillarse junto a ella preguntó al cochero: —¿Todo bien?

El hombre asintió, visiblemente aliviado de tenerlo allí.

—Ahora mejor.

Entonces Zachary pudo tomarse un momento para ponerse a su altura y ayudarla a sentarse. Aunque lo hizo con delicadeza, ella no pudo evitar sentir dolor.

—¡Ay! —se quejó.

La expresión de Zachary pasó de la lividez a la preocupación y, a continuación, a la furia.

—¿Qué ha sucedido? ¿Te han lastimado? —Mientras le hacía las preguntas comenzó a acariciar su mejilla, manchada de tierra. Después sacó un pañuelo de lino con sus iniciales grabadas y limpió cualquier rastro de suciedad, al tiempo que lanzaba un sinfín de juramentos. A cada momento su voz aumentaba de grados—. Voy a matarles con mis propias manos —lo escuchó decir—. ¿Han osado tocarte? ¿Quién ha sido?

Claudia lo sintió temblar a causa de la rabia e hizo un esfuerzo por tranquilizarlo. Cubrió su mano con la suya, sobre la mejilla.

Le lanzó una ligera sonrisa.

—Solo ha sido un pequeño contratiempo. —La explicación llegaría más tarde, cuando estuvieran de vuelta en Worthington Park. A salvo.

—¿Estás segura? —insistió él.

Claudia ratificó su anterior respuesta con un: —Sí.

Zachary cerró un momento los ojos, como dando las gracias a Dios en silencio —por lo menos, eso le pareció a ella—, y a continuación le dio un beso en la frente.

—He reconocido a uno de los tipos que asaltó a nuestro carruaje en nuestro viaje a Somerset —dijo en una voz tan baja que solo Claudia lo escuchó—.

No puedo dejar que vuelvan a salirse con la suya. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Ve con cuidado —le advirtió. Incluso un inofensivo ladrón podía llegar a volverse peligroso en caso de verse acorralado.

—Tú eres mi prioridad. Debes saberlo. —La notó tan afectuosa que al momento sintió una corriente genuinamente sentimental entre ambos. No se trataban de imaginaciones suyas—. Quiero llevarte a casa, pero antes tengo que resolver unos asuntos. ¿Me permites?

Volvió a asentir, hipnotizada con el calor que desprendía su mirada.

Aunque esta vez no emitió ningún sonido.

Claudia se resistía a dejarlo ir. Se moría por acariciar sus hombros y su espalda, incluso por acurrucarse entre sus brazos, aunque la voz de la razón le dijo que no era el momento ni el lugar. Así que le pidió que la ayudara a levantarse.

—Mi doncella...

Señaló el carruaje y cuando Zachary comprobó por sí mismo que era capaz de sostenerse de pie, se acercó hasta la portezuela y la abrió.

—Lady Claudia necesita de su ayuda —dijo a la mujer que se encontraba en su interior.

Marjorie se afanó en bajar y fue corriendo hasta Claudia.

Ambas se abrazaron en silencio.

Lo que ocurrió a continuación fue un tanto confuso.

La carrera como ladrón de Tobias O'Callaghan era tan larga como el río Támesis. Siendo un niño comenzó con pequeños hurtos de carteras en el mismísimo Londres; después trapicheó con mercancías substraídas ilegalmente de los muelles. Tras dejar el contrabando, y después del fracaso de alguno de sus negocios, había terminado asaltando caminos con su socio Benny.

Hasta el momento, la fortuna había estado de su lado. Tenían guardadas a buen recaudo joyas de gran valor que los harían tan ricos que podrían dejar aquella vida atrás de una vez por todas. Entonces se asentaría y buscaría una esposa bonita y limpia que le diera calor por las noches. Pero para ello debían esperar un tiempo prudencial y encontrar los contactos adecuados que estuvieran dispuestos a comprar sin hacer preguntas. Mientras tanto, seguirían asaltando carruajes, porque las monedas que conseguían pagaban las comidas calientes.

Analizando la situación, se dio cuenta de que su sueño estaba a punto de venirse abajo. Si las autoridades lo capturaban, sus años en la cárcel serían comparables al tiempo que se había dedicado a robar.

¡No iba a permitirlo!

Miró a su amigo. Si deseaba salvarse no tendría más remedio que hacerlo solo. No podía llevarse a Benny consigo. Debía escapar, correr hasta los caballos que aguardaban ocultos en el bosque, llegar a su escondite, cargar con las joyas y poner tierra de por medio. Solo debía esperar un error.

Eso sucedió antes de lo que esperaba.

El tipo pelirrojo de hombros anchos, cuyo rostro le sonaba familiar, se acercó al carruaje y le pidió a la tonta criada que bajara. Sus chillidos todavía resonaban en sus oídos. Cuando ella y su señora se fundieron en un abrazo, el hombre dejó de prestarle tanta atención como debiera, mientras que el cochero seguía debatiéndose sobre a quién apuntar.

Tobias aprovechó la oportunidad y se lanzó contra él como si de un fiero guerrero se tratara. Su cuerpo era menos robusto, aunque contaba con agilidad y puñetazos certeros.

Lo agarró desde atrás del cuello y presionó con fuerza, tratando de ahogarlo. Tobias no era un asesino. No obstante, llegado a aquel punto, salvaría su pellejo como fuera, aunque tuviera que manchar sus manos de sangre.

El alivio de Claudia por la reconfortante presencia de Zachary duró poco, ya que en un abrir y cerrar de ojos, la situación dejó de estar a su favor. El ladrón de las cicatrices en la frente había decidido atacar, tomando al hombre de sus sueños con la guardia baja.

Contempló la escena atónita y lanzó un grito de horror.

—¡Noooo!

Zachary se retorció, con el rostro encendido. Trató de soltar las manos de su agresor, tan opresoras como una cadena. Al no lograrlo, arañó su rostro, que a pesar del dolor se mantenía firme.

Claudia no sabía cómo intervenir. Su primer impulso fue esperar unos segundos hasta que Zachary se zafara de él. Cuando vio que no sucedería tan fácilmente, agarró una piedra con la intención de golpear a aquel villano por la espalda. Pero los dos hombres comenzaron a moverse y a dar vueltas, luchando, por lo que le resultaba imposible acercarse y acertar.

Se volvió hacia el cochero.

—¿No va a hacer nada? —preguntó indignada.

Él la miró titubeante, apuntando con la pistola, barajando distintas opciones y no decidiéndose por ninguna.

—¡¡Eh, usted!! —gritó de repente Marjorie, acercándose a Claudia, aunque mirando al cochero. Después señaló hacia el bosque—. ¡¡El otro se escapa!!!

Fue entonces cuando pareció decidirse: apretó el gatillo. Sin embargo, el segundo ladrón corría, cada vez más alejado, por lo que la bala se perdió entre la maleza sin haber dado en el blanco.

El disparo agitó a los caballos del carruaje y los hizo relinchar, por lo que el cochero no tuvo tiempo a sobreponerse. Con suma rapidez, acomodó el arma en sus pantalones y fue a calmarlos antes de que arrollaran a alguien y terminaran precipitándose por el camino sin ningún tipo de control. No tardó en hacerlo, aunque entonces Claudia y su doncella ya se habían apartado lo máximo posible, observando cómo él lograba su cometido desde la distancia.

A pesar de su propia lucha, Zachary se percató de todo lo sucedido. En el momento en que logró dar la vuelta a su oponente, le propinó un contundente puñetazo —que lo hizo tambalearse hacia atrás— y ladeó un poco el rostro, sin apartar la vista de la pelea.

Gritó al cochero:

—¡Vaya a por él!

No se trataba de una indicación, sino de una exigencia en toda regla, lo cual no satisfizo a Claudia. Viendo obedecer al hombre, su voz interior le dijo que no era buena idea perseguir al otro ladrón. Ni hablar. Zachary poseía una constitución robusta y parecía haber tomado ventaja. Eso debería relajarla.

Aun así, le preocupaba perder superioridad numérica masculina. Les había resultado imposible pedir ayuda y nadie más transitaba por aquel camino.

Estaban a solas con el tipo de la cicatriz, que había demostrado ser lo contrario a un dócil corderito.

Estaba asustada y la amenaza era real. ¿No podía darse cuenta él?

Sus miedos se hicieron realidad cuando el ladrón, lejos de rendirse, se tiró en pos del cuchillo que había lanzado al suelo antes de la aparición de Zachary. Ambos hombres se enfrentaron cara a cara, con expresiones tensas dibujadas en sus rostros. Sin dar el primer paso, el escocés mantenía la espalda encorvada y los brazos abiertos, mientras pensaba en el mejor modo de sortear el arma; estando alerta ante cualquier ataque. El ladrón, a su vez, estaba decidiendo cuál sería su próximo movimiento.

Ambos se medían mutuamente.

—Claudia, vete. —La joven agrandó los ojos. Zachary debería concentrarse en su oponente y vigilar para no resultar herido, pensó muy seriamente. No tenía sentido preocuparse por ella. ¿Acaso no veía el peligro?

Entonces, decidió no hacerle caso y él no tuvo más remedio que insistir—.

Claudia...

—No es el mejor momento para hablar, ¿no crees? —le espetó ella—.

Mantén la vista en tu objetivo. —Que no era otro que el ladrón de la cicatriz empuñando el cuchillo.

¡El muy tonto! Ni siquiera debería estar advirtiéndole. ¿Acaso no se daba cuenta de lo precaria que era la situación en la que se encontraba?

—Eso hago, pero me lo pones difícil. Tú y tu doncella debéis alejaros.

Corred hacia Worthington Park.

Ella ni siquiera lo tuvo en consideración.

—Marjorie y yo estamos mejor contigo que solas en el bosque —terció—.

¡Es inaudito que estemos manteniendo esta conversación ahora mismo! —Puso los brazos en jarras—. No voy a marcharme y dejarte solo —dijo con obstinación.

Solo de pensarlo se le revolvían las tripas. Estaban a mitad de camino entre el pueblo y la mansión de los Conway. No sabía a cuántas millas exactamente, pero las suficientes para tardar en buscar ayuda. No podía dejar a Zachary tanto tiempo, le gritaba su voz interior. Si le sucedía algo malo por haber huido, no se lo podría perdonar. Claudia seguía manteniendo la piedra entre

las manos, lo cual le daba una pizca de seguridad. No se alejaría para favorecer su propia integridad, dejando a Zachary en manos de un bandido.

¡No Señor!

—Marjorie, estáis en peligro —advirtió Zachary a la criada, cuando comprobó que Claudia se comportaba como una necia—. Llévatela, por favor.

La muchacha asintió conforme.

—Milady, debemos irnos.

—No —se negó.

Zachary lanzó un juramento.

—No seas terca, por Dios. —Estaba perdiendo los estribos.

—¿Terca? —repitió ella arqueando las cejas—. ¿De verdad?

Claudia iba a soltar un largo argumento, nada apropiado para ese momento por lo peligrosa que estaba la situación, cuando Zachary habló: —Hazlo por mí.

Fue curioso el hecho de que tres palabras pudieran convencerla con tanta facilidad. Aunque en realidad así sucedió. Claudia supuso que fue el tono suplicante de Zachary lo que terminó agitando su corazón. Porque en primer lugar, detestaba la idea de ser una carga para él. Y en segundo, confiaba en él más que en cualquier otro.

Si le pedía aquello sería por una buena razón.

—Está bien —aceptó—. Pero prométeme que te cuidarás y que no dejarás que nada malo te pase.

—Claudia... —Su voz sonó vacilante e hizo que sus dudas regresaran.

—Zachary, por favor. ¡Debes regresar a mí! —exclamó con fervor, sin importarle que su doncella pudiera llegar a malinterpretar sus palabras.

Y eso pareció motivar a Zachary.

—Es en lo único en lo que pienso.

Notando una fuerte opresión en la garganta, no tuvo más remedio que dar la vuelta y correr junto a Marjorie con las faldas levantadas por el camino que las conduciría a Worthington Park. En aquel momento, poco importaba el

decore, sino ponerse a salvo y alertar a cualquier persona que pudiera socorrerlas.

Habían recorrido un buen tramo cuando se dio cuenta de que empezaba a lloviznar.

—Venga, Marjorie —la espoleó—. Esta lluvia no nos detendrá.

Tenía un cometido entre manos y no podía desfallecer.

—¿Qué lluvia? —preguntó la muchacha, que respiraba y hablaba con la misma dificultad que Claudia a causa del esfuerzo.

Se detuvo y miró al cielo para comprobar que, en efecto, parecía despejado y sin ningún signo de lluvia. Entonces, ¿de dónde provenían las gotas caídas en su rostro mientras corría? Con estupor, se pasó el pulgar por la mejilla derecha para secar la humedad, para descubrir al fin que se trataban de lágrimas. De sus propias lágrimas.

—Oh, Dios mío —musitó.

Sintió ansiedad y una fuerte punzada en el pecho. Ella no era la clase de personas que dejaba atrás a los seres queridos para salvaguardarse.

—¿Qué le sucede, milady? ¿No se siente bien?

—No es eso.

—Debemos continuar sin demora.

—No, no podemos. —Agitó la cabeza, dejándose guiar por sus sentimientos—. Es decir, tú sí. Yo voy a regresar.

Había tomado una resolución.

—A Worthington Park —aclaró Marjorie.

Claudia le lanzó una mirada vacía.

—No.

No fue necesario añadir más para que comprendiera.

La criada revolvió las manos con nerviosismo.

—¡No puede! Su tía me matará.

—¡Por supuesto que no! —replicó ella de inmediato—. Tú solo corre y busca ayuda. Todo irá bien.

Claudia no esperó a escuchar de nuevo sus protestas. Confió en que Marjorie haría lo correcto. Así que la dejó atrás e hizo exactamente lo que su corazón le dictaba: ir hacia Zachary.

\*\*\*

Mirando atentamente a su oponente, Tobias O'Callaghan se maldijo por haber asaltado aquel carruaje que le estaba ocasionando un agudo dolor de cabeza. Lo que debía ser un golpe rápido y eficaz se estaba convirtiendo en un intento desesperado por salvar su pellejo.

—Ha sido una bendición que las mujeres escaparan, pues la peor agonía sería seguir exponiéndolas al peligro —comenzó a decir el tipo grande y elegante después de unos minutos en silencio. Su voz fuerte y profunda resonaba entre los árboles—. Reconozco que cuando encontré el carruaje de los Conway detenido en el camino y comprendí lo que ocurría estuve a punto de sucumbir a mis instintos más salvajes. Y más cuando vi a lady Claudia Morton tendida en el suelo, obviamente lastimada. ¿Sabes que es la hermana de un poderoso duque? —preguntó, alzando una ceja.

Tobias tragó saliva con dificultad. Suponía que la «lady» a la que el pelirrojo se refería era la elegante muchacha del carruaje que él había arrojado al suelo. ¡Maldición! Lo último que necesitaba era enemistarse con un duque. Ya tenía suficientes problemas encima, como por ejemplo buscar un modo de largarse de ahí. A cada momento que pasaba aumentaban las posibilidades de ser capturado.

—Yo no le hecho nada. Ella podrá decirlo.

La risotada del tipo consiguió erizarle los vellos de la nuca.

—Se te da bien mentir. ¿Acaso no viste su aspecto? Te puedo prometer que pagarás por ello.

¡Eso mismo temía!

—Solo quería sus joyas —se quejó—. Y su dinero —añadió.

—Pasar por esto dos veces está agotando mi paciencia, aunque estoy dispuesto a hablar con las autoridades para que sean benévolas contigo si sueltas el cuchillo de inmediato y te rindes.

Tobias sonrió cejas con socarronería.

—¿Me crees tan imbécil?

El tipo se encogió de hombros con aire de indiferencia.

—Un poco, sí.

Aquel comentario consiguió hacerle enrojecer de rabia, por lo que blandió el cuchillo hacia adelante con hostilidad.

—¡Yo que tú cerrarías esa maldita boca! No estás en posición de hacerte el listillo.

Lo vio rascarse la cabeza con una total falta de preocupación.

—Amigo, solo trato de ayudarte.

—¡Yo no soy tu amigo!

—Evidentemente no, porque de lo contrario me harías caso. —Hizo una breve pausa y juntó los labios, formando una mueca escéptica—. No te acuerdas de mí, ¿cierto?

Tobias aguzó la mirada y contempló su rostro con detenimiento durante unos segundos. A decir verdad, la sensación de conocerle era muy intensa, aunque no sabía de dónde.

—Puede —dijo con imprecisión.

—Deja que te cuente una historia. Hace unas semanas, a unas treinta millas de aquí, un carruaje se detuvo en el camino a causa de una rueda rota.

Cuando el cochero se marchó en busca de ayuda aparecieron dos tipos a caballo que nos pidieron «amablemente» que les entregáramos cualquier objeto de valor que lleváramos con nosotros.

El rostro de Tobias se descompuso al recordar la situación descrita.

—Ya veo... —musitó.

—Mi jefe rehusó rendirse ante unos cobardes. Así os llamó. Pero tu amigo (el que acaba de huir) se lo tomó muy mal y le retorció el brazo hasta

provocarle una luxación.

No tuvo que añadir más. Tobias recordaba bien lo acontecido, aunque los rostros de los implicados resultaban borrosos. Demasiados asaltos habían transcurrido desde ese día. Sin embargo, resultaba difícil olvidar que él había salido el más mal parado de la contienda. El tipo que tenía ante sí les había propinado unos golpes en las costillas que todavía dolían; además de un moretón en el pómulo izquierdo.

Benny ni siquiera tuvo un rasguño. Y hoy volvía a librarse.

¡Hijo de perra!

—Entonces te subestimé. No volveré a cometer el mismo error —dijo, recomponiéndose de la sorpresa—. Además, cuento con compañía. —Señaló su cuchillo.

La primera vez que se encontraron fue fruto de la casualidad, ya que ni él ni Benny planearon aquel asalto. A decir verdad, habían estado bebiendo en una taberna durante un par de horas o más. Por eso no iban preparados. Pero esta vez era distinto.

—Supongo que aprendiste la lección, aunque sigues estando en problemas —le advirtió su interlocutor.

—¿Qué...?

El tipo señaló hacia él con una sonrisa pintada en los labios y Tobias no tuvo tiempo de terminar la pregunta. Un violento golpe en la espalda lo tumbó al suelo y durante unos segundos perdió la visión.

Zachary corrió como un loco para hacerse con el cuchillo y clavarlo en el tronco del árbol, donde solo él llegaba a causa de su altura. Con la mano libre asió la muñeca de Claudia, que seguía sosteniendo la piedra con la que había tumbado al ladrón. La tiró entre los arbustos y una vez consiguió alejarla la miró con reprobación.

—Mujer, me has dado un susto de muerte —gruñó de mal humor—. Tenía el corazón en vilo —y acto seguido la besó.

No fue un beso tierno, sino fruto de la desesperación a causa de la osadía

femenina. Zachary ansiaba hacerse con sus labios, degustarlos o incluso morderlos, si bien tampoco pretendía asustarla. Claudia ya había pasado por mucho aquella mañana. Así que la tomó de la cintura e inclinó el rostro para apoderarse de su boca, dejando un rastro de rudos besos que iban intensificándose a cada segundo que pasaba. Usó la lengua para dominar la suya, la profundizó y la capturó, mientras luchaba para no quedarse sin respiración.

El calor corporal aumentó de forma significativa, así como su deseo.

—Hice lo necesario para salvarte —murmuró ella, levantando tímidamente las pestañas y volviéndole a ofrecer sus húmedos labios.

Zachary no pudo evitar lanzar un juramento.

—¡Maldición! Era un plan muy arriesgado.

Cuando la vio acercarse por atrás y comprendió lo que pretendía hacer, tuvo que contenerse con todas sus fuerzas para no gritar. Así que aparentó serenidad y estuvo entreteniéndolo al ladrón con su cháchara para que no se diera cuenta de su presencia.

Si Claudia hubiera hecho cualquier sonido el tipo podría haberse dado la vuelta y clavarle el cuchillo.

Sentía náuseas solo de pensarlo.

—Debía correr el riesgo —replicó ella, aferrándose a su espalda—. Ha salido bien, ¿no crees? Y ahora cuéntame sobre esa agonía a la que has hecho alusión unos momentos antes.

Zachary entornó los ojos, para nada dichoso de que Claudia descubriera sus sentimientos. Si había hablado de ello en voz alta era para distraer al ladrón mientras ella se acercaba.

—No sé de lo que hablas.

—¡Por supuesto que sí! —soltó ella, aferrándose a su cuello—. No me mientas. ¿Estabas preocupado por mí? —preguntó casi susurrando.

Zachary asintió despacio.

—¿Te extraña? Eres la hermana pequeña de mi mejor amigo. Jason me

mataría si dejara que algo malo te ocurriera.

La respuesta la dejó con la boca abierta y una expresión fría en el rostro.

—¿Solo por eso?

Zachary no pensaba añadir más, pero cuando se percató de los ojos vidriosos de Claudia comprendió que la sinceridad era la mejor respuesta.

—Verte en el suelo magullada y adolorida ha sido el peor momento de mi vida —confesó—. Me he obligado a tragar mi propia bilis y a hacer caso de la razón, que me aconsejaba calma y sangre fría.

—Estabas furioso. Lo sé.

—Y que te acercaras a ese tipo por detrás ha sido espantoso también.

Claudia hizo más presión en su cuello, pero Zachary reconoció para sí mismo que le encantaba que se aferrara a él de ese modo.

—¿De verdad?

—Al parecer eres mi debilidad.

La emoción la embargó y le dibujó una sonrisa resplandeciente.

—¡Oh, Zach! —exclamó, cobijándose entre sus brazos.

Él quiso seguir dejándose ir y abrazarla fuerte también, pero el grito rabioso del ladrón que habían tumbado le heló la sangre. La pareja se separó, pero no tuvo tiempo de reaccionar. La embestida violenta alcanzó solo a la joven, que cayó rodando por un terraplén hasta chocar contra el árbol que la detuvo.

El sonido del golpe llegó a sus oídos.

El ladrón estuvo a punto de resbalar tras ella, si bien recuperó el equilibrio y corrió a robar un caballo antes de que alguien lo alcanzara.

El mundo de Zachary se detuvo en el momento en que Claudia comenzó a desplomarse. Estiró los brazos para sujetarla, aunque llegó tarde, siendo incapaz de detener su caída. Lo único que pudo hacer fue precipitarse tras la mujer que amaba a grandes zancadas, mientras rezaba para que estuviera viva.

«¡Señor, no permitas que la pierda! Señor, Señor, Señor...».

Cuando llegó a ella se arrodilló y palpó su rostro, hablándole y esperando que reaccionara.

—Claudia, soy Zachary. ¿Me escuchas? —Su corazón palpitaba aprisa, trastornado—. ¿Claudia? Venga, quédate conmigo —musitó con dulzura, acariciando su cabello—. Vas a estar bien. Te lo prometo.

Ella no reaccionó y ni siquiera podía distinguir si respiraba bien.

A Zachary le cabeza le daba vueltas mientras comenzaba a sentir un agudo e insoportable dolor en el pecho. Temía perderla. Eso era, comprendió.

Amaba a aquella mujer con todas sus fuerzas y solo de pensar en esa posibilidad sentía pánico.

«No puede ser demasiado tarde. ¡No!», se dijo. No iba a permitirlo.

—¡Maldita sea! —gritó al aire—. ¡Maldita sea! —repitió, tratando de aclarar su cabeza.

Necesitaba pensar. Y rápido.

Sin disponer de ninguna otra alternativa, cargó con ella —arropándola con sus brazos— para subir el terraplén. Después se acercó al carruaje, maniobró para abrir la portezuela, la depositó en el asiento con delicadeza y le dio un suave beso en los labios, mientras le decía: —Querida, te recuperarás. Te lo prometo.

Después subió al sitio del cochero, tomó las riendas y azuzó a los caballos, haciendo que el carruaje casi volara por el camino hasta llegar a Worthington Park.

Su entrada dejó a todos boquiabiertos.

—Vamos, muchacho. Sir Ian Conway quiere hablar con nosotros.

Zachary levantó la vista de los documentos que estaba leyendo y observó a Richard.

—Creí que todos los cabos sueltos estaban resueltos. ¿Hay algún problema con la inversión?

—No creo —se apresuró a contestar su jefe—. Vamos a reunirnos con él en el salón que da al jardín. Sospecho que se trata de un tema distinto. Solo espero que no sea para comunicarnos que debemos abandonar Worthington Park —refunfuñó, dibujando una mueca con la boca.

Zachary frunció el ceño.

—¿Por qué haría tal cosa?

Richard emitió un intenso y sonoro suspiro.

—Tus hazañas están en boca de todos. Deberías ser consciente de ello. Los chismes se están propagando tan rápido como la peste.

Zachary gruñó.

—¡Por Dios! ¿Y qué importa? No hice nada malo.

Richard se acercó a la mesa donde Zachary trabajaba y le lanzó una larga mirada.

—¿Rescatar a una dama de un robo no es nada? ¿Traerla desmayada a Worthington Park con aspecto de devastación tampoco? ¡Mírate! —Señaló su rostro circunspecto y demacrado—. Estoy seguro de que no has dormido nada. Todo el mundo se da cuenta, no solo yo.

—¿Cómo podía hacerlo, estando Claudia tan delicada? —replicó.

—¡Ajá! —exclamó un Richard triunfal—. Sabía que tus sentimientos por ella eran más fuertes de lo que admitías.

Zachary frunció los labios. Lo que sintiera o dejara de sentir solo era asunto suyo.

—Mi preocupación es puramente altruista. Mostraría lo mismo por cualquiera que atravesara las mismas circunstancias.

La risa escéptica de Richard le crispó.

—¿A quién tratas de engañar, muchacho?

Zachary no deseaba hablar de ella, ni con su jefe ni con nadie. Ayer dio las explicaciones pertinentes de lo sucedido tras su grandilocuente regreso a la propiedad, pero el cochero y la doncella le respaldaban. Después de eso prefirió eludir a los invitados, permaneciendo atento a cualquier noticia que tuviera que ver con el restablecimiento de la salud de Claudia. Sin embargo, esos detalles tardaron en llegar y cuando lo hicieron solo supo que el doctor la había visitado, que había recobrado el conocimiento y que los próximos días debía guardar cama. Nada más.

Estar tan alejado de ella en momentos como esos lo mantenía en un estado atípico. Zachary no era capaz de concentrarse en nada, ni siquiera en el trabajo; el hambre había desaparecido por completo —no había tomado más que una taza de té desde la noche anterior—; su cuerpo se movía con lentitud y su corazón se encontraba repleto de angustia e inquietud.

Quería verla y comprobar por sí mismo que estaba bien. Como no le dejaban, incluso pensó en acercarse a escondidas. No obstante, sus planes no pudieron materializarse, puesto que su amada estaba constantemente cuidada por su tía. Y cuando ella no estaba, era su doncella quien se encargaba.

Ignorando el aguijonazo de celos que le invadió al pensar en el prometido de Claudia, dijo:

—Vamos, entonces.

Fue una sorpresa descubrir que en el salón ya los esperaban. No solo sir Ian y su esposa, sino también lady Mildred Morton, el conde de Radwick — que obsequió a Zachary con una mirada desprecio—, el señor Slattery —que le tomó declaración, tanto la noche anterior como en el primer asalto— y dos hombres que no conocía.

Definitivamente, aquello no se trataba de un asunto de inversiones.

Sir Ian tomó la palabra.

—Señor Smuth, señor McGlaton, gracias por venir. —Ambos saludaron con sendas inclinaciones de cabeza—. Permítanme presentarles a lord Melton y al señor Howell, las autoridades pertinentes del condado, junto al señor Slattery. Han venido a informarnos de un tema que nos interesa a todos.

Después de las presentaciones, Richard tomó asiento, albergando curiosidad sobre por qué habían requerido su presencia aquella tarde.

Zachary, en cambio, prefirió mantenerse de pie, apoyando su cuerpo en la pared con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Damas, caballeros... —comenzó a decir lord Melton, un hombre que sobrepasaba los sesenta años. Zachary lo estudió en silencio: la calidad de su levita, además del control y la potestad que demostraban sus gestos imponían respeto—. Estaremos de acuerdo en que el asalto de ayer al carruaje de los Conway es grave y no el único, como bien saben. —Todos asintieron—.

Desde hace unos meses, tanto en Somerset como en los condados colindantes, se han cometido una serie de asaltos a carruajes por parte de dos bandidos.

—¿Está seguro de que son dos? —La pregunta de lady Conway sonó con timidez, como si temiera haber interrumpido.

Sorbió su té y esperó la respuesta.

Lord Melton intercambió una mirada con los señores Slattery y Howell.

—Puedo afirmar que sí con rotundidad. —Se inclinó en la silla y esbozó una sonrisa de satisfacción—. Benny Perks y Tobias O’Callaghan son unos criminales con una larga carrera a sus espaldas.

—Al principio comenzaron los robos protegiendo sus rostros con pañuelos que no permitían la perfecta identificación por parte de sus víctimas —apuntó Howell—. Sin embargo, la codicia los volvió descuidados.

—Aquel día no llevaban ningún pañuelo—intervino Richard—. Pudimos verlos perfectamente y describirlos.

—Exacto —corroboró lord Melton—. Y tampoco en los robos sucesivos.

Estábamos muy cerca de atrapar a ese par de sabandijas cuando sucedió el incidente de ayer, así que intensificamos la vigilancia en los pueblos y los caminos hasta que esta mañana hemos dado con ambos.

A continuación, lord Melton relató al detalle todas las pesquisas, pistas y logros que habían conseguido hasta entonces. La aportación del cochero de los Conway, que había corrido tras el ladrón durante casi dos horas, fue crucial para averiguar hacia dónde podían dirigirse. También les contó que, fruto de esa presión por parte de las autoridades, habían capturado a ambos cuando intentaban huir con su botín repleto de objetos valiosos, entre los cuales se encontraba el reloj de Richard. Pero para Zachary todo carecía de importancia. No le importaban detalles tan nimios, como que los caballos de los ladrones fueron requisados en el bosque porque estos no habían regresado a por ellos, o que el tal Perks acusaba a O’Callaghan de ser el cabecilla que planeó cada asalto. Su mente estaba en otro lugar, en otro rostro: el de Claudia.

«¿Cómo estará?», se preguntó de nuevo, ansioso. No dejaba de pensar en ello una y otra vez. Aunque la respuesta no podía ser satisfactoria, puesto que seguía en la cama. Podía tratarse de una simple medida destinada a su restablecimiento por orden del doctor o, por el contrario, que lady Mildred ocultara su verdadero estado de salud.

Aquella segunda posibilidad no solo lo entristecía, sino que lo angustiaba

más de lo que había creído posible, pues nunca había contado con sentirse de un modo tan cercano a ninguna mujer.

Exhaló un tenue suspiro que pasó desapercibido para todos. No solo se trataba de alguien «cercano». Ya había admitido para sí que la amaba, por lo que la preocupación por Claudia no era más que un reflejo de aquello.

«Necesito averiguar si realmente está mejor; si la caída no ha tenido consecuencias». Con eso le bastaba.

«No es cierto. Quieres más», le recordó su voz interior. Y, por supuesto, estaba en lo cierto. Sin embargo, mostrar una abierta inclinación hacia ella la perjudicaría más de lo que estaba dispuesto. Porque Claudia odiaba los chismes. Suficientes comentarios habían levantado entre los invitados de Worthington Park como para empeorarlo. Zachary debía recordarse que estaba prometida con otro, así que el único comportamiento honorable era dar un paso atrás.

Soportando el dolor que le ocasionaba el estar alejado de ella, hizo un esfuerzo por centrarse en lo que sucedía a su alrededor. No quería dar más motivos a Richard para cuestionar su comportamiento. Porque tener la mente obnubilada no jugaba a su favor. Así que prometió volver a relatar con precisión los acontecimientos de los dos asaltos delante del magistrado, aunque omitiría el beso compartido con Claudia, por supuesto.

—¿Mañana por la mañana les parece bien? —le preguntó lord Melton acariciándose la barbilla. No solo se dirigía a Zachary, sino también a Richard.

Su jefe sacudió la cabeza.

—¿Es necesario? Ya nos tomaron declaración.

—Aunque ya ha mandado a prisión a Perks y a O'Callaghan, el magistrado desea hacer un minucioso informe de los hechos. Los robos han sido numerosos, por lo que el juicio se prevé más largo de lo acostumbrado en estos casos. ¿Saben cuántos testigos hay?

—¡Decenas! —apuntó el señor Howell.

Lord Melton asintió.

—Cada uno de los testigos e implicados deben volver a relatar los hechos.

—Hizo una breve pausa, antes de añadir—: Por supuesto, lady Claudia Morton podrá hacerlo cuando esté completamente restablecida —dijo dirigiéndose a lady Mildred y al conde de Radwick.

Con aquel asunto en manos de la justicia, lord Melton, Slattery y Howell dieron por concluida su visita, por lo que los asistentes de aquella pequeña reunión comenzaron a dispersarse.

Zachary esperó en un rincón buscando el momento oportuno para aproximarse a lady Mildred. Cuando ella se excusó para ir a ver a su sobrina, aprovechó para seguirla por las escaleras.

—Lady Mildred —la llamó con especial amabilidad. La mujer se dio la vuelta y lo miró con una expresión que no pronosticaba nada bueno—. ¿Me permite que la acompañe?

No iba dejarse amedrentar por ella.

—Conozco el camino, gracias.

Su tono fue suave, aunque evidenciaba determinación.

—Un poco de compañía no le hará mal —terció él, esbozando una encantadora sonrisa que no surgió efecto alguno.

La tía de Claudia fue directa al grano.

—¿Desea algo en concreto?

Zachary asintió con la cabeza. No tenía sentido negarlo.

—Su sobrina, ¿cómo está?

Ella lo observó en silencio durante unos segundos con los ojos entrecerrados.

—Recuperándose. Gracias por su preocupación —dijo, antes de volver a emprender la subida.

Zachary fue tras ella, sin costarle alcanzarla.

—Eso es lo que comentan todos los invitados. Pero yo...

La mirada de lady Mildred se tornó más dura e intensa.

—¿Usted qué? —preguntó con enorme recelo—. ¿Acaso se cree especial? Sus palabras se clavaron en el pecho de Zachary como si fueran un puñal.

—¿Por qué se comporta así conmigo? Sé que no soy de su agrado. Y mucho menos por la amistad que mantengo con Jason...

—No se trata de Jason —lo interrumpió ella—. O quizá sí —terció pensativa—. El verdadero problema radica en que no comprendo sus intenciones. Visita a Claudia a escondidas en nombre de un hermano que causó una gran desdicha a esta familia. Y Dios es testigo de que yo lo he permitido, de lo cual me arrepiento. Claudia está prometida. ¿Por qué siempre está revoloteando a su alrededor?

—Nuestro encuentro en Worthington Park no ha sido más que una coincidencia, milady.

Quería decir que no era su intención causar problemas ni interferir en dicho compromiso, pero no fue capaz de hacerlo. Tal vez él no tuviera ninguna oportunidad con Claudia, pero se alegraría enormemente si ella se deshiciera de Radwick de una vez por todas.

¡Ese tipo no era digno de ella!

—Los negocios son los negocios. Comprendo el precepto. Ese no es mi reclamo.

—¿Entonces...?

—Soy mayor, no tonta. Veo cómo la mira y cómo se le acerca. Además, todo el mundo ha sido testigo de sus desavenencias con lord Radwick — expuso a modo de explicación—. Métase eso en la cabeza: usted no es adecuado para mi sobrina —le advirtió.

Zachary lo sabía. Era una dolorosa certeza que ni él mismo se atrevía a discutir. Si bien —por muy consciente que fuera de ello—, era incapaz de echarse a un lado y actuar como un mero espectador en la vida de Claudia.

Lo intentó, dijo a su conciencia. Por supuesto que lo hizo. Pero mantener una distancia juiciosa no había servido para nada.

—Solo he preguntado por su salud. Solo eso —señaló, nada dispuesto a

confesar sus sentimientos ni a dar a conocer los demonios que le abrumaban.

Ambos habían subido todos los peldaños para detenerse en lo alto de la escalera. Lady Mildred miró hacia la izquierda y hacia la derecha para cerciorarse de que estaban solos.

—No sé si trata de engañarme a mí o a usted mismo, pero le advierto que a partir de ahora las cosas serán distintas. Lo que sucedió ayer ha terminado de abrirme los ojos: no puedo permitir cualquier sombra de duda respecto al comportamiento de mi sobrina.

—Por mucho que me deteste, no puede imputarme el asalto —declaró en su defensa, molesto.

Por eso no entendía que debiera dar explicaciones. El intento de robo fue obra de dos bandidos que nada tenían con él. Fue una casualidad que el carruaje de Claudia pasara por ahí.

Lady Mildred agrandó los ojos y, a continuación, le lanzó una mirada que a Zachary le pareció de lástima.

—No se equivoque: no lo detesto —replicó la dama con calma—. Solo protejo los intereses de Claudia. ¿Cuánto cree que van a tardar los chismes en salir de Worthington Park? Su comportamiento tratando de salvar a mi sobrina no ha pasado desapercibido.

Apretó la mandíbula.

—¿Qué pretende usted decir? ¿Debería haber dejado que aquellos bandidos se salieran con la suya? ¿Es eso?

Lady Mildred puso una mano sobre su pecho.

—¡Por supuesto que no! Le agradezco enormemente su intervención, pero... —La voz de la mujer se fue apagando lentamente, por lo que él tuvo que instarla a continuar.

—Pero...

—Anoche tenía los nervios destrozados a causa de la preocupación —comenzó a decir—. Tras unas angustiosas horas, esta mañana he podido hablar con Marjorie, que me ha relatado los hechos con exactitud. O por lo menos la

parte de la que ella fue testigo. —Frunció los labios con evidente desagrado—. ¿Qué demonios creía esa niña, regresando a rescatarle? — comentó, como si la sola idea la horrorizase—. Un comportamiento inapropiado. —Suspiró con pesadez y continuó con lo que quería decir—. Al igual que usted, la doncella de Claudia ha sido muy discreta, omitiendo ciertas partes a las autoridades. Ni siquiera ha sido necesario prohibirle mencionar esa pieza de la narración.

Zachary, consciente de que la reputación de Claudia podía verse en entredicho a los ojos de la buena sociedad, habló con Marjorie para unificar el relato de lo acontecido. Por el bien de todos. Incluso la obsequió con un generoso estipendio. Aunque prefirió no decírselo a lady Mildred, pues ni siquiera aquello jugaría a su favor.

—Eso está bien.

—No, no lo está —terció ella—. Temo que la verdad salga a relucir en el juicio.

Zachary trató de tranquilizarla. La mujer parecía necesitar tomar asiento, aunque cuando se lo dijo ella rehusó.

—Deje de preocuparse —dijo entonces—. Nadie creerá en la palabra de un bandido, si eso llegara a suceder.

—Dios, cuando Ashton se entere de lo sucedido, que lo hará —recalcó—, será mejor que usted se encuentre lejos.

Zachary no pudo quedarse callado.

—No le tengo miedo —afirmó con vehemencia.

—Pues debería, porque puedo asegurarle que no dejará que el escándalo nos salpique de nuevo.

Aquella advertencia debería haber hecho que Zachary meditara sobre el asunto, pero odiaba el poder y el efecto que tenía el hermano mayor de Claudia sobre la familia Morton, así que decidió no tenerla en cuenta.

\*\*\*

Recostada sobre numerosos y mullidos cojines, Claudia pasó la palma de la mano con lentitud sobre la colcha, absorta en sus propios pensamientos. Su ánimo era bastante bueno, dadas las circunstancias; su aspecto, no tanto. Su rostro lucía demacrado y los moratones que presentaba su cuerpo eran una clara evidencia de la caída. A decir verdad, se encontraba demasiado débil para vestirse y cenar con los demás, mas no tanto como para estar durmiendo a todas horas, tal como pretendía su tía.

Lanzó un prolongado suspiro de hastío. Las visitas le estaban prohibidas y no encontraba placer en la lectura, así que no había modo de entretenerse. Ni siquiera había probado el caldo y la carne de venado que le había traído Marjorie.

No tenía hambre.

Cuando la puerta se abrió no volteó el rostro, convencida de que se trataba de su doncella dispuesta a reñirla por no haber tocado la bandeja de comida.

Su sorpresa fue mayúscula cuando comprobó cuán equivocada estaba.

—Claudia.

Su nombre sonó como un aterciopelado susurro, si bien su corazón dio un salto, mitad sorpresa, mitad alegría.

Miró de inmediato hacia la puerta y comprobó que su mente no estaba jugando con ella.

—¡Zachary! —exclamó, con más emoción de la que hubiera podido imaginar.

—Shhh, no hables. No quiero que te agotes.

Ella le lanzó una sonrisa tierna.

—Me encuentro bien.

Zachary frunció el entrecejo.

—No lo parece —argumentó él, sentándose en el borde de la cama—. No eres la misma Claudia de siempre.

—Pero lo seré.

Consciente de su aspecto, se peinó el cabello con la palma de la mano y

comprobó que su bata estuviera bien cerrada. Zachary debió darse cuenta de su preocupación, porque le dijo en un tenue murmullo: —Si te sirve de consuelo, sigues estando adorable. Pareces un ángel de ojos verdes.

Las mejillas de Claudia enrojecieron levemente. De pronto, notó que el ambiente entre ambos se había vuelto cálido y excitante. Por lo menos fue lo que ella quiso creer.

—Gracias. Un cumplido siempre es bienvenido. Sobre todo si es de alguien a quien profeso... afecto. —La expresión de Zachary, hasta entonces amigable, se tornó difícil de definir. De repente se veía tenso e incómodo—.

Ahora el que no tiene buen aspecto eres tú —caviló ella—. ¿Estás bien? —le preguntó con inocencia—. ¿Acaso resultaste herido? ¿Por qué lo has mantenido en silencio?

La miró fijamente un instante, antes de contestar: —Oh, mi pequeña, estás llena de magulladuras y aun así te afliges por mi estado de salud.

Claudia se encogió de hombros.

—Creo que me desmayé, así que no vi lo que sucedió. Pero sé que han detenido a esos malhechores, lo cual me consuela. Así que dime, ¿te hicieron daño? —Él negó con la cabeza, con una media sonrisa en los labios—. No me estarás mintiendo, ¿verdad? —desconfió, puesto que todos a su alrededor la protegían con desmesura.

Zachary se palpó el torso con ambas manos, por encima del chaleco, de forma exagerada.

—¿Ves? Sano y salvo. Eras tú quien mantenía mi corazón en vilo.

Claudia contuvo la respiración.

—¿De verdad?

—Por supuesto —afirmó—. Honestamente, hubiera accedido a estar en tu lugar sin pensármelo para evitar que sufieras el mínimo golpe. No sabes lo que fue verte caer: creí que me moría.

Claudia jamás se había sentido tan complacida como en aquel momento.

No porque disfrutara del sufrimiento ajeno, sino porque, por alguna extraña

razón, ver a Zachary afectado hacía que su corazón palpitara con más ansia.

Claudia se atrevió a cubrir la mano masculina con la suya.

—Por suerte, todo salió bien.

—Una angustia como esa no se la deseo ni a mi peor enemigo —confesó—. Tu rostro estaba totalmente pálido y no era capaz de hacerte volver en sí, por lo que el regreso a Worthington Park fue uno de los más largos de mi vida. Antes prefiero cien travesías por el Atlántico que volver a repetirlo. Creí que te perdía.

Claudia le dio un suave apretón para reconfortarle, puesto que Zachary parecía estar reviviendo aquel momento. Su mirada viajaba perdida por la habitación.

—No lo has hecho —le susurró con dulzura—. Estoy junto a ti.

Zachary sacudió la cabeza, dejando de lado aquellos angustiosos pensamientos.

—¡Gracias a Dios por ello! Pero no sabes lo que he tenido que hacer para comprobar cómo estabas.

Ella parpadeó.

—¿Te refieres a cómo has conseguido introducirte en mi habitación? —Zachary solo asintió y Claudia frunció el ceño—. ¿Vas a contármelo? Porque Marjorie puede venir en cualquier momento. Está decidida a hacerme terminar la cena —le advirtió, señalando los platos.

Zachary miró primero la bandeja y después a ella.

—¿No vas a comer?

El suspiro de Claudia apenas fue audible.

—No tengo apetito —replicó.

Él no hizo caso de su comentario. Más bien lo obvió deliberadamente. Se puso de pie y fue a buscar el cuenco que contenía el caldo. Tomó la cucharada de plata y volvió a sentarse junto a Claudia.

—Venir a tu habitación ha sido una insensatez.

—Una tremenda insensatez —convino. Claudia le hablaba, pero al mismo

tiempo estudiaba cada uno de los movimientos de Zachary con desconfianza —. Si alguien te descubre estaremos en un aprieto.

—¿Y no estás preocupada? —inquirió él.

En realidad debería estarlo, pensó. No obstante, su compañía resultaba demasiado valiosa como para renunciar a ella. Desde el suceso del día anterior, Claudia no había podido verle ni conversar con él, así que estaba impaciente por tener noticias suyas. Tal vez todo hubiera quedado en una simple aventura para contar los días de invierno junto a la chimenea, pero toda esa experiencia estrechaba los lazos que la mantenían unida a Zachary.

Por supuesto, no sería nada agradable que su tía se enterara de aquel pequeño e indecente encuentro. Eso solo la enojaría más, puesto que consideraba que su actitud no era tan irreprochable como debería ser. Y

Hamilton, que la había visitado brevemente para no cansarla, también parecía enfadado con ella. Si no dijo nada fue a causa de su estado, aunque Claudia sabía que sus acusaciones no tardarían en llegar.

No, una dama respetable no dejaría que un caballero entrara a su habitación. Lastimosamente para la familia Morton, Claudia había dejado de actuar como se esperaba de ella.

—¿Por qué te has arriesgado tanto? —preguntó finalmente, interesada por la respuesta. No respondió, por lo que tuvo que presionarle—. Zachary...

—Te lo diré si tomas un par de cucharadas.

Claudia lo pensó durante un instante, mientras contemplaba la expresión de satisfacción de Zachary, puesto que sabía que la curiosidad prevalecería. No sentía deseo alguno de probar el caldo, aunque él estuvo en lo cierto.

—Está bien —aceptó. Zachary llenó la cuchara y se la acercó a la boca—.

Es tu turno —dijo cuando la hubo tragado.

Zachary la llenó por segunda vez.

—Otra —le ordenó. Y ella obedeció como hacían las niñas buenas.

—¿Y bien?

—Para contestar a tu pregunta, te diré que mi tranquilidad estaba en juego.

Necesitaba verte para comprobar con mis propios ojos que estabas bien. Lady Mildred no ha sido muy amable conmigo, así que...

Claudia se dio cuenta que había dejado la frase a medias a propósito. Así que picó en el anzuelo.

—¿Qué hiciste?

Zachary chasqueó la lengua.

—La respuesta tiene su precio.

Claudia hizo un mohín con los labios.

—Oh, Zach, no seas malo.

Él le sonrió y de inmediato Claudia quedó fascinada por la visión que le ofrecía. Se veía realmente atractivo, sentado en su cama, con las facciones del rostro relajadas y con una expresión de triunfo.

Casi sintió que se atragantaba. Casi.

—Voy a contarte lo que he hecho por diez cucharadas y un poco de carne.

—¡El precio es demasiado alto! —se quejó ella.

—La información lo vale. ¿Aceptas?

—Ocho cucharadas y «solo» —remarcó— un poquitín de carne.

Zachary fingió pensarlo, si bien ella sabía que aceptaría la contraoferta.

Cuando lo hizo, tuvo que comer lo que se había comprometido a hacer para escucharle hablar.

La contempló satisfecho, apartando la bandeja de la cama.

—Eres una buena muchacha. Como recompensa a tu esfuerzo, puedo confesarte que he invertido cuatro chelines de mi propio bolsillo para obtener el placer de tu compañía.

Aquella explicación no le fue satisfactoria.

—¿Qué diantres has tramado? ¿Para qué el dinero?

Claudia seguía sin comprender.

—Por mucho que me complaciera, no puedo quedarme eternamente.

Debería retirarme. Primero, porque en estos momentos están sirviendo la cena y ausentarme más de lo debido levantará suspicacias. Y segundo, porque

prometí que no me demoraría.

—¿Prometiste? ¿Qué? ¿A quién?

—A una de las doncellas de sir Ian. Me comprometí a pagarle cuatro chelines si mantenía a Marjorie entretenida por un tiempo. Por supuesto, no dije con qué beneficio.

Claudia movió la cabeza. No cabía en sí de asombro.

—¡No has sido capaz! —exclamó estupefacta. Pero a la vez se sentía eufórica y más ligera. Zachary había tenido que hacer uso de artimañas para verla y eso significaba mucho.

—Te juro que es verdad. Si ella no hubiera aceptado, mi última opción era escalar la fachada hasta encontrar tu ventana.

Claudia sonrió con cierto atolondramiento, dándose cuenta de que estaba feliz. Él la hacía feliz. Pero aquel descubrimiento también agitó con fuerza su interior. Debido a los acontecimientos sucedidos en las últimas semanas sentía a Zachary más cerca de ella, haciendo que cada vez fuera más importante en su vida.

No era tan ingenua como para no tener miedo, puesto que estaba prometida con otro hombre. Una prueba de ello era que debería estar indignada por la presencia de Zachary en su habitación. En cambio, no había hecho ni el más mínimo intento por echarlo.

En aquel momento, la voz de la razón se impuso, aunque de forma moderada.

—Zach, debo agradecerte tu preocupación. Lo cierto es que me siento halagada por el esfuerzo que has hecho por verme, pero no podemos seguir tentando a la suerte.

Él asintió.

—Tienes razón —reconoció, puesto que también era consciente del peligro—. Descansa y recupérate; nada me alegraría más. —Claudia fue a responder, si bien las palabras murieron en su garganta cuando Zachary acarició su mejilla con ternura—. Cada golpe que has sufrido me duele más que a ti.

Era imposible no enternecerse ante semejante muestra de preocupación.

Sus ojos brillaron de emoción y, en un gesto irracional, Claudia cubrió la mano de Zachary con la suya. Lo que sucedió a continuación fue inesperado.

Él inclinó el cuerpo hacia adelante hasta que sus bocas se unieron en un dulce beso. Ninguno de los dos lo había previsto. Sin embargo, no resultó una completa sorpresa, puesto que en su fuero interno ambos lo anhelaban.

Claudia se aferró a su cuello para acercarlo hacia ella, mientras los labios masculinos la seducían. Al principio, Zachary se limitaba a besarla despacio y con exquisita delicadeza. Eran besos suaves y cortos; pero cuando la joven se adaptó al ritmo marcado se tornaron intensos y húmedos.

Tomó aire durante un segundo, aunque él no dejó que se alejara demasiado. Con una expresión de deseo en el rostro, su boca volvió a cubrir la suya, solo que esta vez su lengua se abrió paso hasta su cálido interior, haciéndola temblar de pies a cabeza.

—Dios mío —balbuceó cuando fue consciente del gemido que dejó escapar. Su piel estaba encendida y sus mejillas se prendieron al igual que el fuego—. Zachary, detente —le pidió entre beso y beso.

En realidad, ella no deseaba que lo hiciese, si bien su conciencia se impuso.

—Lo siento —se disculpó él con la mirada baja—. Mi comportamiento es del todo reprochable.

—Zachary —dijo ella con suavidad—, ambos nos hemos dejado llevar por la... euforia. —A falta de una palabra mejor, aquella tendría que servir—.

Ahora estoy demasiado cansada para intercambiar frases de arrepentimiento. Dejémoslo para dentro de unos días.

—Bien, entonces me marcharé. —Se levantó de la cama para dirigirse hacia la puerta. Cuando llegó a ella se dio la vuelta preguntó—: ¿Podrás perdonarme?

Claudia asintió.

—No hay nada que perdonar.

Fue lo último que se dijeron.

El trueno estalló en el exterior en el mismo instante en que llamaban a la puerta. A pesar de ello, el ayuda de cámara de Hamilton Carver, conde de Radwick, fue capaz de oírlo, al contrario que su patrón, que parecía ensimismado contemplando el exterior a través de la ventana. Había estado escribiendo como de costumbre para que él, diligente, la llevara a la estación postal más cercana. Hoy no iba a ser posible; la tormenta que se avecinaba amenazaba con descargar todo el peso de su furia en los próximos minutos.

Cuando abrió, una sirvienta esperaba al otro lado.

—Me han entregado una nota para el conde de Radwick.

—Aquí es —alargó la mano—. Yo se la daré.

La joven, que apenas rondaba los dieciocho años, negó con la cabeza.

—Tengo órdenes de darla en mano al propio conde. Lo siento.

Fastidiado por tanta meticulosidad, el hombre se volvió hacia su señor, que parecía no haberse inmutado y que seguía junto a la ventana, ajeno a lo demás.

Se volvió hacia la joven.

—Espere.

Y cerró la puerta.

—Milord —lo llamó. Se acercó hasta él.

—¿Qué sucede? —preguntó sin volverse.

—Fuera hay una sirvienta de los Conway que trae una nota para usted. No ha querido dármela. Dice que debe entregársela en persona.

El conde alzó la ceja y no dijo nada. Joseph sabía por experiencia cuándo no estaba de humor para nada y ese día era uno de ellos. Además, desde que habían llegado a Worthington Park, su temperamento se había agriado. Había escuchado ciertos cotilleos en las cocinas que decían que la culpa era del americano más joven. Alguno de los sirvientes había sido testigo de varios cruces de palabras entre ambos y especulaban el motivo.

Cuando abandonó su posición estática junto a la ventana y se dirigió hacia la puerta, Joseph se apartó de su camino. Por regla general estaba encantado de servirle, pues solía ser un hombre de talante afable. Quizá resultaba demasiado puntilloso con los detalles, pero le habían contado que podía ser mucho peor. Vestirle no le costaba ningún esfuerzo porque tenía un cuerpo bien proporcionado al que todo le sentaba bien. Era un patrón con un sentido acusado de la elegancia. Ahora no llevaba chaqueta porque estaba en la intimidad de su habitación y todavía no había bajado a desayunar, pero comprobó que, antes de abrir, se acercaba a la silla donde la había dejado preparada y se la ponía.

Otro trueno volvió a retumbar y, esta vez, su fuerza hizo vibrar la estancia.

Joseph fue incapaz de oír el intercambio de palabras entre su señor y la sirvienta, por lo que se concentró en limpiar los utensilios de afeitado que había utilizado poco antes.

De espaldas, oyó cerrarse la puerta. Los pasos del conde se acercaron hasta el escritorio. El sonido del papel manipulándose fue audible.

—¿¡Pero qué...!?! —estalló el hombre al cabo de unos segundos.

Joseph se dio la vuelta con rapidez, alarmado por el tono.

—¿Milord?

Este levantó la vista. Parecía furioso.

—Vete —ordenó.

—Pero... —Todavía no había terminado sus quehaceres.

—¡He dicho que te marches, Joseph! ¡Ahora!

Como no quería meterse en un problema, se secó las manos con rapidez y salió a toda velocidad, preguntándose en silencio qué debía contener esa nota que tanto lo había alterado.

Cuando estuvo solo, Hamilton puso de nuevo sus ojos en esas letras malditas.

Apretó los dientes y se preguntó qué habría de verdad en todo lo que el papel decía y si, de un modo mezquino, alguien de la casa pretendía sacarlo de quicio.

Releyó cada palabra mientras sentía que una bilis amarga ascendía de su estómago hasta su boca.

—No puede ser cierto. Algo así no.

Se había esforzado mucho para evitar los escándalos y que nada más salpicara su nombre. Había establecido acuerdos ventajosos para el título y para él mismo. No había dejado nada al azar. ¿Cómo podía sucederle eso?

¿Cómo?

La nota era una advertencia. En ella se le decía que mantuviera los ojos bien abiertos respecto a Claudia, lo cual no hubiera tomado en serio si no fuera porque se la ligaba a otro nombre, uno que aborrecía: Zachary McGlaton. Le conminaban a estar pendiente de ellos porque el «amable» y desconocido remitente había percibido cierta aproximación entre ambos y solo deseaba su bienestar.

«Estupideces».

Consideraba las notas anónimas una forma de entretenimiento deleznable.

Quienes las escribían decían sentirse movidos por motivos altruistas que poco tenían que ver con esa palabra. Para Hamilton era una forma de entrometerse, burlarse, o crear cizaña gratuita.

¿Hasta qué punto debía creer lo que había escrito? Dado las escenas que

tanto él como ese otro mentecato habían protagonizado, no resultaba descabellado que alguien ocioso hiciera sus propias cábalas y acabara por sacar sus propias conclusiones, fueran ciertas o no. Claudia lo había defendido en varias ocasiones o, como ella decía: detener un lamentable espectáculo. ¿Bastaba eso para asegurar que había algo oscuro entre ambos?

Hamilton la celaba lo suficiente como para saber que apenas habían coincidido, pero había momentos... No obstante, si lo pensaba con frialdad, no comprendía cómo podría haber sucedido en apenas unas semanas.

«¿Y si lo ha provocado McGlaton como forma de venganza?».

Podría ser plausible que la sedujera en un intento de hacerle daño y vanagloriarse después de su triunfo. Pero, ¿y Claudia? No encajaba con el patrón. Su prometida había sido escogida para ser su esposa con mucha minuciosidad. Tampoco es que hubiera gozado de muchas opciones, pero las había. La hermana del duque de Redwolf era lo más parecido a la perfección que podría encontrar. Antes de atreverse a pedir su mano lo había analizado en profundidad y había verificado que no solo sería beneficioso para él, sino también para los Morton, sumidos también en el escándalo.

Le constaba que Claudia era un tanto impulsiva y vehemente en ciertas ocasiones —reconocía que hubiera preferido una joven mucho más servil y contenida—. Sin embargo, era muy agradable, tenía una buena conversación, su educación era impecable y poseía un aspecto más que aceptable. Había sufrido en carne propia el resultado de cometer un pecado a ojos de la sociedad, aun sin ser ella la causante, por lo que ambos sabían qué esperar de ese matrimonio, lo cual era muy importante. Además, le gustaba y opinaba que ambos tendrían un buen matrimonio alejado de los escándalos.

Creía que la joven opinaba igual.

Ahora le decían que quizá no fuera así.

Paseó nervioso por la estancia calibrando su próximo movimiento. Montar una escena estaba descartado —en esto debía de mostrarse cauteloso—. A las personas que frecuentaba nada les gustaría más que verlo envuelto en un nuevo

escándalo. No iba a permitirlo. En absoluto. Debía mostrarse discreto, pero le hervía la sangre y apenas podía pensar en nada más que en la traición que habían cometido contra él.

«Todavía no hay nada seguro».

Aun así, debía contemplar la posibilidad. En caso de negación por parte de Claudia podía afrontarlo de dos maneras. Si la creía, de todas formas su estancia en Worthington Park llegaba a su fin. No iba a dejar que especularan ni que crearan invenciones perjudiciales. El matrimonio con ella seguía conviniéndole e iba a llevarlo a buen término costase lo que costase. Para convencerla, le explicaría a su prometida qué había sucedido. En caso de negarse, iría directamente a lady Mildred Morton. Ella atajaría cualquier atisbo de rebelión por parte de la joven.

De ser ciertas las insinuaciones que mostraba el papel que todavía tenía en la mano, Hamilton debía meditar cómo proceder. La contundencia era la mejor arma. De ser necesario amenazaría con contárselo a Ashton, lo cual haría de un modo u otro. Después de amedrentarla lo suficiente tendría que enfrentarse a ese patán de McGlaton. Por su mente se sucedían imágenes muy satisfactorias de él intimidándole pretendiendo insinuar su perfidia y así romper su alianza de negocios con cada uno de los caballeros que compartían casa con ellos. Si se lo contaba al señor Smuth quizá...

«No te adelantes a los acontecimientos, Hamilton. Tal vez solo es una broma pesada».

Lo deseaba con cada fibra de su ser, pero ahora le prestaba más atención a pequeños e insignificantes detalles que se habían sucedido estos días pasados y ya no estaba tan seguro de ello.

Apretó los dientes y un nuevo trueno lo sobresaltó. Miró hacia la ventana y confirmó que el tiempo iba muy acorde con su estado de ánimo. Se sentó y trató de serenarse. Lo que estaba por hacer le resultaba difícil y debía meditar bien lo que iba a decir. No permitiría que nadie le arrebatara aquello por lo que se había esforzado tanto. Nadie.

\*\*\*

La sala de desayunos estaba prácticamente vacía. Pese a ser de día, la reinante oscuridad del exterior ensombrecía cada rincón de Worthington Park. Parecía que, en lugar de ser las diez de la mañana, fueran casi las seis de la tarde. En el exterior, los truenos sonaban como latigazos estremecedores y los rayos iluminaban cualquier estancia de un modo sobrenatural.

Removió el plato con el tenedor y deseó haber hecho como tía Mildred, que había preferido, dado el estado del tiempo, permanecer un rato más en la cama y desayunar en la habitación. De hecho, gran parte de los invitados de los Conway habían tenido el mismo pensamiento. Ella había bajado con la esperanza de encontrarse con Zachary, aunque solo fuera para mantener una conversación banal que pudiera ser escuchada por cualquiera.

No sabía qué le sucedía, pero el deseo de verle se había incrementado. El día anterior apenas habían cruzado siquiera una mirada, pero sus besos seguían tan presentes como si estuvieran sucediendo a cada paso que daba.

Hacía un esfuerzo constante por no tocarse los labios una y otra vez, siendo también sabedora de que debería sentirse culpable por haber traicionado, de nuevo, la confianza que Hamilton tenía depositada en ella.

«No es nada. No es nada», se repetía. Pero lo cierto es que era muy consciente de estar mintiéndose. Había disfrutado en los brazos de Zachary en cada ocasión y deseaba repetirlo tantas veces como fuesen necesarias.

Y no podía.

«Aunque nunca lo entendí y jamás lo condené, ahora sí puedo llegar a tener una idea de cómo la vida de Jason se desmoronó tan deprisa».

¿Era así como había sucedido? ¿Su hermano se había sentido liviano e inquieto a partes iguales? Ahora era cuando más le hacía falta. Necesitaba de su experiencia y de su consejo más que nunca. Ashton no entendería...

¡Ashton! Dios, lo había olvidado por completo. Una cosa así podía acabar

por destruirle. No podía hacerle daño de forma tan deliberada y es lo que sucedería si ella continuaba tomando ese camino hacia la perdición. Hamilton era lo adecuado, lo seguro. Zachary solo era... Oh, señor, ni siquiera lo sabía.

Lo único cierto era que apenas podía sacárselo de la cabeza. Ya no tenía que ver nada con Jason; se trataba solo de él, solo de él.

«Estoy desvariando».

Y no solo eso. Reconocía que había soñado con Zachary algunas madrugadas. En su imaginación involuntaria, tanto ella como Zachary iban más allá del beso y hacían cosas prohibidas que la hacían ruborizar. En cierto sentido se sentía confundida. No podía deberse a los besos, puesto que en ese caso sucedería lo mismo con Hamilton. Él también la había besado, aunque eran tan diferentes que Claudia no podía sentir lo mismo por unos que por otros. Solo Zachary había sido capaz de despertar la pasión —porque no era tan ignorante como para no saber interpretarlo— y solo deseaba que fuera él quien volviera a tocarla.

Sofocada por completo, Claudia lanzó miradas discretas al resto de comensales, que apenas hablaban. Parecían estar tan lejos de allí con sus pensamientos como lo estaba ella. Así que, como nadie se había percatado de su súbita incomodidad, lanzó un inaudible suspiro de alivio.

Con una necesidad acuciante de estar sola, Claudia se levantó y se retiró.

Se marchó con paso ligero hacia la biblioteca de la casa. No tenía intención de leer ningún libro, pero dudaba que, a esas horas, estuviera ocupada y era lo que necesitaba.

Durante buena parte de la mañana permaneció encerrada entre esas cuatro paredes. Puesto que la fuerza de la tormenta no parecía menguar dudaba que la necesitaran en otra parte.

Apenas fue consciente de que se abría la puerta. Levantó la vista de un libro que intentaba leer desde hacía por lo menos un cuarto de hora y del que no podría decir nada.

—Estás aquí.

Hamilton permanecía erguido en el quicio de la puerta y ella enderezó la espalda, sonriéndole.

—Aquí estoy —le respondió Claudia.

No le devolvió la sonrisa. Fue consciente también de cómo escudriñaba cada rincón de la biblioteca, un detalle que le produjo cierta desazón. ¿Qué estaba buscando? ¿O a quién?

Sintió un escalofrío.

—¿Buscas algo en concreto? —le preguntó a bocajarro, cerrando el libro de golpe. No era muy habitual verlo tan serio y alerta.

La miró y Claudia supo que algo no iba bien.

—¿Podemos hablar?

Que no respondiera a su pregunta la incomodó todavía más. Se levantó y dejó el libro en su lugar original.

—Por supuesto, estoy a tu disposición. En realidad no estaba leyendo. Ya sabes que los libros y yo...

—Claudia, no he venido a por una conversación banal. Esto es serio.

El miedo se retorció en sus entrañas y no estaba segura de porqué.

—No lo dudo. Toma asiento y di lo que tengas que decir.

—De hecho, lo que quiero primero es hacerte una pregunta que me ha estado rondando en la cabeza.

—Pues adelante —lo alentó, aunque temía hacerlo.

Hamilton entrelazó los dedos y juntó el índice de cada mano, apoyándolos en sus labios, pensativo.

—¿Fuiste tú la que me envió esa citación al *tempietto*?

—¿Qué...?

—¿O fue alguna otra persona la que me convocó en tu nombre?

Claudia lo miró anonadada. No esperaba esa pregunta. Le parecía que Hamilton sabía la respuesta a ella de antemano y se sintió acorralada. ¿Qué debía decirle? ¿La verdad? No lo creería.

«O tal vez sí».

No. Hamilton tenía virtudes, mas entre ellas no constaba la de ser objetivo ni comprensivo.

Una mentira resultaba arriesgada porque no tenía tiempo de urdir una que fuera creíble. Tampoco deseaba mentirle porque era un buen hombre. Él no tenía la culpa del pasado de su familia ni de las acciones que ella había tomado en consecuencia.

Durante una pequeña fracción de segundo, Claudia decidió el mejor modo de actuar, y ese era decir la verdad... aunque omitiendo ciertos detalles reveladores que provocarían un dolor innecesario.

—Estoy esperando una respuesta, Claudia. No creas que vas a poder inventarte una burda excusa.

—Ni siquiera voy a intentarlo. Es evidente que quien se ha divertido antes a nuestra costa sigue queriendo mover los hilos.

—¿A qué te refieres? ¡Responde! —Su voz sonaba igual de severa que antes. Aun así, la extrañeza se le había pintado en el rostro.

—Solo es una deducción. —Claudia no se movió de la silla y alzó un poco el rostro para que Hamilton pudiera ver la verdad pintada en él—. Todo este lío empezó con esas misivas tan misteriosas, así que imagino que has recibido otra dándote detalles que te han exaltado.

—¿Y acaso te sorprende? —Aunque el que parecía sorprendido era él.

Claudia suponía que era una combinación entre la admisión y la certera puntería en sus deducciones. Ahora sabía que no había errado.

—No. Quizá debería haberlo esperado y, por lo tanto, haberlo comentado antes contigo. Simplemente pensé que, quien quiera que fuese, había perdido interés en ello al ver que sus maquinaciones no habían dado el resultado planeado.

—Pues ya va siendo hora de que te expliques. No me gusta que pretendan tomarme por tonto.

—Me temo, Hamilton, que no has sido el único con el que han intentado jugar.

—Ahora mismo eso es lo de menos. Lo que me interesa saber es, si no me esperabas a mí, ¿con quién pensabas reunirte?

El tono de su voz le indicó que, dijera lo que dijera, solo había una respuesta plausible para él. No obstante, no iba a ponérselo fácil. A veces, dar las cosas por sentado traía problemas añadidos.

—Con quien tú supones —se limitó a decir.

—¡Maldito bastardo! —trono de inmediato, ofuscado.

Su cara era una máscara de odio, lo que le indicó que debía mantener la calma y evitar un innecesario derramamiento de sangre.

—Hamilton, detente. Deja que te lo explique.

—¿Explicar? ¿Qué hay que explicar? Ese malnacido me ha tomado por tonto en mis propias narices

—Deja que te...

—¿Y tú...? ¿Cómo te has atrevido siquiera a...?

—¡Hamilton, escucha!

Eso detuvo su fogosidad, pero no su rabia, aunque le bastaba con eso.

Necesitaba que estuviera calmado para poder explicarle las cosas.

—¿Qué sucede? ¿Necesitas defender a tu amante?

—¡Hamilton, no es mi amante! —aseveró ofendida. Al menos, no lo era tal y como él suponía. Unos besos, por más que la hubieran trastornado tanto, no convertían su relación de amistad en algo así.

—No soy estúpido, Claudia. ¿Acaso crees que hay una explicación lógica a todo este asunto y que va a apaciguarme con más mentiras o subterfugios?

—No pretendo nada de eso. Como mucho, decirte la verdad para que compruebes que todo es mucho más inocente de lo que imaginas.

—¿Inocente? No debes concederme mucha inteligencia si crees que me tragaré una patraña semejante. Sé muy bien cómo son las cosas; ese americano me la tiene jurada.

—Y tú a él —replicó, airada—. Pero no es eso lo que trato de explicarte. Si me dejas hablar sin interrupciones verás que no es como piensas. Tampoco te

gustará —añadió—, mas no implica la gravedad que asumes.

—Dudo mucho que cambie de parecer. Una traición sigue siendo una traición, por mucho que trates de disfrazarla. —Claudia fue a protestar, pero Hamilton la detuvo con un gesto—. No, no te molestes. Explica lo que consideres necesario y acabemos de una vez.

—Al contrario de lo que crees, no fui al *tempietto* debido a una cita amorosa secreta.

—¿A oscuras y en secreto? ¿Y pretendes que sea tan iluso como para creerlo?

—Pues deberías. Fui allí porque recibí una nota misteriosa, al igual que tú.

Alguien nos convocó para divertirse a nuestra costa.

Hamilton calló unos instantes. La observó como si no pudiera creer lo que veía.

—¿Y esa es tu excusa? —preguntó al final—. Déjame decirte que no es muy buena. Debiste imaginar quién te la enviaba, fuera cierto o no. Tú deseabas verte en secreto con *él*.

Dijo «*él*» como si esa sola palabra encarnara al mismo demonio.

—Sí, lo imaginaba. De hecho, firmaba con su inicial.

—Y lo admites así, como si no importara. —Parecía sorprendido.

—Quieres la verdad, ¿no es cierto? Pues te la estoy dando. Lo que no sabes es que no pretendíamos nada romántico. Alguien intuyó, no sé cómo, que tanto él como yo ya nos conocíamos. Como tú, supuso mal y quiso tendernos una trampa.

—¿Os conocíais? ¿Tú y ese... —no quiso nombrarlo— os conocíais?

—Sí, Hamilton. Cuando recibí ese papel creí que Zachary quería decirme algo a solas, fuera de las miradas curiosas de los demás invitados. A ninguno de los dos nos convenía que se supiera de nuestra amistad.

—¿¡Amistad!?! —explotó—. ¿Ahora se dice así?

—Digo amistad porque eso es lo que es.

—Oh, claro, y eso lo explica todo y os exime.

—No pretendo que sea una excusa, Hamilton. Zachary y yo hace muchos años que nos conocemos. —Ese detalle lo hizo enmudecer, por lo que aprovechó para seguir explicándose. Sabía que, a partir de ahí, no tenía escapatoria. Ashton iba a enterarse más temprano que tarde y se pondría hecho una furia. Debía recordarse de advertir a tía Mildred. Sobre ella caería mucha de la culpa por haberlo permitido—. De hecho, nos vemos de tanto en tanto. Él es el nexo de unión entre mi hermano Jason y yo.

Dejó de hablar para que Hamilton asumiera lo que acababa de decir. Al cabo de unos buenos minutos él alzó la cabeza.

—Dime que no he entendido bien. Dime que no has nombrado a ese hermano que provocó tu desgracia en sociedad y de quien Ashton tiene prohibido hablar. Dime que no tienes relación alguna con él.

—Pues lo siento, pero así es. Ese, y no otro, es mi pecado. Zachary siempre fue el mejor amigo de Jason. Ash también lo conoce, aunque no sé si lo recuerda. Mi hermano y yo nos comunicamos por carta y también a través de él. Si hay algo entre ambos, no es de índole romántica.

La flagrante mentira estuvo a punto de hacerla tartamudear. Por suerte, pudo contenerse. No dejó que su rostro transluciera nada respecto a eso. Eso se lo reservaba para ella. Todavía lo estaba analizando y no había llegado a una clara conclusión.

—Lo que me dices es inaudito. Nos has estado engañando.

Dedujo que se refería tanto a él como a Ashton, pero Claudia no iba a tolerar que se la tratara como si estuviera obligada a acatar ciertos aspectos importantes que afectaban a su vida como si nada.

—No he engañado a nadie. Simplemente he ocultado información que podría dañaros. Mis acciones no han afectado a nadie.

—Si la gente supiera...

—¿Por qué habrían de saberlo? Solo sería así en caso de explicarlo alguno de nosotros, lo cual no es el caso, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —Su gesto de repulsión fue claro.

A Claudia le pareció una reacción desproporcionada dado el nulo vínculo que lo unía a Jason. Sí, era un escándalo, pero no tenía que ponerse de ese modo. No sería así con Ashton, que tenía verdaderos motivos para aborrecerlo.

—Entonces —tanteó—, ¿me crees?

Hamilton dejó de pasear por un instante y le lanzó una larga y especulativa mirada que la intranquilizó.

—Es demasiado rebuscado para no hacerlo. Sin embargo, te advierto que no estoy complacido. Es un quebradero de cabeza innecesario que me veo obligado a resolver.

Eso la hizo saltar del sofá.

—¿Resolver? ¿Cómo?

—Todavía no estoy seguro. Lo único cierto es que debe hacerse, y pronto.

Llamaron a la puerta del despacho.

Zachary y Richard alzaron los ojos de los papeles que tenían entre manos al mismo tiempo. Al menos, ese día de tormenta había resultaba productivo.

Al no poder centrarse en otra cosa, los caballeros habían accedido al fin a participar en el negocio y apenas quedaban unos cabos sueltos para convertirlos a todos en socios de inversión.

Richard estaba satisfecho y había estado alardeando de eso con él.

—Sacaremos una buena tajada —había dicho poco antes mientras organizaban toda la documentación.

Zachary era cauteloso y prudente. Aquella inversión podía producir enormes beneficios, si bien era cierto que también conllevaba riesgos. Quizá no debería preocuparse tanto, se dijo, puesto que todos los participantes conocían los peligros. Además, no se trataba de su dinero, sino del de su jefe.

Richard se incorporó y enderezó la espalda.

—Adelante.

Ambos se sorprendieron al ver al conde de Radwick en el umbral. Parecía más serio que de costumbre.

—Buenas tardes. Me preguntaba si podría tener unas palabras con el señor McGlaton. A solas —añadió.

Richard le lanzó una mirada interrogante que Zachary no supo devolver.

La sorpresa era mayúscula. Esperaba que no le creara dificultades.

Lo cierto era que no le apetecía quedarse a solas con él. Su presencia no le agradaba en absoluto y temía acabar por darle un buen puñetazo en su fina y elegante cara, fuera o no provocado. No obstante, no podía decir que no.

—Por supuesto.

Richard entendió que estaba de más y se dispuso a abandonar la estancia.

—Iré a estirar las piernas. Manda a buscarme cuando termines.

Con una inclinación de cabeza salió de la habitación y ambos hombres, fieles contrincantes, se quedaron a solas.

Zachary también se levantó. Quería que, fuera lo que fuera que viniera a decirle, su estatura —muy por encima del otro— quedara de manifiesto.

—Le escucho —indicó. No parecía beligerante como otras veces, pero sí notaba en el conde cierto aire resolutivo. No podía explicarlo de otro modo.

—Vengo a hablarle de lady Claudia Morton.

Aunque era comprensible, se sobresaltó de igual modo. No lo manifestó, pues el otro podría tomarlo como un signo de culpabilidad.

—¿De verdad? —preguntó con cierto desapasionamiento fingido.

Lord Radwick lo ignoró y siguió con lo que pretendía decir.

—No voy a darle detalles de cómo lo he averiguado, pero sé la relación que lo une a mi prometida.

A pesar de la sorpresa, a Zachary no le pasó por alto el modo posesivo con el que se refirió a Claudia. No le gustó en absoluto. Ya era suficientemente duro saberlo, pero escucharlo de sus labios lo tensó sobremanera, por lo que tuvo que hacer un esfuerzo por aparentar normalidad. Solo esperaba que la expresión de su rostro no lo delatase.

—No sé de qué está hablando.

—Finja todo lo que quiera. Ella me lo ha contado todo.

—¿Todo? —Alzó una ceja. No pudo evitar burlarse—. Lo dudo.

—Ríase todo lo que guste. Al final solo hay un vencedor y le aseguro que no será usted.

—La verdad es que no estoy de humor para aguantar sus tonterías ni sus aires. Ahora estamos solos, así que no tengo por qué soportar su presencia más de lo debido. Diga lo que tenga que decir y márchese. —Hizo una pausa—. Se lo pido con toda la cortesía de la que soy capaz.

—Descuide; no estoy aquí por gusto. Solo vengo a advertirle.

—Pues hable y considéreme advertido.

El antagonismo entre los dos no había menguado ni un ápice y Zachary dudaba que desapareciera nunca; no mientras siguiera estando Claudia entre ellos. En caso contrario dudaba que fuera de otro modo, la verdad. Si pretendía acusarlo de querer robarle a su futura esposa él no iba a negarlo.

—Sé lo del *tempietto* —anunció ufano—. Sé también que fue para hablar con usted.

—¿Claudia se lo ha dicho?

—Lady Claudia para usted —matizó con una voz baja cargada de enojo.

—Perdón, lady Claudia —se burló de nuevo.

El conde hizo una pausa significativa y reemprendió el diálogo.

—No importa quién o cómo. Lo importante es que lady Claudia confirma que se reunió con usted porque ambos recibieron notas similares que los conminaban a encontrarse en el mismo lugar. Ella segura que alguien intuyó su relación y quiso crear problemas.

Zachary ni tan siquiera parpadeó al oír la declaración. No sabía si sentirse aliviado o decepcionado.

—En efecto, así fue —confirmó poco después—. Espero que lo haya creído.

El conde la lanzó una larga y dura mirada.

—¿Por qué no habría de hacerlo?

—Esa sí es una buena pregunta —respondió, aun sabiendo que Hamilton Carver no precisaba contestación.

—Para serle franco, señor McGlatton, todo tiene sentido; incluso que Claudia me lo ocultara tratando de protegerlo. Reconozco que no me hubiera tomado bien encontrarlos juntos en la oscuridad.

—Resulta comprensible. Nadie en su sano juicio lo haría.

Ahora no bromeaba. De ser el revés, Zachary hubiera armado un buen alboroto. Tal vez hubiera derramado un poco de sangre.

—Ahora bien, no era de eso de lo que quería hablarle.

—¿Ah, no?

—En absoluto. Puedo ser muy comprensivo en ciertos aspectos, pero en otros no consiento la más mínima incorrección.

Zachary se cruzó de brazos y alzó una ceja.

—Me alegra saberlo.

La mofa estaba ahí, de nuevo. No podía evitarlo.

—Ríase si quiere, aunque desde ahora le digo que tiene todas las de perder.

—¿A qué se refiere con eso?

—¿Tengo que ser más explícito? Nunca lo habría pensado de usted.

Ahora cambiaban las tornas y a Zachary no le gustaba.

—Mire, lord Radwick, sea más preciso y terminemos de una vez. No tengo tiempo para perder con usted.

—Pues me temo que no tiene más remedio que aguantarlo. Puede que crea a mi prometida y acepte que alguien está jugando con los tres, pero hay ciertos detalles que no pienso pasar por alto.

—¿Detalles? ¿Qué detalles?

Por unos instantes, los ojos de ambos se cruzaron. Zachary sintió un ramalazo de angustia y pesar. Imaginaba a qué se refería, pero lo honorable era negar cualquier acusación —el honor de Claudia dependía de ello—.

Una rabia ciega pareció incrustarse en su pecho. No era justo. No lo era.

Claudia no lo amaba.

«Pero tampoco a ti».

Y eso dolía.

Sí, habían compartido unos besos maravillosos; ella se acoplaba a sus brazos de un modo único y especial; respondía a él con una naturalidad que le hacía pensar que era la indicada para él; Claudia lo consideraba un buen amigo y lo buscaba sin darse cuenta. Pero todo ello podría deberse a la cercanía o a las circunstancias especiales y poco habituales. Hasta ese momento no había percibido suspiros que le indicaran que podía tratarse más que de un ligero amorío. Además, ella no había hablado de amor y él tampoco se había atrevido a hacerlo. Zachary era libre, por lo que debía ser Claudia quien diera el primer paso. Sin tener la certeza de que le correspondía de algún modo definitivo, no pensaba actuar distinto de como lo había estado haciendo hasta ahora.

—Su comportamiento —sentenció el conde al cabo de un momento.

—Si tiene algo que reprocharme...

—No me fio de usted, señor McGlaton —lo cortó—. En absoluto. Es probable que las cosas hayan pasado tal y como me han dicho, pero tengo ojos en la cara y soy capaz de sumar dos más dos. Que sea un noble no me hace menos inteligente.

—Si usted lo dice...

—Ande, búrlese si quiere, pero le conviene tomar en consideración mis palabras. No le servirá de nada valerse de esa amistad con el otro hermano.

Cuando lo sepa, el duque de Redwolf no dejará que se le acerque ni a tres pasos. Yo tampoco —afirmó.

Eso no resultaba una novedad. Era un detalle muy significativo y que no se permitía olvidar.

—Hable claro, milord; mi paciencia no es infinita.

El otro emitió media sonrisa torcida. No parecía estar impresionado por sus toscos modales.

—Lady Claudia Morton no es una mujer libre, ambos lo sabemos. No obstante, usted se aferra a ella con una vehemencia fuera de lo común, lo que me lleva a una única conclusión: no le es indiferente. —Calló por un momento,

como si esperara que Zachary confirmara sus palabras, lo cual no hizo—. Soy consciente de sus muchas virtudes y de lo que puede provocar la cercanía; he visto una muestra de ello. Puedo entender que lo defienda ante las injusticias porque lo considera un amigo, pero usted... usted va más allá.

Esa galantería, complicidad, las miradas y ciertos detalles añadidos lo confirman, señor McGlaton, y no pienso tolerar que se aproveche de ella, que la confunda. Está prometida a mí, por lo que no es suya de ninguna de las maneras, por mucho que lo desee.

Zachary había estado escuchando el discurso que ese hombre le soltaba y sentía hervir su rabia, aunque conseguía aparentar cierto desapego. Su trabajo le había enseñado a ser un buen jugador de cartas, si podía decirse así. Eso lo ayudaba a mantener cierta dignidad.

No podía negar sus palabras porque habían dado de lleno. Hacerlo suponía ser más falso todavía y tampoco estaba dispuesto a ello. Si hubiera tenido ni que fuera una oportunidad le habría desafiado a impedirsele, pero no era el caso. Odiaba sentirse sin opciones. En su mundo, eso era la ruina.

—¿No tiene nada que decir? —le preguntó el conde cuando él se limitó a permanecer en silencio.

Parecía sorprendido por su falta de respuesta. ¿Acaso imaginaba que admitiría su culpa y le pediría perdón de rodillas?

—Creo que no. Límitese a agradecer el tiempo que le he dedicado, no obtendrá de mí más que esto.

—¡Por supuesto que he de conseguir algo más, papanatas! Le exijo que, no solo olvide a lady Claudia, sino que, además, se aleje de ella en todos los sentidos.

—Creo, milord, que no es nadie para darme este tipo de orden. Debe de estar loco si cree que lo acataré sin rechistar. —Por desgracia, Zachary ya había considerado esa opción. Lo que lamentaba es que él pensara que lo hacía debido a su requerimiento.

—Es lo más noble. Piense en su reputación.

Por desgracia, no hacía otra cosa.

—No sabía que me tenía en tan alta estima como para que supusiera que sería capaz de un gesto tan desinteresado —se burló de nuevo. Era su única arma contra la desesperación.

—Estoy seguro de que por ella lo sería. En caso contrario, le hubiera amenazado con revelar estos detalles al anfitrión y quizá a algún invitado más. Cuando se extendiera, usted no sería más que un maldito ladrón oportunista. Por muchas explicaciones que quisiera dar no serviría para nada; el daño ya estaría hecho. Piense en ese negocio en el que está participando.

Ese hombre era un iluso si no comprendía que una persona con unos sentimientos similares a los suyos dejaría de lado cualquier negocio si con ello conseguía el afecto de Claudia y una oportunidad para que fuera suya.

Por lo demás, estaba en lo cierto, de nuevo. Si fuera solo él quien pagara las secuencias correría cualquier riesgo que se le presentase, pero Richard estaba de por medio. No podía hacer nada ante la clara amenaza.

—¿Y cree que ella no recelará si le digo que me marché justo después de haberle explicado la verdad?

Radwick enderezó la espalda ante la pregunta. Zachary intuía que acababa de ser consciente de su aceptación y que reprimía un mínimo signo de victoria por su parte. Podía dar gracias a ese instinto de conservación. De otro modo, cualquier tipo de jactancia podría haber terminado en un pómulo herido, y no sería el suyo.

—Usted sabe cómo es, ¿verdad? Seguro que se le ocurrirá una excusa convincente.

Y eso le demostraba que no la conocía en absoluto. Con ella, las falsedades no servían.

—Lo pensaré —se limitó a declarar. No iba a darle más opciones de victoria.

El conde de Radwick entendió esa concesión como una despedida, así que asintió y se dirigió hacia la puerta. Cuando ya estaba casi saliendo se giró,

dispuesto a decir las últimas palabras en esa contienda.

—No tarde. Cuando Ashton se entere ya no tendrá ninguna oportunidad más para acercarse a ella. Cuando se case conmigo será intocable para usted —sentenció.

La puerta se cerró tras él y Zachary se quedó solo con sus pensamientos. Para bien o para mal, su estancia tocaba a su fin.

\*\*\*

El tiempo seguía siendo espantoso, por lo que las damas y los caballeros permanecían encerrados en Worthington Park, ociosos, lo que impedía encontrar un lugar adecuado para hablar con ella.

Por esa razón, no tenía más remedio que actuar con un movimiento muy arriesgado, pero inevitable.

Había hablado antes con Richard para explicarle algunas cosas y, gracias al cielo, él lo entendió con rapidez. Al igual que Hamilton, creía que lo más cabal era marcharse, por lo que no puso impedimento alguno.

—Te advertí que fueras con cuidado, muchacho. Lord Radwick no puede permitir que le robes a su prometida bajo sus narices —le dijo, acompañado sus palabras con una sonrisa.

—Lo siento —se disculpó él.

Richard se encogió de hombros.

—Estás perdonado, puesto que la estancia en Worthington Pack está tocando a su fin. —Si era tan comprensivo con él era porque su participación en la inversión no peligraba—. Espérame unos días en Londres y resuelve los otros asuntos. Después partiremos hacia Philadelphia.

Zachary miró a ambos lados del pasillo un buen rato para asegurarse que estaba solo. Con el corazón en vilo, esperaba que una criada sacara a Claudia de la habitación de dibujo con un falso pretexto.

Respiró hondo y profundo. Lo que iba a hacer le resultaba tan difícil como

doloroso. Primero, porque era arriesgado estar con ella a solas. Si los descubrían se montaría un escándalo. Segundo, porque iba a decirle adiós de forma definitiva. Tercero, porque había decidido no mentir a Claudia. Cuarto, porque no sabía cómo sería capaz de alejarse sin mirar atrás. Quinto...

Sentía que se ahogaba solo con pensar en marcharse. Había demasiados obstáculos. Aquello se asemejaba a un negocio de difícil solución, donde era incapaz de lograr alcanzar una salida aceptable.

Sus pensamientos se detuvieron cuando salió la criada, que desapareció rápidamente tras una puerta de servicio. Después de ella apareció Claudia, visiblemente confundida. Solo le habían dicho que la necesitaban.

«Vamos, McGlaton, hazlo».

Zachary se acercó por detrás y tapó su boca para evitar que gritase a causa de la sorpresa.

—Claudia, necesito hablar contigo. ¿Puedes acompañarme?

No esperó a que ella respondiera, se dio la vuelta y se encaminó con paso rápido hacia un saloncito apartado de las estancias principales.

Entró y cerró la puerta tras de ella.

Claudia miró por todos lados, como si esperara ver aparecer una horda de frenéticos espectadores, ávidos de escándalos. Cuando se encaró a él no parecía complacida. Su rostro reflejaba una expresión enojada.

—¡Me has dado un susto espantoso! —exclamó, con los brazos en jarras—. ¿Cómo te atreves a salir de la nada?

—Era la única forma que tenía de verte.

Sus cejas se alzaron hasta límites insospechados.

—¿La única? —preguntó escéptica.

—No podía arriesgarme con una nota y ya corrimos suficientes riesgos cuando me deslicé a escondidas en tu habitación. Te juro que he sido más que discreto, Claudia.

—Está bien —aceptó ella, asintiendo con la cabeza—. Sé rápido, claro y conciso. No debo ausentarme durante mucho tiempo. De otro modo las damas

comenzarán a hacer preguntas.

No tuvo más remedio que esbozar una rápida sonrisa carente de humor al escucharla. Parecía no ser consciente de que sus días como lo que fueran llegaban a su fin en ese mismo instante.

—Me marchó —espetó de golpe—. Para siempre. —Casi le hizo gracia el espeso silencio que flotó en el aposento. Casi—. ¿He sido lo suficiente rápido, claro y conciso para tu gusto?

Ella frunció los labios.

—Cállate; no estoy para bromas. ¿A qué te refieres con que te marchas?

—Hubiera jurado que el «para siempre» retendría más tu atención.

—Oh, Zachary, por favor.

—Has empezado tú.

—Por supuesto. Ahora comportémonos como niños.

—Mira, Claudia, no quería decirlo así. De hecho, casi no he pensado en nada aparte de cómo hablar a solas sin ser descubiertos. Pero era necesario.

Durante un instante, Claudia se mantuvo en silencio. Pronto pareció comprender la situación.

—Hamilton ha hablado contigo —declaró.

Zachary no quiso mentirle. Además, supo que vería la respuesta en sus ojos.

—Tenía que pasar tarde o temprano —sentenció. Y era una situación que había temido por encima de todas las cosas.

—No, no, yo se lo expliqué muy bien. No daba lugar a equívocos.

—Claudia, sé realista. Él tiene todos los ases en su manga. No podemos ganar.

—Pero es que yo no quiero dejar de verte —protestó. Y con esa sencilla afirmación, Claudia se quedaba con otra parte más de ese corazón suyo que no podía quererla más.

—Sé razonable —dijo muy a su pesar.

—Odio cuando me dicen eso. Significa que debo aceptar los deseos de los demás en contra de mi propio criterio.

—En ese caso...

—No, no, quiero tenerlo claro. ¿Qué te ha dicho Hamilton exactamente?

Aunque Zachary no fuera a contarle una mentira, no pensaba revelar ciertos detalles. Si debían convertirse en marido y mujer —malditos fueran todos—, era preferible que no lo supiera todo. No sería bueno que Claudia empezara su matrimonio aborreciendo al conde de Radwick. Aunque lo deseara con todas sus fuerzas, no era lo mejor para ella.

—Solo ha puesto en evidencia cosas que ya debería haber asumido.

Claudia —tomó sus manos—, ambos sabíamos que esta relación no podría continuar por mucho tiempo.

Ella se soltó.

—Pero todavía no me he casado —protestó, tozuda—. Y aunque lo estuviera, ¿por qué debemos alejarnos el uno del otro? Voy a hablar ahora mismo con él. Le pediré explicaciones...

Zachary la detuvo cuando ella ya se dirigía hacia la puerta. La muy inconsciente era capaz de provocar el escándalo que tanto se preocupaba por evitar.

—Claudia, detente.

—Pero es que no lo entiendes. Y él tampoco. Ya empiezo a sentirme un poco harta de que todos decidan por mí. Voy a hacerme oír de una vez. Si provoco un nuevo escándalo, no me importa.

Y aunque se sintió halagado de que quisiera hacer frente a todos por mantenerle a su lado, nadie mejor que él sabía lo mucho que la había afectado lo que Jason había hecho; en todos los sentidos. No quería ser el causante de otra desgracia similar. Al fin y al cabo, eso debía terminar, aunque ella se negara a admitirlo.

—Espera. —Suspiró de alivio cuando la vio detenerse—. ¿Qué te parece si hacemos creer a los demás que acatamos sus decisiones? Solo por prudencia —soltó cuando vio que ella quería protestar.

No era lo que Zachary pretendía, pero así evitaría males mayores. Cuando se

diera cuenta de que su decisión era irrevocable, ya no podría hacer nada: él estaría en otro continente.

Sin embargo, su sugerencia no pareció convencer a Claudia.

—Lo que me parece es que me tomas por tonta. Sé lo que planeas. No lo hagas, por favor. —Muy a su pesar, Zachary esbozó una sonrisa. Ella estaba en lo cierto—. ¿Qué ocurre? ¿A qué viene esa media sonrisa?

—No seas puntillosa. Deja que admire tus agallas y tu inteligencia sin que tenga que darte explicaciones por ello.

Ahora fue Claudia la que parecía complacida.

—En ese caso, no pondré barreras a tanta fascinación.

Quiso soltar una carcajada, pero la prudencia venció. Los hechos eran los hechos y no podían cambiarlos.

Se acercó a ella y de nuevo tomó sus manos de un modo íntimo. ¡Dios, cuánto la amaba!

—No es la primera vez que hablamos de ello, solo que esta vez es distinto porque Hamilton lo sabe.

Claudia arqueó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—¿Acaso crees que vas a obtener una victoria? Tu tía ha desaprobado nuestra relación desde un principio. Si la tolera es porque te quiere y sabe lo unida que estás a Jason. Pero si fuera por ella me hubiera prohibido la entrada a su casa desde el comienzo.

—Si te conociera mejor...

—No desea conocerme, Claudia —le hizo ver—. Nuestros mundos son muy distintos y tu camino es otro.

—Eso son bobadas —protestó ella—. ¿Qué mal pueden hacer tus visitas?

Zachary negó con la cabeza.

—No lo son. Pero ella no es la única que no me ve con buenos ojos. Si incluso su doncella me desprecia. ¿Por qué hacerlo todo más difícil?

—Eloise no debería preocuparte.

—¿Y qué hay de Radwick? Su opinión debería importarte.

Claudia se revolvió sobre sí misma.

—Va a convertirse en mi esposo, no en mi amo. Espero que sea comprensivo en muchos aspectos de nuestra vida en común.

Zachary no pudo evitar fruncir los labios con escepticismo. Claudia pensaba demasiado bien de aquel necio. Sin embargo, se guardó sus opiniones.

—Le deberás obediencia y respeto. Y si con ello no es suficiente, Ashton supone un obstáculo de igual envergadura. ¿De verdad crees que permitirá que mantengas correspondencia con un hombre ajeno a la familia? Hasta ahora hemos tenido suerte, si bien no durará para siempre.

La mención de su hermano mayor hizo que las ansias revolucionarias de Claudia menguaran. Al fin y al cabo, no era tan sencillo enfrentarse a él.

Su mirada evitó la de Zachary.

—Tienes razón en casi todo. Aun así, Ashton no es un ogro.

—No, no lo es. Pero no quiero que te enemistes con tu hermano por esto.

No voy a exigirte tal sacrificio. Lo siento —se disculpó, porque el aspecto de Claudia era vulnerable.

—Entonces te marchas.

Sus palabras sonaron como una condena.

—Debo ir a terminar mi equipaje y a despedirme de sir Ian. —Apretó sus manos con delicadeza—. Claudia, ya no estaré para la cena.

Ella no hizo ningún gesto ni movimiento. Solo permaneció de pie con la mirada sombría.

—Te diría que tú ganas; que lo acepto. Sin embargo, para mí es una dolorosa derrota.

El corazón de Zachary lloró de dolor. Sabía que era el momento de retirarse, aunque una fuerza invisible lo empujaba en la dirección opuesta: hacia ella. Era la última vez que la vería. Después de eso solo quedaría su recuerdo.

—Antes de irme...

Y sin pensar apenas en lo que hacía, la acercó a él y le dio un beso corto e

intenso. Cuando la soltó, no supo si estaba peor él o Claudia, que mantenía los ojos cerrados.

Dos horas después se alejaba del condado de Somerset a toda velocidad.

—¿Mi tía ya se ha marchado?—preguntó la joven mientras sentía un inesperado estirón de cabello—. ¡Auch!—se quejó.

—Lo siento, milady —se afanó en disculparse su doncella—. Este mechón no quiere ser domesticado. —Deslizó el cepillo con vigor, tirando de nuevo.

Con una habilidad pasmosa lo sujetó con una horquilla y siguió con el peinado—. Lady Mildred se ha marchado temprano, pero me ha pedido que le recuerde que estará toda la mañana en casa de su prima, por si usted quisiera ir.

—Gracias —murmuró, descartando de inmediato la sugerencia.

Marjorie vio la respuesta en su rostro.

—¿No irá? —preguntó con extrañeza.

—Hoy no. —Su doncella no dejaba de observarla con atención y Claudia se sintió incómoda bajo su escrutinio—. Quiero mucho a mis primas. A todos mis primos —rectificó—. Aunque esta mañana prefiero estar sola. Quizás me apetezca dar un paseo —dijo para que Marjorie no insistiera.

Al parecer, no tuvo tanta suerte.

—¿Se siente bien?

—¿Por qué no debería estarlo? No tiene tanta importancia si visito o no a

Angy.

—Es su mejor amiga, además de su prima. Y estará pocos días en Londres.

—¿Desde cuándo te preocupa tanto mi prima? La vi ayer.

Marjorie frunció los labios.

—No se trata de ella. Si sigue así todo el mundo va a descubrirlo.

Claudia arqueó las cejas con ligereza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con cierto temor, si bien en el fondo sospechaba la respuesta.

Marjorie dejó el cepillo sobre el tocador, puesto que había terminado con la tarea de peinarla, para cruzar los brazos sobre su pecho y observarla con cierta severidad.

—¿Cree que no me he dado cuenta que va por ahí suspirando por el señor McGlaton?

—¡Yo no hago tal cosa! —trató de defenderse.

—Seré su doncella, pero tengo un par de ojos que Dios me ha dado —contestó—. Oh, milady. Recuerdo ese día en el pueblo, cuando fue a la oficina postal y se encontró con el señor McGlaton. Los dos no hacían más que lanzarse miraditas ardientes.

—¡Miraditas ardientes! —repitió una Claudia indignada. ¿Pero indignada por qué? ¿Porque no era cierto o porque alguien se había dado cuenta? No estaba muy segura—. Lo saludé como haría con cualquier conocido.

—Pero él no es un conocido sin más —rebatió su argumento con gran lógica—. Él viene de visita a esta casa, la siguió a Somerset y la protegió de los bandidos. Sin lugar a dudas está enamorado de usted.

Claudia hizo un movimiento de negación con la cabeza.

—Zachary no me siguió a ningún lado. Fue pura casualidad. —Por lo menos de aquello estaba segura—. Y no me salvó solo a mí, si eres justa con lo que ocurrió.

—No me engaña, milady. Usted también está enamorada, y no de lord Radwick precisamente. Incluso insistió en regresar a rescatarle. Ninguna dama

haría tal cosa si no lo estuviera. Puso su propia vida en peligro.

—Sandeces —murmuró, alegrándose de no haberse sonrojado ante tamaña mentira. Y de inmediato se dispuso a deshacerse de su doncella, puesto que no deseaba seguir con las explicaciones—. ¿Ya has terminado de peinarme?

—Sí, milady.

—Entonces puedes retirarte. De momento no te necesito para nada más.

Marjorie no replicó. Recogió la bandeja con los restos del desayuno y se disponía a salir de la habitación, cuando se dio la vuelta.

—Puede mentirse todo lo que quiera, pero no engañará al mundo por mucho tiempo.

Tras sus palabras cerró la puerta.

En la soledad de su alcoba Claudia reconoció que amaba a Zachary. Lo hacía desde hacía semanas, tal vez cuando él partió y ella tuvo que enfrentarse a sus sentimientos. Allá donde fuera, hablara con quien hablase, su recuerdo la acompañaba. Era incapaz de desprenderse de su esencia. Los momentos compartidos en Worthington Park se habían adueñado de su alma, mientras que sus besos dominaban tanto los días como las noches. Echaba mucho de menos a aquel escocés, mientras que al mismo tiempo sufría por su silencio. A pesar de su partida, Claudia seguía escribiéndole, pero la realidad distaba mucho de lo que ocurría en su imaginación: desde su marcha, Zachary no había respondido a ninguna de sus cartas.

¿Por qué, entonces, la había besado distintas veces? ¿Por qué?, se preguntó con desesperación. ¿Acaso era tan malvado como para jugar con sus sentimientos? ¿Sería eso? Pero Zachary siempre había sido bueno con ella, tuvo que recordarse. En los momentos más difíciles de su vida había sido su amigo, su apoyo y su consuelo durante largo tiempo, aunque estuvieran lejos.

Además, podía contarle sus temores respecto a sus hermanos sin ser juzgada, pues las cartas entre ambos los mantenían más cerca de lo que nadie hubiera podido sospechar, hasta formar un vínculo que Claudia creía inquebrantable.

Incluso enamorada, comenzaba a sentir cierto rencor hacia él, aunque fuese

del todo injustificado. Zachary había dicho adiós y ella no era capaz de hacerlo. Lo necesitaba. Sin embargo, no debía sentir lo mismo, puesto que en ningún momento quiso luchar por ella. Así que los besos compartidos no debieron significar nada, pensó con desazón.

Dadas las circunstancias, tal vez fuera lo mejor. Zachary no era el hombre adecuado para ella, puesto que había resultado ser un fraude y un cobarde. Si bien Hamilton tampoco lo era. La había tratado bien y Claudia le tenía aprecio, pero sabía que, por mucho que se esforzara, nunca sería feliz junto a él, ya que cada vez que pensaba en su futura boda la angustia se apoderaba de ella. Estar a su lado había dejado de resultar agradable y reparaba en cada uno de sus defectos, aunque fueran minúsculos.

Ni siquiera supo cuánto tiempo estuvo sentada en el tocador, absorta en sus propios sentimientos. Pero una vez se miró al espejo se dio cuenta de que era más tarde de lo que acostumbraba.

Inspeccionó el recogido. A través del espejo ovalado comprobó que sus rizos se mantenían bien sujetos, así que con las manos alisó la tela de su vestido de cachemira color borgoña, con la sobrefalda abierta, pensando que ya estaba lista.

Bajó dos pisos apoyada en el pasamanos de madera mientras pensaba en dar un paseo por el parque para tonificar su espíritu. Una vez en el rellano, una discusión llegó a sus oídos.

Se detuvo al instante, prestando atención.

—Marjorie, entrégamelo de inmediato —ordenó Eloise, la doncella de su tía, sin darse cuenta de la presencia de Claudia.

Su tono autoritario no mermó la confianza de Marjorie, que mantenía el desafío.

—No —negó esta—. Debo entregárselo a lady Claudia. Su nombre está bien escrito —le indicó mientras apretaba con fuerza el paquete que sostenía entre las manos.

—Estás siendo muy obtusa, niña malcriada. Obedece a tus superiores.

La joven se indignó de inmediato.

—¡Tú no eres mi superior! —exclamó con vehemencia.

—Llevo trabajando al servicio de los Morton desde antes de que tú nacieras —esgrimíó con expresión de enfado.

—Como doncella —señaló—. No eres el ama de llaves de esta casa para poder darme órdenes.

—Lady Mildred...

—¿Pueden explicarme qué sucede? —preguntó Claudia, situándose entre ambas—. ¿A qué es debido este escándalo? ¿Es así como deben comportarse las doncellas?

Ambas se quedaron paralizadas a causa de la interrupción, aunque Marjorie se recuperó de inmediato.

—Le han traído un paquete, milady —dijo esbozando una sonrisa de complacencia, puesto que se sentía respaldada.

La doncella de su tía compuso una expresión adusta y no objetó nada.

Claudia miró el paquete y supo de inmediato quién era el remitente.

Reconocía el modo en el que había sido escrito su nombre y la dirección.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por controlar la emoción que la embargó.

—Y bien, Eloise. ¿Por qué no querías que Marjorie me lo entregara? —La mujer no contestó, lo que hizo impacientarse a Claudia—. Habla —le exigió sin perder las buenas formas.

Ella no tuvo más remedio que hacerlo.

—Lady Mildred ha dado órdenes —musitó escueta.

Claudia se quedó boquiabierta.

—¿Órdenes de qué? —preguntó parpadeando.

—De interceptar su correspondencia.

Claudia ahogó una exclamación mientras un silencio sepulcral cubría aquel tramo de pasillo donde se encontraban las tres mujeres.

Su cabeza comenzó a dar vueltas. Aquello no tenía sentido. ¿Su tía había

osado ordenar algo así? ¿Por qué? ¿Desde cuándo estaba sucediendo? ¿Qué derecho tenía de inmiscuirse en su vida? Por un momento se sintió traicionada. Claudia siempre había confiado en ella y había sido su apoyo cuando su mundo comenzó a desmoronarse. Acogiéndola bajo su ala, había conseguido hacerla debutar en su primera temporada social, encargándose de toda la organización. Tras la marcha de Jason, Johanna se sumió en un oscuro anochecer, así que su tía se convirtió en su referente de figura femenina.

Claudia se aclaró la garganta, tratando de ordenar sus ideas.

—Eloise, explícate de inmediato.

La mujer, que siempre mantenía la compostura, pareció flaquear.

—Será mejor que sea lady Mildred quien lo haga.

Oh, no. No esperaría hasta su llegada.

Dio un paso hacia ella con una expresión de disgusto en el rostro.

—Creo que estás confundida. No se trata de una petición, sino de una orden. Habla ahora mismo —le exigió con cierto grado de severidad.

—Solo cumplo con lo que me pidió su tía: no dejar que la correspondencia del señor McGlaton llegue a sus manos. Eso mismo estaba haciendo, cuando la entrometida de Marjorie se ha interpuesto en mi cometido.

—¡No soy ninguna entrometida! Es mi trabajo tomar la correspondencia de lady Claudia y entregársela. Tú querías robármelo.

—Muchacha ingrata —murmuró Eloise por lo bajo.

—¡Ya basta! —La voz de Claudia se hizo notar—. Marjorie, deja el paquete sobre mi cama y regresa a tus obligaciones. Tú —señaló a Eloise—, sígueme.

Solo tuvieron que dar unos pasos para llegar al gran salón. Cuando comprobó que no había nadie, cerró la puerta y se encaró a la doncella.

—¿Cuánto hace que me ocultas cartas?

—Esta es la primera vez.

—No lo creo.

Hacía dos meses que Zachary se había marchado. Y no sabía nada de él desde entonces. Así que eso significaba que le habían estado escondiéndole

sus cartas.

Claudia estaba muy enfadada, por lo que tuvo que esforzarse para mantener el control.

—Es la verdad. Lady Mildred me lo ordenó a su regreso de Somerset — confesó—. Cada día he estado atenta a la llegada de la correspondencia, pero es la primera vez que el señor McGlaton ha escrito.

Claudia no quiso aceptarlo. Era más fácil pensar que un plan malvado los mantenía alejados. De lo contrario, significaría que Zachary había renunciado a ella.

—Dime la verdad o habrá consecuencias.

—Se lo juro, milady.

—Está bien —musitó más para ella misma que para la doncella.

Cerró los ojos y mantuvo a raya la arcada que comenzaba a sentir. Estaba mareada y necesitó sentarse para no caer desplomada.

Eloise, al darse cuenta de su lividez, la sujetó del brazo.

—¿Se encuentra bien? —Claudia solo contestó negando con la cabeza—.

Sería mejor que se acostara.

Se dejó llevar con cierta dificultad. En las últimas semanas le estaba costando asimilar la falta de respuesta de Zachary y tras un rayo de esperanza regresaba a ella el desaliento.

Contuvo el sollozo hasta que estuvo sola en su habitación, acurrucada en su cama. Eloise se había encargado de tajarla con una suave manta para mantenerla caliente mientras iba a buscar una taza de té que la joven declinó.

Fue entonces cuando dejó salir cada una de las lágrimas que había guardado hasta entonces.

Se sentía perdida. Después de años soñando con vivir una intensa historia de amor se enamoraba de alguien que no la correspondía. Además, los dictámenes de la sociedad regían que debía conformarse con un hombre digno de su apellido, aunque él nunca consiguiera que su corazón latiera como lo hacía por Zachary.

«¡Desearía poder marcharme con Jason!», pensó. Dejar Inglaterra y todo aquello que conocía comenzaba a resultar una necesidad imperiosa.

Un temblor recorrió su espalda. ¿Cómo sincerarse con él y confesarle que quería romper el compromiso? Ni siquiera sabía con certeza si aquello era posible, dadas las circunstancias. ¿La obligaría a cumplir su palabra? ¿Lo haría Ashton? Temía la reacción de Hamilton, aunque más la de su hermano.

Poco a poco, las lágrimas fueron diluyéndose, por lo que tendió la mano hacia el paquete envuelto en un papel marrón que Marjorie había depositado en la cama, como ella le había ordenado. A continuación, lo desenvolvió con delicadeza y lo primero que sus dedos tocaron fue una carta escrita por el hombre que amaba.

Claudia fue capaz de reconocer su característico modo de escribir porque la inicial de su nombre estaba cargada de filigranas.

—Zachary, por fin recibo noticias tuyas —susurró acariciando el sobre con cierto aire de melancolía y dejando de lado la caja de terciopelo oscuro que contenía el paquete.

Se acomodó sobre los mullidos almohadones para concentrarse en la carta.

« *Claudia,*

*He creído correcto enviarte algunas líneas para explicarte por qué he decidido no entregarte los regalos de tu hermano en persona, como he hecho hasta ahora. Tras nuestra última conversación es lo más conveniente para ambos, pues no deseo perjudicar tu compromiso por obrar de un modo que la sociedad inglesa no vería con buenos ojos.*

*Lo último que necesitas es verte envuelta en un nuevo escándalo. No es lo que deseo para ti, sino la felicidad plena.*

*Con todo mi corazón, espero que puedas llegar a alcanzarla...»*

Durante unos instantes, Claudia detuvo la lectura, pues sus ojos comenzaron a llenarse de humedad. Incluso tuvo que buscar un pañuelo de lino con sus iniciales bordadas para secárselos.

Sintió un inmenso dolor en forma de punzada en el estómago. Mientras, su

corazón era agujereado por miles de alfileres invisibles que la lastimaban.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para concentrarse en las siguientes líneas, parpadeando para secarse cualquier atisbo de lágrimas que quedaran sin derramar.

*«...Te agradezco cada una de las cartas que has seguido mandándome, Claudia. Las he leído con gran placer, aunque no puedo corresponderlas. No sería correcto.*

*Unas semanas atrás me reuní con Jason en Nueva York y le hice entender lo difícil que resultaría hacerte llegar sus regalos cuando pronto estarás casada, puesto que tu prometido no me ve con buenos ojos. No lo culpo; yo en su lugar actuaría del mismo modo.*

*Siendo conscientes de semejante desafío y sin querer contradecir la voluntad de lord Radwick ni de tu hermano Ashton, Jason y yo convenimos que dejaría de hacer de mensajero. Él mismo se encargará de enviarte los paquetes a la dirección de tu tía, al igual que sucede con las cartas. Espero que ella te las haga llegar allá donde establezcas tu residencia.*

*Siempre recordaré con cariño los días de Somerset.*

*Tu amigo sincero,*

*Z. McGlaton.»*

Claudia exhaló un tenue suspiro cuando terminó de leer, tratando de calmar su disgusto. Nada había cambiado desde la última vez que se vieron.

Zachary seguía empeñado en mantenerse alejado.

«Es lo que tú deberías hacer», le dijo su voz interior. Y a partir de esa decisión, seguir dos caminos: proseguir con el compromiso —aunque no era lo que deseaba— o ser sincera con los demás y emprender un viaje a los Estados Unidos. Sin embargo, había otra opción que le atraía mucho más, así que no estaba muy convencida de obedecer a su conciencia. Por el contrario, el deseo de volver a ver a Zachary se impregnó en ella como si fuera una segunda piel. ¡Lo amaba!

Fue entonces cuando tuvo aquella idea. Una idea del todo incorrecta, si bien

una vez cruzó por su mente fue incapaz de dejarla escapar: iría a verle.

Por un momento notó cómo su corazón respiraba de nuevo, libre y poderoso. Debía volver a tener a Zachary frente a ella. Si de verdad seguía empeñado en poner fin a la relación que ambos mantenían, aquello significaría que debía olvidarle para siempre y continuar sin él.

Sintió un intenso pavor. Pero no existía otra opción: era ganar o perder.

Tiró del cordón para llamar al servicio. Sin embargo, no esperó a que acudieran. Se miró al espejo durante un segundo y, sin claras evidencias de llanto, se dirigió al vestíbulo.

En las escaleras se encontró a una de las doncellas de la casa.

—Corre y ve a buscar a Marjorie. Dile que vamos a salir.

Aunque estaba impaciente por marcharse, no tuvo que esperar demasiado.

Mientras tanto, un lacayo se encargó de entregarle su capa de color marfil y un sombrero con flores que se anudó al cuello con un gran lazo.

—Lady Claudia, ¿qué hace levantada? —La joven estaba sorprendida—.

Eloise me ha explicado que se encontraba indispuesta.

—Ahora estoy perfectamente —contestó. El malestar general había desaparecido, si bien el nerviosismo carcomía sus entrañas—. Acompáñame.

Marjorie la observó con atención.

—¿Al final ha aceptado ir a ver a su prima?

—No. Y no hagas preguntas.

Algo en su tono alertó a la doncella.

—Eso no suena demasiado bien.

Claudia no hizo caso de sus protestas. Echó a andar con paso decidido y a Marjorie no le quedó más remedio que correr tras ella.

Se dirigió al Clarige's sin vacilación alguna, dejando atrás Cavendish Square. A unas calles de distancia se encontraba Mayfair, que conocía a la perfección, puesto que numerosos amigos de la familia Morton tenían sus residencias londinenses en ese distinguido barrio. Claudia había paseado por sus calles y visitado sus casas numerosas veces. Pero aquella mañana su

cometido era distinto; nada tenía que ver con compromisos sociales.

Como ella sabía, no tuvo que andar demasiado para llegar a Brook Street.

Sin embargo, antes de lanzarse a cruzar la calle y esquivar a los carruajes se detuvo para observar a su alrededor. E hizo bien, porque delante del hotel donde siempre se hospedaba Zachary se encontraba la nueva duquesa de Dunham, asistida por un séquito compuesto de tres personas.

Por primera vez vaciló, mordiéndose el labio y pensando sobre qué debía hacer.

¿Quién no conocía a los duques de Dunham? No eran amigos íntimos de los Morton, pero coincidían en las cenas y bailes londinenses. Además, Ashton había asistido a su boda. No podía permitir que Edith Gibson advirtiera su presencia, pues que una joven como ella fuera vista en el Clarige's con la única compañía de su doncella podía llevar a levantar murmuraciones.

Por suerte, la espera fue breve. Desde su posición, Claudia observó cómo un carruaje recogía a la duquesa y partían hacia el este, de modo que ella por fin pudo cruzar la calle.

—Pregunta en qué habitación se encuentra el señor McGlaton —le dijo entonces a Marjorie. Además, le entregó unas monedas que sirvieran para persuadir.

Su doncella abrió los ojos como platos, entre incrédula y escandalizada.

—¡Milady, es una insensatez! —exclamó, temiendo ser reprendida por su conducta—. Debemos regresar a casa de su tía. O podemos dar un paseo —sugirió con vivacidad—. Les vendrá bien un poco de aire a esas mejillas pálidas.

La joven no se dejó convencer.

—Solo haz lo que te digo, por favor —insistió mientras le hacía un gesto de apremio con la mano para que entrara al hotel. Claudia no quería permanecer mucho más tiempo en la calle.

—Vamos a meternos en problemas. Y de los grandes —murmuró Marjorie, apretando las monedas con fuerza.

La doncella estaba en lo cierto.

La mañana no progresaba como debería. Su reunión de las once había sido aplazada indefinidamente y Zachary temía que fuera para siempre. Si los clientes se echaban atrás antes de la firma del contrato, Smuth perdería un buen negocio.

Rezó para que se tratara de una adversidad pasajera y se dispuso a organizar el trabajo que tenía pendiente desde la misma habitación del hotel donde se alojaba cuando se encontraba en Londres. Era modesta, pero la salita adyacente con escritorio le facilitaba las cosas. Tal vez su jefe debiera alquilar un despacho para recibir visitas, puesto que cada vez viajaba a Inglaterra con más frecuencia, mas los mejores tratos se cerraban en los clubs de caballeros.

Iba a señalar un error en el documento que estaba leyendo cuando frente a él apareció Claudia. Ella le sonreía de la misma forma cautivadora que siempre. Y él, como un bobo, le devolvió la sonrisa, antes de percatarse de que solo se trataba de una mala jugada de su imaginación.

—Te estás volviendo loco, amigo —se dijo en voz alta, acompañado sus palabras con una carcajada estúpida.

¡Diantres, por un momento creyó que Claudia era real!

Apoyó los codos sobre el duro escritorio, cerró los ojos y se masajeó las sienes. Últimamente dormía poco y mal. Aunque se sentía agotado, sus desvelos eran constantes, por lo que era incapaz de conciliar el sueño durante toda la noche. Aquello debía ser el motivo por el que había imaginado a Claudia, si bien en el fondo de su ser sabía que haber roto el lazo que lo unía a ella era la causa de todo.

Suspiró pesadamente. Volver a Inglaterra hacía que los recuerdos revivieran con fuerza, porque sabía lo cerca que estaba de ella. Ni siquiera era necesario pedir un carruaje para verla. Pero al mismo tiempo su conciencia le dictaba que se mantuviera lejos.

No quería provocar ningún altercado con Hamilton Carver.

La llamada a la puerta hizo se incorporara, dejando las fantasías para cuando su cabeza abrazara la almohada. Sin embargo, también de día pensaba en ella, aunque tuviera un millón de tareas por hacer.

Se levantó despacio para abrir, desconociendo de quién se trataba. Después de la reunión cancelada no esperaba visitas. Cuando lo hizo, se quedó con el pomo en la mano, sin salir de su asombro.

—¡Claudia! —exclamó.

¿Acaso su aparición era a causa de un hechizo mágico y acababa de invocarla o se trataba de otro delirio momentáneo? Sin embargo, esta vez ella se dejó escuchar.

—Buenos días, Zachary. Me gustaría poder hablar contigo.

Tan grande era su sorpresa que tardó en reaccionar. Mientras tanto, la contempló con auténtico deleite.

Estudió minuciosamente su aspecto. Aquella mañana estaba hermosa.

Fresca y radiante con su inmaculado vestido y su coqueto sombrero. A decir verdad, lo estaba siempre. Claudia era una auténtica dama, una criatura maravillosa que brillaba con luz propia y que era capaz de arrebatarle el aliento con solo un pestañeo.

En el nombre de Dios, ¿desde cuándo se había vuelto un hombre tan consciente en ese aspecto?, pensó. Llevaba años admirándola en secreto, pero tal veneración era un sentimiento nuevo. ¿Sería el amor, que lo hacía reaccionar de ese modo? ¿O tal vez el tiempo y la distancia eran los culpables? Fuera como fuese, se obligó a hablar para no parecer un bobalicón ante ella.

—No esperaba tu visita —dijo con sencillez. Después miró por encima de su hombro, arrugando el entrecejo—. ¿Dónde está tu compañía?

Ella pareció decepcionada por su reacción.

—¿Eso es lo único que puedes decir, tras semanas sin vernos? —Incluso hizo un mohín con los labios que lo desconcentró durante unos segundos.

Después recuperó la cordura.

—Claudia, ¿qué haces aquí?

Zachary se había propuesto no volver a verla jamás, por muy tentado que estuviera a hacerlo. Debía seguir con su vida, centrarse en el trabajo y esperar a que un día su corazón sanase lo suficiente como para fijarse en otra mujer.

Quizá no lo consiguiera nunca, aunque se aferraba a esa esperanza. Por supuesto, no era lo que su corazón anhelaba. Él desearía que el compromiso de Claudia no fuera más que un espejismo y que sus sentimientos fueran correspondidos. Sin embargo, la realidad era distinta, así que no podían continuar su amistad como hasta entonces.

Era lo mejor para ambos.

—¿Por qué crees que estoy en el Clarige's?

Zachary se encogió de hombros, esperando que su encuentro fuera una casualidad.

—No lo sé.

No obstante, ella estaba en la puerta de su habitación. No había ninguna casualidad en eso, dijo para sí mismo.

—Por ti, tonto —le aclaró Claudia, sonriendo como si él hubiera dicho algo gracioso—. Quiero hablar contigo —le aclaró.

—¿Has venido sola? ¿En qué diantres estabas pensando?

—Mi doncella me espera en las escaleras. ¿Vas a dejarme pasar?

Zachary tragó saliva, consciente de la difícil situación en la que se encontraba. Tenerla en su habitación a solas no era el mejor modo de poner distancia entre ambos, tuvo que recordarse. Tras haber fantaseado con sus besos ininidad de veces, el riesgo era demasiado grande. ¿Qué ocurriría si ella se atrevía a mirarlo con esos adorables ojos?

—No —exclamó haciendo un esfuerzo hercúleo para que su voz sonara lo más natural posible—. Es del todo inapropiado.

—No seas obstinado y hazte a un lado.

Claudia le lanzó una mirada decidida, acompañada de una fugaz sonrisa.

Tras ello, se hizo un hueco y consiguió entrar en su habitación con la majestuosidad de una reina mientras se quitaba el sombrero.

Unas horas después Zachary pensaría que no había ofrecido resistencia alguna.

«Que Dios nos ampare».

Permaneció en silencio mientras ella inspeccionaba la antesala con evidente curiosidad. Reparó en el escritorio repleto de papeles, en la chaqueta de Zachary sobre la butaca tapizada, en los oscuros tonos del papel de la pared... Sin embargo, el reconocimiento terminó cuando vislumbró la cama a través de la puerta doble abierta que daba acceso a la habitación. De repente, Claudia se acercó a la ventana con las mejillas sonrosadas, seguramente consciente de que no debería estar ahí.

Dejó que fuera ella la primera en hablar.

—Has regresado —musitó finalmente, dándole la espalda.

Zachary guardó las manos en los bolsillos del pantalón.

—Sí —contestó de forma escueta.

—Y ni siquiera has venido a verme.

Hizo un esfuerzo para que el reproche no le afectara, aunque la voz dolida de Claudia fue como sentir un rasguño en su corazón.

Cerró los ojos durante un instante, evitando mirar la figura femenina que tanto había añorado.

—Era lo más conveniente. Seguirás recibiendo los paquetes de tu hermano, solo que yo no seré el mensajero. Llegamos a un acuerdo —señaló.

—No —protestó con calma—. Tú lo hiciste. Ni siquiera tuviste en cuenta mi opinión.

—Si me permites defenderme, es lo mejor —dijo con suavidad, porque lo último que deseaba era lastimarla—. Claudia, no hagas esto más difícil de lo que ya es.

Ella se dio la vuelta y clavó su mirada en su rostro.

—Me ves como una molestia, ¿cierto? Tus visitas no han sido más que un favor hacia mi hermano.

Zachary negó con la cabeza. Si ella supiera todos los sentimientos que guardaba en su interior no lanzaría semejantes acusaciones.

—No es lo que quería decir.

—Entonces, ¿qué?

Los ojos de Claudia se ensombrecieron, mientras que las gotas de humedad comenzaron a hacerse visibles. Sin embargo, siguió manteniéndose erguida.

—Oh, chiquilla —murmuró mientras avanzaba hacia ella, avergonzado de ser el causante de su desasosiego.

Zachary pretendía estrecharla entre sus brazos y consolarla, aunque en el último momento flaqueó. Las palabras de Radwick seguían resonando en su cabeza: Claudia no le pertenecía. Era tan duro como cierto. Así que se conformó con calmarla masajeando suavemente sus hombros.

—¿Por qué me besaste? —le preguntó ella de repente, consiguiendo que todos los músculos del cuerpo de Zachary se tensaran.

—¡Válgame Dios! —exclamó inquieto—. ¿A qué viene esta pregunta?

—Tú viniste a mi habitación y me besaste —respondió como si fuera obvio—. Nunca hemos hablado de ello porque poco después dejaste Worthington Park. Ahora quiero que me lo expliques: ¿por qué me besaste?

—repitió.

Zachary sacudió la cabeza mientras buscaba un modo de salir airoso de aquella pregunta tan comprometida. No entraba en sus planes confesar a Claudia que la amaba.

—Eso carece de importancia. El pasado, pasado está. Tienes que entender que lo que tuvimos no puede continuar. No debemos seguir en contacto.

Su expresión se descompuso.

—¿Así de simple?

Zachary esbozó una sonrisa cargada de tristeza.

—Nada es simple contigo. —Ojalá lo fuera. No obstante, los sentimientos que lo unían a ella eran demasiado intensos como para no salir lastimado de aquel encuentro.

—Pero tú eres mi amigo —protestó ella.

¿Lo era?, se preguntó con escepticismo. Si por él fuera su papel sería muy distinto; nada de comportarse de un modo tibio y protector.

Fue entonces cuando sintió un fuerte impulso que no desechó. Tal vez se tratara de un triste y patético intento de mantenerla junto a él, sin embargo, no le importó: la necesitaba.

—Entonces, ¿por qué deseo hacer esto?

Claudia fue a contestar sin imaginar su siguiente movimiento: de repente, sintió la boca de Zachary cernirse sobre ella, exigiendo una rendición incondicional.

Casi toda su vida había sido muy cuidadoso con lo que hacía. Nunca se le había nublado el juicio, andando por el recto camino de la integridad. Era de los que pedían permiso y daban las gracias. Y aunque sabía que su relación con Claudia no sería bien vista a los ojos de la sociedad, se escudaba en su amistad con Jason y en el favor que suponía entregar sus regalos. Cuando descubrió que estaba enamorado de ella no hizo intento alguno por conquistarla, dado que estaba comprometida. Quizá Radwick no era lo que merecía, pero no podía inmiscuirse.

Entonces un día la besó.

Probar su dulzura había resultado un duro golpe, porque por primera vez en su vida deseaba algo que estaba fuera de su alcance. Dios era testigo del esfuerzo que suponía estar lejos de ella, controlarse cuando la tenía cerca o incluso evitar declarársele. Pero Zachary no estaba hecho de hielo. Claudia le afectaba como ninguna mujer había hecho antes y aquella mañana todas sus buenas intenciones se evaporaron.

Deseaba volver a saborearla.

Con el corazón martilleándole los oídos, rodeó la cintura con sus brazos mientras su boca se movía sobre ella con autoridad. Lamió, besó y acarició sus tiernos labios sin importar el decoro, mientras que su lengua se iba abriendo paso, atrevida. Cuando ella soltó un tenue jadeo el pecho de Zachary se hinchó de una emoción desmedida. Tal vez no volvieran a verse nunca, pero atesoraría ese momento el resto de su vida.

El deseo fue en aumento de forma precipitada, sobre todo cuando ella apoyó las manos sobre su torso. Sus cuerpos se acercaron en una cálida fricción y las lenguas se envolvieron en un sensual baile. Poseído por un frenesí desconocido hasta entonces, la tomó en brazos y la llevó hasta la cama, tumbándola sobre ella, con Zachary estirado a su lado.

—Eres tan hermosa...

No podía dejar de admirarla, mientras acercaba los labios a su exquisito cuello para dibujar un reguero de besos.

Claudia le obsequió con una gran sonrisa.

—¿Tú crees?

—Ninguna mujer en ese mundo puede rivalizar contigo.

Complacida por sus palabras, Claudia lanzó una deliciosa risita y se atrevió a besarle mientras sacaba las piernas de debajo de la falda y las enroscaba al cuerpo de Zachary.

Con su masculinidad palpitando bajo sus pantalones, sus manos no dejaron de moverse. Los besos se volvieron más sonoros; las respiraciones, más

entrecortadas. Haciendo diversas tentativas, comenzó a desabrochar los pequeños botones de la espalda del vestido. Al principio tuvo cierta dificultad, pero después de los tres primeros los demás no ofrecieron resistencia. Cuando estuvieron sueltos la escuchó decir: —Zachary, tengo mucho calor.

Aquello lo inflamó más, así que bajó el vestido hasta su cintura, dejando el corsé y la blanca camisola a la vista.

—El corazón te late muy de prisa —le hizo notar Zachary, puesto que el pecho de Claudia subía y bajaba a un ritmo inusitado.

—Por ti —contestó, mordiendo ligeramente el labio masculino.

Su cabello había comenzado a desprenderse del peinado y sus mejillas se veían alborotadas.

Como Zachary quería descubrir su piel, le hizo darse la vuelta para comenzar a soltar las cintas del corsé, centrando su atención en la nuca de Claudia y en el lóbulo de su oreja. Los movimientos de su lengua eran circulares, a veces; ardientes en todo momento. Nunca titubeantes. Cuando consiguió aflojarlo, solo la fina tela de la camisola lo separaba del séptimo cielo.

—Cielo Santo —murmuró asombrado cuando los exquisitos pechos de Claudia quedaron a la vista.

Sintió un fuerte deseo de poseerla. Quería entrar en ella, que sus cuerpos se unificaran y oír sus murmullos de placer, mientras sus movimientos se hacían más profundos e intensos. Se trataba de una completa locura, pero anhelaba que Claudia lo experimentara junto a él.

—Zachary...

Con el dedo pulgar recorrió el camino que había entre su clavícula y el nacimiento de sus senos.

Para ella sería la primera vez que disfrutara de los placeres de la carne. Era importante proceder con tacto para que gozara, aunque el dolor existiría sin lugar a dudas. Entonces fue consciente de su virginidad, porque Claudia no

había yacido con ningún hombre.

«Este no es el momento adecuado», le dijo la voz de la razón. Seguía prometida con Radwick, por lo que debían andar con cuidado.

Un latigazo de rabia sacudió todo su cuerpo. No podía ni debía permitir que se casara con él.

—Claudia, debemos detenernos —musitó mientras lamía su aterciopelado pecho y jugueteaba con su sonrosado pezón, incapaz de resistirse.

Zachary jamás había enloquecido tanto ante semejante visión.

Ella solo pudo emitir un tenue jadeo como respuesta. Tenía los ojos cerrados y la espalda arqueada, ofreciéndose a él.

—Claudia, por favor... —repitió, aunque en realidad aquellas palabras iban dirigidas a él mismo, porque era Zachary quien tenía el deber de comportarse con corrección.

Con su masculinidad inflamada y latente, besó sus labios con avidez para despedirse de ellos. No quería separarse de su cuerpo, aunque sabía que era lo correcto.

Se echó hacia atrás y dejó que el aire frío corriera entre ambos. Claudia reaccionó abriendo los ojos de inmediato.

—Zachary, ¿qué ocurre? —preguntó, aturdida.

Tuvo que desviar la mirada para no volver a caer en la tentación que ella suponía, con el corsé suelto, sus pechos liberados, las mejillas ardiendo y sus dulces labios entreabiertos.

«Señor, dame cordura», rezó.

Carraspeó un par de veces antes de sentirse con fuerzas para contestar.

—No puedo seguir adelante, Claudia. Si te beso una vez más no seré capaz de detenerme.

Ella lo observó con sus hermosos ojos verdes, pestañeando con lentitud.

—¿Y eso es malo?

Zachary sintió un tirón en la entrepierna.

—Maldición —soltó por lo bajo, a la vez que se incorporaba.

—Quiero que sigas besándome. Por favor, regresa a la cama.

Aquella sugerencia estuvo a punto de hacerle perder el poco control que todavía conservaba.

—Mujer, me estás matando.

El deseo fue un poderoso rival contra el que luchar. Zachary amaba a Claudia con una intensidad que no creía que existiera, hasta que fue consciente de ello. Besarla, acariciar su cuerpo o deleitarse con su simple visión era un premio que quería reclamar para sí durante toda la eternidad. No obstante, era demasiado valiosa para él como para mancillar su nombre por unas horas de placer. Oh, por supuesto que llegaría el momento de hacerla suya, solo que más adelante.

Claudia estiró el brazo y con el dedo índice tocó la pernera de su pantalón.

—¿Qué puedo hacer para convencerte?

Jamás había visto a Claudia de un modo tan seductor. Debía ser un completo imbécil por rechazarla, aun queriendo ceder a sus peticiones. Sin embargo, era lo que debía hacer.

—Súbete la camisola. Después te ayudaré a sujetar bien el corsé.

Claudia compuso una expresión dolida al darse cuenta de que Zachary no iba a volver a tocarla. Con furia contenida subió los tirantes de la prenda de lino y escondió sus pechos. Después se levantó y, sin dignarse a mirarlo, le mostró la espalda, esperando a que ajustara las cintas del corsé.

Zachary lo hizo en silencio, al igual que abrocharle todos los botones del vestido. Tras ello, le dio la vuelta con delicadeza y le alzó el mentón hasta que ella se dignó a cruzar su mirada.

—Estás decepcionada. Yo me siento del mismo modo. —Claudia fue a protestar, pero Zachary lo impidió cubriendo su boca con la mano—. No es decente. Debemos esperar hasta que estemos casados.

Los ojos de Claudia se abrieron de forma desmesurada.

—¿Casados? —balbuceó.

Zachary asintió con convicción.

—Es lo que debe ser. Hablaré con tu hermano tan pronto me sea posible y le pondré al tanto de la situación —le explicó—. Una boda sencilla y discreta es lo mejor, dadas las circunstancias. Aunque me temo que será imposible evitar un nuevo escándalo.

El pánico pareció invadir a Claudia.

—¡No puedes hablar con Ashton!

A Zachary no le gustó su negativa.

—¿Por qué no? —le preguntó con brusquedad, dejando translucir una pizca de amargura—. ¿No lo consideras correcto, teniendo en cuenta lo que ha sucedido entre ambos? Dijiste que no amabas a Radwick. —Su expresión se volvió adusta—. ¿Me mentiste? ¿Acaso le has ofrecido lo mismo que a mí?

Zachary debería haber escogido mejor las palabras para no ofenderla —lo supo al instante—. Los celos se habían apoderado de él de un modo irracional y no pensó con claridad.

Fue imposible rectificar a tiempo.

—¡Estúpido!

El sonoro bofetón resonó entre ellos con auténtica incredulidad por parte de los dos. Claudia se quedó con la boca abierta y la mano temblando a causa de su propia osadía; Zachary, que sintió dolor, necesitó darse un masaje sobre la piel.

—¡Auch! —se quejó él.

—Lo merecías —musitó ella con voz endeble.

Durante unos segundos Zachary permaneció en silencio, mirándola con fijeza. Cuando habló, se mostró arrepentido.

—Lo siento.

—No lo esperaba de ti. Jamás en mi vida he golpeado a nadie, pero no puedo permitir que pongas en duda mi honorabilidad.

Sus palabras sonaron como otro bofetón, si bien dolieron más. El concepto que tenía sobre ella era el mejor, solo que había dejado traslucir su parte más irracional.

¡Los malditos celos! Sin lugar a dudas, estaba arrepentido de ello.

Zachary inclinó la cabeza hacia ella, deteniéndose a escasas pulgadas.

Trató de no mirar sus labios, puesto que temía volver a besarla.

—No lo hago —trató de explicar, consiguiendo que Claudia esbozara una mueca.

—Ya me acusaste una vez.

—Sin razón alguna —replicó de inmediato—. Voy a convertirte en la señora McGlaton y no he estado más convencido de algo en toda mi vida.

A Claudia pareció agradaarle aquel comentario, porque suavizó el rostro.

Incluso enrojeció levemente.

—Pero tú... yo...

—Sabes que debo mantener una conversación con tu hermano, ¿verdad?

Ella se mordió el labio con cierto grado de titubeo.

—Temo lo que ocurrirá si lo haces —confesó—, puesto que Ashton se ha vuelto un hombre duro e inflexible. No debes olvidar que estoy comprometida con Hamilton, que es el hombre que aceptó para mí.

—No lo hago —declaró, tensando los músculos de la cara. ¿Cómo podía hacerlo? Aquel hombre era su rival—. Pero esa boda no va a celebrarse, dadas las circunstancias —dijo señalando la cama con la cabeza.

El rubor de Claudia fue en aumento, consciente de lo que significaba.

—No debes contárselo a mi hermano, Zachary —le pidió—. Si cree que te has sobrepasado conmigo será capaz de matarte con sus propias manos. No me entregará a ti así como así.

—Le agrade o no, hemos compartido cierta intimidad. Las normas del decoro dicen que debemos casarnos y eso haremos.

—¿Y qué piensas hacer, ir hasta Cavendish Square para decirle que hemos estado a punto de yacer juntos?

Ella tembló visiblemente, por lo que Zachary acarició sus hombros y sus brazos.

—Déjalo en mis manos. Yo me ocuparé.

—¡No puedo! ¿No lo ves? No seré la causante de ninguna tragedia.

Zachary inhaló y exhaló aire con lentitud tratando de insuflar confianza, tanto para Claudia como a él mismo. Sabía lo difícil que resultaría enfrentarse al duque de Redwolf; no era tan ingenuo como para esperar un viaje sin piedras en el camino. Para Ashton Morton, Zachary no sería más que un tipejo cualquiera con ansias de poder y riquezas. Tal vez incluso pensara que había engatusado a su hermana con mentiras y malas artes. Que fuera amigo íntimo de Jason tampoco hablaba su favor, dados los acontecimientos del pasado. Así que apelaría al amor que sentía por Claudia para tratar de ablandarle, aunque mucho se temía que no fuera suficiente. Por lo tanto, no habría más remedio que relatar los hechos acaecidos aquella tarde en la habitación del hotel, aunque sin entrar en detalles.

No era lo que quería hacer, si bien sería su última alternativa.

—Sabré enfrentarme a él —le aseguró—. Ten fe.

—Oh, Zachary. No lo hagas —le pidió.

—Vas a casarte conmigo y no hay más que hablar. Debemos hacerlo.

Zachary no se atrevía a hablarle de amor. Quizá Claudia tuviera algún tierno sentimiento hacia él, pero necesitaría tiempo para llegar a quererle. Por el momento solo podía apelar a un comportamiento decoroso.

—Lo sé. Solo quiero que esperes un poco. Por lo menos deja que piense el mejor modo de decírselo, por favor.

¿Esperar? Zachary se moría por hacerla suya. Y no solo se refería a su cuerpo, sino también a su alma. Dos meses de agonía y los besos compartidos hacía solo un instante habían sido suficientes para darse cuenta de que no iba a dejarla escapar. Sin embargo, no podía negarse a su petición.

Aceptó, suspirando con frustración. Al fin y al cabo, pronto sería su esposa.

Una hora después de haber amanecido en Londres, Claudia se encontraba sumida en un maravilloso sueño, plagado de besos y felicidad. Tal estado de placidez era causado por la declaración de intenciones de Zachary, con una boda incluida. Desde que se supiera enamorada no se había atrevido siquiera a pensar en tal desenlace. No obstante, aunque debía enfrentarse a diversos obstáculos, su futuro brillaba con más optimismo que solo unas horas atrás.

De repente, la claridad de la mañana bañó la habitación. Claudia se tapó con la ropa de cama, molesta por la brusca irrupción.

—Niña, hora de levantarse.

Aun medio dormida, la voz de su tía la sorprendió, pues ella no solía despertarla.

Se dio la vuelta y la miró con los ojos entrecerrados.

—¡Es muy temprano! —protestó.

—No seas malcriada. Levántate para que te ayuden a vestirme.

Su tía Mildred, en bata, no era la única presencia en la habitación. Al parecer, Eloise estaba preparando un vestido para ella, por lo que supuso que era quien había corrido las cortinas.

—¿Dónde está Marjorie?

Era su doncella personal quien se ocupaba de Claudia, no Eloise. Era extraño el cambio.

—Ocupada —fue su respuesta.

No la satisfizo.

—¿En qué? Puedo esperar.

Era preferible hacerlo. Eloise no le gustaba en absoluto desde que supo que tenía órdenes de intervenir su correspondencia.

—No, no puedes. Obedece de una vez.

Claudia frunció el ceño.

—¿Vas a contarme qué está sucediendo?

A decir verdad, comenzaba a preocuparse: no comprendía el porqué de tantas prisas. ¿Acaso habría olvidado alguna cita importante? Era demasiado temprano para ello. Además, aquello no explicaba que las dos mujeres mantuvieran sendos rictus severos en sus rostros.

—Tu hermano quiere verte.

Claudia suspiró, nada complacida con la situación.

—¿No puede esperar a una hora más decente? ¿Después del desayuno, tal vez?

Sin embargo, su sugerencia no fue bien vista por su tía; más bien consiguió crisparla.

—Ya he soportado tus caprichos demasiado tiempo —bramó con firmeza y con los brazos en jarras—. Haz lo que te estoy diciendo, niña.

La brusquedad con la que le habló hizo que Claudia se incorporara de golpe. Su mirada no se había suavizado ni un ápice.

La intranquilidad fue en aumento.

—¿Ashton está bien?

Que su hermano hubiera sufrido un percance era lo único que tenía sentido para ella.

—Lo está en referente a la salud —afirmó—. En cuanto a los demás...

¿Acaso no podíamos tener un poco de paz en esta familia, después de lo que han hecho Jason y Johanna?

La mención de su hermano y de la que era su cuñada hizo que Claudia notase un horrible malestar en el estómago. Sentía que algo no andaba bien, pero desconocía el motivo. Tía Mildred no era una mujer severa, solo la regañaba cuando creía que era necesario. Pero Claudia no había hecho nada de lo que ella estuviera enterada, así que supuso que debía ser grave.

—Está bien, me levantaré —dijo a regañadientes.

Claudia advirtió que su tía lanzaba un tenue suspiro de alivio.

—Ashton te espera en vuestra casa. No le hagas esperar. Sabes que su paciencia tiene límites —le advirtió.

—Entonces, ¿ni siquiera puedo desayunar?

—Cielo Santo, niña. ¿Acaso no te das cuenta de lo urgente que es?

Le lanzó una mirada llena de suspicacia.

—Pero él... ¿está bien?

Su tía suspiró de nuevo, solo que esta vez de exasperación.

—Ya te he dicho que sí. Apúrate.

Bajo la atenta mirada de su tía, Claudia puso los pies sobre la alfombra, se levantó y se calzó las zapatillas de dormitorio, confeccionadas con lana berlinesa. Después lavó su rostro en la jofaina de porcelana con bellas cenefas azules pintadas y eligió un vestido de cachemira.

Su tía iba a retirarse a su propia habitación, pero en ese momento Claudia sintió que debería mencionar un tema que había pospuesto desde el día de ayer. Cuando regresó del Clarige's se había encerrado en su habitación fingiendo un malestar que en realidad no sentía para que nadie se diera cuenta de su felicidad. Estaba convencida de que podrían leer en su rostro lo enamorada que estaba, después de lo sucedido con Zachary. Así que prefirió tumbarse en la cama y dejarse llevar por ensoñaciones románticas.

¿Cuándo tendría lugar la boda?, se preguntó entonces. Detestaría convenir un compromiso largo, porque Claudia se encontraba en un estado de impaciencia.

Había echado tanto de menos a Zachary y sufrido por su abandono que no quería estar separada de él. Tal vez todavía no la amara, pero la deseaba, se dijo con esperanzas elevadas. La había besado en Worthington Park y no se había podido contener en el hotel. Si bien había soñado con una proposición distinta, con palabras bellas y gestos propios de un enamorado, tampoco estaba decepcionada. Y muy pronto se convertirían en marido y mujer.

Cuando fue plenamente consciente de ello, comenzó a pensar en su vida de casada. Lejos de Inglaterra, en un país que le era desconocido, su vida en Philadelphia sería un reto al que enfrentarse. Cómo sería su nuevo hogar o quiénes serían sus amistades eran preguntas que debía hacerse. Además, ¿qué tipo de actividades haría Zachary? No serían tan opulentas como la suyas, por supuesto. No obstante, afrontar aquel reto junto a él sería formidable.

Aquella tarde, la felicidad fue de la mano de la aprensión, porque para poder casarse con el hombre que amaba primero debería enfrentarse a su propio hermano. Sin su apoyo resultaría casi imposible deshacer su compromiso con Hamilton.

Inspiró y exhaló profundamente. Quizá aprovechara que Ashton quería verla para explicarle lo que acontecía en su vida.

Quizá.

—Tía, me gustaría hablar contigo después del desayuno.

La mujer arqueó una ceja.

—¿Sobre qué?

No podía ni debía pasar por alto su intromisión.

—Sé que diste órdenes de interceptar la correspondencia de Zachary.

Necesito que me des explicaciones sobre ello.

Su tía permaneció en su lugar sin dejar traslucir ninguna emoción.

—Tienes razón. Hablaremos de ello después.

Transcurrida una hora, Claudia dejó atrás la casa de ladrillo de tono suave de cinco alturas donde habían crecido todos sus primos. Cruzó Cavendish Square seguida de un lacayo, sin detenerse a inspirar el aire fresco de la

mañana o a contemplar su alrededor. Cruzó la calle evitando los pocos carruajes que transitaban y, andando con ligereza sobre el pavimento, bordeó la plaza, evitando entrar en ella.

El hogar londinense del duque de Redwolf se encontraba al otro lado. Tal vez fuera una coincidencia que la residencia de su tía estuviera tan cerca, pero para la familia Morton siempre fue un hecho beneficioso. Aquel aspecto adquirió todavía más importancia cuando Jason dejó Inglaterra para siempre y el escándalo los salpicó. Con su presentación en sociedad cerca y Johanna ausente emocionalmente, Ashton le pidió a su tía Mildred que fuera la figura femenina que se encargara de la joven, así que desde entonces Claudia vivía con ella.

La casa, construida en el siglo XVIII con piedra blanca, con una destacada cornisa bellamente decorada y con balcones de hierro fundido en el frente, había sido reformada por sus padres décadas atrás. El vestíbulo era amplio, presidido por una amplia escalera con pasamanos moldeados, paneles de madera y frescos en las paredes y en el techo.

—Quiero ver a mi hermano —le dijo al mayordomo, que la condujo directamente hasta el despacho del duque.

Esperaba encontrarse a Ashton enfrascado en la laboriosa tarea de revisar la contabilidad, puesto que desde su regreso a Londres tres semanas atrás apenas habían podido verse, solo coincidiendo en alguna cena. Sin embargo, lo halló mirando por la ventana, con las manos en la espalda. Ni siquiera se dio la vuelta para recibirla cuando anunciaron su presencia.

Claudia, sabedora de su carácter, se sentó prudentemente esperando a que él hablara. Tras un largo momento, Ashton por fin se dignó a hacerlo.

—No voy a andarme con rodeos, Claudia —anunció con un elevado grado de severidad en su tono. No se sorprendió, puesto que solía usarlo muy a menudo—. Tras los últimos acontecimientos que han acaecido en tu vida, y de los cuales estoy muy decepcionado, he decidido que la boda tendrá lugar en seis semanas.

Sin lugar a dudas, Claudia se quedó atónita mientras la cabeza comenzaba a darle vueltas. ¿Cómo podía Ashton estar al tanto? ¿Acaso no había sido lo suficientemente discreta en su forma de proceder o Zachary no había hecho caso de su petición? Debería ser lo segundo, pensó.

Su corazón comenzó a latir a un ritmo inusitado.

—¿Estás enfadado? —le preguntó, aunque ya sabía la respuesta de antemano.

Ashton se dirigió hacia el escritorio para sentarse tras él con su característico semblante rígido. Apoyó los codos en la mesa y sostuvo su barbilla sobre sus dedos entrelazados.

—¿Cómo has podido, Claudia? ¿Dónde han quedado tus valores y tu compromiso con esta familia? Nos has expuesto a todos. ¿No has aprendido de los errores del pasado?

La joven enderezó la espalda, molesta por su ataque.

—¿Te refieres a Jason?

—¡Por supuesto que me refiero a él! —exclamó.

Movió la cabeza, visiblemente decepcionada e indignada.

—Santo Cielo, ni siquiera eres capaz de pronunciar su nombre. Es tu hermano.

Ashton le dirigió una mirada punzante y llena de rencor.

—No merece serlo. ¿Debo recordarte la mancha que pesa sobre esta familia y de quién es la culpa?

—Lamento profundamente que pienses así. Jason siguió los dictados de su corazón. ¿Acaso no te importa su felicidad? —Tan pronto lo dijo se dio cuenta que la respuesta no era necesaria—. Por supuesto que no —dijo en voz alta, aunque para sí.

Sintió una terrible tristeza; desesperanza también. Su hermano había pagado un precio muy elevado por elegir una vida distinta: ser olvidado por los suyos.

—Como duque de Redwolf, mi obligación recae sobre el título y sobre los Morton. ¡Maldita sea! Ni siquiera sabes los sacrificios que hago por todos

vosotros.

Claudia apretó los labios.

—Nunca te he pedido que los hagas.

Por primera vez en esa mañana, la expresión de Ashton cambió. Sin embargo, la reemplazó por una sonrisa burlona que más bien parecía una mueca.

—¿Quién crees que paga tus caros vestidos? La seda, las cintas, los bordados... ¿Y la carne de venado o el pescado de mejor calidad que comes a diario? Por no hablar del ejército de sirvientes de los que dispones. ¿Lo has pensado alguna vez? Todo eso se debe a mis sacrificios y disposiciones.

—Oh, no te hagas el mártir conmigo. Nuestros padres nos dejaron una fortuna.

—Que se hubiera esfumado pronto si no hubiera generado abundantes ingresos —replicó él de inmediato—. Cuesta mantener el estilo de vida al que estás acostumbrada.

Claudia alzó el mentón con dignidad.

—Para mí no es lo más importante.

Ashton se rio abiertamente de ella lanzando una sonora carcajada.

—¡Qué necia eres! Has nacido en el seno de una familia privilegiada que te ha aportado educación, conocimiento y bienestar. Pero a cambio merece una retribución: influencia. Tu boda con Hamilton te seguirá proporcionando esa vida opulenta a la que estás acostumbrada, mientras que los Morton también saldrán ganando.

—¡Solo hablas de posición, dinero y títulos! ¿Qué hay de lo que nosotros deseamos? Al fin y al cabo, somos personas.

Ashton se encogió de hombros.

—Querida hermana, solo somos un peón en una gran partida de ajedrez.

Claudia hizo una mueca, disconforme con lo que él hablaba. No permitiría ser rehén de nadie, ni siquiera de su familia.

—Yo quiero ser dueña de mi destino.

Ashton arqueó las cejas.

—¿Por eso has estado jugueteando con ese tal McGlaton, poniendo en riesgo la integridad de la familia? No lo voy a permitir —le advirtió con aspereza—. Te informo que, a partir de ahora, todo eso se ha terminado. No se volverá a acercarse más a ti. Anoche convine con Radwick en adelantar la boda. —Por un instante, Claudia pareció desconcertada. ¿Su boda con quién?

—. Vas a permanecer en Londres unos días para que la modista tome tus medidas y elijas la tela para la confección del vestido. Cuando todo esté listo, te marcharás a Carmine's Place.

De repente sintió que el aire le faltaba. ¡Ashton no hablaba de su boda con Zachary, sino con Hamilton!

—¿Cómo has...? ¿Cómo has osado decidir algo así sin mi consentimiento?

—¿Qué cómo he osado? —repitió. Claudia asintió—. Tras mi regreso a Londres mantuve una conversación muy inquietante con Radwick. En ella me puso al corriente sobre todo el asunto del escocés: los intentos por acercarte a ti, los mensajes de tu hermano, incluso sobre el incidente del asalto. Y, por supuesto, que le exigió que se marchara. Con toda esa información en mi mano confronté a nuestra querida tía, que terminó confesando saberlo todo, angustiada por habérmelo ocultado. Por supuesto, se mostró muy arrepentida, por lo que estoy convencido de que a partir de ahora no actuará a mis espaldas ni ignorará mis deseos. En cuanto a ti... No sabes la tremenda decepción que sentí al enterarme de todo. ¡Precisamente tú, que has sido víctima del escándalo, has estado a punto de provocar otro!

»Como ni Radwick ni yo podíamos estar seguros de que ese abogaducho escocés cumpliera la palabra dada (no acercarse nunca más a ti), decidí que mis hombres te siguieran para informarme sobre tu paradero y sobre la gente con quien te encontrabas. Al parecer, fue un movimiento acertado, ya que en la tarde de ayer supe que habías estado en el Clarige's.

Claudia se quedó atónita. Tuvo que parpadear varias veces mientras asimilaba lo que acababa de escuchar. Pero de inmediato la sorpresa dio paso

a la indignación.

—¿Con qué derecho te entrometes en mis asuntos? ¿Seguirme? ¡Eso es un acto despreciable, incluso para ti! —gritó, con la cólera creciendo en su interior.

Ashton dio un golpe de autoridad en la mesa.

—Soy el cabeza de familia, además de tu tutor. Ante todo, me debes obediencia y respeto —señaló—. Tu actitud va más allá de lo inapropiado: se ha convertido en una amoralidad. ¡Una dama no visita a un hombre en su hotel! ¿Acaso has perdido toda la decencia?

—Solo pretendía hablar con Zachary —se defendió, aunque sabiamente decidió no contarle la intimidad que compartieron.

—Siento deseos de estrujar el pescuezo de ese escocés. Rata inmunda...

Un arrebató de rabia la sobrevino.

—¡No le llames así! —lo defendió—. Si tienes que culpar a alguien, que sea a mí. Zachary McGlaton es un excelente abogado y una persona honrada.

Él no sabía que yo iría a su hotel.

Vio a Ashton apretar la mandíbula y los puños, mientras un denso silencio se instalaba en el despacho. Tardó un largo rato en contestar.

—Este comportamiento díscolo ha llegado a su fin. De aquí en adelante vas a ser un modelo de virtud según se espera de ti, siendo la futura condesa de Radwick. Por eso, anoche decidimos que casaros cuanto antes es lo mejor.

Claudia se levantó de golpe; tanto, que la silla cayó hacia atrás.

—¡No lo haré! —se negó.

Ashton la contempló largamente, reprobando sus palabras.

—¿Crees que tu opinión me interesa? Aceptaste.

—Eso fue antes —protestó ella.

—¿Antes de qué?

—¡De enamorarme! —exclamó estremeciéndose—. ¡Amo a Zachary McGlaton con todas mis fuerzas!

Claudia creyó que, confesando sus sentimientos, tendría una oportunidad de

enternecer el corazón de su hermano. ¡Oh, cuán equivocada estaba! Iba a comprobar que era tan duro como el granito.

—No me importa a quién creas amar. Cumplirás con lo pactado y no hay más que hablar. —Se levantó, imponiéndose con su estatura, mientras que la amenazaba con el dedo índice—. Escúchame bien: no permitiré otra cosa. De aquí en adelante harás lo que yo diga.

—Santo Cielo, ¿no comprendes? Hamilton no me hará feliz. ¿Cómo puede querer casarse conmigo aun sabiendo todas mis faltas?

Si él era consciente de su visita al Clarige's, ¿por qué no deseaba romper el compromiso?

—Es lo mejor para todos, dado que queremos evitar cualquier escándalo. Y tanto él como yo estamos convencidos de que cuando se celebre la boda desempeñarás el papel de condesa a la perfección. Sobre la felicidad... esto es un matrimonio. ¿Qué esperabas?

—¿Un poco de simpatía de tu parte? —La risa burlona de Ashton consiguió que el interior de Claudia hirviera de furia, resentimiento, decepción y un sinfín de emociones—. ¡Tú no sientes nada! ¿Y sabes por qué? Estás vacío por dentro, Ashton Morton —le lanzó sin medir sus palabras—. No quieres a nadie y nadie te quiere a ti, por eso Jason se marchó bien lejos. ¡Ahora lo comprendo! A todos nos iría mejor si no estuvieras.

—Siento decepcionarte, entonces.

Las molduras tenían su encanto.

Esa era la conclusión a la que Claudia había llegado hacía una hora.

Estaba tirada sobre la cama, pero la cabeza sobresalía de ella. Situada al revés de la posición convencional, Claudia había tenido tiempo de fijarse en el intrincado zigzagueado que decoraba las molduras de su habitación.

Resultaba curioso que no se hubiera fijado antes. También había detectado que no eran del todo blancas, pues había ciertas hendiduras que le parecían poseer cierto color azul, aunque desde su posición le resultaba difícil asegurarlo del todo. Alguien con una curiosidad innata como la de ella podía llegar a saber mucho sobre molduras. Podía convertirse en un tema apasionante. De hecho, sería lo primero que le comentaría a Zachary en cuanto lo...

Una nueva lágrima se deslizó por su rostro húmedo en cuanto su cerebro volvió a conjurar a Zachary. No hizo intento alguno de limpiárselo. Quizá sí con las primeras ochocientas treinta y siete —las había contado *grosso modo*—, mas con el resto había dejado que resbalasen por su mejilla y cayesen al mismo vacío en el que ella se encontraba.

Debía de estar horrorosa. Seguro que si se mirara en el espejo vería una deforme Claudia con una cara hinchada, ojos saltones, desencajados y sanguíneos. No le importaba. Lo prefería así: una imagen exacta de lo que su alma sentía.

Al menos, las molduras y los pequeños detalles de la habitación conseguían alejarla de pensamientos más desesperantes, como que no volvería a ver a Zachary.

Con un bufido de rabia se enderezó y saltó de la cama, quedando parada en medio de la habitación mirando a todos lados. Llevaba encerrada allí por propia voluntad desde que regresó de hablar con Ashton el día anterior.

Incapaz de mantener la compostura por mucho más tiempo, se había encerrado en su habitación con llave. No había querido ver ni hablar con nadie. Había echado a la doncella con ese mensaje y no le había abierto la puerta ni a su tía, que había intentado entrar por lo menos en cuatro ocasiones.

El reloj del pasillo sonó tan puntual como siempre. Desde que estaba ahí encerrada había perdido la noción del tiempo y empezó a contar los gongs cuando ya llevaba unos cuantos sonando. Si tenía en cuenta el ajetreo callejero que se oía a través del balcón, podía deducir que eran las once o las doce.

El estómago gruñó de repente. No tenía nada en el estómago desde hacía más de un día, por lo que no resultaba inesperado. Antes de salir no había podido ingerir ni media tostada o una simple taza de té.

—No importa —musitó para sí—, moriré de hambre si es necesario.

Aunque sabía que no sería capaz, la decisión la hizo sentirse mejor. Con eso dejaba patente que su actitud era más que una mera pataleta, ¿no? Tal vez llegara a oídos de Ashton y se ablandara.

—No lo creo. Ha demostrado tener un corazón de piedra.

O que no tenía, rectificó en su fuero interno.

Pasó a recordar cada palabra dicha por su hermano y el desconsuelo volvió a aparecer. No podía mostrarse tan cruel. Se sentía incapaz de aceptar que Ashton prefería saberla infeliz en un matrimonio que ya no deseaba, que

pletórica en brazos del amor de su vida.

No, Ashton no era cruel, sino malvado.

La ira empezó a instalarse en su pecho y Claudia le dio la bienvenida. La pena era una pérdida de tiempo. Ella era una víctima, una sin derechos ni opciones. La sociedad estaba podrida cuando no dejaba elección a las mujeres que vivían en ella. ¿Nobleza? ¿Riqueza? Una jaula de oro, diría ella.

Estaba tan sometida como la más humilde de las sirvientas. Quizá no del mismo modo, pero esclavas de los designios masculinos, al fin y al cabo. Por ello, tenía derecho a odiar a aquellos que la traicionaban. Ashton sobre todo, pero también su tía. Con ella, lo que más sentía era una decepción muy grande. ¿No debían ayudarse las mujeres? ¿Acaso no eran familia? ¿No la quería como si fuera una hija?

—Pues vaya clase de amor. Compadezco a mis primas.

De ella había esperado comprensión y apoyo, puesto que sabía que estaba enamorada de Zachary. Sin embargo, le había dicho que no pensaba oponerse a Ashton. Claudia la había mirado con incredulidad y ella había apartado la vista. A lo mejor pudiera perdonarla en un futuro, pero para ello faltaba tiempo.

Y Ashton... Oh, Ashton; maldito hermano, maldito tutor, maldito duque y maldito hombre. Nada lo había ablandado, nada. Iba a sacrificarla por el pecado que había cometido Jason. De otro modo...

—Eso no lo sabes —dijo a la estancia vacía—. Era Jason quien te apoyaba.

Su hermano mayor solo se guiaba por las apariencias y el qué dirán. El honor era más importante para él que todo el amor del mundo.

—Oh, Jason, ojalá estuvieras aquí. Estoy segura de que tú estarías de mi lado.

O eso quería creer.

—No, no me quitarán mi fe en él. Eso no lo permitiré.

Entonces pensó en Zachary. ¿Qué debía estar haciendo? ¿Estaría esperando que hiciera lo que había prometido? ¿Se impacientaría? ¿Le habrían informado

sobre la boda?

—Es capaz de venir hasta aquí si no tiene noticias mías.

Y eso no sería nada bueno, puesto que no lo dejarían entrar y no entendería nada. Lo creía capaz de armar un buen alboroto.

—Y eso confirmaría lo que Ashton piensa de él: que es igual que Jason.

Se llevó las manos a la cabeza y así dio vueltas sobre sí misma. Cuando se mareó, unas arcadas le sobrevinieron, aunque logró contenerlas.

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué voy a hacer?

No quería renunciar a Zachary; no ahora que se sabía enamorada. Él no le había dicho lo que sentía por ella, mas no podía ser de otro modo: la amaba.

En caso contrario no hubieran llevado las cosas tan lejos en el hotel ni tampoco pedido en matrimonio.

«¿Pedir? Más bien lo había decidido de forma unilateral y punto».

¿Acaso todos eran iguales?

—No, no dudaré de él. Zachary también es una víctima. Él me quiere.

Tiene que quererme.

Se dio cuenta de que estaba tratando de convencerse. Dadas las circunstancias, las dudas resultaban comprensibles. Si él no la quisiera...

—No importa. No se trata de eso.

No, en realidad, no. Estaba casi segura de que él sentía lo mismo. No se lo había dicho, pero ella tampoco. La cuestión en todo ese asunto no eran los sentimientos de Zachary, sino los suyos. Saberse enamorada lo había cambiado todo. Todo. Ahora había acciones que cobraban pleno sentido y otras que carecían de él. El punto principal era que, si bien antes no le importaba casarse con Hamilton porque parecía un buen hombre y tendrían un buen matrimonio, ahora, con sus sentimientos de por medio, la unión entre ambos resultaba impensable. ¿Cómo podría vivir con un hombre amando a otro? Por mucho que se esforzase Hamilton, por mucho cariño o respeto que ella sintiera por él, seguiría amando a Zachary. Y eso, nada ni nadie lo podían cambiar.

Abrió mucho los ojos y la boca cuando se dio cuenta de un pequeño detalle: por primera vez entendía a Jason, pero entenderlo de verdad. Cada paso, cada modo de actuar cobraban pleno significado y ratificaban su actitud. Siempre lo había defendido, sí, pues adoraba las historias de amor verdadero —y más si su hermano querido era uno de los protagonistas—, aunque siempre había permanecido un pequeño resquicio de incompreensión, dado que, para ella, Johanna era el epítome de la perfección. Por fin, Claudia comprendía el poder arrollador del amor y del efecto que causaba. Cuando aparecía el ser amado, cualquier otra persona quedaba excluida. El amor romántico verdadero no podía compartirse y estaba dirigido única y exclusivamente a la persona elegida. Todo lo demás era otro tipo de amor o se posicionaba en diferentes grados, no había duda.

—Sí, ahora estoy convencida de que Jason sí me apoyaría porque comprendería cómo me siento.

Le sabía mal por Hamilton. Realmente mal. El matrimonio entre ambos era una cosa buena que les habría beneficiado —o al menos lo habría sido de no estar Zachary de por medio—. Mientras su corazón no se dio cuenta de lo que sentía había aceptado el acuerdo, pero ya no. Jason le había demostrado qué sucedía cuando se estaba en esa situación. Él no había llegado a odiar a Johanna porque había elegido alejarse. Si Ashton le impedía echarse atrás —tal y como le había asegurado—, Claudia era capaz de ver con meridiana claridad sus perspectivas de futuro con Hamilton: terminaría por aborrecerlo.

De hecho, ya empezaba a notar los síntomas. Cuando vino a visitarla la tarde anterior, se negó a recibirlo. En cierto modo lo veía como un traidor más.

Estaba convencida de que sabiendo cómo estaban las cosas, su honor debería dictarle dejarla libre. ¿Para qué querría desposarse a una mujer enamorada de otro?

—Porque todos los hombres son iguales —espetó sin que nadie la oyera.

Bueno, todos no. Por suerte, Zachary y Jason pertenecían a una categoría muy distinta.

Ojalá Ashton lo comprendiera.

Así que las cosas estaban mal para ella. Hamilton no parecía tener intención de hacerse a un lado y eso le repugnaba, por mucho que siempre se hubiera comportado bien con ella. Se negaba a tener con él el más mínimo contacto. ¿Acaso su conciencia no le permitía ver las cosas? ¿Qué podía hacer una mujer como ella para librarse de esas ataduras que tiraban hacia tantos lados y la oprimían?

—Oh, Zachary...

El desconsuelo volvió a apoderarse de ella y lloró lo que le pareció un océano entero sin que pudiera detenerse. Solo pensaba que había tratado de hacerle saber a Zachary lo que había pasado enviándole una nota, pero la doncella de su abuela había dicho que no estaba permitido entregar o enviar nada para el señor McGlaton. Eso avivó su dolor.

El golpe en la puerta la sobresaltó y enfureció a partes iguales.

—¡He dicho que no quiero ver a nadie!

El grito, nada propio de su comportamiento habitual, hizo que le doliera la cabeza.

—Milady —la voz de su doncella llegó amortiguada desde el otro lado de la puerta—, tiene visita.

Una leve y diminuta esperanza se instaló en su corazón. ¿Podría ser que...?

Se acercó a la puerta tambaleante, pero no abrió.

—¿De quién se trata?

Marjorie no subiría solo por una visita sin importancia.

Al acto, algo se deslizó debajo de la puerta y apareció un ¿papel? Lo cogió.

No, era una tarjeta de visita en la que se leía con letras muy floridas «marquesa de Whittock». La miró con incredulidad.

—Milady, la visita me ha pedido verla para hablar con usted en privado.

—Creo haber sido muy clara y precisa cuando dije que no se me molestara por nada. No deseo ver a nadie.

Se alejó de la puerta, furibunda. No tenía tiempo para perderlo en compañía

de la hermana de Hamilton, que a buen seguro trataba de abogar por él.

—Lady Claudia, por favor, déjeme entrar. No quiero que nadie me escuche. Eso último, Claudia apenas lo oyó. A su pesar, estaba intrigada. Y aburrida.

Se acercó despacio y solo abrió apenas una rendija. Vio la preocupada expresión de su doncella y nadie más a derecha o a izquierda.

—Pasa.

Marjorie no dijo nada cuando vio los estragos de su sufrimiento, pero Claudia detectó la pena en sus ojos. Esa chica era buena con ella y no la estaba tratando bien.

—Habla.

—Bien —dijo tras un breve carraspeo—. Lady Whittock imaginaba que se negaría a recibirla, por lo que me ha pedido máxima discreción cuando le entregara esto.

Alargó un sobre sellado que Claudia tomó enseguida. Al abrirlo encontró un papel color marfil. Miró a su doncella antes de leerlo.

—Pensé que lo tenías prohibido.

—Me advirtieron sobre el señor McGlaton —aseveró tras un encogimiento de hombros decidido—, no sobre lady Whittock. Además, ¿quién va a imaginar que semejante dama va a darme un sobre a escondidas?

A su pesar, Claudia esbozó media sonrisa.

—¿Y dices que está abajo?

—En la salita para visitas. Su tía no ha visto mal su presencia y la está acompañando. Pero no se preocupe, me ha hecho llamar antes y ha tenido tiempo de pedirme este favor.

Como no era un comportamiento típico, Claudia cedió y desdobló el papel.

En ella decía...

*Si deseas estar con Zachary McGlaton, te interesará lo que he de decirte.*

\*\*\*

Mientras fingía estar escogiendo un libro, Zachary no dejaba de mirar a todos lados cada cierto tiempo, esperando la llegada de lady Whittock.

Habían quedado en esa céntrica y popular librería para que nadie sospechara de la posible coincidencia. Cuando la viera, ella le diría cómo estaba Claudia y si aceptaba el alocado pero necesario plan.

Estaba nervioso, lo reconocía. A él también le había sorprendido recibir la misiva de esa mujer; mucho más cuando le reveló que era ella quien enviaba las notas en Somerset y el porqué de todo ello.

—El motivo es lo más prosaico y natural del mundo —le había explicado—: la venganza.

»Aunque parezca mentira, en su día, yo también estuve en una situación parecida a la de ustedes. Amaba a un hombre que no estaba a la altura de las expectativas de mi hermano mayor, que en ese momento ejercía de tutor. Lo intenté todo, incluso fugarme, pero nada funcionó.

»Verá, señor McGlaton, la diferencia de edad con el entonces conde de Radwick era considerable, por lo que siempre lo vi más como un segundo padre que como un hermano. No obstante, con Hamilton no sobrepasaba los dos años y siempre habíamos mantenido una relación estrecha y afectiva.

»Por ello entenderá que acudiera a él para que intercediera por mí ante nuestro hermano mayor, puesto que por aquel entonces solía comprenderme y compartíamos ideas parecidas. Mi sorpresa fue mayúscula cuando, no solo se negó a ello, sino que dijo estar de acuerdo. Me sermoneó sobre mis deberes como hija y hermana de condes y se aseguró de hacerme saber por primera vez que ambos habían escogido a un hombre adecuado con el que unirme.

»No le resultará extraño entonces que le guarde rencor por eso. Acabé siendo marquesa, es cierto. También terminé por guardarle afecto a Solomon y he tenido una buena vida, pero cuando descubrí lo que ocurría entre usted y lady Morton —lo cual no fue tan difícil, la verdad—, me propuse no hacerme a un lado. Con ello mataba dos pájaros de un tiro: les ayudaba a tener el final feliz que se me negó y, de paso, daba a probar a Hamilton un poco de su

propia medicina. Como yo lo veo, solo recibe un pequeño escarmiento; una acción que le recuerde el mal que me hizo. A pesar de todo es mi hermano y lo quiero, así que creo haber sido bastante benévola en su castigo.

Zachary la escuchó incrédulo, pero se guardó sus opiniones. Al fin y al cabo, si todo terminaba bien, todos tendrían lo que deseaban —menos lord Radwick y Ashton, por supuesto, pero no le importaba—.

Lady Whittock había intentado la solución más fácil en Somerset: romper el compromiso por medio de un pequeño escándalo. Con las cartas, le había asegurado, solo pretendía destapar lo que había entre ambos para que a Hamilton no le quedara más remedio que romper el compromiso.

—Pero infravaloré a todos los jugadores, por decirlo de alguna manera —comentó como si nada—. Reconozco que me frustré un poco cuando nada de lo que planeaba daba resultado. Fue decepcionante averiguar su marcha y el motivo. Pensaba que lucharía por ella.

Zachary no respondió a eso. No quería enfurecer al único posible medio para tener a Claudia consigo. Lady Whittock aseguró saltar de alegría cuando supo por boca de Hamilton el lío que habían montado y que Ashton les había desbaratado todo.

Ahora solo debía esperar a que hablara con Claudia y le contara eso mismo. Como ella misma había asegurado: «nadie sospechará de mí», lo cual estaba en lo cierto. Por si todavía lo vigilaban, se encargaría de todos los detalles para que pudieran estar juntos. Ahora solo debía esperar a que apareciera y le confirmara la aceptación de Claudia; entonces acordarían día y lugar. Por ella, Zachary estaba dispuesto a todo y renunciar a lo que fuera.

Esa mujer era ya lo único para lo que vivía.

Cuando la puerta del establecimiento se abrió y apareció lady Whittock, el corazón de Zachary vibró de emoción.

\*\*\*

No había oscurecido todavía cuando Hamilton llamó a la puerta de una pequeña y apartada vivienda. No importaba. La niebla cubría esa tarde cada palmo de terreno y nadie lo vería. Le había sido más difícil transitar por las carreteras con ese tiempo, pues la visibilidad era escasa, pero valía la pena.

—¿Quién va? —preguntó una conocida voz.

—Soy yo.

La puerta chirrió y el amado rostro de Vivian apareció.

—No te esperábamos.

Hamilton entró y recibió gustoso el beso que ella le dio. Se separó justo cuando oyó el chillido de alegría de su hijo, que lo miraba con la boca abierta y desdentada, acostado en la única cama de la vivienda.

—Lo estaba cambiando—explicó ella.

Se acercó a Weston, que pronto cumpliría un año, y lo cogió en brazos, sin preocuparse por si se le orinaba encima.

—¿Cómo está mi niño? —Y se sintió encantado cuando este quiso decir «papá». Le dio un beso en la regordeta mejilla y se lo devolvió a Vivian, que se apresuró a vestirlo de nuevo.

Mientras ponía un tronco en la chimenea, ella se acercó de nuevo con el hijo de ambos en brazos.

—¿Cómo están las cosas?

Hamilton suspiró con frustración.

—Encarriladas, creo. Por suerte, Ashton está convencido de que Claudia y yo debemos casarnos. De otro modo lo tendría difícil. No será capaz de convencerlo para anular la boda.

—Gracia a Dios.

—Sí. He trabajado demasiado duro en ese compromiso como para que venga un estúpido americano y lo eche todo a perder.

—Están enamorados.

Hamilton la miró con malhumor.

—¿Los defiendes? ¿Qué será de nosotros si esa boda no se celebra?

—No me malinterpretes. Sabes que te apoyo en todo. Comprendo también que no tienes dinero y que debes casarte con ella. Ojalá fuera de otro modo, pero no podemos elegir. Solo digo que...

—¡No, Vivian, no debes pensar en ellos! Juzga todo lo que he tenido que hacer para poder daros a ti y a nuestro hijo una vida digna. Si pudiera darte mi nombre...

—Pero no puedes.

No, no podía. Las cosas eran como eran. Nadie tenía la culpa si se enamoró de la institutriz de su hermana. Tampoco que no quisiera separarse de ella cuando el trabajo de Vivian terminó. Adivinó demasiado bien qué pasaría si se le ocurría contárselo a alguien. Su hermano quedaba descartado — demasiado severo y con mucho peso sobre sus hombros— así que la hizo su amante. Cuando este murió entre el escándalo y se enteró de las enormes deudas que acechaban al título, supo que no podía hacer nada más que lo que había hecho: esbozar un plan que duraba ya tres años y que no tardaría en culminar.

Primero ocultó bien a Vivian, borrando de paso parte del rastro de su vida anterior para que un sagaz Ashton no lo descubriera antes de la boda.

Después le propuso al duque de Redwolf la boda con Claudia, a la que conoció en su primera temporada. Cuando estuvieran casados y con la dote de la joven Morton bien amarrada, Vivian y su hijo pasarían a vivir más cerca de él.

El americano había sido una sorpresa, lo reconocía. También la actitud de Claudia. La creía incapaz de tal comportamiento. En eso la había juzgado mal. Debía de parecerse demasiado al otro hermano. Por suerte, el único que contaba era Ashton. Él tenía el poder de arruinar su vida o de enmendarla para siempre. Con él había jugado bien sus cartas para conseguir engañarlo pese a sus múltiples recursos. Con mencionar la palabra «escándalo» ya reaccionaba con la severidad y contundencia que deseaba. Solo debía mantener la compostura y conseguir llevar a Claudia al altar.

Según sus cálculos, el americano no tardaría en desaparecer.

Apretó la mano de Vivian y sonrió. El final tan esperado estaba cerca.

—Valor.

Claudia no fue capaz de sonreír a Fannie de lo nerviosa que se sentía.

Apenas había dormido y notaba los músculos agarrotados. Los dos días anteriores, llenos de un ajeteo silencioso, terminaron por afectarla.

Había vivido la confesión de la que hubiera sido su cuñada con perfecto estupor. Necesitó una copita de licor para que su cerebro retuviera el mensaje que trataba de transmitirle. Si quería estar con Zachary había un modo; solo debía seguir al pie de la letra las instrucciones.

Primero sintió una euforia absoluta que dio paso al pánico más rotundo cuando se percató de a lo mucho que debía renunciar para estar con Zachary.

Comprendió entonces que debía marcharse de Londres y del alcance de su hermano, lo que suponía irse como si fuera una ladrona en medio de la noche.

No podía decirle nada a nadie ni despedirse siquiera. Su tía, sus primas...

Además, nadie debía albergar ni la más mínima sospecha de cuál era el plan hasta verse lejos, lo cual planteaba un problema que la buena de Fannie también había calibrado. Solo podía contar con su doncella personal, que había demostrado una fidelidad extrema. No solo para ayudarla a preparar el reducido equipaje, sino para poder sacarlo a escondidas, dado que nadie la

tenía bajo estrecha vigilancia. Asimismo, debía marcharse también, pero con ellos. De otro modo, Ashton podía encontrarla y obligarla a hablar antes de que fuera demasiado tarde. Gracias al cielo, la muchacha aceptó.

Con solo dos días de plazo había habido mucho que hacer. Como Claudia fingía estar recluida resultó fácil tenerlo todo dispuesto. Todo lo demás dependió de Marjorie y Fannie, que se aseguró de establecer una visita para «obligarla» a salir de su reclusión autoimpuesta.

Y ahí estaban, en una supuesta salida a tomar un té caliente y comprar cuatro fruslerías. Todo con el beneplácito de su tía.

—Me parece todo demasiado fácil —soltó sin mirar a su salvadora y mientras observaba el pasar de las calles que no sabía si volvería a ver.

—Es que lo ha sido, querida. Lo complicado empieza ahora; no porque podamos tener problemas, sino al futuro al que debes enfrentarte.

Claudia cabeceó y apartó la mirada, intentando mantener la compostura.

Todo tenía un precio, le dijo Jason una vez por carta. Cuánta razón tenía. Para asegurar su felicidad estaba a punto de destrozar la de otros y renunciar a todo lo que había conocido hasta ahora.

Pensó de nuevo en Jason —los paralelismos a grandes rasgos resultaban abrumadores— y en su cuñada Ayleen. Si ellos habían sido capaces, ¿por qué ella no?

—Céntrate en lo que más deseas —le susurró Fannie muy cerca.

Y eso, gracias al cielo, la salvó de caer en la desesperación. Sí, debía concentrarse en eso, en el motivo de todo eso: Zachary. Quería estar con él por encima de todas las cosas; ser su esposa. Él la ayudaría a adaptarse a esa nueva vida hacia la que se dirigían y que le era tan desconocida. No se marchaba con las manos vacías —aunque el grueso de su fortuna no estaba en sus manos—, tampoco serían pobres —Zachary seguía teniendo un trabajo respetable—. Mientras estuvieran juntos, ella podía aguantar lo que fuera.

De nuevo pensó en Ashton, que una vez más se vería salpicado por un escándalo sin tener la más mínima culpa. Ojalá se hubiera mostrado

comprensivo, humano. Le hubiera gustado darle los millones de besos que hacía años que no le daba, sentir su abrazo fraternal y su aprobación. Tal vez no una sonrisa, pero sí contemplar en sus ojos el deseo de verla feliz.

—Primera parada.

Sacada de su pena, agradeció detenerse. Si sus pensamientos seguían por ese camino terminaría convertida en un mar de lágrimas sin remedio. Eso sí llamaría la atención.

Intentando mantener un aspecto neutral, ambas salieron del carruaje, detenido delante de una mercería.

—Si debemos contar una mentira, que sea lo más real posible —había dicho Fannie.

Allí habían acordado encontrarse con Marjorie, que había salido de la casa de su tía por su cuenta.

Media hora después, y con los nervios de punta, las tres reemprendieron el viaje, esta vez sí, hacia el puerto.

\*\*\*

La mañana para Zachary no había sido mejor, pero por motivos distintos.

El mozo al que había pagado para que sacara su equipaje del hotel a escondidas y lo llevara al puerto le había asegurado que ya estaba hecho.

También había cancelado su estancia y abonado lo que debía, para salir del hotel a pie como si pretendiera volver.

Los días pasados habían establecido una rutina por si alguien todavía lo hacía seguir. Mejor ser precavido. Había dejado los otros detalles de su marcha a lady Whittock. Lo único que debía hacer era estar en el puerto a la hora convenida, poco antes del mediodía. Sabía que viajarían en un mercante porque había dado dinero a la marquesa para que el capitán les permitiera ir con ellos hasta Le Havre. Una vez allí permanecerían en un balneario, donde contraerían matrimonio, para poco después viajar en transatlántico hasta

Nueva York, donde Ashton ya no podría hacer nada.

Jugando al juego del despiste por si acaso, Zachary entró en un comercio que sabía tenía salida trasera. La había descubierto dos días antes y le ofreció unas monedas al dueño para que le dejara utilizarla. Como estaba previsto salió a un callejón trasero que, tras unos giros después, le llevaba justo hacia la calle paralela, donde le esperaba un carruaje.

—Lo siento, no está libre —le advirtió el cochero.

—Ahora sí.

Le pasó un billete y subió al mismo tiempo que este emprendía la marcha hacia el puerto.

Cuando llegó hasta el muelle acordado, Zachary no vio a nadie, ni siquiera a Claudia. Hizo caso omiso al escalofrío que lo recorrió y dejó de pensar en que ella pudiera arrepentirse y decidiera no irse con él. Salió en busca del capitán y poco después volvió, sin que nadie apareciera, por lo que decidió esperar en el vehículo.

Cuando veinte minutos después vio acercarse al carruaje de la marquesa, sintió que todos sus músculos estaban en tensión. Se detuvo justo al lado y vio a Claudia a través de la ventanilla, consiguiendo que parte de la rigidez desapareciera; mas la ansiedad del rostro femenino hizo que esta regresara.

Se apeó y abrió la portezuela. Tres mujeres lo miraban con distintas expresiones pintadas en el rostro. La única que no parecía afectada en absoluto era la marquesa. De todas formas, ¿por qué habría de estarlo? No se jugaba nada. Ese plan podía ser un modo más de paliar el aburrimiento.

Escrutó a Claudia con detenimiento.

—Señoras, ¿me permiten hablar con lady Claudia en privado? —preguntó sin dejar de observarla.

—No se alargue, McGlaton. Sabe que no disponemos de todo el tiempo del mundo —repuso lady Whittock.

—Soy muy consciente de ello, milady.

Alargó la mano hacia su amada y esta se la tomó sin decir nada. La ayudó a

bajar para luego instarla a entrar en el carruaje de alquiler que lo había traído. Una vez dentro, a solas, preguntó a bocajarro: —¿Seguro que quieres hacer esto?

Ella pareció sorprendida, pero Zachary consideraba que era justo preguntar. Si iba con él la quería a su lado sin ninguna duda.

—Estoy aquí, ¿no es cierto?

Él suspiro.

—Eso no me basta. Soy consciente de lo mucho que dejas atrás, así que necesito que después no te arrepientas del paso que estás a punto de dar.

Quizá si hubiéramos tenido la oportunidad de hablarlo cara a cara en lugar de a través de lady Whittock, las cosas serían distintas para ti —¿Y para ti, Zachary, lo serían?

—No —respondió con absoluto convencimiento—. Y no me gusta que lo dudes. No te haría pasar por todo esto si pudiera evitarlo. Quiero estar contigo, ser tu marido. Te amo demasiado como para renunciar a ti con tanta facilidad. Por eso me aferro a esta inesperada ayuda que nos proporciona la marquesa.

—¿Me-me amas?

Ahora el sorprendido fue él.

—Por supuesto, Claudia. —Se sentó a su lado y le acarició el rostro—.

Eres lo más preciado para mí. ¿Acaso no te lo he dicho?

Y justo cuando hacía la pregunta, lo supo.

—No, no lo has hecho.

—Yo..., lo siento, lo siento mucho. Pensé que... Oh, no sé ni lo que pensé.

Daba por hecho que mis sentimientos eran evidentes. Te quiero desde hace tiempo, Claudia. Tu risa, tus ganas de vivir, esa entereza. Lo adoro todo de ti.

—Oh, Zachary.

Y se lanzó a sus brazos con ímpetu.

Zachary la abrazó fuerte y olió el perfume de su cabello, ese que el sombrero no podía cubrir. Le dio besos en la oreja y en la mejilla, hasta que sus bocas

se encontraron.

—Oh, señor —musitó. Nunca se cansaría de ella. Su sabor era exquisito.

Tenerla con él así resultaba abrumador para sus sentidos. Debía apartarse o montaría un espectáculo que no podían permitirse—. Claudia...

—Te amo, te amo. —Parecía rezar ella entre besos.

Zachary se dio cuenta también de que era la primera vez que ella admitía eso en voz alta. Se le paró el corazón de puro gozo. Hasta ese momento, una minúscula parte de él no tenía la verdadera certeza del motivo por el que Claudia quería marcharse con él.

—Nuestra vida será espléndida, ya lo verás —le dijo entre besos.

—Lo sé, lo sé. —Con los ojos cerrados, y sonriente, Claudia se dejaba hacer.

—Amor, detengámonos o esto se nos irá de las manos.

—Me encanta cuando me dices eso. —Su resplandeciente sonrisa lo iluminaba todo.

—¿El qué, amor?

Ella asintió.

—Es que lo eres. Mi amor, la dueña de mi corazón, la razón por la que respiro y hago planes. Ni te imaginas las veces que he tenido que ingeniármelas para desviarme de mi trabajo y venir a verte; o de contenerme para no hacerlo tan a menudo.

—¿De verdad? Cuéntame más.

Zachary rio.

—Pues en alguna ocasión estuve a punto de pedirle a Jason que te escribiera con más asiduidad para así tener la oportunidad de venir más seguido.

—¿Aunque fuera arriesgado?

—Por ti me expondría a lo que fuera, Claudia, a lo que fuera. —Se puso serio. Quería que tuviera la certeza de lo valiosa que era para él.

—Lo sé. Lo veo. —Recorrió con las yemas de los dedos sus cejas, como fascinada—. No entiendo cómo he podido estar tan ciega.

—Tienes defectos como todos, cielo, pero te amo igual.

Ella volvió a reír y Zachary sintió que esa risa podía alimentarlo por meses.

Le besó la mano por encima del guante con devoción.

—Estoy deseando que seas mía.

Claudia lo miró con gravedad.

—No tengas ninguna duda de que ya lo soy, Zachary. Nada ni nadie podrá cambiar eso. Pase lo que pase...

Unos golpes desde fuera los sobresaltaron. Sin saber por qué, miró con terror la puerta.

—Tortolitos, debéis dejarlo ya. Se hace tarde.

La angustia que había sentido no se evaporó por completo. El pánico debía haberse reflejado en su rostro, porque ella preguntó: —¿Qué sucede, Zachary?

—Nada, tonterías mías.

—Zach...

—No sé... —se pasó las manos por el pelo y la barba—, tengo la sensación de que todo va excesivamente bien, que resulta demasiado fácil. — Por la expresión que puso ella, supo que no iba desencaminado—. ¿Tú también lo sientes? —le preguntó.

Claudia asintió.

—Claudia, señor McGlaton —volvió a llamar la marquesa.

—Ya salimos. —Miró a Claudia—. ¿Estás lista?

—Sí —afirmó con toda la convicción del mundo.

Ambos dejaron la intimidad que ofrecía el carruaje y miraron a todos lados, pero solo vieron a marineros que no les hacían caso y a la marquesa de Whittock junto a Marjorie.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder. El barco va a zarpar.

Era la hora de las despedidas.

—Muchas gracias por todo, Fannie. Te debemos mucho.

Se cogieron de las manos en señal de gratitud.

—En absoluto. Digamos que el favor ha sido mutuo. Escribidme para

contarme lo felices que sois.

—Lo haremos tan pronto sea seguro. De nuevo, gracias.

—Gracias también de mi parte, lady Whittock. Diga lo que diga, sin su ayuda nada de esto hubiera sido posible.

—Podéis agradecermelo poniendo mi nombre a vuestra primera hija. —Y río de su propia broma.

—Haremos lo que podamos —aseguró Zachary—. Vamos, Claudia.

—Marjorie, síguenos.

El capitán los esperaba en la pasarela que les llevaría lejos de allí.

—Bienvenidos, señor, milady.

—Gracias por su hospitalidad.

Este solo sonrió y movió la mano dándoles paso. A medio camino, Claudia se giró y él hizo lo mismo. Vieron a la marquesa en el mismo sitio donde la habían dejado. Parecía no querer perderse su partida. Estaba punto de volverse cuando aparecieron cuatro carruajes a toda velocidad.

Sobrepasándoles iba un jinete con un caballo oscuro que se dirigía hacia allí.

—¡Ashton!

El presentimiento se hacía realidad. Paralizados los tres en medio de la pasarela contemplaron el salto de Ashton, que se quedó inmóvil junto al capitán del mercante. Si no lo considerara un impedimento para lograr su felicidad —casi un enemigo—, podría haber admirado el porte elegante y duro de ese hombre rubio que no apartaba la vista de todos ellos.

—¡Alto!

Los carruajes se detuvieron también junto a él. De uno de ellos salió el conde de Radwick y Zachary apretó los dientes. Un poco más al lado, la marquesa parecía no saber qué hacer.

—¡Me marchó, Ashton, no intentes detenerme! —gritó Claudia.

Zachary puso la mano en su brazo para transmitirle tranquilidad, aunque por dentro sintiera todo lo contrario a ella.

Ashton vio el gesto y endureció las facciones.

—McGlaton —dijo en voz alta y clara, como si no sintiera nada—, se está llevando algo que no le pertenece.

—Ella no es una cosa, Redwolf —soltó con la intención de irritarlo—.

Tiene ideas y sentimientos propios. Quiere marcharse conmigo.

—Está claramente confundida. Me pregunto con qué habrá estado engañándola.

—Estoy aquí presente, por si no os habéis dado cuenta —les interrumpió sin piedad—. Nadie me obliga a nada, Ash. Me voy por propia voluntad.

—Pues lo siento por ti, pero deberé, una vez más, desencantarte. No puedes irte sin mi consentimiento. Dado que soy tu tutor, no eres libre para hacer nada que se aleje de mis deseos. Tenemos un compromiso que cumplir, por si no lo recuerdas.

Claudia le echó un rápido vistazo a Hamilton y se tensó, por lo que Zachary volvió a tomar las riendas de la conversación.

—Tu hermana lo ha dejado bien claro. Debes dejarla ir.

Ashton los observó detenidamente, mas no respondió. Por el contrario, giró la cabeza para dirigirse al capitán, que aguardaba a su lado, expectante.

—Señor, soy el duque de Redwolf. —Su voz fría resultaba impresionante por la seguridad y poder que desprendía—. Esa mujer de ahí que usted pretende llevarse en su mercante es mi hermana. El hombre a su lado la ha secuestrado...

—¡Eso no es cierto! —gritó Claudia al punto.

—Como tal —continuó Aston, como si ella no hubiera dicho nada—, si lo ayuda a llevársela, será acusado, juntamente con el señor McGlaton, de los mismos cargos. Usted decide.

Zachary no necesitaba mirar al capitán para saber qué decisión iba a tomar.

El hermano de Claudia había elegido bien los motivos y los dejaba a la deriva.

—No te preocupes, Claudia, no me rendiré. Lucharé por ti contra quien sea

necesario, tanto si es tu hermano como si es el mundo entero.

La angustia con la que lo miró resultaba más dura de asumir que cien acusaciones de secuestro juntas.

—Zachary —le susurró—, puede hacerlo de verdad.

—Lo sé.

—Igual se viene conmigo, Redwolf. Nadie me lo impedirá. Ni siquiera tú, y mucho menos él —soltó, dirigiéndose al conde de Radwick.

—Entonces —dijo como si tal cosa—, no te importará que utilice a mi gran amiga la pistola para que cambie de opinión. —Y sacó del bolsillo de su gabardina una magnífica y reluciente arma que apuntó a Zachary.

—¡No, Ashton, así no!

—Uno hace lo que tiene que hacer. Es tu decisión, Claudia.

—¡No, Claudia! —susurró con vehemencia mientras posaba sus manos en sus mejillas—. No lo haremos así. Algo se me ocurrirá. Lucharé por ti. —Veía la preocupación en sus ojos y temía que se sacrificase para salvarlo.

—Si vuelves a casa —continuó Ashton, sabedor de que no debía dejar de hablar— y te olvidas de esta locura, dejaré que se vaya. En caso contrario, lo haré apresar ahora mismo por esos alguaciles —señaló a los tres hombres, tan fornidos como Zachary, que esperaban— y lo acusaré de secuestro. Te prometo que no verá la luz del sol por muchos, muchos años.

Zachary comprendió que poco podía hacer ya. Aunque Ashton había sido sagaz al llevar allí a hombres que podían vencerlo, hubiera podido con ellos.

Se hubiera enfrentado incluso a los absurdos cargos que después no lo serían tanto. Lo único que lo derrotaba era ver que Claudia no veía salida para él y que querría salvarlo a toda costa. Así era ella.

—Claudia...

—No, Zach, no. No debes hacerlo. Tengo que mantenerte a salvo.

—No te sacrifiques. No es tu responsabilidad. Déjame decidir qué es lo que quiero.

Ella no le hizo caso y se giró hacia su hermano.

—Si lo hago, debes darme tu palabra de hombre de que él quedará libre; que nadie lo tocará.

Se hizo el silencio unos segundos.

—Si no se acerca a ti de nuevo, te lo prometo.

Y con eso quedó claro que así se haría.

Claudia se dio la vuelta hacia él y lo besó delante de todos. Se separó tan rápido como había empezado y, con lágrimas en los ojos, le dijo: —Vive por mí. Vamos, Marjorie.

Descendió junto a su doncella y se dirigió al carruaje que las había llevado hasta allí. El conde de Radwick se acercó para ayudarla a subir y ella lo rechazó con un gesto brusco, lo que le arrancó una sonrisa triste.

—¿Cómo vivo, Claudia, cómo?

Carmine's Place, Buckinghamshire.

La antigua mesa de la casa familiar estaba llena de Mortons. De hecho, superaban en número a todos los demás.

Por ello, un conocido de la familia podría aventurar que el ambiente — dado el carácter mayoritariamente alegre de los Morton—, resultaría agradable y festivo.

Parecía un funeral.

En cambio, era la cena formal previa al enlace del día siguiente, donde Claudia contraería nupcias, por fin, con el conde de Radwick.

De hecho, la futura novia se veía espléndida con un vestido de seda verde y flores blancas adornando su recogido y acentuando su cabello negro y su tez clara. No menos apuesto parecía el prometido, que lucía un chaqué que le sentaba como un guante. El detalle del pañuelo verde, a juego con el vestido femenino, resultaba adorable.

Claudia sentía náuseas.

A esas alturas, ya se lo había planteado. ¿Qué pasaría si estropeaba la velada manchando, tal vez, el traje de Hamilton? ¿O quizá el de Ashton? El

suyo quedaba descartado. Seguro que la mandaban cambiarlo por otro para regresar de inmediato.

—¿Te apetece más vino? —le preguntó su primo Ryan, sentado justo a su derecha—. Quizá tu borrachera daría un poco de vida a esta celebración.

—Ryan, no es el momento para tus bromas —intervino Ashton, sentado al otro lado de Claudia, justo en la cabecera (como no podía ser de otro modo).

No les quitaba ojo de encima.

—Pues creo que es justo lo que esto necesita —soltó sin inmutarse y señalando al resto de la extensa mesa—. Un velatorio resultaría más entretenido.

En otras circunstancias, Claudia le seguiría el juego a su primo, al que apreciaba de verdad. Este era el único hijo varón de su tía Mildred y, de momento, el heredero de Ashton, que había venido *ex profeso* para el enlace que iba a celebrarse mañana. No obstante, Claudia no estaba de humor, por decirlo de alguna manera.

—Ryan, no intentes hacerle enfadar; jamás lo conseguirías. Para ello necesitaría que tuviera sentimientos. Además, estás equivocado. Esta fiesta me resulta muy, pero que muy alegre. ¿No ves cómo me divierto? Ja ja ja.

Tras su ocurrencia, Ryan tuvo el buen tino de esconder su sonrisa tras la copa. Ashton ni se inmutó. En su misma situación, y ante la pasividad de ella, otro hermano habría explotado obligándola a mantenerse callada, pero no Ashton. Él solo la miró con ese rostro impertérrito y frío de quien no se deja conmovir por nada.

Una vez más, Claudia no se sorprendió. En su lugar, paseó la vista por los comensales. Como miembros de la familia que habían sido invitados se encontraba tía Mildred, todas sus hijas con sus respectivos maridos y su primo, que a sus veintinueve años todavía permanecía soltero y feliz de serlo.

Del otro lado estaban Hamilton, los marqueses de Whittock, una tía —hermana de su difunto padre—, junto al marido y las dos hijas casaderas.

En total sumaban casi una veintena de personas, prácticamente los únicos

que asistirían al enlace, que se celebraba de forma íntima. Con total seguridad, al día siguiente acudiría algunas personalidades eminentes del condado y algunas de locales, pero dado el escándalo, Ashton había tenido el buen tino de celebrar esa pantomima lo más privada posible, lo cual resultaba ser en la pequeña iglesia de Greenville.

De repente sintió que no podía dar un bocado más. El delicioso postre de crema se le atoró en la garganta y temió que esta vez sí terminaría por devolver lo poco que había ingerido. Había aguantado demasiado desde que se alejó del lado Zachary, mostrando una actitud resignada —más que nada porque ya todo le daba igual—. Enfurecerse, luchar y rebelarse no habían servido para nada. Es más, con su ingenuidad, no había previsto las posibles consecuencias para Zachary. No podía ser la culpable de privarlo de su libertad. Ella se sacrificaba con gusto si con ello lo dejaban en paz.

—Si me disculpan. —Se levantó sin pensarlo. Necesitaba unos minutos a solas.

Los caballeros se levantaron y no vio las miradas de preocupación.

No se dirigió a su habitación, sino al tocador que había en la planta baja.

Allí la encontró Angy, su prima y la que había sido su mejor amiga.

—¿Estás bien?

Las dos sabían que era más una pregunta retórica, pero ella respondió igual.

—Sobreviviré.

—Me tienes muy preocupada.

—Pues no lo estés. Esta es la vida que viviré a partir de mañana. Debo ser fuerte.

Su prima la abrazó intentando reconfortarla, pero Claudia se apartó.

—Lo siento, no puedo. Si acepto tu consuelo me vendré abajo con toda seguridad y no podré dejar de llorar.

—Te entiendo. —Hizo una pausa, como si dudara sobre la conveniencia de seguir hablando—. La marquesa se ha acercado a mí.

Claudia la miró. No habían hablado desde que abandonaron el muelle. En el

carruaje las acompañaba Hamilton y este solo le había dicho a su hermana lo mucho que lo sorprendía su actitud y lo decepcionado que estaba de ella.

—No creo que haya contado a nadie el motivo de su participación. Incluso actúa como si nada le importara.

—Puede tratarse de pura fachada —supuso Angy.

—También había considerado esa opción. Bien, dime, ¿qué te ha dicho?

—Se ha interesado por tu estado y me ha transmitido su inquietud por tu pasividad. Me ha pedido que te comuniqué que seas fuerte y no desespere.

Una risa forzada salió de su garganta.

—Poco puedo hacer con eso. Ahora mismo, solo de pensar que mañana estaré unida a Hamilton para toda la vida hace que desee contraer una enfermedad que me haga permanecer en cama.

Su prima arqueó una ceja.

—¿Tan mal están las cosas con él?

Claudia lo pensó un momento.

—Lo aborrezco tanto como a Ashton —contestó sin tener que pensarlo—.

No parece querer comprender que, desde la aparición de mis sentimientos por Zachary, nuestro matrimonio está abocado al fracaso desde el mismo instante en que digamos «acepto». Debería ser él quien rompiera el compromiso. Sin embargo, se empeña en seguir adelante porque se trata de Zachary y no otro.

—Seguro que sus motivos no son tan endebles. Que tú te hayas enamorado no eliminan los que lo llevaron a proponerte matrimonio.

—Oh, no lo sé.

El silencio se instaló en la estancia, cada una sumida en pensamientos de preocupación similares.

—Tal vez si Robert habla con su hermano, con Luke y Brandon, sumados a Ryan, puedan convencer a Ashton...

Ni tan siquiera una pizca de esperanza se instaló en su corazón. Sabía que su hermano era un muro de piedra infranqueable.

—Agradezco la intención, pero no les metas en eso. No hay nada que puedan hacer. Mejor será que regresemos. No quiero que mi tardanza lleve a Ashton a pensar que me he fugado de nuevo.

—Como quieras.

Su prima la ayudó a levantarse. Sentía las piernas de plomo.

Se aferró a su mano con inesperada vehemencia.

—Oh, Angy, lo echo tanto de menos. No sé cómo me las voy a arreglar para vivir sin él.

Lo que fuera que iba a responderle su prima quedó anulado por los toques en la puerta. Claudia la soltó y se acercó para abrirla con violencia. El que había llamado era un lacayo, que se sobresaltó.

—Lo siento, milady, yo solo quería...

Claudia vio a su hermano un poco más lejos, vigilante.

—Ya sé lo que quería. —Alzó la voz para que este la oyera—. Dígale a su patrón que sigo aquí, que no me he marchado. —Salió con Angy siguiéndola y rebasó a Ashton—. Dígale que sigo presa en su jaula de oro.

\*\*\*

Zachary rezó para que la rama no se partiera bajo su peso. Los hombres no estaban hechos para trepar a los árboles, y mucho menos con su constitución.

Tiró del cuello de su abrigo y comprobó que no había nada que pudiera hacer para abrigarse más. Sentía el frío en cada poro de su piel.

Cuando averiguó que la boda se celebraría en Carmine's Place se alegró.

La casa de Cavendish Square y las calles de Londres le dificultarían la tarea que pensaba acometer. El campo, con sus grandes extensiones y ausencia total de hombres uniformados le facilitaba poder llevarse a Claudia. Lo que no sospechaba era que la noche campestre primaveral resultaría tan fría que agarrotaría cada músculo de su cuerpo.

Aun así, no todo era culpa del frío. La rabia que había sentido desde lo del

muelle no conseguía que descansara bien. Las pesadillas poblaban sus pocos minutos de sueño y las ganas de aplastar la cabeza de alguien también. Él, que jamás se había tenido por un hombre violento, ahora solo deseaba estrujar los cuellos de Ashton y ese maldito conde.

Como empezaba a sulfurarse de nuevo, tuvo que realizar varias inspiraciones para tratar de calmarse. Perder los nervios no era una opción.

Tal y como había prometido, algo se le había ocurrido. Quizá gozaba de muy poco tiempo, pero mientras llegara antes de la boda tenía esperanza.

Primero pensó en colarse en la casa fingiendo ser un sirviente más, pero dudaba que con su aspecto pasara desapercibido. Cualquiera podría llegar a preguntarse quién era y avisar al patrón. No, para lo que tenía planeado era mejor no ser visto hasta el momento de actuar. El árbol había sido una inspiración de último momento. A lo mejor no muy buena, pero eficaz. Los setos cercanos no lo ocultaban bien y los que resultaban apropiados estaban demasiado lejos.

Dirigió su atención hacia los ventanales posteriores de Carmine's Place.

Desde allí podía ver una sala que reunía a los Morton y, suponía, familiares del conde. Claudia parecía ausente, aunque lo cierto era que desde donde estaba no tenía una visión muy certera.

Si el tiempo se hubiera mostrado benévolo habría esperado hasta que saliera al exterior —lo cual no dudaba que sucedería—, y le propondría fugarse. Ahora debía improvisar un poco más, pero tenía intención de llegar hasta su habitación como fuera. A unas millas, justo en la cabaña de la que Jason le había hablado, dos caballos veloces y un carruaje ligero estaban esperando. Llevaba mantas, dinero y comida. Lo necesario para llegar a Gretna Green lo más rápido posible para poder casarse con Claudia cuanto antes. Si no alertaba a nadie, cuando se enteraran llevarían un mínimo de cuatro horas de ventaja. Ni Ashton con sus caballos, ni el mejor atajo del mundo conseguiría entonces detenerlos.

Una cosa estaba clara por encima de todo: amaba a Claudia y no iba a

renunciar. Podían amenazarlo cuanto quisieran, pero él no se rendiría. No dejaba de pensar que, si hubiera confesado sus sentimientos con tiempo, las cosas se habrían desarrollado de un modo muy distinto. Ahora solo debía convencerla de que estar apartados no era lo más adecuado para su respectiva felicidad. Que, sin ella a su lado, vivir carecía de sentido.

—Señor, dame fuerzas —oró.

Casi estuvo a punto de caer cuando divisó a Claudia tras los cristales. Su cabello y movimientos al andar eran únicos e inconfundibles. Si solo saliera al exterior...

«¿Con este frío? Ni lo sueñes».

Quince minutos después, decidió que por mucho que contemplara lo que sucedía en el interior de la mansión no conseguiría nada. Los pies se le estaban durmiendo y debía realizar el próximo movimiento. Como la cena había terminado tenía la esperanza de poder subir hasta sus aposentos. Allí esperaba a que llegara y la convencería para que se fugara con él.

El descenso no fue muy elegante y, tanto sus manos como su trasero descubrieron que la hierba estaba cubierta de rocío. Agachado dentro de sus posibilidades, se desplazó a la derecha en busca de la entrada del servicio, justo cuando una de las puertas acristaladas se abrió y, oh, milagro de los milagros, Claudia salía enfundada en un elegante abrigo.

Hizo el gesto de llamarla, mas el conde de Radwick decidió también que iba a salir, por lo que se tiró al suelo de golpe, lo que le produjo una sensación nada placentera.

—Claudia —lo oyó decir—, hace frío.

—Si tanto te molesta, puedes regresar.

El suspiro del conde le resultó lo suficientemente audible, pero no sintió pena por él. Deseaba que Claudia lo vapuleara, tal y como deseaba hacer él.

—¿Cuándo va a terminar esta actitud? Recuerda que mañana nos convertiremos en marido y mujer.

—Oh, lo recuerdo perfectamente. Si tanto te molesta mi comportamiento, no

sé por qué te empeñas en seguir con esta farsa.

—No lo es para mí.

—Pues tengo malas noticias que darte: sí para mí. Sabes muy bien cómo están las cosas. Si decides seguir adelante, atente a las consecuencias.

—No tendría que ser así.

—No, tienes toda la razón. Aun así, no soy tan cruel como para explicarte con detalles cómo deberían ser; lo sabes de sobra, puesto que fuiste testigo de ello. ¿Necesitas algo más? Me apetece estar sola. Ya sabes, disfrutando de mis últimos momentos de «libertad».

Zachary la aplaudió mentalmente, aunque le dolió en carne propia el sufrimiento que destilaban sus palabras llenas de sarcasmo.

—Como quieras.

Al instante siguiente se hizo el silencio y Zachary trató de vislumbrar algo en la oscuridad. Si Claudia se alejaba de la luz quería ser capaz de llegar hasta ella.

—Chis. Chis. —La llamó lo más quedo que pudo. Tuvo que probar dos veces más. Temió estar haciendo el idiota y que más allá ya no hubiera nadie.

—Salga ahora mismo o dispararé.

El sonido estaba tan cerca que Zachary dio un respingo.

—No tienes pistola.

—¿Zack?

Se levantó despacio y un bulto oscuro se lanzó encima, abrazándolo.

—¿Me echabas de menos?

—Oh, bruto tonto.

Con el calor que desprendía, Zachary ya no percibía el frío ni la humedad.

Tenerla entre sus brazos era como estar en el cielo, incluso en una situación tan precaria como la de ellos dos.

—Pues yo sí. Mucho.

Y buscó su boca con ansia, besándola como si no pudiera saciarse nunca.

—Ven —dijo ella al separarse—. Esto no es seguro. Nos pueden ver.

Y cayó en la cuenta de lo acertaba que estaba. Se adentraron deprisa entre la cuidada vegetación cogidos de la mano.

—Estás preciosa —le susurró.

—Pero si no puedes verme.

—Te veo con los ojos del corazón.

—Oh, Zachary, ¿por qué has venido? Esto es peligroso.

—No puedo alejarme de ti. ¿Acaso no lo comprendes? Tengo que luchar por ti, por nosotros.

—Pero si Ashton te encuentra...

—No lo hará. Tengo un plan.

—Zachary...

—Chis. —Le puso un dedo encima de los labios—. Escúchame. —Le contó lo que había ideado y le pareció prometedor que ella no dijera nada—.

¿Qué te parece?

—No sé...

—Claudia, es nuestra última oportunidad. —La tomó entre sus brazos, frenético por hacerla comprender—. Mañana te perderé para siempre; serás su esposa; si lo desea será tu dueño en el más amplio sentido de la palabra; te tocará; te dará hijos que nunca serán míos. —Hizo una minúscula pausa—.

No te hará feliz.

—No —musitó muy queda—. No lo hará.

—Es imposible hacerme a un lado; no mientras haya la más mínima posibilidad. No puedo vivir sin ti ni aun intentándolo. Te amo. Te amo.

La abrazó en un intento desesperado de hacerla entender. No quería forzarla a actuar, sino que viera que escaparse era la única forma de estar juntos.

—Yo también, Zachary; tanto, que duele. Estos días han sido una pesadilla.

—La pesadilla llegará cuando pase el tiempo y te acomodes a lo que la vida te tiene deparada. Cuando me olvides.

—¡Nunca! ¿Me oyes? ¡Nunca!

—¿Entonces?

—Está bien. Me marcharé contigo. Espérame en el linde del bosque sobre las dos de la madrugada.

—No te lleves nada, Claudia.

—Solo algunos recuerdos sentimentales que esconderé en el bolsillo de mi falda. Te juro que nada más.

—Está bien. Si no bajas, subiré a por ti. Aunque tenga que derribar cien puertas.

—Eso sería demasiado, incluso para ti. —Le dio un beso en la comisura de la boca—. Ahora debo marcharme. Ashton me cela de cerca.

A su pesar la dejó ir. Vio cómo entraba de nuevo en la mansión y él se desplazó despacio por el perímetro del jardín hasta el lugar adecuado. Tenía tiempo y el corazón encogido, temiendo que no pudiera acudir. Pero no le mentía cuando le dijo que subiría a por ella si no lo hacía.

A la hora acordada, una sombra se deslizó por el jardín y se dirigía hacia donde él estaba. La noche clara ayudaba a distinguirla. No podía asegurar de quién se trataba y se escondió.

—¿Zack?

El alivio al reconocer su voz fue rápido y contundente.

—Aquí.

—Estoy lista.

—Yo también. Vayámonos.

—Me temo que eso no será posible.

Tan inesperadamente como había aparecido la voz de Ashton, unas sombras enormes lo separaron de Claudia y lo derribaron.

—¡No! ¡No! —gritó ella.

Maldita fuera el duque de Redwolf. Había vuelto a cogerlo.

—Esperaba algo más elaborado, McGlaton. Mis hombres lo han tenido muy fácil.

Zachary no respondió. Estaba inmovilizado en el suelo y casi no podía ni respirar de lo fuerte que lo sujetaban.

Unas luces de candil iluminaron el palmo de césped, pero no era capaz de discernir quiénes ni cuántos eran. Solo las voces de Claudia y su hermano eran identificables.

—¡Ashton, suéltalo de inmediato!

—No podré complacerte esta vez, Claudia.

—Puedes hacer lo que quieras, señor duque —se burló Zachary—, pero no conseguirás apartarme de ella. Volveré a por Claudia todas las veces que sean necesarias.

—Lo dudo mucho, puesto que vas a ser privado de libertad desde este mismo instante. De hecho, ya tengo a un mozo en dirección a Greenville en busca del juez Haggens.

—¿¡Cómo!?! —la exclamación de Claudia fue muy audible.

—No me escuchasteis ninguno de los dos. Tal y como me imaginaba, Zachary no ha podido resistir a la tentación de volver. Solo he esperado hasta este momento para que no hubiera tantos testigos como la última vez. El conde de Radwick ya ha sufrido suficientes humillaciones.

Este intentó revolverse, pero le resultó imposible. Tampoco hablar, pues lo amordazaron en ese instante.

—El conde de Radwick, el conde de Radwick —siseó Claudia con furia—.

Piensas más en él que en tu propia hermana. Recuerda que me prometiste que no lo tocarías.

—Solo si él no volvía a acercarse a ti. Como no ha respetado el acuerdo, yo tampoco me ceñiré a él.

—Eres repugnante. ¡Te odio!

Claudia jamás había tratado así a su hermano, por lo que el silencio que siguió a ese exabrupto estaba cargado de tensión.

—Creo que sobreviviré. Señores, llévenselo.

—¡No, no, no!

Mientras lo levantaban, y gracias a la luz, Zachary pudo ver el rostro bañado en lágrimas de Claudia, que luchaba por desprenderse del abrazo de Ashton

para correr hacia él. En un último esfuerzo titánico, arremetió con todas sus fuerzas, pero de pronto, un golpe en la sien lo paralizó y dejó de sentir.

Sumido en la inconsciencia, no percibió cómo lo arrastraban, lo metían en un carruaje y lo alejaban para siempre de Claudia.

Cuando un pequeño golpecito sonó en la puerta, la doncella la abrió para dar paso a un apuesto y elegante Ashton. Su belleza rubia contrastaba con su semblante adusto. Sus palabras no lo fueron menos.

—Es la hora.

A una imperceptible señal, Marjorie se retiró, cerrando tras ella.

Claudia seguía de espaldas a él, mirando algo concreto ahí fuera, a través del cristal cerrado del balcón. Su suntuoso vestido, así como la carencia de expresión en su rostro, la hacía parecer una princesa de hielo. Si no fuera por su cabello, podría a llegar a ser invisible.

—¿Has venido a asegurarte de que no escapaba? —preguntó ella, sin molestarse en volverse.

—No. Los demás ya se han marchado hacia la iglesia. Solo quedo yo para llevarte.

—Mi carcelero y verdugo.

—Solo cumplo con mi papel, Claudia. Siento que me veas así.

Ella se dio la vuelta. Parecía serena, pero los estragos del llanto y la desesperación estaban pintados en el lienzo de su rostro.

—No lo sientas, pues.

—No he hecho nada que nuestro padre no hubiera hecho.

—Tal vez sí, tal vez no. Eso nunca lo sabremos, ¿verdad, «hermano»? — El sustantivo estaba lejos de contener una connotación agradable—. Sigue pensando así. Quizá al final acabes creyéndote tus propias mentiras. Y cuando te quedes solo, recuerda que solo tú has cavado tu propio hoyo.

—Antes no solías ser cruel.

Ella lo miró unos instantes antes de responder: —Tú tampoco.

—Algún día comprenderás...

—¿Por qué hoy me convertirás en una mujer muy desgraciada? — preguntó, terminando por él.

—... Que no soy perfecto. Y que he actuado conforme mi conciencia me dictaba.

—Oh, qué bonito —se burló—. ¿Necesitas unos aplausos?

—Claudia...

—¡No, no y no! Deja de intentar excusarte. ¿Es que no ves que me has roto el corazón, Ashton? ¡Eres mi hermano, mi familia! ¡Deberías procurar mi felicidad, no mi desgracia! ¡Te quería!

Ashton se había erguido un poco más. Si estaba afectado lo disimulaba a la perfección.

—Bien, supongo que ese verbo en pasado significa que ya no.

—¿Y qué esperabas? —Parecía cansada al decirlo.

—No lo sé, Claudia. Tal vez lealtad, apoyo, un poco de entendimiento. Me he esforzado por ser el mejor pilar y todo ha recaído sobre mis hombros.

Supongo que es mucho desear que no destrocéis mi labor.

—Todo eso ya lo tenías, Ashton. Pero lo que tú quieres es que seamos y pensemos como tú. Llegará un día en que te obligarán a hacer algo en contra de tu voluntad. Parece que entonces, y solo entonces, sabrás lo que supone estar en mi lugar. Por desgracia, para mí ya será demasiado tarde.

—Te ha faltado añadir que cuando me enamore comprenderé por qué Jason y

tú estáis dispuestos a destrozar todo por lo que he trabajado tanto.

—Tal vez en un pasado, Ashton, pero no ahora. A estas alturas dudo de tu capacidad para amar más allá del título y del honor.

—Supongo que no tiene sentido hablar más de esto, ¿no crees? Lo único importante es que el conde te espera en el altar.

—No, Ash. Lo único que importa es que me has roto por dentro; que has destrozado mi fe en ti; que me has alejado del hombre al que amo y que me corresponde; que me obligas a una vida de soledad. —Hizo una brevísima pausa—. Por favor, espera fuera mientras me armo de valor para hacerte dichoso.

Se volvió de nuevo hacia la ventana, ignorándole por completo, por lo que, sin variar su expresión, Ashton salió de la estancia.

Quince minutos exactos después, los hermanos Morton descendían por la escalinata de Carmine's Place.

No era una estampa perfecta. En ese caso, Claudia luciría radiante y del brazo de Ashton, que se mostraría orgulloso y feliz. En el caso actual, y a pesar de los estragos de la desdicha visibles en su rostro, mantenía la espalda recta y un posado sereno. Iba abrigada por una capa blanca que ocultaba su vestido. No se tocaban. Parecían dos completos extraños. La única muestra que dio de la ira que sentía fue cuando él quiso ayudarla a subir al carruaje cubierto y ella lo rechazó.

Mientras el carruaje emprendía el trayecto hasta la alejada salida de la propiedad, Claudia miraba el exterior. No tardarían en llegar. Greenville y su iglesia estaban a solo unas pocas millas. Se debatía entre seguir mostrándose indiferente o preguntar por la suerte de Zachary. Tanto uno como lo otro la tenían en un estado de rigidez extrema.

Al final ganó lo último.

—¿Qué has hecho con Zachary?

Ashton no respondió de inmediato. Con rabia, pensó que no se dignaría a hacerlo.

—No es el momento para hablar de él. Céntrate en tu futuro. Y cierra la cortina, me molesta la luz.

Ella lo hizo. La del otro lado también lo estaba y se quedaron en penumbra. No le importaba.

—Siempre es un buen momento para hablar de Zachary, puesto que es lo único que me interesa. No voy a aburrirte de nuevo con mis melodramáticas y patéticas muestras de amor hacia él. Él debería ser mi futuro, no otro. Así que ten la decencia de explicarte.

—Entonces, ten al menos el buen gusto de mirarme mientras lo hago.

Ella obedeció.

—¿Estás contento ahora? Habla.

—Zachary pasó a manos del juez Haggens, tal como te dije anoche. A estas horas está en calabozo de Aylesbury, a la espera de que se dicte su pena.

Claudia sintió que sus entrañas se retorcían de pena y culpa por él. Si debía suplicar, lo haría con gusto.

—Por favor, Ashton, su único pecado ha sido quererme. Si me caso con Hamilton él ya no tendrá nada que hacer. Haz que entonces lo suelten.

—Tal vez lo haría si se tratara de otro, pero temo que el escocés sea incapaz de rendirse, incluso estando tú fuera de su alcance.

—Me ama —aseguró Claudia, con la convicción de su corazón, y calentándose con esa certeza.

—Sí, supongo que sí —dijo Ashton poco después.

—Es una sensación maravillosa —aseguró, sin intentar convencerlo; solo quería explicar cómo la hacía sentir—. Nada le obliga a quererme, nada; ni el dinero, ni la posición, ni cualquier imposición. Me ve como soy y aun así me adora, queriendo pasar el resto de sus días junto a mí. ¿Te imaginas? Siempre soñé con algo así.

»Cuando Angy se enamoró de Robert sentí una inmensa felicidad por ella, pero también —debo reconocerlo—, cierta envidia. Imaginaba que no sería posible que el destino fuera tan benévolo con dos primas tan amigas.

Supongo que pensé que no tendría tanta suerte.

»Es curioso. Ahora que lo pienso en perspectiva siento que me fui enamorando poco a poco. Como estaba centrada en otras cosas no fui capaz de notar que la alegría que me embargaba cuando recibía sus notas y visitas no solo era debido a que era el mensajero de Jason. Tiene un sentido del humor peculiar y sarcástico que me gusta. Me toma el pelo y se enfada conmigo si es necesario. ¿Cómo pude estar tan ciega?

No notó que el rostro le había cambiado. Ahora sus ojos brillaban de amor y nostalgia por los recuerdos, y una sonrisa bailaba en sus labios.

—Espero que no me cuentes todo esto para tratar de hacerme cambiar de opinión. La de hoy es mi última decisión sobre ti. Y es irrevocable.

La luz de su mirada se apagó de nuevo, mas no su temple.

—No, Ashton, no era esa mi intención. Sé que lo sabes porque me conoces en muchas cosas. Si me permites...

Y corrió de nuevo la cortinilla del vehículo para que entrara la luz.

Parpadeó, tratando de adaptar sus ojos a la claridad. Cuando miró por la ventanilla se desconcertó. Eso no era Greenville. Estaban en Aylesbury, un pueblo un poco más alejado, pero también próximo a Carmine's Place. Como habían permanecido hablando y ajena al exterior, no se había dado cuenta de la dirección que habían tomado.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó, confusa. Solo entonces se dio cuenta de que se detenían justo delante de la cárcel. Sintió que su corazón daba un bote—. ¿Significa que puedo verlo antes?

Llena de esperanza por el simple hecho de verlo, aunque fuera tras unos barrotes, abrió la puerta de golpe sin esperar al lacayo y saltó con el vestido sin importar si se ensuciaba.

Dentro solo había una habitación con dos puertas. El juez Haggens hablaba con otros tres hombres, que ella reconoció como los que se habían llevado a Zachary.

—Ah, lady Morton, me alegro de verla. Permítame decirle lo bonita que

está.

El juez se acercó para presentarle sus respetos, besándole la mano enguantada.

Ashton entró tras ella y cerró la puerta.

—¿Dónde está? —preguntó sin miramientos.

—Ahora mismo la llevo hasta él, milady. Ha pasado una noche plácida debido a la inconsciencia. Esos brutos le dieron demasiado fuerte.

—Discúlpenos, milady, se nos fue la mano —adujo uno de los tres.

Ella no estaba para tonterías y apenas les prestó atención. Le urgía verlo.

—Si me acompaña...

El juez abrió la puerta derecha y entraron a una estancia con tres celdas con barrotes. Lo siguió hasta la última, donde Zachary estaba sentado en un rincón, encogido.

—Zach... —se le escapó.

Zachary levantó la cabeza de golpe cuando le pareció oír la voz de Claudia.

Sin apenas creerlo, se levantó. Iba vestida de un modo resplandeciente que le otorgaba luz propia.

—Estás muy hermosa —soltó sin pensar. Al instante se dio cuenta de a quién estaba destinado ese vestido y perdió el color.

—Si me disculpa, lady Morton, deje que... —Se sacó una llave—. Sí, aquí está. —Abrió la reja—. Puede pasar. Les dejaré solos unos minutos.

Ellos habían estado mirándose, pero cuando el juez desapareció, ella voló hacia sus brazos y él la abrazó con fuerza.

—Oh, amor, estaba desesperado. —Besó sus ojos, las mejillas y la boca femenina con ansia.

—Pensaba que ya no volvería a verte.

—Pues yo ya te imaginaba en el altar y era incapaz de hacer nada por impedirlo.

Claudia pareció triste de repente.

—Solo es una venia que Ashton nos ha concedido. Después me marcharé a

Greenville, pero solo después de saber qué pasará contigo.

—No puedo dejar que lo hagas Claudia. No puedo.

—No tenemos elección. Fuera están esos tipos que te apresaron. No hay otra salida y lo saben.

—Te amo tanto. Me desespera no poder hacer nada.

—Yo siento lo mismo, pero debemos aceptar que no podremos ganar.

—Volveré a por ti, Claudia. Sea cuando sea y aunque estés casada. No me rendiré.

Ella fue a responder, pero la voz de Ashton la interrumpió.

—¿Lo ves? ¿No te dije que lo haría? Soltarlo no era la solución.

Ella lo enfrentó.

—¿Y mantenerlo encerrado sí lo es? ¿Durante cuándo? ¿De por vida?

Quizá no sea él quien venga a buscarme; tal vez sea yo quien logre alejarme.

—Ah, eso demuestra que sí te conozco, aunque sea un poco. También había contemplado esa posibilidad. Parece que ni los lazos matrimoniales son un impedimento para ninguno de los dos.

Ni Claudia ni Zachary dijeron nada. Sus expresiones hablaban por ellos.

—En ese caso, como te decía antes, estoy más convenido que nunca de llevar a cabo mi última decisión respecto a ti.

—Ash...

—Espera, déjame terminar. —Miró a Zachary—. No me gusta; no me gusta nada. Aun así, he comprendido que hay ciertas cosas contra las que es imposible luchar. Y es por ella, y solo por ella, por lo que se le devuelve la libertad. —Ahora fue a Claudia a la quien habló—. Afuera está esperando el carruaje que nos ha traído. Tiene órdenes de llevaros lo más deprisa posible a Gretna Green para que allí se oficie vuestra boda. Aquí tenéis lo que encontramos en el carruaje que él tenía dispuesto. También hay comida en el carruaje, así solo será necesario deteneros para cambiar los caballos. Quizá el conde decida seguiros. De todos modos, creo ser capaz de impedirlo.

Después de ese discurso se hizo el silencio. Claudia y Zachary lucían sendas

expresiones incrédulas. Si esperaban cualquier cosa, eso no se le acercaba ni por asomo.

—Venga, vamos, no hay un minuto que perder. Yo me dirigiré a Greenville a dar las explicaciones pertinentes. Cuando tenga noticias de que estás establecida, te enviaré a Marjorie. Estoy seguro de que no le importará cambiar de continente si es por estar a tu lado. En cuanto a la dote...

—No la necesitamos —espetó Zachary, que seguía impresionado. Sin embargo, no pensaba permitir que pensase que hacía todo eso por un puñado de billetes.

—... Calibraré cuándo la envío. Como he dicho, es mejor que partáis de inmediato.

Sin siquiera pensarlo más, Zachary cogió a Claudia de la mano y salieron casi corriendo. Saludaron al juez, que se disculpó con Zachary por el error cometido al encerrarle y salieron a la calle, avanzando hacia el carruaje.

Cuando estaba por subir, Claudia miró hacia atrás. Ashton seguía estando majestuoso allí de pie, viendo cómo se marchaban.

—Solo un segundo, Zach.

Se acercó deprisa a su hermano e, inmóviles, se miraron fijamente.

Después, ella le abrazó muy fuerte.

Solo Zachary fue testigo de la vacilación del duque de Redwolf, que después correspondió al abrazo.

—Gracias, Ash, gracias.

—Por encima de todo, escándalos incluidos, solo deseo que seas feliz.

—Lo sé. Lo sé. Siento haber dudado de eso. Solo quiero que sepas que has hecho lo correcto, porque lo soy. Te quiero. Te escribiré.

—No es nece...

Pero ya no pudo decir nada, pues ella corría de nuevo hacia el escocés que tanto amaba. Juntos emprendían el viaje hacia un futuro lleno de dicha. Pocos minutos más tarde, solo quedaba de ellos el polvo que dejaba el carruaje a su paso.

\*\*\*

*Querido Ashton.*

*¡Qué feliz soy! Y en parte gracias a ti, por elegirme a mí por encima de todo lo demás.*

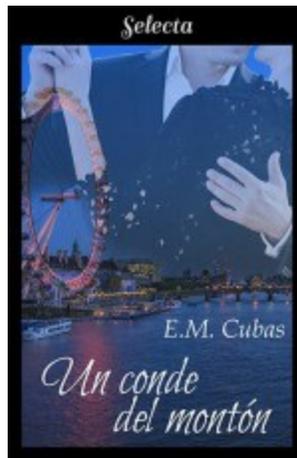
*La boda, aunque fuera oficiada con prisas y en Gretna Green, fue tan mágica como había soñado. Solo dos personas me faltaban. Tú eres uno de ellos.*

*Zachary te manda saludos —sí, aunque no te lo creas—. Y no pienses que es porque has ingresado mi dote en una cuenta a mi nombre, sino porque con eso aceptas, aunque sea a tu modo, que él ya es un miembro más de la familia.*

*Philadelphia es preciosa y está llena de vida, pero pensamos que podríamos conseguir hacer cambios y buscar un lugar más tranquilo, aunque mi marido... —¿No es una palabra maravillosa?— deberá primero hacer algunos cambios en su trabajo. No tardaremos en emprender un viaje y estoy emocionada. Solo espero que algún día puedas venir a visitarnos.*

*Tu hermana Claudia que te quiere desde la distancia.*

Si te ha gustado  
***Un dilema llamado Claudia***  
te recomendamos comenzar a leer  
***Un conde del montón***  
de *E. M. Cubas*



## Prólogo

Los veranos en Tilman eran lo mejor del año. James estaba deseando que acabara el curso para ir allí y pasar unas semanas junto a sus abuelos, pero ese año iba a ser un poco menos interesante. Al contrario de lo que solían hacer, su familia estaba allí. James soltó un bufido; tocaba aguantar. Se lo había dicho su abuelo. Desde niño, los momentos con sus padres eran difíciles, solo

su hermana estaba a su lado, incluso había sido un descanso cuando había entrado en Eton y había pasado allí el año escolar. Con sus nuevos amigos se sentía bien, a gusto, tranquilo y, luego, los veranos con sus abuelos. ¿Por qué ese año sus padres estaban allí? Desde luego no era por verle.

—Mira lo que tengo.

Su hermano Roger, tres años menor, se acercó a él y se sentó a su lado en la hierba en la que James estaba tumbado.

—No me interesa.

Pero a Roger no le importó; le enseñó el escarabajo que llevaba en las manos.

—¿Crees que volará con solo un ala?

—No digas tonterías, suéltalo.

Roger soltó una fuerte risa y se levantó de golpe, corriendo en dirección contraria, hacia el río.

—Cógeme si puedes; si no lo haces, lo mato.

James no lo dudó; esa parte escatológica de su hermano lo ponía muy nervioso, pero sabía que no solo eran manías asquerosas, sino que lo hacía para fastidiarlo.

—Roger, para, no lo hagas.

Roger le sacó la lengua y sin dejar de correr le enseñó cómo le arrancaba un ala al animalito y lo lanzaba al agua. James gritó y sin pensarlo alargó la mano para detener a Roger. Esa vez no iba a salir tan impune de su atrocidad.

Pero no hizo falta; el chico estaba cerca del río. Perdió pie y se cayó. James no hizo nada por ayudarlo mientras Roger lloraba a voz en grito, se lo tenía merecido, además, apenas le llegaba el agua a las rodillas y no corría peligro.

Unas voces a su espalda le hicieron alzar la cabeza y dejar de sonreír por el castigo de su hermano; fue cuando vio cómo sus padres corrían hacia ellos.

James frunció el ceño. nunca tenían tanta prisa por consolarlo a él.

—¿Qué le has hecho? —le gritó su madre adentrándose en el agua y sacando en brazos a su hermano.

—No he sido yo; él se ha caído después de matar...

—No quiero escucharte, que sea la última vez que le pegas a tu hermano.

Su madre besó en la frente a Roger mientras él se aferraba a su cuello con lágrimas de cocodrilo que ella no veía, siempre era así. Cada vez le importaba menos. James la vio alejarse a paso ligero y soltó un pequeño bufido casi inaudible que quedó cortado al notar como una mano fuerte lo tomaba del brazo y lo giraba con brusquedad para, acto seguido, lanzar un fuerte tortazo en su mejilla derecha que lo hizo tambalearse. El picor posterior fue intenso y un hilillo de sangre salió de su labio superior. Su padre lo miraba con furia, incluso podría decirse que era odio. No había preguntado, no quiso averiguar qué había pasado entre los hermanos. Para él, James era el culpable, el malo, el que siempre fallaba y era algo que nunca cambiaría. La mirada que se mantuvieron duró unos segundos; no iba a seguir aguantando ese odio que sus ojos rezumaban y se deshizo de su fuerte agarre, corriendo hacia la casa y refugiándose entre los brazos de su abuelo que lo esperaban más adelante y que fruncía el ceño ante la agresión de su hijo hacia el niño. No, nada iba a cambiar.

—Tranquilo, Jamie, no ha pasado nada —le dijo limpiándole la sangre con el pañuelo blanco que siempre llevaba en el bolsillo.

—Abuelo, ¿por qué no me quiere?

—Tu padre no quiere a nadie. —El anciano le revolvió el pelo para calmarlo, gesto que siempre lo hacía reír—. Venga, vayamos dentro, tengo algo para ti.

—¿Qué es, abuelo?

—¿Sabes lo que ha preparado tu abuela?

—¿Unos sándwiches de atún y mayonesa?

El hombre asintió y lo cogió de la mano. James sonrió; su abuelo conseguía que olvidara los problemas con rapidez, al fin y al cabo, solo era un niño. Pero esa pregunta estaría ahí el resto de su vida, ¿cómo podía su padre odiarlo tanto? A pesar de las palabras de su abuelo, él sabía que solo lo odiaba a él y

no podía hacer nada para remediarlo.

El verano pronto acabaría; durante los días que le quedaban, ignoraría a su familia y se centraría en disfrutar de sus abuelos, de Tilman House, de la campiña inglesa. El mejor lugar que tenía y el único en el que se sentía feliz.

No iban a arruinarle sus vacaciones ni su vida. Empezaba a darle igual lo que sus padres pensarán de él.



### **¿El amor puede enfrentarse a un destino trazado por otros?**

Un gran escándalo pesa sobre la familia Morton, condicionando el futuro de lady Claudia, hermana del duque de Redwolf. Asumiendo sus obligaciones, sabe que su mejor opción es casarse con Hamilton Carver, conde de Radwick, para restaurar la reputación perdida. Sin embargo, en su fuero interno anhela otro destino... Uno lleno de amor.

Sabiendo que merece un mejor partido, para Zachary McGlaton —un simple abogado—, Claudia Morton está fuera de su alcance.

Es por ello por lo que nunca se ha permitido tratarla más que como la hermana de su mejor amigo. Será en la campiña inglesa cuando las fuerzas de los sentimientos lo empujarán hacia ella, consiguiendo que sus voluntades sean puestas a prueba.

**¿Será capaz de resistirse a semejante dilema? ¿Vencerán los deseos propios a los convencionalismos?**

—Zachary, hay muchas mujeres bonitas —le dijo tras unos segundos—. ¿Por qué fijarte en una que no está a tu alcance? He oído que su hermano es duque.

—Duque de Redwolf—corroboró Zachary.

—Así que estás al tanto... —musitó pensativo—. Esos ingleses dan mucha

importancia a los títulos nobiliarios, aunque estén sin un penique.

Particularmente, no me impresionan, pero incluso yo sé el poder que pueden tener. Así que no te involucres con quien no debes y mantén tu interés en los negocios o en alguna joven sin compromiso, ¿entiendes?

**Elizabeth Urian** es el pseudónimo tras el cual se ocultan dos hermanas amantes de los libros, que decidieron dar el paso decisivo y crear sus propias historias. No se consideran unas escritoras como tal, sino que les gusta crear los mismos relatos que le gustaría leer. Todo eso mientras combinan familia, trabajo y aficiones. Son autoras de *Los hermanos Broderick*, *Un auténtico espectáculo* (B de Books-Selección RNR) y *Nunca dejes de esperarme* (B de Bolsillo, 2016). Además participaron en las recopilaciones *Ese amor que nos lleva* y *Epidermis* (2012).

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, Elizabeth Urian

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

ISBN: 978-84-17606-56-5

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## Índice

Un dilema llamado Claudia

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Elizabeth Urian

Créditos